



Nicolás López Cisneros

Pandemia
Selectiva

Estaba cansado. Su último encargo le había reportado grandes ingresos pero había acabado con parte de su futuro. Pero cuando Yoko Yoshida, una de las jóvenes más deseadas de Japón, le pidió que se encontrase con ella, cogió el primer vuelo que salió para Tokio.

Para el resto del mundo era la heredera de una de las familias más poderosas de Japón. Para él su mejor amiga. La persona que le había ayudado a sobrevivir al «Dojo Negro».

Cuando se acomodó en el asiento de aquel avión para encontrarse con ella, no podía imaginar que tendría que perseguir a la muerte por varios continentes.



Nicolás López Cisneros

Pandemia selectiva

Contrátame y gana – 2

ePub r1.0

Titivillus 28.02.2018

Título original: *Pandemia selectiva*
Nicolás López Cisneros, 2015
Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en Ebookmundo.com

A Anabel, Diana y Sergio por seguir siendo tan maravillosos.

*“Llega como el viento, muévete como el relámpago, y los
adversarios no podrán vencerte”.*

El Arte de la Guerra

Sunt Zu

1. Vuelo a Japón

Tokio. Jueves 11, Junio 2015

A Sergio le parecía extraño estar sentado cómodamente en aquel asiento de *businnes* de *All Nippon Airways* disfrutando del vuelo, estando atendido en todo momento por varias amables azafatas niponas.

Contrastaba terriblemente con la situación vivida solo unos días antes en donde había puesto en grave peligro la vida de una mujer a la que adoraba, Mónica. Él mismo tuvo que jugarse la vida para poder conseguir salvarla.

A pesar de que al final todo había salido bien y había podido resolver satisfactoriamente uno de los casos más complejos de su carrera como detective, no había podido evitar que Mónica fuese maltratada por sus captores antes de que él consiguiese llegar a ella y liberarla.

Había sido necesario que se entregase a sus captores a cambio de ella para que la dejaran libre. Durante el rápido intercambio no tuvo la oportunidad de contemplar su estado físico en detalle, ni el alcance del maltrato que ella había sufrido. Después, al eliminar a los mercenarios que la habían apresado, no había sido capaz de enfrentarse a ella por miedo a su rechazo. No en vano la habían retenido como rehén por su culpa. Por el simple hecho de ser amiga suya.

Uno de los motivos por los cuales se encontraba en aquel avión rumbo a Tokio era precisamente alejarse de ella y darse tiempo a ambos para que el tiempo cicatrizase las heridas psicológicas que a ella le hubiesen podido crear. Sergio conocía por experiencia que la dialéctica cariñosa nada puede

contra el miedo sufrido en ese tipo de circunstancias y que su presencia en torno a ella, no hubiese hecho más que alejarla aún más de él.

El otro de los motivos por el que se encontraba en ese vuelo era que había recibido un *email* de Yoko Yoshida en el que le pedía que si no estaba muy ocupado con su trabajo se reuniese con ella en Tokio. Que estaba deseando verlo y que tenía algo para compartir con él.

Yoko Yoshida era una de las poquísimas personas de este mundo que conocían la verdadera identidad de Sergio y el trabajo a que se dedicaba. Probablemente era además la persona que mejor conocía a Sergio. Su mejor amiga, confidente y en ocasiones amante.

Cuando el día anterior al abrir su portátil se encontró con aquel correo electrónico, valorando su situación, decidió que no lo podía haber recibido en un momento más oportuno. A pesar de que tenía un par de propuestas para nuevos casos, el anterior había sido agotador y muy complicado por lo que el disponer de unos días para sí mismo no le vendría nada mal. Además el hecho de poner tierra por medio entre él y Mónica en aquellos momentos era una buena decisión.

Los casos que le reclamaban podían esperar, y si no, no era una situación que le preocupase excesivamente. Su cuenta corriente era de lo más solvente y los ingresos de su último caso habían sido lo suficientemente generosos como para no necesitar trabajar en una buena temporada.

Sergio había acuñado para su profesión el término de detective tecnológico, título más elegante que decir que era un detective especializado en complicados casos de espionaje industrial. A pesar de la importancia que para una empresa puntera tiene sus descubrimientos tecnológicos, la salvaguarda de los mismos ante el espionaje industrial no estaba ni tan definida, ni tan establecida, ni tan vigilada por las empresas como era necesario, por lo que la mayoría de las compañías, además de desprotegidas, estaban confundidas, despistadas y bastante desorientadas con respecto a quien dirigirse y como obrar en caso de ser afectadas por este tema.

Uno de los aspectos por los que se denomina espionaje industrial se debe a que las nuevas patentes tienen mucho de secreto. El acudir a la policía en la mayoría de los casos puede destapar la sorpresa y por tanto la pérdida de la oportunidad de ventaja competitiva que el invento realizado iba a

proporcionar a la empresa sobre la competencia.

Este acto podía generar el que los accionistas perdiesen la confianza en la empresa, ocasionando graves problemas en el accionariado y el efecto contrario al que el avance tecnológico iba a producir.

Es decir en vez de aprovechar una posible ventaja se podían encontrar con un declive financiero debido a un efecto negativo con las acciones. Esto se acentuaba más si la empresa cotizaba en bolsa. Por tanto la confidencialidad y la efectividad en la resolución de sus casos era el aspecto principal en que se sustentaba el lucrativo negocio de Sergio.

Además con cada nuevo caso que le había ido surgiendo sus emolumentos se habían ido incrementando. Ahora calculaba sus tarifas con mayor reflexión que en su primera vez (en la actualidad cobraba veinte veces más por el más sencillo de sus casos). Se había dado cuenta conforme avanzaba en su carrera de quienes iban a ser sus futuros clientes y de cómo posibilitar el generarlos. La forma de tener continuidad en el tiempo había sido una selecta cadena de amigo a amigo con problemas similares.

Fue fomentando entre sus clientes el que dejasen caer discretamente en sus círculos sociales el que había una empresa (suena más serio que si dices un joven de menos de treinta años), que se dedicaba a solucionar este tipo de situaciones. De esta forma fueron surgiendo poco a poco nuevos clientes que dieron viabilidad económica (y bastante lucrativa) a la profesión que se había ido forjando. Ello se debía principalmente a los buenos resultados conseguidos en sus trabajos.

En un momento de su carrera (el séptimo u octavo caso) y conforme se daba cuenta de que los clientes aceptaban sus tarifas sin rechistar, surgió un caso con una importante multinacional, lo que además de hacer incrementar sustancialmente sus honorarios le permitió tener una nueva perspectiva de cómo podía ampliar su ámbito de actuación a mercados internacionales y globalizarlo. Eran frases que se habían puesto muy de moda y él había decidido ser uno más en subirse a ese carro.

Para adecuarse a las necesidades de sus nuevos clientes consideró oportuno realizar varios cambios en la forma de organizar su pequeña empresa. Lo primero era la necesidad de apartar de forma radical la manera de vivir su peligrosa vida profesional de la de disfrutar de su vida personal.

Era particularmente importante el desligar de su vida profesional todo aquello que lo pudiese relacionar con los lugares donde vivían su familia y amistades, y el generar dos personalidades distintas, haciendo todo lo necesario para que fuese imposible el llegar a una personalidad a partir de la otra y viceversa.

Era obligatorio que sus amigos y familia no supiesen a que se dedicaba en su trabajo y principalmente que las personas con las que contactaba en su trabajo no consiguieran llegar a las personas a las que quería. No quería que se volviese a repetir el que uno de sus amigos se viese amenazado. Lo que le había pasado a Mónica no volvía a tener que suceder. Yoko Yoshida era la única persona que conocía su verdadera identidad.

En algún caso como el vivido recientemente se habían dado situaciones verdaderamente tensas y peligrosas. Lo que menos deseaba era verse chantajeado a través de las personas que le importaban para que se apartase de una determinada investigación, que era desgraciadamente y a pesar de todos sus esfuerzos lo que le había pasado con Mónica hacía unos días. El caso había sido tremendamente lucrativo pero los riesgos sufridos excesivos.

Conforme aumentaba el nivel de complejidad de sus casos y el interés mostrado por sus clientes en resolverlos, aumentaba la peligrosidad con que se comportaban sus enemigos, por lo que a su vez sus trabajos se iban volviendo más lucrativos. Con el paso del tiempo había aprendido a negociar mejor y a incluir en su remuneración acciones de la empresa que lo había contratado y se iba a beneficiar de su investigación.

Es curioso como uno puede conseguir varias personalidades distintas de una manera absolutamente legal sin contactos extraños en el hampa y sin pasar por tugurios de luces lúgubres, jugándose el tipo de malas maneras.

Lo único que tuvo Sergio que hacer para conseguir la primera personalidad extra fue denunciar en la policía que había extraviado su documento de identificación, y dentro de la más absoluta legalidad renovó su documentación teniendo dos copias válidas. Con su vieja documentación fue a la oficina de registro y solicitó dos cambios que están legalmente permitidos en España, su país de nacimiento, en donde había estudiado Ingeniería Industrial y en donde residía su familia.

Cambió su nombre de Sergio por Juan y alternó el orden de sus apellidos

de Equiza López por López Equiza. Aprovechando la similitud de las palabras a la hora de escribirse y el hecho de que este tipo de modificaciones en la oficina a dónde acudió todavía seguían realizándose de forma manuscrita, entró llamándose Sergio Equiza López y salió llamándose Juan Lopes.

Si pensaba dedicarse al mercado internacional debía conseguir una personalidad internacional, por lo que buscó un país en donde fuese fácil nacionalizarse (normalmente es cuestión de tener dinero) y que le permitiese cambiar su nombre de nuevo al nacionalizarse.

De los posibles países que le surgieron como candidatos, decidió arriesgarse con Andorra, habida cuenta de lo fácil que había sido y seguía siendo para los españoles con dinero el nacionalizarse en ese país.

Eran celebres los casos de tenistas que se habían nacionalizado en Andorra para matar dos pájaros de un tiro, el vivir cerca de su país de origen y el disminuir los pagos que tenía con Hacienda.

Decidió que dicha circunstancia le era favorable, ya que le permitía ir a cualquier parte del mundo en cuestión de horas de una forma ágil desde España, a través del aeropuerto de Barcelona. Y desde Francia a través de Marsella. Además siempre le había encantado conducir y mediante un paseo en coche se podía plantar en cuestión de cuatro a cinco horas en casa de sus padres en Pamplona. Ellos seguían pensando que trabajaba de ingeniero en una multinacional con sede en Barcelona y que le tocaba viajar muchísimo por el extranjero.

Al nacionalizarse en Andorra había conseguido de una forma relativamente sencilla transformar su nombre en John Locker. Siempre se le había dado bien el conseguir atraer con su físico y galantería a las mujeres, por lo que no le fue difícil convencer mediante frases a medias a la funcionaria que le atendió que no estaba de acuerdo en cómo se relegaba a las madres en el aspecto de la utilización de sus nombres y apellidos a la hora de generar la documentación de los habitantes de un país.

Le dijo que él siempre se había sentido más cercano a su madre que a su padre, no comprendía por qué se tenía que llamar Juan López en vez de John Locker que era el apellido de su madre inglesa y que siempre él y su madre habían querido que ostentase.

Aliñada la historia con una pronunciación con marcado acento inglés y su

cara de niño de no haber roto un plato en su vida, fueron suficientes para que la funcionaria del Principado pensase que era adecuado que una persona de madre inglesa, se pudiese llamar como su madre quería y más cuando estaba cambiando su vida al nacionalizarse en un nuevo país.

Esta última es la que decidió usar normalmente para trabajar por dar la sensación de nacionalidad norteamericana, cosa que se encargaba de fomentar en sus clientes mediante insinuaciones al respecto. Con ello era más fácil convencerlos de que estaba a la última en procedimientos de trabajo y en tecnología.

Le gustaba el haber buscado intencionadamente que su apellido (Locker) significase cerradura en inglés, que era lo que en mayor o menor medida, más o menos física o virtual, los ladrones de sus clientes habían forzado para apropiarse de los secretos industriales y en no menos ocasiones él había tenido que volver a forzar para recuperar los bienes de sus clientes. Posteriormente y con los nuevos contactos que fue generando, el tema de disponer de múltiples personalidades y documentaciones se hizo más sencillo y habitual.

Una vez solucionado el aspecto de sus papeles y personalidad fue necesario el generar el entorno adecuado acorde con su nueva identidad. Estaba claro que su trabajo se pagaba muy bien y conforme iba solucionando casos, su caché ascendía. Nada más lejos de su intención que el parecerse a los clásicos detectives de las películas americanas que arriesgaban el pellejo para llegar justamente a pagar la mensualidad del alquiler de su despacho y que empleaban el poco dinero que les quedaba para emborracharse en la barra de un bar llenando los huecos de tiempo hasta que apareciese el siguiente cliente.

Otro aspecto que le parecía importante era tener presente que la fuente de sus ingresos, la composición de su empresa y el éxito o no en la resolución de los problemas de sus clientes, dependía exclusivamente de él. Desde el principio había decidido que a partir del momento en que pudiese permitírselo económicamente, dedicaría parte de su tiempo e ingresos a formarse en diferentes áreas de conocimiento que le hiciesen incrementar sus habilidades y que mejorasen su eficacia y eficiencia a la hora de resolver las situaciones a las que se enfrentaba.

Ello pasaba por ampliar su formación, tanto a nivel intelectual, como de preparación física. Su filosofía con respecto a esta mejora personal era “si pagas lo suficiente encuentras profesionales que te preparan para todo”. De esta forma fue seleccionando áreas de conocimiento como idiomas: hablaba suficientemente bien inglés, japonés, y francés (esto último facilitado por la proximidad de Andorra a Francia que permitía que pasase bastante tiempo en estancias cortas en Francia practicándolo). Se manejaba suficientemente bien en alemán y chino (fuente de clientes de problemas complejos y elevadas tarifas).

Además en los tiempos en que vivía era complicado sobrevivir si no se era un experto en informática, principalmente en aspectos de codificación, seguridad de sistemas y otros ligados con la protección de la información.

Precisamente en uno de estos cursos de adiestramiento era en donde había conocido a Yoko Yoshida y había perfeccionado sus conocimientos de japonés. Decididamente el que ella le hubiese enviado aquel *email* en aquellos momentos le había venido de cine. Le serviría para tomarse un descanso y asentar sus ideas con respecto a lo que le había pasado con Mónica. Si debía volver en breve con ella o aunque le doliese porque ella le gustaba, era mejor dejarlo.

Mirando su reloj de pulsera y viendo que todavía quedaban unas horas para llegar a su destino, decidió echar una cabezada en aquel cómodo sillón.

Mientras se relajaba en su asiento vinieron a su cabeza los recuerdos sobre las curiosas y peligrosas circunstancias en que había conocido a Yoko Yoshida en otro viaje que había comenzado de forma parecida al actual. En un avión volando hacia Tokio hacia unos tres años.

2. El tren de Sudáfrica

Sudáfrica. Martes 2, Junio 2015

Disponer en un país africano de un tren de alta velocidad, a cualquiera de los habitantes de uno de los países desarrollados de Europa o América le puede parecer extraño. En la mayoría de esos países se sigue teniendo la idea de que los países africanos disponen de medios de comunicaciones malos y escasos.

Pero una vez más el país de más al sur del continente había dado un paso hacia el futuro. Sudáfrica había sido una excepción y se había adelantado al resto, siendo el primer país del continente africano en disponer de uno de aquellos trenes que superaban la barrera de los doscientos kilómetros por hora.

La nueva línea se había inaugurado en el año 2011 y servía como medio de conexión entre Pretoria y la capital, Johannesburgo. Es decir las dos ciudades más importantes de aquel país.

Por la carretera que unía ambas ciudades se desplazaban diariamente miles de vehículos que recorrían los más de sesenta kilómetros que las separaban, tardando en recorrer el trayecto más de dos horas en función de la congestión del tráfico y la hora elegida para circular.

En la actualidad la capital Johannesburgo era una de las cinco ciudades más congestionadas a nivel mundial por la circulación de vehículos en su interior.

El *Gautrain*, nombre con que se había denominado al primer tren de alta velocidad del continente africano, era capaz de recorrer dicha distancia en

unos veinte minutos, con lo que ello suponía de ahorro a aquellas personas que se lo podían permitir.

Era la una de la madrugada de aquella oscura noche y un hombre alto y atlético vestido totalmente de negro y con la cara cubierta por un pasamontañas del mismo color, se deslizaba por el interior de la estación de *Hatfield*, situada en el barrio del mismo nombre de la ciudad de Pretoria.

El encapuchado se movía despacio pero con agilidad e iba evitando que las cámaras de videovigilancia situadas en diferentes ubicaciones captasen sus movimientos. Parecía conocer cada una de las localizaciones de aquellos dispositivos electrónicos como si tuviese los planos de la instalación memorizados.

Se fue desplazando por los vacíos y oscuros pasillos con total seguridad y sigilo. En la cabeza y completando su atuendo llevaba una cámara de visión nocturna que le permitía moverse cómodamente por los corredores sin luz de la estación. En cada cruce se paraba durante unos segundos para orientarse y acto seguido continuaba su camino con decisión.

A aquellas horas de la noche la estación estaba sin vida, con todas sus luces apagadas esperando a que diesen las cinco de la mañana del día siguiente, momento en que la estación cobraba vida y todo se ponía en movimiento. Cuando la mezcla de luces de neón y fluorescentes iluminaban y daban luz a sus pasillos. Las personas de los anuncios de las paredes estaban muertas y solo tomaban vida a través de las gafas de visión nocturna de aquel individuo cuando se desplazaba a lo largo de ellos.

El encapuchado atravesó diferentes pasillos que al final le condujeron a su destino. Llegar al andén en donde el primer tren de la mañana en ese momento detenido, esperaba para ponerse en marcha unas horas más tarde. Era como una gran serpiente que estuviese dormida, esperando que la llegada de la luz la pusiera en marcha.

Moviéndose ágilmente y eludiendo en todo momento los sistemas de videovigilancia por infrarrojos se dirigió con paso seguro hacia la puerta de la locomotora que encabezaba el tren. Cuando la alcanzó extrajo de su negra vestimenta la llave que su contratista un día antes le había proporcionado.

La cerradura se abrió sin ningún tipo de problemas y empujando la puerta de metal, se introdujo en el interior de la moderna locomotora buscando un

rincón apartado de las ventanas y a cubierto de posibles cámaras que no hubiese localizado.

Una vez resguardado en una zona oscura de la locomotora, depositó la mochila que llevaba a la espalda en el suelo y sacó de ella una pequeña linterna. Después volvió a meter la mano en la mochila y extrajo una funda de plástico del tamaño de un folio.

Sacó de aquella funda protectora unos planos que procedió a desplegar. Se conocía los dibujos de aquellos planos de memoria, pero no era propenso a correr riesgos, por lo que los extendió delante suya y los volvió a repasar minuciosamente.

Los planos se correspondían con el complejo sistema de ventilación del interior del tren. El motor que estaba instalado en la locomotora suministraba el aire climatizado que circulaba desde ella por todos los vagones de pasajeros.

Una vez confirmado a través de la lectura de aquellos planos que recordaba perfectamente la situación correcta de los filtros, extrajo una llave inglesa y un destornillador completamente nuevos de su mochila y se dispuso a localizar dentro de la locomotora los compartimentos en donde iban ubicados los diferentes componentes que formaban la maquinaria del aire climatizado.

Sin más que desplazarse desde su situación un par de pasos por el interior de la locomotora localizó su situación. Graduó la linterna a la mínima intensidad y se la colocó en la boca para tener las manos libres y moverlas con total libertad. Cogió el destornillador y soltó los cuatro tornillos de la tapa, consiguiendo de esa forma libre acceso al interior de aquel cajón.

Enseguida localizó los filtros que andaba buscando. Buscó de nuevo en su mochila y extrajo de la misma una compacta caja de acero y goma del tamaño de una botella de vino. La depositó despacio y con mucho cuidado en el suelo.

En uno de los laterales la pequeña caja, esta disponía de una cerradura metálica con combinación de seguridad del estilo de las que llevan las maletas de viaje. El misterioso hombre de negro, giró los cuatro aros en sentido adecuado hasta conseguir el número de la combinación que abría la caja.

Con todo el cuidado del mundo abrió la cubierta de un pequeño motor del interior del cajón y la depositó en el suelo y colocó los tornillos de la misma encima, junto al agujero del cual había sido extraído. De esta manera al volver

a colocarla quedaría todo de nuevo en su sitio.

Miró el contenido del interior del robusto envase que había portado consigo en la mochila. Dentro se encontraba una ampolla de cristal opaco protegida por material acolchado y con unos cierres metálicos en sus extremos.

Volvió a trabajar en el cajón del aire climatizado. Cerrando la entrada y la salida de los conductos estaba colocado el filtro para impurezas. Dicho filtro era de las mismas dimensiones y tenía los mismos conectores metálicos en los extremos que la misteriosa botella de cristal que había traído en su mochila.

Desmontó con la llave inglesa los tornillos que sujetaban el filtro y lo retiró de su lugar. Manipulando en todo momento la botella opaca con mucho cuidado la colocó en la posición que ocupaba el filtro. Abrió los conductos de entrada y salida y volvió a colocar de nuevo la tapa del cajón en su sitio.

Cogió un poco de polvo de la pared opuesta del cajón y lo depositó sobre los tornillos disimulando para cualquiera que echase una ojeada el que estos hubiesen sido soltados. Para una inspección visual normal nadie pensaría que el cajón había sido abierto.

Puso el filtro original del aire acondicionado en el envase que había traído y lo introdujo en la mochila. A continuación recogió todas las herramientas y también las introdujo junto al envase. Revisó con esmero si se dejaba alguna herramienta, tornillo o marca indiscreta de su presencia. Satisfecho por no encontrar nada fuera de su lugar y habiendo recogido todo el material, retrocedió lentamente por la locomotora hasta la puerta de entrada a la misma.

Se asomó un par de centímetros por una esquina del cristal de la ventana para inspeccionar si el andén seguía estando vacío. Viendo que no había ningún movimiento por las inmediaciones procedió a abandonar la locomotora. Una vez fuera del tren continuó desplazándose fluidamente por los corredores y pasillos de la estación evitando de nuevo las cámaras de videovigilancia. Al cabo de un rato desapareció tan silenciosamente como había llegado siguiendo el mismo camino que había recorrido a la entrada.

Le parecía inconcebible lo que al día siguiente iba a desencadenar la acción tan sencilla que hacía unos instantes había llevado a cabo. Lo que podía equipararse a una simple operación de mantenimiento y que había durado escasamente unos pocos minutos iba a poner en marcha una oscura

trama de alcance mundial.

3. Hábil Negociación

Tokio. Jueves 12, Marzo 2012

Sergio se encontraba en la recepción del hotel *Conrad Tokyo*, esperando a que fueran a buscarle. Siguiendo las instrucciones que había recibido por correo electrónico hacia unos días, había cogido un avión a Tokio, reservado solo una noche de hotel y se encontraba en la sala de espera situada en las inmediaciones de la recepción a la hora convenida. Las siete de la tarde. Desconocía la fisonomía, aspecto o vestimenta de la persona o personas que iban a ir a recogerle, ni su destino final.

No por primera vez en las últimas horas se estaba preguntando si había tomado o no la decisión correcta al apuntarse a semejante aventura. Desde que había comenzado en su profesión una o dos veces al año se dedicaba a incrementar sus conocimientos en áreas como él denominaba “especiales”. No eran cursos que diesen en academias, universidades u otros centros de formación habituales.

Como detective especializado en casos de espionaje industrial, siempre estaba atento a conocer y localizar personas con conocimientos fuera de lo habitual que impartiesen cursos especiales sobre lo que ellos dominaban. Solía dedicar horas a buscar por internet o mediante los contactos derivados de sus casos a aquellas personas relacionadas con habilidades que él consideraban que iba a necesitar en su profesión tarde o temprano.

A veces era difícil el que lo aceptasen en dichos cursos y tenía que pasar ciertas pruebas para ser admitido. Además en la mayoría de las ocasiones

tenía que aportar mucho dinero para ser aceptado. Pero hasta la fecha nunca había salido defraudado de los conocimientos recibidos y había merecido la pena el desembolso.

De esta forma había recibido formación en apertura de puertas de seguridad, cajas fuertes, sistemas de alarmas y otros similares. En varias ocasiones había tenido que emplear recursos y tiempo en localizar a ciertos especialistas, en alguno de los casos antiguos expresidarios.

Tenía que convencerlos a base de paciencia y dinero de que no era ningún tipo de policía que iba detrás de ellos y que solo buscaba que le trasmitiesen sus conocimientos. Solo empleando mucha paciencia conseguía ganarse su confianza y en la mayoría de las situaciones había obtenido que le trasmitiesen no solo habilidades superficiales, si no conocimientos más profundos y hasta alguno de sus secretos más escondidos. Aquellos que les hacían ser auténticos especialistas en sus áreas de actuación y diferentes del resto.

En un par de ocasiones relacionados ambos con apertura de cerraduras de seguridad, habían intentado timarle, haciéndole perder el tiempo con trucos baratos de los que eran fácil de encontrar en algunas páginas web de internet dedicándole un poco de tiempo.

En ambos casos después de varias horas con sus supuestos maestros pensando que solo estaban en los preliminares, a uno de ellos le había captado una sonrisa cínica que le había delatado cuando pensaba que estaba distraído y al otro que no tenía más conocimientos que lo poco que le había enseñado y que no era un experto. En el primer caso le amenazó con romperle las piernas si no le devolvía el dinero que le había pagado y al segundo simplemente no le pagó.

En otras ocasiones y a través de contactos personales generados a través de sus casos había conseguido que le admitiesen en campamentos militares en los cuales había recibido formación marcial de comandos especiales. De nuevo no había sido fácil pero había merecido la pena.

Debido al buen carácter de Sergio, su afabilidad y su sencilla forma de ser en la mayoría de las ocasiones había conseguido ganarse pronto la amistad de sus profesores. Además era detallista y seguía manteniendo un contacto vivo con ellos y ellas a través de correo electrónico y videoconferencias. Nunca se le olvidaba felicitarles su cumpleaños y de vez en cuando les enviaba algún

capricho que sabía que les encantaba.

En alguna de las ocasiones había vuelto a solicitarles si podían ampliar su formación o simplemente quería repasar lo aprendido por falta de oportunidades para emplearlo. Nunca tenía problemas para ser admitido una segunda vez. Es más, en algunas de las ocasiones le querían aplicar un descuento o bien no cobrarle a lo que él se negaba siempre.

Les decía que el coste del tiempo de una persona de su categoría era intocable y que lo menos que podía hacer ya que accedían a dedicarle su tiempo, era pagárselo como era debido. Solía acordarse de una de estas conversaciones que había mantenido con un sargento que preparaba comandos SEAL que al principio se había negado a que Sergio le pagase su segundo curso.

—¿Crees que si no te apreciase estarías en este campamento compartiendo mis conocimientos y mi tiempo con el resto de mis muchachos? —le había dicho el sargento a su llegada muy serio señalando a un conjunto de soldados que en esos momentos corrían alrededor de las instalaciones del campamento.

—No —respondió Sergio en voz baja pero firme.

—¿Crees que mis conocimientos están en venta?

—No —volvió a responder Sergio en el mismo tono.

—¿Entonces te vas a meter tu dinero por dónde te quepa?

—No —respondió de nuevo Sergio esta vez en un tono de voz un poco más alta.

—¿Qué has dicho? —gritando el sargento.

—Pienso que me aprecias y por eso me tengo la suerte de que me dejes compartir con el resto de esos chicos tus conocimientos y estas excelentes instalaciones. También creo que tus conocimientos no están en venta y que gracias a ellos el día de mañana esas personas a tu cargo podrán sobrevivir a las peligrosas situaciones a las que se enfrenten en sus misiones. Pero yo cobro un dineral por cada hora de mi trabajo y me gusta que las personas que aprecio hagan lo mismo, por lo que independientemente de que te pague el dinero en billetes en mano, te haga una transferencia a tu banco o te compre algo que desees, este tiempo que me vas a dedicar lo vas a cobrar. Y si tienes alguna duda en lo de que conozco el número de tu cuenta al que realizar la transferencia bancaria, haz una apuesta de una cena conmigo en el restaurante

más caro de esta ciudad para mañana a la noche y te lo escribo cuando estemos comiendo el segundo plato.

Durante casi un minuto que a Sergio se le hizo eterno, aquel veterano sargento le miró con sus ojos curtidos en cien combates muy fijamente.

—¿No vas a cambiar de opinión? ¿Verdad? —le pregunto el oficial seriamente.

—Ni por el forro —respondió Sergio riéndose.

Aquel rudo hombretón que había sobrevivido a infinidad de misiones peligrosas, en diferentes lugares del mundo y que se pasaba el día dando órdenes, se abalanzó sobre él y le dio un fuerte abrazo que casi le rompe un par de costillas.

—¡Eres un auténtico cabezón! ¡Y me temo que no me toca otra que aceptar tu oferta! —dijo riéndose a carcajada limpia.

—Sí. ¡Si soy capaz de sobrevivir a este abrazo! —dijo también riéndose a mandíbula batiente.

—¡Vale! Pero la cena también ira incluida en mis honorarios. Hay un restaurante al que llevo tiempo con ganas de ir pero mi sueldo de sargento no me lo permite —hizo una parada y casi ruborizándose añadió—. Lo cierto es que quería llevar allí a cenar a mi hija y no se desenvolverme bien en esos ambientes tan finolis. Me daba vergüenza hacer el ridículo delante de ella.

—¡Faltaría más! ¡Eso está hecho!

Cuando consiguió desprenderse de aquel apretón de oso y se consideraba a salvo y fuera del alcance de los brazos del sargento añadió.

—Por cierto, ¡el precio de tu hora lo pongo yo! —y se alejó de allí corriendo y sin parar de reírse.

Si anteriormente era amigo de aquel sargento, con aquella cena se lo ganó para siempre. Ver la cara de satisfacción de su hija al ser acompañada a aquel caro restaurante por su padre y aquel apuesto joven tan bien vestido, había sido una cosa que aquel soldado no olvidaría jamás. En las conversaciones que mantenían de vez en cuando todavía seguía agradeciéndoselo.

Pero a pesar de aquellas situaciones vividas anteriormente su encuentro en aquel hotel se le antojaba como algo extraño y totalmente diferente a todo lo pasado. Incluso el contacto inicial había sido distinto.

Hacia unos meses había salvado la patente de un revolucionario

descubrimiento de una multinacional japonesa del sector de automoción. Un nuevo sistema de asistencia al conductor de frenado sobre hielo. El directivo responsable de su contratación por parte de la multinacional le había llevado a cenar para celebrar el buen fin del caso junto a uno de los grandes accionistas de la compañía que lo quería conocer en persona.

Dicho accionista era uno de los dueños japoneses de la empresa y en un momento dado, en mitad de la cena, Sergio le había comentado su especial interés por las artes marciales. Además queriendo ser cortés y para poder aprovechar la oportunidad que le brindaba su presencia, le pidió que la conversación se realizase en japonés, idioma que había estudiado, pero que tenía pocas oportunidades de hablar.

—¿Qué tipo de artes marciales ha practicado? —le preguntó aquel japonés, llamado Daisuke Hashimoto.

—Básicamente Judo y Aikido. Me gustan más las artes marciales relacionadas con técnicas de proyección, agarre, rotura y estrangulamiento que las relacionadas con impacto, tipo kárate o Kung—fu.

—¿Le gustan más las artes marciales originarias de nuestro amado país, las chinas u otras? —le volvió a preguntar.

—Me gustan más las artes marciales japonesas como las que he practicado. Probablemente tenga bastante que ver con ello el que también me gustan más las espadas forjadas en Japón que las fabricadas en cualquier otro país. Probablemente en segundo lugar estén las espadas realizadas en Toledo, España —añadió Sergio queriendo dar valor a un arma de su patria que durante siglos había sido la envidia de otros países.

—¿Lo que me está contando es cierto o solo desea ser educado y quedar bien conmigo? —preguntó el japonés mirándole con detenimiento a la cara, intentando averiguar si la respuesta que le iba a dar Sergio era la correcta o no.

—Es absolutamente cierto. Incluso como le he dicho me gustan más las espadas japonesas que las espadas de Toledo, aunque estas últimas estarían en segundo lugar.

—¿También le gustan otro tipo de armas como las lanzas, los arcos y otras de factura japonesa?

—La mayoría de ellas sí, aunque en alguno de los casos sí que prefiero

otras armas antes de las japonesas.

—¿Me podía suministrar algún ejemplo de algún caso en el que prefiera las armas tradicionales de otros países? —preguntó con interés el magnate japonés.

—¡Cómo no! Por ejemplo el arco. Me gustan más los arcos tradicionales de factura europea.

—¿Es usted un experto en arcos? —le inquirió Daisuke con un cierto cariz de sorpresa en su rostro.

—Bueno. Creo que en ese arma si me puedo considerar algo parecido a un experto. Llevo tirando con todo tipo de arcos desde los ocho años de edad. Tanto con arcos compuestos, como olímpicos, como instintivos. Dentro de esta última categoría tanto *longbows* como tradicionales. De diferentes países y tipos de fabricación. Se puede considerar el tiro al arco como una de mis aficiones favoritas.

—¿Y me puede decir si es tan amable por qué no le gusta nuestro arco tradicional? —dijo el accionista, esperando con curiosidad la respuesta de Sergio.

—No es que no me guste —respondió con amabilidad, girando la cabeza para mirar al directivo que le había contratado intentando transmitirle tranquilidad. Sergio conocía lo susceptibles que podían ser los japoneses en cuanto a sus tradiciones y no quería estropear la cena que tan bien iba trascurriendo—. Es que he probado diferentes arcos asiáticos y generalmente su estructura no es tan simétrica como la de los europeos. Después de años entrenándome con ellos, cuando he probado a tirar con arcos japoneses, mis resultados son muy malos y con pocos aciertos. Quizás sea comodidad por mi parte y pocas ganas de esforzarme —añadió con una sonrisa de complicidad.

—¿Entonces considera que los arcos japoneses están a la altura del resto de los arcos con los que usted práctica pero que es su falta de pericia lo que hace que no sepa utilizarlos? —le preguntó el magnate queriendo quedar por encima en la conversación.

A pesar de cómo el japonés le había dado la vuelta a su favor al sentido de la frase que Sergio había hecho, este no tenía especial interés en ganar aquella conversación, por lo que decidió que podía serle más provechosos seguirle la corriente.

—Es absolutamente cierto lo que usted dice señor Hashimoto. Es más cuando he competido contra arqueros japoneses en la mayoría de las ocasiones he salido perdiendo.

La cara de satisfacción que afloró al rostro del japonés le hizo ver a Sergio que había dado en la diana con aquella pequeña mentira que le había soltado. A partir de aquel momento la cena transcurrió de forma totalmente distendida.

Sergio aprovechando que el ambiente se había relajado y conector de que la mayoría de los japoneses no soportaban bien el alcohol y menos el vino, aprovechó para servirle varias copas de más al señor Hashimoto. Para el postre el magnate estaba lo suficientemente hablador como para entrar en el tema de las confidencias. En un momento dado retomó el tema de las artes marciales preguntándole a Sergio.

—¿Ha recibido formación sobre artes marciales en alguna de nuestras insignes escuelas japonesas?

—Desgraciadamente no he tenido semejante oportunidad —respondió con total sinceridad Sergio— siempre ha sido una cosa que me hubiese gustado poder hacer pero no me ha sido posible. No descarto que en un futuro lo intente.

—¿Dónde ha recibido su formación?

—En diferentes países, Francia, Estados Unidos y principalmente en España, en donde tuve la fortuna de contar con el maestro Javier Zubieta.

—¿Javier Zubieta? —alegó el japonés, poniendo un exceso de énfasis en que su desconocimiento de dicha persona indicaba que no podía ser un gran maestro.

—Es mi maestro de Aikido. Quinto DAN por la federación japonesa y experto de reconocido renombre internacional —dijo Sergio despacio y sin dejar traslucir su enfado. Era mucho el respeto que sentía por su maestro y de normal no soportaba que nadie pusiera en tela de juicio sus conocimientos. Las pocas veces en que había sucedido había acabado retando a su interlocutor a intercambiar conocimientos sobre un tatami.

—Bueno —dijo sin darle más importancia al asunto el japonés viendo a pesar de las copas de más, la dureza que había adquirido el rostro de Sergio— si es quinto DAN por la federación japonesa, no puede deberse a simple

casualidad.

—Exacto —dijo Sergio relajándose y queriendo continuar por ese camino añadió—. Además es un experto conocedor de las armas japonesas y es la persona que ha hecho que me interese por ellas. En sus clases siempre han estado presentes y nos ha enseñado a manejar varias de ellas.

—Eso está muy bien —y volviéndose un poco nostálgico debido al alcohol reconoció—. Incluso en el Japón de la actualidad se está perdiendo el apego a las viejas tradiciones y entre ellas el manejo de la *katana* y otras armas.

—Es una pena. Es extraño que el resto del mundo tenga interés en aprenderlas y que los propios japoneses que disponen de los mejores maestros, no hagan lo mismo. Yo mismo pagaría una fortuna por poder asistir a las clases que imparten ciertos maestros.

—Seguro que sí. Lo que no sabes es cuan acertado estás cuando dices lo de pagar una fortuna por ese tipo de formación transmitida por cierto tipo de especialistas —añadió el japonés.

La atención de Sergio cambió en esos momentos de forma radical, una alarma silenciosa se disparó en su cabeza, intuyendo que el japonés estaba haciendo referencia de forma inconsciente y por su estado de embriaguez a algo que podía ser muy interesante.

Decidió parecer a su vez más ebrio de lo que realmente estaba e intentar a través de herir superficialmente el enorme orgullo que había demostrado tener aquel japonés para que ampliase la información que había empezado a esbozar.

—El siglo pasado seguro que había numerosas de ese tipo de escuelas, pero no lo creo en nuestros días. Como usted mismo ha dicho hace un momento las tradiciones japonesas se han ido desgraciadamente perdiendo.

—No hijo, no. Todavía existen escuelas especiales en los cuales mediante el uso de muchas influencias y de mucho dinero puedes recibir formación especializada en artes marciales.

—¿Está usted seguro de eso señor Hashimoto? —preguntó Sergio con cara de ingenuo que ha bebido demasiado—. ¿No serán simples rumores de una escuela normal y corriente de artes marciales que a través de este tipo de argucias se permite el lujo de cobrar más dinero a los alumnos que admite?

—No. Por lo menos del *Dojo* del que yo estoy hablando. Ni le interesa, ni necesita de ningún tipo de publicidad. Prefieren mantenerse en el más discreto anonimato y el acceso a las instalaciones del mismo está totalmente restringido. Yo conozco de su existencia por la más absoluta casualidad. Uno de mis primos tuvo la suerte de ser admitido en dicho centro, lo que aumentó su conocimiento de las artes marciales de forma exponencial y le sirvió para reducir su dinero de la misma manera.

—¡Bah! Sigo pensando que tu pariente se siente en cierta forma tímido por la escuela y no quiere reconocer su error, revistiendo la historia de misterio y secretismo —repuso Sergio aparentando desinterés por la respuesta que el empresario le había dado.

—No lo creo. A mi primo la estancia en el “*Dojo Negro*”, nombre que en una única ocasión su mujer oyó que le daba a la escuela en la que se formó, le cambió el carácter profundamente. Antes de eso era una persona alegre y extrovertida. A partir de su permanencia en la escuela se volvió introvertido y amargado. Nunca cuenta que fue lo que le hicieron allí. Lo que sí es cierto es que aumentó su nivel de las artes marciales considerablemente. Cuando hay un torneo en el que la familia le insiste en que participe, siempre queda campeón, aunque no disfruta de los combates. Simplemente los gana de forma rápida y precisa.

—¿Y qué hay que hacer para conseguir que te admitan en ese maravilloso “*Dojo Negro*”? —preguntó Sergio con el mismo tono desinteresado con el que alguien se apuntaría a una partida de golf un domingo por la mañana.

Por unos instantes pareció como si los efectos del alcohol se desvaneciesen del rostro de Daisuke Hashimoto, que miró severamente tanto al ejecutivo de su empresa como a Sergio, dando la sensación de que semejante pregunta le había ofendido. Tal fue así que el ejecutivo decidió que era un buen momento para marcharse y abandonar al resto de comensales de la cena.

—Estimados Señor Hashimoto y señor Stone —dijo dirigiéndose a Sergio por la identidad que él había tomado para este caso. En cada encargo usaba un nombre y apellido diferentes. Nunca usaba su verdadera personalidad—. No había caído en la cuenta de lo tarde que se me ha hecho y mañana tengo una reunión muy importante que atender para la cual necesito estar temprano en mi

despacho preparando los últimos detalles. Les ruego que me disculpen. Por supuesto pueden seguir tomando todo lo que deseen sin preocuparse de la cuenta. Está todo arreglado. En la puerta del restaurante tienen una limusina con un chofer que atenderá todas sus demandas. Si a pesar de eso necesitasen de algo no duden en llamarme a mi móvil —añadió tendiendo a Sergio una tarjeta de empresa y pidiéndole con la mirada que le apoyase en su salida.

—No hay nada que disculpar. Al revés, por mi parte le agradezco enormemente la oportunidad que me ha brindado de conocer al señor Hashimoto y entiendo, aunque lamento, que sus obligaciones para la empresa nos priven de su estimada presencia. En cuanto a nosotros no se preocupe, pienso que afortunadamente ninguno de los dos tenemos necesidad de madrugar mucho mañana y yo pienso seguir disfrutando de la cena y de la compañía del señor Hashimoto mientras él me lo permita.

—Lo mismo digo —añadió Daisuke—. No se preocupe más por nosotros. Creo que seremos capaces de volver a nuestros hoteles por nosotros mismos.

Y no queriendo prolongar más su presencia, dado que estaba claro que no era en absoluto necesaria, el ejecutivo se retiró mostrando en su rostro que era un alivio el poder marcharse y abandonar aquella conversación cuyo cariz empezaba a no gustarle ni un pelo. Él sí sospechaba que Sergio no estaba tan embriagado como quería darles a entender y que había algo detrás de su comportamiento.

—Estimado señor Hashimoto, me estaba contando que su primo por ser uno de los miembros más importantes de su familia, sí que había sido admitido en esa escuela tan especial —dijo Sergio fijando su atención de nuevo en el magnate japonés, intentando retomar la conversación donde la habían dejado y aprovechando para servir a ambos un par de copas más del licor que estaban tomando.

—¡Yo no he dicho eso! —repuso con cara de extrañeza más que de enfado el accionista japonés.

—Disculpe —se apresuró a decir Sergio—. Le había entendido que hacía falta importantes contactos y buenas recomendaciones para ser admitido en esa escuela.

—¡Sí! ¡Eso he dicho! Pero la rama influyente de la familia no es la de mi primo, es la de mi padre. Así ha sido durante generaciones —dijo inflándose

como un pavo real en época de apareamiento.

—Ya me parecía a mí —repuso siguiéndole el juego para aumentar su ego—. Usted es el accionista principal de la empresa para la que he resuelto el caso y según tengo entendido participa accionarialmente de la misma manera en varios entramados empresariales tanto en Japón como en otros países.

—Exacto. Le veo a usted bien informado. Mi padre, mi hermano mayor y yo nos repartimos la presencia en diferentes consejos de administración de las empresas en las que tenemos un número elevado de acciones.

—Ahora tiene sentido. Fue uno de los tres el que recomendó a su primo para poder entrar en esa escuela. ¿También pagaron ustedes el importe de la asistencia?

—No eso hubiese sido demasiado deshonroso para mi primo, además de no estar permitido por la escuela. Una de las normas que tienen sus dueños es que la persona admitida debe ser capaz de pagar el importe por sí misma, para que le quede bien clara la importancia de la formación recibida y que preste la debida atención durante el transcurso de su estancia. Esto último por otra parte es del todo innecesario. Dado que según lo poco que nos ha querido contar nuestro primo es imposible el relajarse en aquel lugar. Además, si según su propio criterio, determinan que no eres digno de recibir su entrenamiento, te echan sin más contemplaciones.

—Pero al menos en el caso de que se llegue a esa situación, me imagino que te devolverán el importe del dinero que has pagado por entrar —comentó Sergio.

—No. Consideran que si no estás lo suficientemente preparado para recibir la formación, no debieras haberlo intentado. Además se consideran tremendamente ofendidos, te despachan de malas maneras y consideran que el dinero que has pagado es poco en relación con el agravio que has cometido.

—¡Cómo las gastan en esa escuela! —y queriendo seguir conociendo más, volvió a su razonamiento inicial, azuzando levemente el orgullo del japonés—. No me queda muy claro si no es un motivo más para recelar de la escuela y que no sea más que un centro interesado en sacar el dinero a los que intentan entrar.

—Usted no ha visto a mi primo en sus combates —repuso Daisuke sin excitarse esta vez tanto como en la anterior— antes, cuando participaba en un

torneo, se quedaba en una posición irrelevante, por el medio más o menos de la lista de clasificación de los participantes. Ese fue el motivo principal por el que desease entrar en la escuela, dejar de ser mediocre. Su padre no estaba nada orgulloso de él y no hacía más que herir su orgullo diciendo que dejaba al resto de su familia en mal lugar. Ahora es él, el que no quiere participar en los torneos, pero cuando alguna vez se ve obligado por su padre, gana sin ningún tipo de problemas. ¿Cómo dicen ustedes los occidentales...? —se preguntó más para sí mismo buscando la expresión correcta que mirando directamente a Sergio.

—No sé a cuál de ellas se puede usted referir. En mi país tenemos muchas expresiones para este tipo de situaciones —respondió Sergio intentando adivinar lo que quería decir.

—¡Ya lo tengo! —exclamó con una achispada sonrisa en su rostro el magnate japonés— ¡gana de calle!

—¿Ha estado usted en España? —preguntó ligeramente sorprendido por la expresión lingüística utilizada.

—¡Sí! ¿Cómo lo ha adivinado? —preguntó a su vez con curiosidad el accionista japonés.

—Porque no es una expresión lingüística típica de todos los países occidentales. En cambio sí que lo es de España.

—Veo que ha viajado usted mucho, señor Stone.

—Usted también señor Hashimoto —añadió no queriendo decirle los lugares que había visitado y siguiéndole el juego Sergio.

A la hora de resolver sus casos Sergio solía adquirir diferentes personalidades y nacionalidades. Disponía de documentación falsa para todas ellas. Lo más habitual para casos internacionales que discurrían en el extranjero como aquel era que se hiciese pasar por norteamericano.

Siendo un país tan grande y con tantos inmigrantes latinos, siempre podía decir que su familia también lo era y que provenían de Colombia, México o la región que mejor le viniese en ese momento. Eso le permitía que no se fijasen tanto en su acento inglés y que pudiese cambiar al español si era necesario.

—O sea que a partir de la estancia en esa escuela, sus habilidades en las artes marciales mejoraron considerablemente —señaló Sergio continuando con la conversación.

—Así es. No es que haya aprendido múltiples técnicas nuevas. No, no funciona así. Como él nos ha confesado en las pocas ocasiones que se sincera sobre el tema, normalmente en una cena distendida como la que estamos teniendo usted y yo, y después de que hayamos conseguido que beba unas copas de más...

En ese momento hizo un momentáneo parón y se calló durante unos instantes en los que Sergio temió que se hubiese dado cuenta del paralelismo de la situación y que se fijase en que al igual que en sus cenas familiares intentaban emborrachar a su primo para que les hablase sobre ese tema vedado que rehuía, él también lo había a su vez emborrachado para extraerle más información sobre aquella extraña escuela. Afortunadamente, solo abrió los ojos un poco más y lanzó una sonora carcajada.

—No. Los conocimientos y el entrenamiento que te transmiten en la escuela según mi primo, no van encaminados a que conozcas nuevas y sofisticadas técnicas. ¡Qué va! Eso sería como volver a partir de cero y para los responsables una pérdida de tiempo y acabarían echando al alumno de la escuela.

—¿Entonces qué hacen? ¿Cuál es el secreto de su éxito y la diferencia con otras escuelas de formación avanzada en artes marciales? ¿En qué han mejorado las habilidades de tu primo después de su estancia?

—La esencia del entrenamiento en el “*Dojo Negro*” es que varios auténticos maestros de artes marciales, analizan tus conocimientos, tus movimientos, altura y peso y acomodan aquellas técnicas de las que ya conoces a tus características físicas, aprovechando al máximo el rendimiento de tu cuerpo. Si ven que mereces la pena y que eres capaz de asimilarlas según sus parámetros de análisis, sí que te enseñan nuevas técnicas, una vez más apropiadas a tus características personales. Eso sí, el entrenamiento debe ser durísimo. En aquellos momentos de debilidad en los que mi primo se sincera, nos confiesa que de saberlo sabido, nunca hubiese ido al *Dojo*.

—¡Pobre hombre! ¡Si además de haber salido desilusionado por la exigencia del duro y excesivo entrenamiento le ha costado una cantidad ingente de dinero, no me extraña que no le guste nada hablar del tema con nadie!

—¡Que si le ha costado dinero! Mi primo no es de la parte más pudiente de la familia. Todavía está pagando a sus padres, cuñados y hermanos parte de

los 500.000 dólares que tuvo que pagar para su admisión en el *Dojo*.

—¡500.000 dólares por un tomar parte en un entrenamiento en artes marciales! —exclamó Sergio esta vez sinceramente sorprendido por aquella ingente cantidad de dinero.

—Sí. Y como te he dicho antes, eso si consigues que te admitan. Solo eligen a unos pocos alumnos en cada periodo de entrenamiento y tienen una larga cola de espera de hijos de las mejores familias japonesas que aún siguen siendo fieles a las tradiciones del *bushido*.

—¡Increíble! Aunque como muy sabe usted, a través de la historia de la humanidad los precios de los bienes y servicios siempre se han regido por la oferta y la demanda.

Daisuke Hashimoto se removió en su silla dando muestras en su cuerpo de esa combinación que se produce debido al exceso de cansancio acumulado a altas horas de la noche después de un día de trabajo y de la embriaguez existente en su cuerpo. Debido a su orgullo y a la incapacidad de reconocerlo, con el fin de dar por terminada la velada comentó a Sergio.

—Ya es muy tarde para el personal de este restaurante —y señalando al resto de las mesas vacías añadió— y nos hemos quedado solos, por lo que será mejor que educadamente abandonemos ya el local y les dejemos recoger las mesas.

—Cómo usted desee señor Hashimoto —respondió a su vez Sergio en el mismo tono. Dándole la oportunidad de tener una salida airosa añadió—. Además, la jornada de hoy ha sido excesivamente larga y no estoy muy acostumbrado a estar cenando hasta tan tarde y adicionalmente a beber, por lo que es mejor que me retire enseguida a mi hotel. Muchísimas gracias por la cena y sobre todo por la excelente velada que usted me ha concedido.

—El gusto ha sido mío. Para ser un occidental, se comporta usted muy cortésmente, conoce algunas de nuestras tradiciones y tiene el buen gusto de practicar nuestras artes marciales.

—Todo ello es un auténtico placer. Uno de mis deseos sería poder pasar una larga temporada en Japón intentando mejorar mis conocimientos de la mano de varios expertos.

—¿Y por qué no lo hace? —preguntó Daisuke Hashimoto—. Seguro que disfrutaría mucho de las costumbres de nuestro país.

—Yo también estoy seguro. Pero hasta la fecha, como sabe usted muy bien la dedicación que necesita mi trabajo y la falta de que se me haya presentado una buena oportunidad, no lo ha hecho posible. Quizás en el futuro tenga algo más de suerte —dijo poniendo cara de resignación.

Ambos abandonaron sus asientos, se despidieron del dueño del restaurante y se dirigieron hacia la limusina que les estaba esperando a la puerta del local. Viéndolos salir el chofer acudió presto a abrirles la puerta. Tomaron asiento y cuando el chofer se sentó en el asiento del conductor y puso en marcha el coche Daisuke le dijo educadamente a Sergio.

—¿A dónde le llevamos?

—Al *Hilton* por favor.

Durante el viaje en aquel coche eran invisibles para el resto del mundo debido a los cristales tintados. Encontrándose cómodamente aposentado en aquellos mullidos asientos Daisuke Hashimoto debido a su estado se relajó tan plácidamente que se durmió. Mientras, Sergio le daba vueltas a la cabeza a la conversación que habían tenido y al nuevo descubrimiento que acababa de realizar.

Al llegar a las plazas de aparcamiento reservadas del hotel para sus clientes, el chofer carraspeó levemente y frenó el automóvil con un poco más de brusquedad de la necesaria, lo que facilitó que Daisuke Hashimoto saliera por unos instantes de su ensoñación. Además al abrir la puerta de la limusina y entrar una corriente de aire de la calle, sirvió para despertarlo un poco más.

—Señor Stone —le dijo Daisuke Hashimoto— ha sido un auténtico placer conocerle y muchas gracias por resolver satisfactoriamente la embarazosa situación en la se había visto envuelta nuestra empresa —en este momento hizo una momentánea parada para añadir—. ¡Casi se me olvida! El honor de nuestra familia ha estado en juego y usted ha conseguido que no se viera dañado. Me ha dicho mi padre que si por cualquier motivo en un futuro necesitara de la influencia de nuestra familia no dude en solicitárnosla. Es lo mínimo que le debemos.

—Muchas Gracias. Por cierto, sí que hay un asunto en el que necesitaría de su influencia. Dígale a su padre que me introduzca en el “*Dojo Negro*” —y le hizo semejante petición con una amplia e inocente sonrisa que abarcaba todo su rostro.

Dicho esto se bajó de la limusina y dispuso a dirigirse a su hotel. La cara del japonés era, toda una expresión del más absoluto desconcierto y sorpresa por la petición recibida. Sergio no le dio ninguna tregua y antes de que reaccionase y dijese algo espetó.

—¡Ah! Y dígame a su padre que no se preocupe del importe de la estancia en el mismo. Corre de mi cuenta.

Y sin volver la vista atrás para no darle tiempo a reaccionar se dirigió a paso firme hacia la puerta del hotel con su cara enmarcada en una gran sonrisa de triunfo.

Al cabo de unos días sonó el teléfono móvil que había utilizado para el caso y del que todavía no se había desprendido esperando esta llamada. Era el señor Hashimoto con un tono de voz frío y carente de todo tipo de cordialidad.

—¿Señor Stone? —preguntó.

—¿Sí? ¿Dígame? ¿Quién es por favor? —Sergio había reconocido su voz perfectamente y más sabiendo que solo un par de personas disponían de su número de móvil. Pero prefería que la persona al otro lado de la línea no sintiese que esperaba con ganas aquella llamada.

—Soy el señor Daisuke Hashimoto —repuso el magnate japonés sin abandonar ni por un momento su distante tono.

—¡Hombre! ¿Qué tal? ¿Qué puedo hacer por usted? —Sergio estaba disfrutando verdaderamente con la conversación.

—El otro día usted me hizo una petición muy especial —expuso Daisuke sin querer mencionar nombres por el móvil.

—Si ya me acuerdo.

—Mi padre ha tenido que utilizar toda su influencia para que considerasen oportuna su petición.

Sergio estaba convencido de que el padre del magnate había tenido algo más que una seria discusión con su hijo por desvelar ese secreto que solo unos pocos conocían y que estaba relacionado con tradiciones ancestrales japonesas. Por otra parte el honor de la familia estaba en juego por la deuda contraída con Sergio al haberles solucionado el problema que habían tenido con su empresa. Sergio les había colocado entre la espada y la pared con su petición y no les quedaba más remedio que hacer todo lo que estuviese en su mano por cumplir su solicitud.

Podían haberle mentido y decirle que lo habían intentado pero que su petición había sido rechazada. Pero la familia Hashimoto era demasiado orgullosa como para mostrar a Sergio que no disponían de suficiente influencia para atender a su solicitud. A pesar de lo mucho que les doliese tenían que intentarlo por todos los medios.

Por otra parte, también era seguro que habían tenido una agria reunión más con los dueños del “*Dojo Negro*” por revelar su existencia a un extranjero. Sergio tenía claro que a pesar de que le intentasen ayudar en su petición, su relación con la poderosa familia japonesa se había acabado para siempre.

—El hecho de que mi primo finalizase todo su entrenamiento ha ayudado a que piensen que no presentaremos un candidato indigno. A pesar de esto último, no conociéndole en profundidad no nos hemos podido hacer responsables de que usted no vaya a ser expulsado de la escuela. Mi padre les ha comentado su experiencia en Aikido y Judo y aunque no les ha convencido, el prestigio de mi familia ha hecho el resto.

—No sabe usted la alegría que me da. Como le comenté en nuestra cena de la noche pasada, con esto cumpliré uno de mis fervientes deseos. Siempre he querido disponer de una oportunidad como esta.

—Hay una cuestión más —su tono cambió alertando a Sergio de que algo importante iba a decirle. Parecía que lo que le iba a mencionar a continuación, sí que le causaba cierto placer y que la conversación previa era para llegar a este punto.

—¿Sí? ¿Dígame? Espero que no sea nada problemático.

—El hecho de que le admitiesen en la escuela, le ha costado a mi padre muchas horas de discusión de su valioso tiempo.

—Lo lamento profundamente. No pensaba que iba a ser tan complicada mi petición.

—Hay un punto sobre el que los dueños han sido totalmente inflexibles en relación a su admisión.

—¿Sí? Por favor cuénteme.

—Usted no es japonés. Es un extranjero.

—Lamentablemente eso es así y no hay nada en mi mano que pueda hacer para cambiarlo.

—Nunca en la historia de la escuela ha participado en sus enseñanzas

ningún alumno no japonés. No les ha hecho ni la más mínima gracia el tener que admitirle a petición de mi familia. Si al final se decide a entrar no espere que tengan ningún trato de favor con usted. Es más todo lo contrario me temo que harán todo lo posible por hacerle su estancia inaguantable y que pida el irse.

—Bueno si no lo intento, nunca lo sabré —respondió Sergio simulando con su tono de voz una cierta resignación.

—Debido a que usted es un extranjero han puesto la siguiente condición. Como le comenté el importe habitual que cobran por el periodo de entrenamiento es de 500.000 dólares. En su caso será de 1.000.000.

Esa era la baza que se estaba guardando el magnate japonés para intentar que Sergio desistiese de su idea. Deseaban que el hecho de poner un importe elevadísimo a la estancia en el “*Dojo Negro*” hiciese pensar al extranjero que no merecía la pena gastar tanto dinero en lo que ellos consideraban que era un capricho temporal.

Si Sergio rechazaba la propuesta su honor quedaba a salvo, lo mismo que su posición delante de los dueños del *Dojo*. Se notaba la satisfacción en el tono de voz de Daisuke Hashimoto ante lo que su familia consideraba una digna salida para ellos.

—Dígame por favor, la cuenta del banco y cuando desean que haga la transferencia —dijo Sergio con una voz tranquila y sosegada.

Se hizo un tenso y prolongado silencio a través de la línea telefónica. Estaba claro que la respuesta recibida ni se la esperaba, ni le había hecho ningún tipo de gracia. Su tono de voz todavía fue más seco y distante cuando añadió.

—No se deshaga del móvil por el que estamos hablando. En unos días se pondrán en contacto con usted y le dirán las instrucciones que tiene que seguir. Se identificarán como los dueños del “*Jardín del Loto Negro*” y que quieren quedar con usted para negociar la compra de un pedido de bonsáis. Tenga el dinero preparado en billetes grandes. Nada de transferencias bancarias.

—¡Perfecto! Muchas gracias por lo que su padre y usted han hecho por mi persona. Les quedo eternamente agradecido independientemente del resultado de mi entrenamiento...

—Señor Stone —dijo cortante el japonés.

—¿Sí?

—Con lo que acabamos de hacer queda saldada nuestra deuda con usted. No vuelva a ponerse en contacto nunca más por ningún motivo con nuestra familia.

—De acuerdo. Lo que ustedes deseen. Aunque debo decirle que lamento su postura —repuso con un humilde tono de voz.

Lo que le estaba diciendo el magnate japonés en aquellos momentos era algo que se esperaba. Había forzado demasiado la posición de su familia con aquella negociación. Lo sentía, pero su interés en recibir aquel entrenamiento era más importante que mantener la amistad con ese cliente. Al fin y al cabo solo los conocía del último caso. Es decir de hacía más o menos un mes. No es que fuese a perder una antigua y entrañable amistad. Lo peor que le podía suceder es que por la influencia de la familia en ciertos sectores, no recibiese más contratos de su entorno. Pero como bien sabía Sergio el mundo era muy grande.

—Y otra cosa más señor Stone —añadió Daisuke Hashimoto en el último instante—. Procure que no le echen demasiado pronto del *Dojo* y no hacer mucho el ridículo —dicho lo cual y sin querer prolongar más la conversación colgó el teléfono.

Todo lo anterior era lo que le había conducido a aquel sofá en el que estaba sentado en la recepción del hotel *Conrad Tokyo*, esperando a que unos desconocidos fuesen a buscarle.

4. Se rompen los sueños

Parque Nacional Jasper. Martes 8, Junio 2015

Mientras Rick Gálvez se dirigía desde la cabaña de madera en donde había pasado el fin de semana en aquella cadena montañosa del oeste de Canadá hasta su deportivo, iba pensando en cómo había llegado en base a su esfuerzo a la privilegiada situación que se encontraba. Sus frecuentes encuentros con la naturaleza le volvían nostálgico y reflexivo.

Aquellos fines de semana en donde elegía alguna montaña alejada del ruido de la ciudad, para hacer algo de deporte y relajarse hacían que reflexionase sobre su vida y la suerte que había tenido.

Los momentos de búsqueda soledad en donde hacía desde senderismo a escalada por aquellas verdes montañas servían para mantener su cuerpo y su mente en forma. Se relajaba los fines de semana en medio de aquella naturaleza que tanto contrastaba con el diario ambiente de trabajo de la ciudad en donde vivía.

A pesar de que Calgary la ciudad más grande de la provincia de Alberta en el oeste de Canadá, no era una ciudad de las proporciones de Los Ángeles o Nueva York, era una ciudad moderna y vital, con mucho movimiento y competencia.

Las principales industrias que movían la economía de Calgary eran tan dispares como el petróleo, el turismo, la alta tecnología y la agricultura. Era una ciudad llena de dinamismo y vitalidad, por lo que Rick necesitaba de vez en cuando alejarse de ella y encontrarse en soledad.

Sus amigos le solían tomar el pelo diciendo que debido a sus raíces latinas se parecía más aun “aldeano de monte” que a un hombre de ciudad y que mientras que ellos preferían pasar el fin de semana en restaurantes y locales bulliciosos, él prefería comportarse como un humilde ermitaño.

Tenía claro que como le apreciaban, era una forma de tomarle de vez en cuando el pelo, ya que muchos otros fines de semana los pasaba con ellos, visitando para poder contrarrestar sus opiniones, esos “antros de perversión nocturnos” denominación que utilizaba Rick para hablar de los locales de moda.

La verdad es que se encontraba muy a gusto con sus amigos, a pesar de ser un emigrante y de distinta nacionalidad lo habían admitido sin reservas, pero de vez en cuando necesitaba disfrutar de aquellas grandiosas montañas y desconectar de la ciudad. Además probablemente tendrían algo de razón, solía decirse a sí mismo, ya que los abuelos de Rick eran humildes campesinos.

Sus padres habían nacido en Honduras, un país de Centroamérica cuyo territorio era bastante heterogéneo, formado tanto por altas montañas, rodeadas de valles profundos y caudalosos ríos como de elevadas planicies. Era probable que su amor por la naturaleza le viniese de sus raíces, es decir de sus antepasados.

Sus padres habían emigrado desde su pueblo natal a California en Estados Unidos y habían fijado allí su residencia. Los comienzos de la familia no habían sido nada fáciles, trabajando su padre de obrero de la construcción y su madre de camarera en un bar. A pesar de lo humilde de sus puestos de trabajo consiguieron mantenerlos y hacerse de querer en sus empresas. Ambos eran grandes trabajadores que no daban ningún tipo de problema y siempre estaban dispuestos a echar una mano cuando hiciese falta.

Al cabo de un tiempo consiguieron obtener la nacionalidad americana y consolidar su vida en San Diego. Después de unos años tuvieron a su hijo Rick y posteriormente a su hija Yolanda. Eran una familia humilde pero con sus dos padres trabajando nunca echaron nada en falta. No tenían grandes aspiraciones y cubrían sus necesidades básicas sin problemas.

Conforme fueron creciendo, sus padres les hablaron claro a su hermana y a él de que debían aspirar a algo más que ellos en su vida. Y en Estados Unidos la mejor manera de tener un empleo digno era obtener una titulación adecuada

en una buena universidad.

La palabra de sus padres para ambos hermanos era algo sagrado y desde muy jóvenes se dedicaron a intentar conseguir los títulos que sus padres tanto deseaban.

Rick había hecho muchos esfuerzos a base de trabajar y trabajar para ayudar a sus padres a pagar sus estudios y los de su hermana. Y a la vez de estudiar y estudiar consiguiendo que le concediesen diferentes becas, hasta por fin llegar a ser admitido en la facultad de farmacia en la Universidad de California en la ciudad de San Diego.

El hecho de tener la suerte de que la Universidad los estudios de farmacia que él tanto ansiaba realizar y además se encontrase en la misma ciudad en que residía su familia, sirvió para que los costes que le suponían al él y a sus padres la realización de su carrera, no estuviese incrementada por los costes de alojamiento a los que se veían sometidos algunos de sus compañeros de facultad.

En aquellos años de su joven vida, no tuvo mucho tiempo para pertenecer a hermandades, ni conocer las fiestas, ni juergas a las que se dedicaron otros de los integrantes del campus. Su único objetivo era obtener las mejores calificaciones posibles de cara a continuar manteniendo su beca y acabar en las primeras posiciones de la clasificación de estudiantes de su promoción.

La mayoría de sus compañeros de estudios lo miraban como al bicho raro que no le gustan las fiestas y que solo se dedica a estudiar y a estudiar. Solo dos o tres más de los alumnos de su carrera que se encontraban en una situación similar a la suya, se comportaban de igual manera. Cuando alguien le pedía ayuda con alguna asignatura no tenía inconveniente en prestarla, por lo que no se granjeó ningún enemigo, ni fue burla de los típicos bromistas que buscaban novatos y víctimas para sus burlas. Probablemente a ello también contribuyó, su rostro de no tener ganas de líos y su moreno rostro latino.

Después de mucho esfuerzo por su parte y miles de horas de estudio acabó la carrera de farmacia siendo el número dos de su promoción, lo que le llevó a estar en el candelero de las grandes empresas farmacéuticas, así como de las universidades más importantes del país que deseaban que realizase el doctorado en ellas. Como se suele decir, tuvo muchos novios.

Al final consideró que la mejor oferta para su futuro de todas las que había

analizado, era la que le ofertó la *Columbia University*, situada en Manhattan, Nueva York. En ella se incluía una beca capaz de cubrir todos los gastos de sus estudios y alojamiento. Ni con el total de lo que ganaban todos los miembros de su familia en tres años hubiese sido capaz de cubrir el importe de aquella beca.

Durante el par de años que estuvo en la *Columbia* se centró exclusivamente en terminar su doctorado, intentando de nuevo obtener unas buenas calificaciones. Apenas salió fuera del campus universitario y con los conocimientos que adquirió de la ciudad de Nueva York, de sus monumentos y de su entorno, hubiese dado lo mismo que el campus de la universidad hubiese estado ubicado en Nueva York que en otro estado del país. Las únicas habitaciones que conoció fueron las de los laboratorios del departamento de farmacia y las de su humilde alojamiento.

Durante todos años de esfuerzo universitario, solo una obsesión rondaba su cabeza mientras estudiaba y estudiaba, no ser una carga para su familia y devolverles hasta el último penique de lo que ellos habían puesto para que él acabase sus estudios.

Por fin llegó el día en que tanto trabajo dio sus frutos y al final obtuvo su doctorado. La imagen de su familia el día en que le entregaron su diploma era algo que llevaba impreso a fuego en su cabeza. Jamás se le olvidaría la satisfacción de sus padres al verle recoger su título. Como le dijeron ese mismo día, cada dólar invertido en su formación les había sido devuelto con creces en el momento en que su hijo había recogido su acreditación como doctor por la *Columbia University*.

Para ellos aquel título les era máspreciado que cuando les entregaron el título de propiedad de su casa en San Diego. Nadie en su entorno familiar había llegado tan lejos estudiando y para sus padres era algo especialmente valioso.

También era algo muy apreciado en el mercado laboral, tanto académico como en el sector privado. La *Columbia University* no deseaba perderlo y le ofreció que pasase a formar parte de su profesorado. Varias importantes empresas farmacéuticas también le pidieron que se incorporase a sus plantillas.

Estuvo un par de meses de vacaciones en casa de sus padres, las únicas

que había tenido en muchos años, decidiendo a que se iba a dedicar en el futuro. Al final considerando que llevaba demasiados años encerrado dentro de los muros de dos universidades, se decidió a lanzarse a la empresa privada. Se decantó por una jugosa oferta como subdirector del departamento de investigación y desarrollo en una gran farmacéutica *Klonaxes, Ltd.* ubicada en Calgary, Canadá.

A sus padres les extraño que abandonase Estados Unidos para irse al país vecino, sintiendo por una parte pena porque su hijo viviese otra vez alejado de ellos y por otra una gran alegría enorme por ver lo bien que le iban las cosas.

Había pasado de ser uno más de los humildes miembros de una familia hondureña emigrada a Estados Unidos, a ser el subdirector de uno de los departamentos más prometedores de una importante multinacional. Le hacía gracia el que sus padres luciesen su cargo bastante más que él.

Estaba encantado con su trabajo y no pasaba una semana en donde no pensase en la suerte que había tenido al nacer en una familia que le había apoyado tanto a llegar a dónde se encontraba. Todos los meses ingresaba una parte de su sueldo en la cuenta de sus padres en lo que él consideraba su contribución natural a su familia.

El primer mes que lo hizo sus padres lo consideraron como una muestra de cariño y le dieron las gracias, pero el segundo mes al recibir aquella cantidad de dinero que era superior a la suma de sus sueldos le llamaron casi enfadados, diciendo que no era necesario que lo hiciese y que se guardase su dinero para él. Que seguro que lo necesitaba para establecerse en su nueva ciudad: adquirir casa, coche y otras necesidades.

Rick habló con sus padres, durante un gran rato en tono cariñoso, diciéndoles, que lo que ellos habían hecho con él era parte del milagro de su vida y que lo único que él hacía era aportar una cantidad para que su hermana también pudiese estudiar, evitándoles a ellos las privaciones que habían tenido que pasar con él.

Les dijo que no quería que nunca más pasasen privaciones, ni por él ni por nadie y que no se preocupasen por él. Añadió que gracias a lo que ellos le habían enseñado, para él, el resto de lo que le quedaba de su sueldo después de restar aquella cantidad era de auténtico rico.

Después de una larga conversación telefónica, sus padres que lo conocían

mejor que nadie y que sabían que era testarudo cuando se lo proponía, aceptaron bajo el supuesto de que el objetivo principal de aquella aportación era cubrir las necesidades del futuro de su hermana.

Con ello, consiguió que aceptasen que les iba a enviar todos los meses aquella cantidad de dinero. Seguían estando más unidos que nunca y con su sueldo actual era frecuente el que cogiese un vuelo cada pocas semanas y fuese a visitarlos.

Después de dos intensos días de haber estado practicando senderismo y algo de escalada por aquellas verdes montañas, se sentía una vez más lleno de vida y energía. Después de abandonar la tradicional cabaña de madera en donde había pasado el fin de semana se dirigía paso vivo hacia su coche. Iba arrastrando detrás suya una maleta de ruedas de tamaño medio y un gran bolso de deporte echado por encima del hombro.

Le encantaba contemplar su deportivo rojo. Era el único capricho que se había concedido a sí mismo en los últimos años. A pesar del buen sueldo que ganaba después de tantos años de estudio ajustando sus gastos, seguía teniendo la mentalidad austera y ahorrativa que le habían inculcado tanto la necesidad vivida con anterioridad como las enseñanzas de sus padres.

Los escasos compañeros de universidad que como él habían vivido parecidas condiciones de precariedad, con los que había compartido los escasos momentos de ocio que se habían podido permitir y que en la actualidad habían pasado a ocupar buenos cargos, estaban recuperando según ellos el tiempo perdido.

Con algunos seguía manteniendo un contacto esporádico por correo electrónico o videoconferencia y en cada una de sus conversaciones hacían alarde del último capricho que estaba de moda y que se habían comprado.

Bien fuese el último pantalón, el último traje, el último reloj. Estaba claro que para la mayoría de ellos que habían conseguido acceder a un buen sueldo era tiempo de desquitarse de la escasez que habían sufrido en sus tiempos de estudiante.

Rick sin embargo no necesitaba de esos objetos para sentirse feliz en su vida cotidiana. Vivía en un sencillo apartamento en un barrio de clase media de Calgary y su ropa, reloj y efectos personales eran los que cualquiera de su entorno se podía permitir: funcionales, duraderos y discretos.

No necesitaba para nada seguir la última moda o estar al corriente de cuáles eran los abrigos, corbatas cinturones y otros complementos que se llevaban en ese momento. Esta forma de ser le había permitido sin proponérselo directamente, el que rápidamente se granjease la amistad y el afecto de los trabajadores más humildes de su empresa que veían en él más a un compañero que había triunfado, que a un impertinente y distante jefe.

Su coche, era el único premio que había permitido darse. De siempre le habían gustado los automóviles y más los de carácter deportivo. Cuando una revista de coches caía en sus manos se la leía de cabo a rabo y estudiaba las características mecánicas de todos los modelos deportivos que contenía. Sus prestaciones, sus peculiaridades, su tecnología y sus consumos.

Nunca había tenido la ocasión de conducir uno, a pesar de conocerse las marcas, modelos y detalles de prácticamente todos los deportivos del mercado, la única vez en que uno de sus pocos amigos de universidad adinerados le había dejado conducir el coche de su padre, había tenido que declinar la invitación dado que pese a su edad todavía no disponía de carnet de conducir.

Cuando empezó a ganar su sueldo y viendo como el dinero debido a su innata austeridad se incrementaba en su cuenta bancaria mes tras mes, pensó que quizás era el momento de comprar aquello que toda la vida había soñado. En los primeros meses el desplazamiento de su apartamento a la empresa, lo llevaba a cabo como siempre lo había hecho hasta aquel momento: andando y en autobús.

Conforme fue consolidando su puesto en la empresa, y debido a su forma de ser, su trabajo le fue absorbiendo más y más horas. Su jefe viendo que además de su larga jornada laboral, dedicaba aproximadamente otras dos horas en los desplazamientos diarios de ida y vuelta, le comentó que era una buena idea el que se comprase un coche con el que evitar el tener que madrugar tanto y con el que llegar cuando acabase su jornada laboral antes a su casa. Para animarle a hacerlo le indicó que así conseguiría más tiempo de descanso y al día siguiente sería más productivo para la compañía.

Rick que nunca en su vida había gastado tanto dinero como lo que costaba un coche, a pesar de los consejos de su jefe se estuvo resistiendo todavía tres meses antes de decidirse a realizar la compra del vehículo.

Al final tres factores se unieron en su contra y tuvo que claudicar. El primero fue que a requerimiento de la empresa y debido a su cargo tuvo que empezar a desplazarse entre los diferentes locales con los que contaba en Calgary su empresa.

El segundo fue su nueva afición, sus encuentros con la madre naturaleza. Ni en San Diego, ni en Nueva York había salido mucho de la ciudad, teniendo que ser un hombre de asfalto. Pero allí en Calgary era frecuente el que la gente saliese de vez en cuando a disfrutar de la inmensidad de aquellas cercanas montañas. Bien a pasear, a hacer senderismo o los más aventureros a escalar.

Después de un par de invitaciones por parte de algunos compañeros de trabajo de que les acompañase a pasar el fin de semana en aquellas montañas, ya no pudo dejar de hacerlo.

Al principio cuando no iba en grupo, y no tenía la oportunidad de ir en los coches de los demás, se las apañaba cogiendo trenes y autobuses, lo que hacía que cualquier salida de fin de semana se redujese a un día de transporte y a otro de disfrute.

El tercer motivo para por fin decidirse a adquirir un coche fueron una vez más sus padres. En una de sus frecuentes conversaciones telefónicas les comento su situación tanto de trabajo como de disfrute y los problemas con que se encontraba al realizar sus desplazamientos para disfrutar de la naturaleza.

En un momento dado de la charla también se le escapó su afición por los deportivos, mencionando dos o tres modelos que le encantaban y por los que casi lanzó un suspiro en un par de momentos de la conversación. Sus padres no pudieron menos que reírse a carcajada limpia de su “inmenso problema”.

Con todo el cariño del mundo su padre le preguntó que para qué quería el dinero y que ya era hora a su edad de que se diese un capricho. Su madre por otra parte gran conocedora de su hijo, llevó la conversación por otros derroteros, aconsejándole que si de verdad quería estar descansado y ser útil y productivo para su empresa debía seguir los buenos consejos de su jefe y estar contento y descansado.

Le indicó que aquellos fines de semana en las montañas eran absolutamente necesarios para oxigenar su cuerpo y su cerebro y que eran lo mejor que podía hacer para rendir más en su trabajo durante el resto de la

semana.

Además la adquisición de su deportivo le salió por bastante menos importe que el que se había planteado inicialmente. A los pocos días de la conversación con sus padres, le llamaron a petición de su jefe del departamento de recursos humanos de su empresa para que se pasase a elegir el coche que la compañía ponía a disposición de aquellas personas que ocupando un cargo como el suyo lo deseasen. Por ser un ejecutivo de nivel alto podía elegir entre varios de los modelos disponibles de alta gama.

Gran conocedor de los precios de mercado de automoción, consiguió no reflejar en su rostro la sorpresa que le produjo al estar con la persona encargada del asunto en el departamento de recursos humanos, cuando vio el alto nivel de los coches que la empresa ponía a su disposición.

A pesar de lo austero que era con sus decisiones personales, era muy ágil de mente y bueno con las relaciones humanas. En un momento de la conversación le preguntó a la persona de recursos humanos, una chica llamada Carol, a ver si había algún problema en elegir otro tipo de coche con el que se sintiese más a gusto. Que el coche quizás era más caro, pero que él no tenía ningún problema económico en poner la diferencia.

Carol, le dijo que no, que no existía ningún problemas. En la mayoría de las ocasiones los ejecutivos se limitaban a elegir un coche entre los modelos disponibles, pero que en algunos casos, ciertas personas preferían elegir otros coches y llegar a un acuerdo con la compañía.

Les daba igual que el modelo elegido fuese un todoterreno, un sedán, un familiar o un deportivo, pero que la restricción que ponía la empresa era que debían ser modelos de las dos marcas de coches con las que la empresa tenía un acuerdo.

Afortunadamente para él eso no iba a ser un problema dado que uno de los deportivos que más le gustaban era de una de las marcas que le daban a elegir. Junto con Carol eligió el modelo, el color y los extras de los que disponía el coche. Cuando terminó la selección Carol calculó el importe que le tocaba aportar a Rick y le comentó que se lo restarían de la nómina durante los próximos tres años.

Rick abandonó aquel despacho dándole las gracias a Carol y ya de camino a su despacho en un momento en que se encontraba solo en uno de los pasillos,

no pudo menos que saltar al aire y lanzar el grito de “Siiiiii, lo he conseguido”.

Al final la suerte le había vuelto a sonreír y había conseguido el deportivo que tanto había soñado por una décima parte de su valor. Del resto se encargaba la empresa. Estaba encantado con su vida, su empresa y el trabajo que realizaba para ella.

Metiendo la maleta y su bolsa en el maletero del coche, recordaba las sensaciones que había tenido la primera vez que se había sentado a los mandos del mismo después de haber obtenido el carnet previamente. Aquellos minutos habían significado para él la consumación de un logro, más incluso que cuando le habían otorgado sus diplomas universitarios. No era el hecho de poder pagar el importe del coche, si no la materialización de que tanto esfuerzo le había permitido llegar hasta ahí.

Ahora en la actualidad se había hecho un consumado conocedor de las carreteras de aquel parque nacional. Depositó su equipaje en el maletero de coche y se sentó al volante. Vio en el asiento del copiloto el par de hojas que había depositado él mismo, el viernes antes de subir a las montañas.

Lo había dejado allí esperando al lunes porque nunca se llevaba ni informes, ni portátil, ni tabletas electrónicas, ni ningún otro material de trabajo a sus estancias en las montañas. Esas jornadas eran de absoluto relax y era una regla que se había impuesto a sí mismo desde el primer día de salida.

Las hojas de papel de oficina estaban escritas a mano por él mismo y resumían las notas principales sobre una nueva línea de investigación que quería proponer al comité de dirección. Esperaba que se la aprobasen y realizar su salida al mercado en los próximos meses.

Rick era una persona discreta y meticulosa, por lo que sin estar seguro y convencido de la propuesta que quería lanzar no había aventurado nada a sus superiores.

A veces es curiosa la importancia que poseen ciertos papeles. A unos centímetros de su mano estaban parte de sus conclusiones y lo que le iba a llevar a redactar un informe técnico de aceptación o rechazo a su propia idea. La línea de investigación era en cierta forma nueva y revolucionaria, pero Rick no tenía muy claro todavía si era conveniente para su empresa el participar en su desarrollo.

Debido a sus dudas había quedado con una colega de profesión de una tercera empresa farmacéutica para realizar al día siguiente una videoconferencia y compartir sus ideas.

Puso su deportivo en marcha y sintió esa satisfacción que sienten los conductores entregados a su afición cuando oyen el ruido producido por un motor de coche bien ajustado. Agarró el volante con suavidad y puso el coche en movimiento. La carretera que le llevaba hasta aquella cabaña en las alturas de aquellas montañas era estrecha, con muchas curvas y con una elevada pendiente. Apartó de su cabeza los pensamientos relativos al cercano informe y se dispuso a centrarse en la conducción por aquel peligroso pavimento. Había varias curvas cerradas en las que era necesario reducir la velocidad.

Llevaba un par de cientos de metros conduciendo cuando se encontró en la zona más peligrosa de aquel tramo de la carretera. El lado derecho de la misma daba a un barranco que aunque no estaba cortado a pico, la pendiente de caída era muy pronunciada.

Rick se acercaba en esos momentos a una de las curvas, por lo que pisó el freno para entrar en ella a baja velocidad. No pasó nada, el automóvil siguió circulando a la misma velocidad. A pesar de ser un frío científico, un ramalazo de pánico acudió a su cuerpo. Volvió a pisar el freno, con los mismos nefastos resultados.

Adicionalmente y para su desgracia la pendiente de la carretera hacía que se incrementase la velocidad. Estando ya cercana la curva se intentó centrar en tomarla de la mejor manera posible. Pensaba que una vez pasada la curva, ya reduciría la velocidad en base a cambiar las marchas manualmente con la palanca de cambios.

Nunca tuvo esa segunda oportunidad.

Al llegar al principio de la curva y para su inmensa sorpresa, el volante se bloqueó impidiendo realizar cualquier tipo de giro. Rick solo tuvo tiempo para contemplar anonadado como su coche golpeaba la escasa protección metálica de la curva, rompiéndola, precipitándose montaña abajo.

5. Adiestramiento japonés

Tokio. Miércoles 12, Abril 2012

Tres corpulentos hombres vestidos de negro y con gafas de sol en el rostro para propiciar que fuese más difícil su reconocimiento se acercaron a dónde Sergio estaba cómodamente sentado. El que parecía ser el líder del grupo se dirigió hacia él y le preguntó en un pobre y rudo inglés.

—¿Es usted el señor Stone?

—Sí. Estaba esperándoles —respondió él en japonés.

—Síguenos por favor.

Y sin más dilación se puso en movimiento en dirección a la salida del hotel. Sergio se levantó del sofá, cogió la mochila en donde llevaba, algo de ropa, algunos objetos que siempre llevaba encima y las cosas básicas de aseo cuando uno cree que va de campamento para unos días y les siguió.

En el *parking* reservado a los huéspedes del mismo había una monovolumen negra esperando con el motor en marcha. Uno de los hombres se sentó al lado del conductor. El líder con el otro en el asiento de atrás, dejándole a él situado en el asiento del medio. Una vez que el vehículo se puso en marcha el líder le pidió a Sergio.

—Por favor, ¿me deja ver el contenido de su mochila?

Lo dijo en un tono que pretendía ser amable pero estaba claro que pensaba analizar el contenido del interior de la mochila de Sergio, con o sin su permiso.

—Faltaría más —respondió Sergio descorriendo el par de cremalleras de

la misma y entregándosela.

Una vez revisado el escaso contenido, el hombre se la devolvió y extrayendo de uno de los bolsillo de su chaqueta una bolsa negra de tela le dijo a Sergio.

—Señor Stone es totalmente necesario que se ponga esta capucha hasta que lleguemos a nuestro destino. No tema no corre ningún peligro. La ubicación de nuestra escuela, es y debe seguir siendo para todos los invitados a la misma un absoluto secreto —para intentar quitarle importancia añadió—. Hacemos lo mismo con todos los alumnos que nos visitan. Usted no puede ser una excepción por el hecho de ser extranjero —a Sergio le pareció que ponía un énfasis especial en la palabra extranjero—. Y no se inquiete, no tenemos ningún interés especial en hacerle daño.

—No se preocupe. Lo entiendo —respondió con un absoluto tono de tranquilidad en su voz—. Las reglas son las reglas y no debe haber ningún tipo de excepciones.

Sergio agachó despacio la cabeza y el japonés se la introdujo en la alargada capucha negra. Después la ajustó hasta quedarse conforme con su posición, comprobando que no se le iba a caer en un movimiento fortuito.

Se desplazaron en la monovolumen durante unos veinte minutos a una velocidad típica de ciudad entre cuarenta y cincuenta kilómetros por hora. Cuando se detuvieron y antes de apearse, el líder se dirigió de nuevo a Sergio y le dio las siguientes instrucciones.

—Ahora nos vamos a bajar de este vehículo, pero todavía no hemos llegado a nuestro destino, por lo que no debe quitarse de momento la capucha. Nosotros le sujetaremos con cuidado del brazo mientras camina para que ande confiado, no se tropiece o choque con algún tipo de obstáculo. En un par de minutos le subiremos a un helicóptero que nos llevara directamente a nuestro destino final.

—Entendido. Estoy en sus manos —repuso Sergio en un tono de voz tranquilo. Y para relajar la conversación añadió—. Sí que se toman ustedes precauciones para mantener el secreto de la ubicación de su escuela.

Una vez dentro del helicóptero, estuvieron en vuelo durante aproximadamente hora y media, lo cual según los cálculos de Sergio podía situar a la escuela en un radio de doscientos kilómetros alrededor de Tokio. Lo

que no era posible saber dentro de aquel helicóptero era en qué dirección y sentido.

Al llegar a su destino ya había anochecido, lo bajaron con cuidado del helicóptero y lo condujeron a uno de los edificios situado a unos doscientos metros de la pista de aterrizaje. Después de cruzar un par de puertas y un pasillo, lo introdujeron en una pequeña habitación en donde por fin le quitaron la capucha de la cabeza.

El cuarto estaba amueblado austeramente al estilo tradicional japonés. El suelo formado por placas de tatami, rodeaba la cama central que era un futón de estilo bastante sencillo apoyada en su cabecera contra una de las paredes de la estancia. Estaba claro que en el dineral que había pagado por el entrenamiento no estaba incluido las comodidades.

—Esta será la habitación en donde se aloje mientras dure su estancia entre nosotros —dijo con un leve tono irónico e su voz—. Sus condiciones son las mismas que las del resto de nuestros alumnos. Ahora le sugiero que no abandone la habitación, que saque las cosas de su mochila y las disponga como quiera. Ahí tiene unas estanterías —añadió señalando el único mueble de la habitación—. Además le recomendaría que procurase dormir. Mañana se le despertará pronto y el entrenamiento al que lo someteremos es muy duro. Si dura con nosotros —esto último lo dijo como si no creyese en absoluto que fuese así— todo el tiempo libre del que disponga aprenderá a dedicarlo a descansar.

—Gracias por el consejo —dijo bostezando para dar más veracidad a su siguiente frase—. La verdad es que llevo viajando casi dos días seguidos, por lo que seguiré su magnífica recomendación y me echaré a dormir ahora mismo.

—Me parece muy adecuado —y los hombres de negro que le habían conducido hasta allí se encaminaron hacia la puerta para abandonar la habitación.

Justo cuando el líder estaba cerrando la puerta por el exterior. Sergio le hizo una última petición.

—Perdone. Les agradecería mucho el que alguien me trajese una botella de agua. Estoy sediento, —el interés de Sergio estaba más en ver el tipo de servicio del que iba a disponer y el personal de las instalaciones, que la necesidad de beber en sí misma.

—Ahora mismo me encargo de que alguien se la traiga —lo dijo amablemente aunque demostraba claramente que la petición no era de su agrado.

Sergio aprovechó el que le dejaran solo durante esos minutos para extraer las cosas de su mochila y analizar detenidamente su pequeña habitación. No encontró nada especial. Movi6 una de las estanterías para ver si había algo detrás y nada. Levantó el fut6n del suelo y tampoco.

El cuarto era lo que parecía ser. Una austera habitación. Justo cuando volvía a colocar el fut6n en su sitio, alguien llamó firmemente a la puerta.

—¿Sí? Adelante. Pase —dijo Sergio.

Un hombre vestido de negro de la misma manera que el grupo que le había llevado hasta allí se introdujo en la habitación con una jarra de barro que debía contener agua. Dio un paso en el interior, dejó la jarra en el suelo y sin pronunciar una sola palabra se retiró.

Sergio se acercó al agua y bebió un largo trago. Estaba fresca y tenía buen sabor. Depositó la jarra en una esquina, se quitó la ropa y se puso un pijama que había traído en la mochila y se tendió sobre el fut6n.

Le había hecho gracia la frase que le había dicho el líder sobre que intentase descansar. Una de las especialidades de Sergio y de las cuales sus amigos se reían desde su juventud, era que podía dormir cualquier cantidad de tiempo y prácticamente en cualquier lugar: avión, coche, barco, autobús y tren entre otros.

Cuando una o dos veces al año volvía a casa de sus padres, todavía le recordaban aquella vez en que habiendo ido al médico por un esguince la enfermera le había pedido que se tumbara en la camilla mientras iba a por una venda. La chica había tardado escasamente un par de minutos y a su vuelta se lo había encontrado dormido.

Era capaz de dormir cualquier cantidad de tiempo: cinco minutos, diez minutos, dos horas, no tardando nada en caer profundamente dormido y aprovechando siempre al máximo el tiempo de que disponía para descansar.

Se acomodó en el fut6n, cerró los ojos y al cabo de unos segundos estaba profundamente dormido.



A las seis de la mañana alguien llamó a la puerta de su habitación con dos golpes fuertes. Hablaba un pobre inglés y en voz alta le dijo.

—¡Señor Stone por favor! ¡Levántese inmediatamente y ábrame la puerta!

—¡Espere un momento a que me vista! ¡Ahora salgo! —le respondió Sergio simulando estar más dormido de lo que realmente estaba. Su capacidad para dormirse en cualquier momentos se complementaba con un despertar en plenas facultades mentales inmediato.

—No es necesario que se vista. Precisamente le traigo su uniforme de entrenamiento —le dijo la voz del otro lado de la puerta.

Sergio se levantó tal y como estaba y se dirigió a la puerta. Estaba claro que la persona al otro lado de la puerta en su papel de sirviente, no se atrevía a traspasar la puerta a pesar de su nerviosismo, dado que como muy bien sabía Sergio, esta no disponía de ningún tipo de cerrojo o pestillo interior por lo que no había nada que se lo impidiese.

Para pasar lo único que tenía que haber hecho era desplazar la puerta corrediza. Al hacerlo Sergio se encontró en vez de a uno de los corpulentos guardaespaldas que lo habían traído a la escuela la noche anterior a una persona de mediana edad, no muy alta y delgada, que le hizo una reverencia cortésmente haciendo la típica inclinación de cabeza propia del saludo japonés.

—*Ohayô gozaimasu*. Perdón —dijo cambiando al inglés dándose cuenta de que le había saludado rutinariamente en japonés de forma automática como solía hacer con el resto de los huéspedes. Se iba a tener que acostumbrar a que de ahora en adelante se trataba de un extranjero—. Buenos días señor Stone.

—*Ohayô gozaimasu*. Prefiero que me hable en japonés —le dijo Sergio en su idioma, inclinando la cabeza y devolviéndole también cortésmente el saludo— así podré practicar su idioma mientras me encuentre aquí.

El japonés reflejó en su rostro la sorpresa que el proceder del extranjero le había generado. Tanto el haberle hablado en japonés, como la devolución del saludo educadamente. A todos los efectos a Sergio le pareció una persona de origen humilde cuya misión tenía que ser la de encargarse de los huéspedes y de las habitaciones.

En sus brazos extendidos portaba pulcramente doblados un conjunto de prendas negras. Parecía que había dos o tres tipos de ropas diferentes. Un par

de ellas parecían uniformes de combate y otro par parecían kimonos similares a los que se usan en Judo o Karate.

Así como las anteriores estaba claro que estaban dedicadas al entrenamiento, el tercer tipo de ropa del cual había camisas y pantalones de telas más finas, parecían más apropiadas para los momentos de descanso de los que pudiesen disponer.

Sergio iba directo a coger la ropa de manos del sirviente, pero este con agilidad y elegancia esquivó el movimiento dirigiéndose hacia las estanterías y colocó en diferentes baldas cada uno de distintos tipos de ropa. Después viendo la pregunta implícita en el rostro de Sergio cogió un uniforme de combate y se lo entregó a Sergio diciéndole.

—Por favor póngase esto rápidamente y acompañeme. No estaría bien que llegásemos los últimos —dijo con un claro tono de preocupación en su voz.

—No, no estaría nada bien. Por lo menos el primer día —respondió Sergio a sabiendas de que la frase de típico humor europeo no iba a ser fácilmente comprendida por aquel sirviente.

El hombre corrió de nuevo la puerta y esperó en el exterior. Sergio rápidamente se puso el uniforme comprobando que era de su talla y se le ajustaba al cuerpo perfectamente. Al minuto estaba vestido y acompañaba al exterior de la casa a su acompañante.

En esa época del año, a esas horas de la mañana ya estaba amaneciendo y se disponía de suficiente claridad como para contemplar lo que la noche anterior debido a la oscuridad y a la capucha que llevaba puesta en la cabeza no había podido distinguir. Se encontraban en un amplio rectángulo de hierba en el que a cada lado del rectángulo se hallaba ubicado un edificio. Eran cuatro *Shoin-zukuri*. Edificios tradicionales típicos de la arquitectura residencial japonesa utilizada desde hacía siglos en construcción de las mansiones de los samuráis.

Mientras disfrutaba de la paz y tranquilidad que transmitían aquellas edificaciones situadas en medio de la naturaleza y satisfecho de haber sido el primero en salir, pudo contemplar cómo fueron llegando el resto de los alumnos que iban a tomar parte en los entrenamientos.

Iban acompañados del mismo modo que él por sus sirvientes y otro conjunto de personas que debían ser un instructor y sus ayudantes. Le pareció

distinguirlos a unos de otros porque los alumnos llevaban el mismo uniforme que él. Sin embargo el que parecía un instructor llevaba un uniforme del mismo corte que los de los alumnos, pero portaba un brazalete de color rojo en el brazo izquierdo.

En aquel momento se encontraban en aquella especie de patio en el porche de una de las edificaciones y presidiéndolo todo dos individuos de unos sesenta años de edad. Cada uno de ellos llevaba un kimono complementario al del otro. El de uno era de color blanco con cintas negras y el del otro era un kimono negro con cintas blancas. Sergio supuso que eran los maestros al que el resto debía obediencia.

Además, colocados entre ellos y el instructor había varios jóvenes que parecían sus ayudantes, de diferentes edades y que llevaban un brazalete de color blanco. Sergio estaba seguro de que cada color de brazalete tenía un significado diferente y de que con el paso del tiempo averiguaría su sentido.

El que parecía que llevaba la voz cantante, de mediana edad y que llevaba el brazalete rojo se dirigió con paso vivo hacia el conjunto de alumnos y con voz tonante del hombre que está acostumbrado a dar órdenes les dijo.

—¡Alumnos! ¡Formad una línea recta delante de nosotros! —y señaló una raya imaginaria con el dedo, a una distancia de unos cinco metros de donde se encontraba.

Tanto el sirviente de Sergio como los que acompañaban al resto de los alumnos, salvo cuatro, abandonaron el patio en silencio dirigiéndose a los edificios colindantes. Sergio supuso que a partir de ese momento irían a encargarse de sus labores diarias. Se acercó al lugar donde le habían indicado y formó una línea con el resto de alumnos. Aprovechó esos segundos para fijarse en ellos y contarlos. Cuál sería su sorpresa al distinguir que entre ellos había una chica.

Teniendo en cuenta como lo visto hasta ese momento en el recinto, según sus conocimientos se ajustaba a los patrones tradicionales japoneses de la cultura samurái, no esperaba que admitiesen mujeres en su escuela de entrenamiento y menos como alumnos.

Aunque hizo todo lo posible para que no se le notase en su rostro aquel descubrimiento le había dejado francamente sorprendido. No se lo esperaba en absoluto. En los escasos instantes que tuvo para contemplarla, solo la pudo

ver parcialmente y de refilón pero le pareció una auténtica belleza, lo que aún le pareció más raro. No conociendo todavía las normas del lugar, ni los estrictos que eran con ellas, no empleó mucho tiempo en curiosear al resto de sus compañeros.

El hombre que había hablado avanzó un par de pasos hacia ellos y en voz alta, como en un ejercicio se dirige un sargento a los nuevos reclutas que acaban de llegar les dijo.

—Hasta que no os ganéis el derecho a seguir permaneciendo aquí y conocer nuestros nombres os dirigiréis cuando sea necesario a los que llevamos un brazalete como “Señor”. A ellos —añadió señalando con su dedo índice a los que portaban brazaletes de colores— con la palabra “Maestro”.

—“Bueno, de momento ha quedado clara la jerarquía que imperaba en estas instalaciones” —pensó para sí mismo Sergio.

—Ahora combatiréis frente a los guerreros que llevan un brazalete blanco. Aquellos que no aguanten al menos dos minutos abandonarán hoy mismo el recinto. Los que aguanten ese tiempo permanecerán con nosotros. Las reglas del combate son muy sencillas. Valen técnicas de cualquier arte marcial japonesa. No vale atacar los ojos o los genitales del oponente. Cualquier otro tipo de técnica de ataque está permitida, incluidos golpes, luxaciones o estrangulamientos. Si durante el combate alguien se quiere rendir es suficiente con que dé una palmada con la mano abierta en el suelo. Tú —dijo señalando al primero de los componentes de la fila por la derecha de Sergio— séparate de la fila y ponte ahí —añadió señalando una zona a pocos metros.

Después dirigiéndose a uno de los ayudantes que le acompañaban, le hizo un gesto indicándole que iba a ser él, el que se enfrentase al primer alumno de la prueba. El señalado se desplazó hasta situarse a unos tres metros enfrente de su contrincante y ambos esperaron a que instructor que iba a ejercer de juez se situase en el medio de perpendicular de la línea que imaginaria que los unía y que diese la señal para dar comienzo al combate.

—*Hajime!* —gritó con fuerza utilizando la palabra típica del judo, karate y otro tipo de disciplinas japonesas para empezar la lucha.

Ambos contrincantes empezaron a girar en círculo, despacio y estudiándose fijamente. Ninguno de los dos conocía en que disciplinas era experto su oponente lo que hacía que principalmente en el caso del alumno

fuese especialmente cuidadoso y estuviese a la espera de que el primer movimiento lo diese el que portaba el brazalete.

Después de casi diez segundos de giro el combatiente del brazalete avanzó velozmente lanzando un golpe de kárate hacia el corazón con la mano abierta en punta imitando a una lanza. El alumno esquivó el golpe desplazando su cuerpo lateralmente hacia el lado derecho, pero solo había sido un movimiento para esconder el verdadero ataque que vino ejecutado por una patada dada por el mismo lado derecho por el que había intentado desplazarse.

El golpe fue tremendo y le alcanzó en medio de las costillas, haciendo que se doblase por el medio. Mientas boqueaba falta de aire debido al terrible impacto, recibió un segundo golpe en la pierna que lo derribó al suelo boca arriba. El luchador del brazalete sin perder un segundo se lanzó encima suya con la rodilla por delante y un salvaje golpe en el pecho que le sacó el poco aire que le quedaba en los pulmones. No queriendo prolongar el castigo y viendo que el alumno estaba semiinconsciente, siendo absolutamente incapaz de dar la palmada en el suelo y rendirse, el instructor gritó.

—¡Mate! —palabra que en japonés significaba que se parase el combate y se separasen los contrincantes.

A pesar de ello el luchador del brazalete dio la sensación de que deseaba dar un golpe adicional, pero antes de hacerlo miró a la cara del juez que le expresó claramente su desaprobación, por lo que no tuvo más remedio que separarse y volver al lugar inicial que había ocupado justo antes del comienzo del combate.

El juez se inclinó sobre el alumno, le palpó el pecho por si tenía alguna costilla rota y viendo su lamentable estado hizo una indicación a los cuatro sirvientes que estaban a un lado para que se acercasen y se lo llevarasen. Sergio no oyó lo que les dijo pero cogieron entre sus brazos al caído y lo llevaron al interior de uno de los edificios.

El que ejercía de juez se levantó y dirigiéndose a los componentes de la fila les dijo en voz alta.

—Ya habéis visto como tratamos aquí a los que no están preparados y no son dignos de recibir nuestro entrenamiento —y mirando detenidamente a los que quedaban en la fila añadió—. ¿Alguien quiere abandonar ahora que todavía está a tiempo para no acabar en el mismo estado que el que acaban de

llevarse?

Sergio tuvo la sensación que en el recorrido que hizo con la mirada mientras hablaba se detuvo algo más de tiempo en él que en el resto. A pesar de lo que habían visto ninguno dijo nada. Estaba claro que preferían seguir y arriesgarse a salir lesionados que perder su honor en ese momento y dañar irremediablemente su orgullo.

Sergio era el último de la fila y pudo de esa manera ver en detalle el resto de los combates, estudiando las técnicas de los diferentes luchadores de brazaletes blancos que en cada enfrentamiento se iban cambiando. Viéndolos quedaba claro que aunque algunas de las técnicas que utilizaban eran similares, cada uno de ellos estaba especializado en un determinado estilo de lucha.

Se sucedieron los combates hasta llegar a la chica que ocupaba el antepenúltimo lugar en la fila. El resto de los alumnos después del primero aunque habían perdido frente a su respectivo oponente del brazaletes, habían superado los dos minutos de tiempo por lo que permanecerían de momento en la escuela.

Cuando le llegó el turno a la chica del pelo negro, el que ejercía de juez le indicó como había hecho en los casos anteriores que se situase en la zona de comienzo y le asignó como contrincante a uno de los luchadores de brazaletes que había utilizado ya en un par de combates anteriores. No era especialmente corpulento, pero sí tenía unas técnicas fluidas y depuradas.

Sergio aprovechó los segundos de desplazamiento de la chica para observarla. Como había vislumbrado parcialmente desde su posición en la fila, la chica era una auténtica belleza. Más alta que la media de las mujeres japonesas, de un pelo de intenso negro azabache que le caía unos cinco centímetros por debajo de los hombros y unos ojos ovalados preciosos.

Toda aquella situación generaba en él todavía más extrañeza. ¿Por qué semejante belleza se encontraba allí, junto a todos aquellos hombres peleando para poder continuar recibiendo instrucción de combate? Aunque no lo veía nada fácil visto como empezaba aquello, esperaba tener la fortuna de permanecer el tiempo suficiente en la escuela para averiguarlo.

Aunque se estuviese fijando en esos momentos, más en los negros ojos de su rostro ovalado que en el resto de su perfecta anatomía, no pudo menos que

apreciar que su esbelta figura hacía juego con aquel maravilloso rostro. A pesar de no estar fijándose especialmente en ellos, le dio la sensación de que en sus movimientos se apreciaban gracilidad, fluidez y firmeza.

—*Hajime!* —gritó con fuerza utilizando una vez más la palabra japonesa de inicio de combate.

Como en casos anteriores ambos contendientes dedicaron unos segundos a estudiarse mientras giraban en torno a un imaginario círculo. En un momento dado el luchador del brazalet con una cruel sonrisa en su rostro avanzó velozmente hacia ella con la intención de agarrarle el uniforme y utilizar una técnica de proyección para lanzarla por encima de su cuerpo mientras él giraba agachándose entre sus piernas.

Pareció que ella se había quedado inmóvil y no pensaba hacer nada, ya que permitió que su oponente le agarrase el uniforme, pero en el momento que se giraba, ella imprimió velocidad a su cuerpo girando en el mismo sentido. A la vez le echó mano al agarre que él había realizado cogiéndole por la muñeca forzándola con la velocidad de su giro en un ángulo imposible.

Se oyó un seco crujido cuando la muñeca se rompió y un alarido de dolor salió de su oponente cruzando el patio. Ella ni se inmutó simplemente desplazó su cuerpo hacia el otro brazo del oponente y cambiando el sentido de giro utilizó la misma técnica que el otro había intentado utilizar para proyectarlo sobre su cabeza.

Sin poder usar más que un brazo para poder equilibrarse o intentar caer dignamente el impacto contra el suelo fue terrible. Antes de que pudiese intentar levantarse, ella le puso una rodilla sobre el pecho y otra sobre el cuello, ejerciendo presión.

Sabiendo que no tenía sentido resistirse en aquel estado el luchador del brazalet golpeó el suelo con la mano abierta de su brazo bueno indicando que acabase el combate y que así mostraba su rendición.

La muchacha lo soltó y sin dedicarle una nueva mirada, se dirigió a su posición en la fila. En ella la mayoría de los componentes no salían de su asombro. Aquella chica había demostrado en unos segundos que podía ser más peligrosa que cualquiera de ellos. Ningún alumno había conseguido vencer a su oponente. Ella sin embargo se había desecho de su oponente en unos instantes sin recibir el más ligero roce y volvía mirando desafiante al juez a su

posición inicial de lucha sin apenas haber alterado su ritmo respiratorio.

El siguiente combatiente a ella fue el segundo alumno en perder un combate aquel día. También se lo llevaron en brazos los sirvientes después de haber recibido una paliza.

Por fin le llegaba el turno a Sergio. El que ejercía de juez de nuevo como había hecho con los anteriores alumnos, le indicó que ocupase su posición y le eligió como contrincante al primer luchador. Al que había eliminado al primer alumno de forma tan salvaje.

En los pocos segundos que empleó Sergio en desplazarse a su posición pudo percibir lo que iba a significar ser un extranjero en aquella escuela. Los que llevaban brazaletes le dirigieron miradas de clara amenaza y desprecio, incluso le pareció leer en los labios de uno que pronunciaba en voz baja la palabra *gaijin*, término despectivo de extranjero en japonés.

Pudo notar las mismas señales en el resto de los componentes de la fila. Sus supuestos compañeros. En vez de estar de su lado por ser un alumno más, también lo despreciaban. En parte porque pensaban que era un extranjero sin ningún mérito para estar en esa fila y en parte por tener alguien en quien volcar las frustraciones de los combates que habían vivido y que probablemente iban a tener que sufrir en un futuro cercano. Y quizás también en parte por el deseo de que aquel *gaijin* fracasase donde dos de sus compatriotas, también lo habían hecho anteriormente.

No tuvo claro si eran más sus ganas de pensar que había sido así o la falta de tiempo para fijarse en mayor profundidad o le pareció que la única persona que no estaba en aquel recinto manifiestamente en su contra era aquella muchacha. No le dedicó ningún gesto de ánimo, pero tampoco de desprecio.

Intentando apartar de su cabeza todos estos pensamientos, se preparó para el combate. Dejó su mente en blanco y se relajó. En aquellos momentos tan decisivos sólo esperaba tener un poco de suerte y que todas las horas que había pasado practicando con Javier Zubieta en su tatami le hiciesen digno de sus enseñanzas y le sirviesen en esos momentos para salir de aquel trance.

—¡*Hajime!*—gritó una vez más el juez pensando en terminar pronto con el último de aquellos combates.

Esta vez, como considerando que aquel extranjero no era ningún rival a tener en cuenta, el luchador del brazaletes no dedicó ningún segundo a estudiar

a su adversario. Se abalanzó velozmente sobre Sergio, intentado realizar la misma técnica que tan bien le había servido en su primer combate.

De nuevo lanzó un golpe de karate al corazón con la intención de o bien alcanzarlo o bien que si era capaz de esquivarlo lo hiciese desplazándose lateralmente hacia la derecha. Sergio que se había dedicado a estudiar las técnicas empleadas por los ayudantes en los combates anteriores para prepararse, recordaba perfectamente cómo había ganado este luchador su primer combate y lo brutal de su comportamiento contra su oponente.

En vez de desplazarse hacia la derecha lateralmente, esquivó el golpe al pecho girando sobre sí mismo, y en el momento en que llegaba la patada utilizó la mano derecha para elevar aún más la patada de su enemigo. Una de las diferencias existentes entre un karateka y un judoka, es que mientras un karateka se defiende de una patada de otro karateka normalmente con otra patada viendo a un igual enfrente, un judoka ve a un adversario que ha lanzado una patada como una persona en equilibrio inestable sobre una sola pierna.

Sergio al levantar aún más la pierna de su oponente, lo que había hecho era aumentar más su desequilibrio. Sujetó a esa altura la pierna, inmovilizándola en esa posición para evitar que retrocediese y recuperase el equilibrio y lanzando un potente “*Kiai*”, utilizó una de sus piernas para lanzar un barrido salvaje sobre la única pierna que mantenía en pie a su adversario. El impacto contra el suelo fue doblemente brutal.

Por una parte el propio del golpe y por otra la continuación de su técnica. Así como la chica había proyectado en el anterior combate a su enemigo por encima de su cuerpo enviándolo lejos de sí, Sergio hizo exactamente todo lo contrario. Empleando todo la inercia de su movimiento y el peso de su cuerpo para aumentar la velocidad del impacto, golpeó a su oponente dos veces con el mismo movimiento. La primera contra el suelo, y al rebotar contra este, un segundo golpe con el propio cuerpo de Sergio.

Adicionalmente empleó una técnica que estaba absolutamente prohibida utilizar en un combate reglamentario. En su caída giró su brazo de tal forma que cuando su cuerpo impactó con el de su oponente en el suelo, su codo se clavó con toda la energía que llevaba justo por debajo del esternón.

Era inútil proseguir el combate, su oponente estaba absolutamente noqueado con un par de costillas rotas y probablemente con alguna lesión

interna. Sergio se levantó y volvió a su posición inicial en la línea de combate. A pesar de la sorpresa y el manifiesto desagrado que expresaba su mirada, el juez no tuvo otro remedio que declarar ganador a Sergio. Acto seguido con un gesto despectivo le indicó que ocupase su posición.

Mientras se dirigía a su lugar en la fila, pudo mirar de frente a la chica durante unos momentos y cuando se cruzaron sus miradas no supo si eran imaginaciones suyas o si había vislumbrado por unos breves segundos un gesto de asentimiento en su mirada por lo que él acababa de hacer. Habían sido los dos únicos miembros de aquella fila en doblegar a los ayudantes.

Con el suyo se habían acabado los combates. Todos los integrantes de aquella fila, estaban en tensión, expectantes y algo nerviosos por conocer cuál era la siguiente prueba a la que los iban a someter, visto la manera en que había empezado su estancia.

Pero aquel primer día no hubo ninguna prueba ni ningún combate más. A una orden de aquel hombre que dirigía y ordenaba lo que había que hacer los sirvientes condujeron a cada uno de los alumnos a sus habitaciones y les dejaron en ellas meditando sobre los combates que habían sufrido hasta el día siguiente. Aquel día la comida y la cena se la sirvieron en las habitaciones.



A la mañana siguiente les reunieron temprano en el patio para comenzar su verdadero entrenamiento. La misma persona que el día anterior les había dirigido la palabra, dicho lo que tenían que hacer en todo momento y había sido el juez de los combates, se les acercó a ellos. Los dos callados “Maestros” estaban de nuevo situados en sus asientos en el porche observando lo que pasaba con un semblante de indiferencia en sus rostros.

—Mientras estéis aquí, solo seréis simples alumnos y todos os comportareis iguales ante las enseñanzas y reglas que tengamos a bien enseñaros. A mí me llamareis “*Insutorakutā*”.

A pesar de lo que decía aquel hombre que se denominaba así mismo “el Instructor”, Sergio tenía claro que no los iban a tratar de igual manera a todos. Había dos personas que para las mentalidades del resto no tenía sentido que estuviesen allí. No los consideraban sus compañeros. A la joven por ser mujer a pesar de ser japonesa y él que era extranjero.

En la fila que ellos mismos habían formado se empezaba a notar los distanciamientos entre los alumnos. Todos los hombres se habían colocado juntos al principio como si estuviesen de acuerdo en posicionarse unidos en cierto modo de aquella manera, a continuación estaba ella y al final de la fila el extranjero. Además habían guardado más separación entre los hombres y ellos que en el resto de la formación de la fila.

—Los privilegios de los que pudieseis disfrutar en vuestros lugares de origen fuera de este lugar no existen aquí. Nadie conocerá quién es su compañero, de donde proviene, su nombre, ni a qué familia pertenece. A partir de este momento os vamos a dar nuevos nombres para sustituir a los vuestros.

Y dio unos pasos colocándose enfrente de la primera persona que formaba la fila y le dijo:

—Desde ahora te llamarás *Aka*.

Avanzó un paso desplazándose lateralmente y cuando estuvo situado enfrente del segundo componente de la fila le dijo.

—Tú serás *Kiio*.

Y así continuó dando a cada uno de ellos nuevos nombres totalmente anónimos. Les estaba asignando los nombres de los colores en japonés. Al primero *Aka* (rojo), al siguiente *Kiio* (amarillo) y así sucesivamente. Cuando el instructor se paró delante de la joven que estaba a mi lado le dijo.

—Tú serás *Kuro*.

Era el nombre del color negro y en este caso a pesar de no conocer en que se habían basado para repartir los colores, Sergio no pudo estar más de acuerdo. Su pelo y la profundidad de sus inmensos ojos eran de un negro azabache precioso.

A continuación el instructor volvió a desplazarse y le llegó el turno en la fila a Sergio. Se mantuvo sereno y firme esperando el nombre del color que le iban a asignar.

—En tu caso hemos pensado en hacer una excepción —le dijo con una sonrisa irónica en la boca que no presagiaba nada bueno— como eres diferente te llamaremos *gaijin*.

Aunque por dentro su mente hervía de furia ante el desprecio con el que desde el primer día lo estaban tratando, se mantuvo indiferente a las palabras de aquel hombre. Alguien que se hubiese fijado en detalle habría detectado el

brillo de sus ojos.

Estaba claro que no se lo iban a poner nada fácil durante su estancia en el *Dojo*. Si quería que lo tuviesen en cuenta iba a tener que demostrar el doble que los demás hasta llegar a demostrar que lo considerasen digno de permanecer en el *Dojo*. En aquel momento se prometió a sí mismo que iba a esforzarse al máximo para continuar manteniendo firme hasta el final.

Una vez que el instructor dio por finalizada la asignación de nombres, el hombre se colocó enfrente de la fila, centrado a ella y a unos pasos de distancia.

—Después de haber pasado la prueba de ayer se os considerará dignos de permanecer en el *Dojo*. No habrá más pruebas para vosotros de ese estilo. Si alguien decide abandonar será por sí mismo. Por su propia decisión. Por la dureza a que lo someteremos durante el entrenamiento. Por sentirse solo y aislado del resto de su familia y amigos en este campamento durante tantas semanas o por otros motivos personales que él tendrá que decidir.

Todo el mundo aunque el instructor no lo había exigido estaba en posición de firmes. Con las piernas juntas y los brazos estirados y pegados al cuerpo. Con la cabeza al frente, mirando hacia el instructor y con los rostros procurando mostrar indiferencia. Estaba claro que querían transmitir al resto que cada uno de ellos no se vería envuelto en el deshonor de tener que abandonar aquel *Dojo*. Que eran dignos de continuar allí. Sabían el deshonor que ello supondría para sus familias y no estaban dispuestos a llevar consigo esa carga durante el resto de sus vidas. Preferían morir.

—A partir de ahora para realizar los entrenamientos dividiremos los días de la semana de la siguiente manera. Hoy como primer día dedicaremos el entrenamiento a combate sin armas en una determinada arte marcial. Al día siguiente el entrenamiento que recibiréis estará centrado en un arma y así sucesivamente. Un día sin armas otro día con armas. En este *Dojo* durante toda vuestra estancia no tendréis acceso a ningún dispositivo electrónico. Ni televisión, ni teléfono móvil ni ningún otro, por lo que es probable que al cabo de un tiempo lleguéis a perder el sentido de en qué día vivís. Pero habrá algo que os sirva de referencia.

En esos momentos viendo el semblante irónico que adquiría el rostro del instructor, Sergio pensó que aquella referencia no les iba a gustar nada.

—El domingo habrá combates clasificatorios entre vosotros para que los maestros determinen vuestros avances. Esta vez los perdedores no serán enviados a su casa. Los combates servirán para establecer una clasificación en la que aparecerán vuestros nombres en el lugar que vayáis ocupando. Del mejor alumno a peor alumno. Cuando estéis entrenando pensad en qué posición queréis estar.

Había quedado claro para todos ellos cual iba a ser el método para mantener en tensión a los participantes. Dado el orgullo que se vislumbraba en aquellos rostros, nadie iba a querer ser el último de la lista. Todos iban a esforzarse al máximo en los diferentes entrenamientos para intentar ocupar la primera posición. Iban a ser seis meses de competición sin descanso.



Durante las mañanas, los alumnos del “*Dojo Negro*” hacían ejercicio físico de la mano del “*Insutorakutā*”. Corrían, saltaban, subían a los árboles, hacían flexiones y todo tipo de ejercicios para aumentar su potencial. Los entrenamientos iban más dirigidos a aumentar su resistencia, su agilidad, su flexibilidad y su rapidez. En ningún caso su masa muscular. Querían mejorar sus habilidades no su fuerza.

Los ejercicios variaban cada día de la semana para que no fuesen tan monótonos y servían para entrenar diferentes partes del cuerpo. Unas veces las piernas, otras los brazos y otras las manos.

Durante las mañanas para realizar los ejercicios de resistencia física llevaban puesto un uniforme negro de corte militar, por las tardes cambiaban de indumentaria e iban vestidos con un kimono blanco similar al que se usa en Judo. Para cerrarlo llevaban atado un cinturón blanco. Con la utilización de dicho color les dejaban bien claro que en aquel *Dojo* volvían a ser unos principiantes.

La tarde de su inicio en el entrenamiento, el “*Insutorakutā*” se dirigió a la fila de los alumnos que se había posicionado de igual forma que por la mañana cuando les había asignado sus nombres. Parecía que aquella iba a ser la secuencia adoptada para el resto de su estancia en el *Dojo*. Primero los varones japoneses, después la chica y para finalizar Sergio. Por primera vez les pidió información y les permitió dirigirle la palabra.

—¡*Aka!* ¿Qué artes marciales conoces? —preguntó al primer alumno de la fila.

—Domino el karate ¡*Insutorakutā-san!* —respondió en voz alta el interpelado.

—¡Vosotros no domináis nada! —le recriminó gritándole con furia el instructor—. Como pronto descubriréis sois simples aprendices que habéis tenido la inmerecida suerte de entrar en este *Dojo*.

—¡Si *Insutorakutā-san!* —respondió *Aka* mientras agachaba la cabeza de forma sumisa.

Fue recorriendo la fila preguntando a cada uno de sus componentes sus especialidades en la lucha hasta llegar a la guapa joven que ocupaba la posición anterior a Sergio.

—¡*Kuro!* ¿Qué artes marciales conoces? —le preguntó con cierto desprecio en la voz.

Estaba claro que el hecho de tener a una mujer entre sus alumnos no le hacía ninguna gracia. Además el que la joven fuese tan bella a sus ojos debía ser otro error. Debía considerar que aquella mujer estaría mejor casada y atendiendo a su marido. Ella y Sergio eran para él dos seres indignos de recibir las enseñanzas de su entrenamiento.

—Conozco el kendo y el karate y domino el aikido y el judo —dijo ella en una voz carente de emoción.

La cara se le crispó al instructor en una mueca de odio. Aquella mujer osaba desafiarlo delante del resto de alumnos. Aunque ninguno de la fila a excepción de Sergio había mostrado en su rostro sus emociones tras la respuesta de ella, estaba claro que el instructor se sentía desafiado y la conducta de ella le obligaba a tener que hacer algo. Señalando a uno de sus ayudantes con la mano le gritó.

—¡Ven aquí!

Y señalando una posición a un metro de distancia de él, le indicó que se situase allí. Acto seguido y señalando una posición enfrente de su ayudante le gritó a la joven.

—¡*Kuro!* ¡Aquí!

Ella se desplazó despacio hacia el lugar señalado. Su forma de caminar era grácil y suave. En vez de andar parecía que se deslizaba flotando. Eso

puso alerta los sentidos de Sergio. Por sus entrenamientos en artes marciales, principalmente en Judo, sabía que aquellos contrincantes que agarras pero desconoces donde tiene su centro de gravedad, donde apoyan su peso y donde ejercen su fuerza son los más difíciles y peligrosos. Aquel rival del que conoces como está distribuido su equilibrio es fácil de derribar. Enseguida conoces donde aplicar tus técnicas y vencer su fuerza.

Cuando ella ocupó la posición enfrente de su rival designada por el instructor, este le lanzó una mirada significativa a su ayudante como si fuese algún tipo de señal.

—En este combate solo está permitido el que empleéis técnicas de aikido—y acto seguido gritó la señal para que comenzase la competición—. *¡Hajime!*

Su ayudante excesivamente confiado y seguro de sí mismo, con ganas de agradar a su señor, se abalanzó sin pensárselo sobre aquella en apariencia para él, frágil y delicada muchacha. Adelantó la mano hacia ella, con el fin de agarrar su brazo y retorcérselo aplicando una técnica de luxación.

Ella prácticamente no se movió, a su vez adelantó su mano y la giró ligeramente de tal forma que el brazo de él resbalase por encima del suyo, como una *katana* que se desliza sobre el filo de otra mientras giraba su cuerpo acercándose al de él.

Cuando su espalda chocó contra el cuerpo de él le agarró la muñeca de la mano que seguía estirada con ambas manos y continuó girando por dentro mientras aplicaba su cadera sobre la del ayudante haciendo que el brazo de su rival siguiese su rápido movimiento.

En un momento dado el brazo alcanzó un ángulo imposible y se oyó como el codo de su adversario se desencajaba, mientras que a su vez era proyectado por encima del cuerpo de la muchacha. Aterrizó como pudo a un par de metros de distancia.

Ella sin mirar a su vapuleado rival, se dirigió a ocupar su posición inicial de combate. Sergio a pesar de que hacía un notable esfuerzo para parecer indiferente estaba maravillado.

Aquella delgada muchacha había neutralizado a su oponente en escasos segundos. Su rostro no mostraba ninguna expresión, ni su respiración se había alterado, ni su cuerpo sudaba. Ni siquiera su kimono se había descompuesto.

Ocupaba de nuevo su posición totalmente erguida, con la cabeza ligeramente elevada y con total indiferencia hacia el resto de los presentes. Sin siquiera orientar su mirada a lo siguiente que dijera el instructor. Irradiaba nobleza, clase y seguridad por todos sus poros. En vez de parecer el otro el instructor y ella la alumna, parecía ella la señora y el otro el sirviente esperando a que su ama le dictase la siguiente lección que le debía enseñar.

Estaba tan patente aquella situación para todos los hombres allí presentes que el rostro del instructor se contrajo por la furia y el odio, adquiriendo un color rojo su rostro al afluir la sangre de manera instantánea a su cabeza, por el momento de vergüenza pasado.

El ayudante lesionado se había levantado y mientras se sujetaba el codo desencajado con el otro brazo como podía, se desplazaba sumiso a su posición inicial. Estaba claro que a pesar de su situación, si su señor le indicaba comenzar otro combate, se lanzaría a ello.

Viendo claramente el instructor que no estaba en condiciones de seguir peleando y para lo único que iba a servir era para hacer aún más el ridículo, le señaló la fila de los ayudantes, indicándole con aquel gesto que abandonase la línea de combate. El hombre del codo roto agachó la cabeza en señal de vergüenza y se dirigió a donde le habían ordenado.

El instructor lleno de ira y con el rostro todavía congestionado señaló a otro de los ayudantes de aquella fila e indicándole la posición que su compañero había abandonado gritó.

—¡Tú! ¡Ven aquí!

En esos momentos se oyó el seco sonido de un bastón al golpear el suelo de madera y se hizo un silencio sepulcral. Había sido uno de los maestros que ejercían de jueces y supervisores de todo lo que en aquel *Dojo* acontecía. El golpe lo había producido el que llevaba el kimono de color blanco. Su pétreo rostro no mostraba ninguna expresión.

El instructor miró con sumo respeto al maestro y cuando este le hizo una seña se acercó a él. Agachó la cabeza a la altura de su boca y solo él escuchó lo que le dijo. Volvió andando con una cara rígida a su posición de juez del combate y ordenó.

—Volved ambos a vuestros lugares.

Yoko volvió a su lugar con cierta satisfacción en la cara y el ayudante

volvió a ocupar su lugar con el resto de sus compañeros. Por lo visto aquel maestro había determinado que el castigar a Yoko con un combate tras otro no tenía sentido. El instructor se había extralimitado en sus atribuciones.

A pesar de intentar disimularlo, para el instructor que el maestro le llevase la contraria no le había gustado nada y cuando llegó a la posición de Sergio en la fila dirigiéndose al alumno con un tono que destilaba veneno le preguntó intentando provocarle.

—¡*Gaijin!* ¿Qué artes marciales conoces?

—He recibido para mi entrenamiento lecciones de Aikido y Judo, *Insutorakutā-san* —respondió Sergio con voz suave y humilde no queriendo dar ningún motivo a aquel hombre por el que se pudiese sentir ofendido.

A partir de aquel día el resto de las tardes las dedicaron a practicar sus conocimientos de las diferentes artes marciales que conocían con los ayudantes. Les hacían repetir una y otra vez las técnicas que según los alumnos mejor dominaban y les iban mostrando y corrigiendo sus errores mediante indicaciones del instructor. Adecuaban sus conocimientos a las características físicas de sus cuerpos y aumentaban así su potencial. Con el paso de las semanas pasaron a ser más rápidos y más efectivos.



El sábado de la primera semana Sergio se llevó una tremenda sorpresa cuando por la tarde a la hora en que empezaban a practicar con las armas, el arma seleccionada fue el arco.

Todos los alumnos estaban alineados como siempre, pero esta vez guardaban una separación de unos dos metros entre ellos. A sus pies tenían un arco tradicional japonés y una aljaba con quince flechas. Las dianas estaban situadas a unos treinta metros de su posición, distancia en que en un torneo de arco tradicional se empezaba a distinguir los buenos tiradores de los regulares.

El instructor una vez más se acercó a ellos con aire desafiante y les indicó las instrucciones y las normas a seguir para realizar aquella prueba.

—Tenéis que disparar cinco flechas. Los cuatro peores practicantes quedarán eliminados. Después desplazaremos las dianas a cincuenta metros y disparareis otras cinco flechas. De nuevo los dos peores del grupo quedarán

eliminados. Para terminar pondremos las dianas a setenta metros y el que más blancos acierte será el ganador de la prueba de hoy.

Cuando el instructor dio la señal de comienzo todos cogieron sus arcos y empezaron a disparar. Terminaron al cabo de unos segundos y una pareja de ayudantes fueron a comprobar los resultados obtenidos en aquella primera fase de eliminación. Sergio estaba contento. Había quedado cuarto y por pelos pasaba a la siguiente ronda junto con Midori que había quedado el primero, *Aka* el segundo y la guapa muchacha que había quedado justo por delante de él.

En esos momentos una idea se le ocurrió a Sergio y tuvo la osadía de hacer algo que hasta la fecha ninguno de los alumnos, ni siquiera la guapa muchacha se había atrevido a hacer. Llamó la atención del instructor y le pidió el poder desplazarse hasta donde él. Con una enorme sorpresa en su rostro le dijo que se acercase a ver que deseaba aquel impertinente alumno.

—¿Qué es lo que te ocurre ahora *gaijin*? —le espetó con desprecio cuando estuvo a su lado.

—*Insutorakutā-san*. En el equipaje que he traído conmigo al *Dojo* tengo mi propio arco. ¿Podría usarlo? —preguntó con humildad.

El rostro del instructor mostraba sorpresa ante la extraña petición que había recibido. Era una cosa que no se esperaba. No sabía que aquel alumno tuviese en su poder un arco y temió que detrás de aquella petición hubiese algún tipo de truco o trampa.

—No. En esta prueba solo se permiten usar nuestros propios arcos tradicionales. Es parte de las normas de esta prueba. No dejamos usar otro tipo y menos modernos arcos occidentales que se aprovechen de los últimos adelantos en materiales y tecnologías. No sería justo para el resto de los participantes —respondió despectivo.

—Perdón *Insutorakutā-san* —repuso Sergio despacio y muy educadamente— el mío no es un arco moderno. Es un arco de los tradicionales. Está compuesto de un cuerpo de madera y una simple cuerda, solo que su fabricación es europea en vez de japonesa y yo estoy más acostumbrado a él. No hay trampa ni cartón ninguna por mi parte. Solamente lo que acabo de decir.

—Tampoco están permitidos. Solo utilizaremos en nuestros entrenamientos

nobles arcos japoneses —le replicó el instructor queriendo dar por zanjado el asunto.

—Había oído que los japoneses estaban orgullosos de la factura de sus *katanas*, de sus tantos y de sus lanzas, pero que tenían miedo desde tiempo inmemorial a los arcos europeos. Veo que lo que había pensado que eran simples rumores es completamente cierto.

—¡Insolente! —y por primera vez desde que estaban en el “*Dojo Negro*”, el instructor dio un paso al frente levantando una mano para castigar a aquel desvergonzado alumno.

Por segunda vez aquella semana, se oyó en aquel patio el seco sonido de un bastón contra el suelo de madera. Era de nuevo el mismo maestro que había intervenido a favor de la muchacha. Sergio se preguntó si no aunque pudiese parecer increíble, fuese la única persona en aquella escuela que se mostrase imparcial. O incluso llegó a pensar que por la novedad, que llegase a estar extrañamente a favor de aquellos alumnos que eran diferentes al resto de los que por allí habían pasado hasta la fecha.

De nuevo el instructor se paró en seco y ocultando el odio de su faz se dirigió displicente hasta donde estaban sentados los maestros. El vestido de blanco le hablo sin emociones durante unos segundos y cuando volvió de nuevo a su posición le dijo intentando controlar el tono de su voz.

—*Gaijin*, puedes ir a por tu arco e intentar demostrar con tus hechos, lo que tan insolentemente proclamas por tu boca.

—Si *Insutorakutā-san*.

Y agachando el rostro en un saludo a los maestros, abandonó su lugar en la formación y salió corriendo hacia su habitación. Al cabo de unos minutos apareció con una bolsa de nylon colgada de su hombro, se situó en la posición de tiro y depositó la bolsa a sus pies. Extrajo de la bolsa un arco desmontable tradicional de madera de los de tipo “*take-down*”.

Sergio tenía varios arcos, pero aquel era su favorito. Lo había comprado hacía años en la arquería *Aratz* que regentaban sus amigos Jorge y Leticia. Era cuando no disponía de mucho dinero y tenía que pensarse muy bien en que caprichos se gastaba el poco dinero que ahorraba. Había estado varias semanas seleccionando entre diversos modelos hasta elegir con la ayuda de los dueños de la arquería aquel modelo.

Lo llevaba casi siempre en sus desplazamientos y procuraba disponer de algún rato y buscar algún sitio donde poder practicar, estuviese donde estuviese.

Lo armó con la habilidad que produce la práctica. Primero las palas sobre el cuerpo y después la cuerda sobre la punta de las palas. Acto seguido mirando desafiante al instructor le dijo.

—Estoy listo.

El instructor sin quitar de su cara la tremenda cólera que esta expresaba dio la señal para el comienzo de la prueba. Los participantes lanzaron sus flechas y al cabo de unos segundos los ayudantes se desplazaron para comprobar los blancos.

De nuevo Midori había sido el primero. Esta vez Sergio había quedado el segundo y *Aka* y la muchacha quedaban eliminados. Era la primera vez que ella no sobresalía en una prueba, pero no demostró ningún tipo de desilusión.

Los ayudantes desplazaron las dianas hasta los setenta metros, y volvieron a su lugar. La tensión se palpaba en el ambiente. Aquella simple prueba de puntería se había convertido en una competición entre oriente y occidente. El arco japonés frente al arco europeo. Sergio se daba cuenta de que el resto de alumnos lo miraban esperando que aquel *gaijin* saliese perdedor. Todos excepto la muchacha. Durante unos segundos Sergio no supo si había sido una ilusión suya o ella le había sonreído.

Respirando acompasadamente, decidió centrarse en la terminación de la prueba. Las flechas no eran de la misma factura que las que él solía utilizar, por lo que la falta de costumbre le había hecho fallar. De todas formas Sergio pensaba que había encontrado la diferencia con las suyas. Los disparos que había efectuado se habían agrupado correctamente pero un par de centímetros a la derecha. En la siguiente y definitiva tirada intentaría corregir aquello mientras a su vez adecuaba el tiro a la nueva distancia. Si hubiese podido practicar varias tiradas más no habría sido ningún problema en ganar mayor precisión pero no iba a poder disfrutar de esa oportunidad.

Su contrincante japonés estaba colocado a su izquierda y aún más hacia la izquierda se situaban el resto de los alumnos. En un acto de nueva rebeldía la guapa muchacha se separó de ellos y se situó cerca de él a su derecha.

El instructor lanzó una mirada de odio a los dos y se dispuso a dar la señal

de comienzo. El silencio reinante en ese momento era tan espeso que se podía cortar. A su señal, los dos tiradores fueron lanzando las diferentes flechas. El silbido que hacían al volar hacia su blanco y el seco sonido del impacto final se podía oír claramente. Cuando terminaron de lanzar las cinco flechas que les correspondían a cada uno de los dos finalistas todas las miradas de los presentes se posaron en la lejanas dianas.

A una señal del instructor los dos ayudantes de las veces anteriores se dispusieron a dirigirse obedientemente a comprobar los blancos alcanzados. Pero por tercera vez en aquella semana se oyó el sonido del bastón al golpear el suelo de madera. Todos se quedaron inmóviles en su sitio. Había sido de nuevo el maestro del kimono blanco. Se levantó, sin mencionar ninguna palabra y con la mirada puesta al frente se dirigió hacia las dianas. Comprobó personalmente cada una de las flechas y cuando terminó levantando su bastón señaló a Sergio. Había sido el ganador de la prueba.



Era de noche y Sergio se encontraba tumbado sobre su futón y pensando en lo que había pasado aquel día. No tenía claro si el haber desafiado al instructor había sido una buena idea o habría sido mejor para el resto de su estancia en el *Dojo*, el haber tirado con el arco japonés y haber quedado en peor posición.

Su tremenda afición por el tiro al arco y demostrarse a sí mismo que en alguna disciplina podía derrotar al resto de sus despectivos compañeros habían podido más que su habitual sensatez.

De repente notó como la puerta de bambú de su habitación se desplazaba lateralmente y la bella cara de la joven muchacha aparecía en el marco de la puerta. Se introdujo con rapidez en la habitación y tan silenciosamente como había abierto la puerta, la cerró.

Sergio no cabía en sí por la sorpresa que le había producido aquella aparición. Hasta la fecha solo lo había visitado allí el sirviente que lo atendía. ¿Qué hacía aquella hermosa muchacha a aquellas horas en su habitación? ¿Qué es lo que quería?

—Hola —dijo ella tímidamente en voz muy baja.

—Hola —respondió él a su vez sorprendido por el suave y melodioso

tono de su voz, que contrastaba profundamente con el que había empleado en días anteriores en los entrenamientos.

Siempre había demostrado estar segura y decidida en su comportamiento, por lo que aquel tono de voz se le antojaba a la vez agradable y extraño en ella. Durante unos segundos un tranquilo silencio se mantuvo entre ellos.

No sabiendo como romper aquella situación Sergio se levantó del futón y se acercó al armario de la pared escondiendo entre sus manos algo que había extraído de uno de los cajones del mueble. Cuando estuvo cerca de ella las abrió mostrando una pequeña manzana.

—¿Te apetece? —le dijo ofreciéndosela con una amplia sonrisa en su rostro.

Ella le correspondió con otra graciosa sonrisa, mientras cogía la fruta con una de sus finas manos y le daba un mordisco. La tensión del momento había desaparecido y olvidándose de que en el lugar donde se encontraban imperaba la lucha y la competición, se habían convertido por unos momentos, en un simple par de jóvenes compartiendo un simple pedazo de fruta.

—¿Habitualmente robas fruta del comedor a la hora de la cena? —Le preguntó ella continuando en su faz con aquella sonrisa que era capaz de atraparle a cualquiera.

Estaba claro que cuando se lo proponía su voz era de una musicalidad y sensualidad innata increíbles. Después de los días que Sergio llevaba allí sin oír nada más que órdenes derivadas de la instrucción, le parecía la voz de un auténtico ángel. Estaba embobado escuchándola.

—No. Las suelo robar a la hora de la comida que los sirvientes están más ocupados y distraídos. Además solo cuando espero que una guapa joven tenga la amabilidad de darme la grata sorpresa de venir de noche a visitarme —respondió él con una pícaro sonrisa.

—¿Y suele pasarte muchas veces? —le preguntó ella siguiéndole la broma mientras se reía.

—En este lugar es la primera vez que me pasa. ¿Y a ti? —le preguntó a su vez Sergio divertido.

—También es mi primera vez. Afortunadamente no suelo ir a este tipo de campamentos frecuentemente —respondió ella.

Estaba claro que ambos estaban a gusto el uno con el otro con aquella

conversación y que querían continuar hablando.

—¿Nos sentamos? —sugirió ella dirigiéndose al futón y poniéndose cómoda.

—Por supuesto —respondió él sentándose enfrente de ella sin dejar de mirar aquel escultural cuerpo.

—Mi nombre es Yoko —dijo la muchacha tendiéndole la mano al estilo occidental.

—Es un auténtico placer conocerte Yoko —añadió el estrechando a su vez aquella mano que ella le alargaba.

Por unos instantes pensó a su vez en presentarse a ella con una de las muchas identidades falsas que solía utilizar en sus casos, pero no se sintió con fuerza para traicionar a aquellos maravillosos ojos que le atrapaban. Además probablemente cuando saliesen de allí no volverían a verse en su vida, así que fue a la primera persona a la que le dijo su verdadero nombre en años.

—Me llamo Sergio.

—¿Qué haces aquí Sergio? —le preguntó ella—. Nunca habían aceptado hasta la fecha en el “*Dojo Negro*” a un extranjero y todos los que habitan este recinto están deseando que te rindas, abandones y te largues. El instructor es el que peor soporta tu presencia. Piensa que es una ofensa para el *Dojo*.

—He venido porque tenía ganas de mejorar mis artes marciales y en una conversación inesperada a altas horas de la noche, un magnate que se encontraba borracho me mencionó la existencia de este sitio escondido de la mayoría de la gente —le dijo él—. Ha sido una auténtica casualidad el que me enterase de que existía. Si llego a saber que a él acudían tan bellas muchachas, habría puesto más empeño en enterarme antes.

—Veo que tienes un simpático humor —le dijo ella sonriendo—. No sabes la gran falta que me hace. En los últimos tiempos no he disfrutado de muchos ratos agradables.

—¿Por qué? —preguntó él con suavidad—. Bueno —añadió no queriendo ser un entrometido y ponerle en el compromiso de que ella le contase aspectos que podía considerar solo suyos— si es tu deseo contármelo.

—Quiero mucho a mi padre, pero el motivo de que me encuentre aquí ha sido precisamente el alejarme por una larga temporada de mi casa y de mi familia.

—¿Por qué? —volvió a preguntarle él de forma sosegada no queriendo parecer indiscreto.

—Mi padre obligó mediante el uso de amenazas a mi novio a que se alejase de mí. No sabiendo que hacer para vengarme, solicité a través de mi hermano mi entrada en el *Dojo*. A su manera mi padre me quiere a morir y sé que el estar separado de mí durante seis meses le va a doler mucho más que cualquier otra cosa que yo pudiese hacer.

—Y por lo que veo diariamente en tu comportamiento, a ti también te va a doler —le dijo Sergio mirándole directamente a los ojos— cada vez que te enfrentas a alguien en combate, aprovechas para soltar la furia que llevas dentro. Espero que conmigo tengas piedad —añadió guiñándole un ojo—. Mañana es domingo y puede que nos toque enfrentarnos.

—¿Me tienes miedo? —dijo ella demostrando en su rostro la preocupación de que su nuevo y único amigo en aquel lugar sintiese algún tipo de rechazo hacia ella.

—No. No te tengo miedo, —dijo él en tono sincero intentando tranquilizarla— eres una mujer preciosa que además es la mejor luchadora que he visto en mi vida. No te tengo miedo. Por el contrario lo que desearía es ser tu amigo.

—Gracias —dijo ella y la tensión que por unos segundos se había mostrado en su rostro desapareció—. Yo también quiero que me consideres tu amiga.

Y estuvieron durante un par de horas sobre aquel futón hablando e intimando, hasta que en un momento dado ella se levantó y se dispuso a marcharse.

—Se ha hecho tarde y mañana tenemos que estar en forma —dijo sin muchas ganas de abandonar aquella conversación en donde ambos se encontraban tan relajados y a gusto—. Será el primer día en donde nos tendremos que enfrentar todos los alumnos los unos con los otros. Al finalizar la competición expondrán una lista con los puestos que nos hemos ido ganando durante el torneo.

—¿Quieres ganar? —le preguntó Sergio.

—Sí. Necesito ganar —le respondió ella—. Si vuelvo vencedora mi padre se sentirá orgulloso de mi y será más fácil para los dos el entablar la

reconciliación.

—Vaya. El orgullo de las familias japonesas. ¿No?

—Sí. En la nuestra seguimos siendo así desde un número interminable de generaciones. Mi familia es una de las más apegadas a las costumbres tradicionales. A veces pienso que mi padre es un samurái fuera de su tiempo. ¿Tú no quieres ganar? —le preguntó con cierto tono de sorpresa en su voz.

—No. Mi intención al venir aquí ha sido el de aprender. Me da igual mi posición en la lista cuando nuestra estancia se termine. Lo que deseo de verdad estando aquí es mejorar mis conocimientos de las artes marciales y si es posible aprender cosas que no sabía.

—Pues si aguantas los seis meses sin que te tiente el abandonar el *Dojo* es seguro que lo conseguirás.

—Gracias. Eso es lo que voy a intentar. Este torpe *gaijin* se esforzará al máximo —dijo él guiñándole un ojo—. En tu caso deseo de verdad que quedes la primera y nos ganes a todos. Es más si tuviésemos en este momento que apostar por el resultado final, yo lo haría por ti.

—Gracias. No sabes lo que eso me anima a seguir peleando. Hasta mañana. Espero por tu parte consigas aprender con tu estancia en el *Dojo* —repuso ella a su vez abandonando rápidamente y en silencio la habitación.



Aquella amistad fue lo que les permitió a ambos formar un equipo sin que el resto de los alumnos se enterasen. Tener el apoyo el uno del otro y ser más fuertes que el resto de los alumnos que se encontraban solos y aislados. Mental y físicamente.

A pesar de la prohibición existente en el *Dojo* de que los alumnos se hiciesen amigos, las visitas de ella a su habitación se hicieron más y más frecuentes hasta acabar siendo diarias. Ambos esperaban ansiosamente durante todo el día aquel momento de la noche en que se encontraban juntos.

Se contaron todo el uno sobre el otro, desde sus experiencias más tontas hasta sus secretos mejor escondidos. Ella le habló de su familia, su riqueza y su influencia en Japón. Él le habló a su vez de su extraña profesión, del frecuente uso de sus diferentes personalidades y de los complicados casos en los que había trabajado. De sus orígenes, de su familia en Navarra y del poco

tiempo que desgraciadamente empleaba en visitarlos.

Casi al final de su estancia, ambos se dieron cuenta de que su amistad se había transformado en algo más y ocurrió lo lógico entre dos jóvenes que se quieren, y que se encuentran solos, acabaron siendo amantes.

Lo que había empezado como un curso de entrenamiento y aprendizaje para él y como una venganza para ella, acabó siendo una de las mejores temporadas de la vida de ambos.

Los dos ampliaron e incrementaron sus conocimientos de las artes marciales. Yoko consiguió ser la número uno de aquel grupo de alumnos y Sergio gracias al duro entrenamiento, la formación recibida y los trucos que Yoko le enseñó, acabó siendo el tercero.

Cuando terminó su estancia en aquel lugar, de común acuerdo decidieron separarse. Conocedores de que pertenecían a culturas distintas y que la familia de ella jamás permitiría que siguiesen juntos se fueron cada uno por donde había venido. Eso sí, como conocían todo el uno del otro, acordaron seguir manteniendo el contacto y verse de vez en cuando.

6. Muertes en Sudáfrica

Sudáfrica. Miércoles 3, Junio 2015

A las nueve horas de aquella mañana, cuatro miembros de la etnia *sotho*, con los rostros perlados por el sudor y con síntomas de estar gravemente enfermos, se encontraban en la recepción del *Netcare Unitas Hospital* en la ciudad de Centurion, cerca de Pretoria, esperando a que les atendiesen.

El hospital era uno de los mejores centros privados de su estilo en la ciudad. Con instalaciones bien preparadas para diferentes tipos de enfermedades. Cuando les llegó el turno una enfermera les preguntó educadamente.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Verá señorita —respondió uno de los integrantes del grupo de mediana edad y que parecía que era el representante del resto. Ayer por la noche estuvimos aquí y nos diagnosticaron que teníamos algún tipo de gripe, nos recetaron antibióticos y nos recomendaron que guardásemos cama por unos días.

—¿Y? —le preguntó ella amablemente mientras tomaba notas en el teclado de su ordenador.

—Ya puede ver el lamentable estado en que nos encontramos —dijo señalando a sus compañeros y a sí mismo. No solo no hemos mejorado a pesar de tomar los medicamentos que nos recetaron, si no que por el contrario cada vez nos encontramos peor física y anímicamente. ¿Puede hacer que alguien nos atienda?

—Para eso estamos señor —se notaba que la institución de marcado carácter privado tenía un repertorio de expresiones en los que había formado a su personal para asistir amablemente a sus pacientes—. Por favor me deja la documentación de todos ustedes para recuperar su ficha clínica.

—Ahora mismo señorita.

Introdujo la mano en la que se apreciaba un ligero pero continuo temblor, en el interior de su chaqueta. Extrajo un carnet que colocó en el mostrador delante de la chica, mientras les pedía al resto de sus compañeros que hiciesen lo mismo.

LA joven muchacha buscó en el ordenador los datos que aparecían impresos en el carnet. Los localizó en unos segundos y los estuvo comprobando en la pantalla. Acto seguido dirigiéndose al grupo les dijo.

—Por favor siéntense ustedes en la sala de espera a la vuelta de este pasillo —les explicó dirigiéndose a ellos de nuevo con ese tono firme pero amable propio de la persona que está acostumbrada a dirigirse a la gente. Señalándoles a su vez indicándoselo un movimiento de su mano el camino a seguir para encontrar la sala—. En unos minutos vendrá un médico a atenderles.

El grupo con su líder a la cabeza, y con visibles esfuerzos para hacer cualquier tipo de movimiento, se dirigió despacio hacia donde la chica les había indicado. Al cabo de unos pocos minutos un médico vestido con la habitual bata blanca apareció en la sala con una carpeta con las historias clínicas de cada uno de ellos en la mano. Ellos a su vez pudieron contemplar que era la misma persona que les había atendido hacia unas horas.

—Por favor síganme —dijo con un tono tan amable como la administrativa que previamente les había atendido en recepción pero sin detener su caminar.

Avanzando por el pasillo les condujo a una habitación cerrada con una mesa y un ordenador, varias sillas y la típica camilla para tumbar a los pacientes y realizarles exploraciones y pruebas. El cuarto también disponía de diversos armarios cuyas estanterías se encontraban repletas de moderno instrumental médico, gasas, vendas y diferentes tipos de medicamentos.

—Ustedes siéntense por favor en las sillas y usted —dijo dirigiéndose al que presentaba aparentemente un estado más lamentable— tumbese en la camilla.

Acto seguido el médico se puso unos guantes de látex y cogiendo su estetoscopio, le realizó una serie de pruebas de exploración pulmonar, pidiéndole entre otras cosas que cogiese aire respirase y abriese la boca para mirarle el estado de la faringe. Conforme lo iba analizando la expresión de la cara del médico iba presentando una mayor preocupación. Era tan evidente que el que había hablado en recepción y parecía responsable del resto le preguntó.

—Díganos la verdad doctor Lesedi. ¿Es muy grave? —preguntó con un claro tono de temor en su voz. El líder se acordaba del nombre del doctor que les había recibido y atendido tan amablemente la noche anterior.

—No lo sé —respondió con total sinceridad el médico— necesito hacerles más pruebas para poder diagnosticar la enfermedad que sufren con mayor conocimiento de causa. De momento considero totalmente necesario el hospitalizarlos. Voy a preparar la documentación necesaria para que ingresen.

Sentándose en la mesa, empezó a teclear con la velocidad que da la práctica datos que fue introduciendo en el ordenador. Les solicitó de nuevo sus nombres y apellidos y les asignó una habitación grande en donde podía tener juntos a los cuatro y así juntos.

Quería tenerlos a todos en el mismo para que además de que se sintiesen más acompañados sitio para realizarles pruebas y observar como reaccionaban ante las mismas. Después levantándose y a punto de abandonar la estancias les comentó.

—No se muevan de aquí. En unos minutos vendrán unos camilleros con unas sillas de ruedas que les trasladarán a otra zona del hospital en donde están los laboratorios para extraerles sangre y poder analizarla posteriormente.

—Si doctor Lesedi —respondieron varios de ellos a la vez.

—También les vamos a realizar unas placas torácicas mediante el uso de rayos X. Cuando terminen toda la batería de pruebas les llevarán a una habitación que les he reservado para que descansen mientras esperamos los resultados. Por favor a partir de ahora y hasta que les digamos lo contrario beban agua para reponer la que están perdiendo por sudoración.

El médico sin que desapareciese de su rostro la expresión de preocupación abandonó la estancia a la espera de los resultados de los

análisis que había solicitado para aquellos pacientes.



El médico se encontraba sentado en una de las mesas de zona de la cafetería habilitadas en el hospital para uso exclusivo del personal sanitario. A esas horas de la mañana, la mayoría de las sillas se encontraban ocupadas, con enfermeras, médicos, camilleros y otros tipos de categorías de profesiones típicas que componen el personal un hospital.

Unos hablaban de los casos que llevaban entre manos, otros de sus familias y otros simplemente de situaciones habituales de la vida cotidiana de sus familias.

Lesedi se encontraba tomándose un café en un momento de respiro, después de haber terminado de atender a su último paciente. Mientras miraba fijamente abstraído el interior de la taza una de las compañeras que trabajaban en su mismo servicio se le acercó sin que él se apercibiera hasta el último momento.

—¿Qué te pasa Lesedi? —le preguntó su colega médico al ver la cara de preocupación que expresaba su rostro.

—Siéntate por favor —le dijo él amablemente mientras le señalaba la silla libre al otro lado de la mesa y hacía señas a un camarero para que se acercase a atender a su compañera—. Es el caso que estoy llevando desde ayer. El de las cuatro personas que han ingresado en el hospital hace menos de dos horas.

—¿Qué les ocurre a esas personas?

—Eso es lo grave. No tengo ni la más remota idea. Ayer por la noche parecía una gripe con síntomas fuertes pero más o menos dentro de lo habitual. Esta mañana cuando han venido su estado era lamentable y conforme avanzan los minutos se agrava más y más.

—¿Tan mala pinta tiene?

—Sí. Les hemos tenido que acostar en las camas de su habitación porque no se sostenían sentados. Les ha empezado a subir la temperatura corporal y les hemos tenido que suministrar medicamentos para la fiebre desde hace media hora, sin mucho resultado. Solo les ha durado el efecto otra media hora. Según me acaba de comentar la enfermera que les atiende que también esta visiblemente preocupada, les está empezando a subir de nuevo.

—¡Qué extraño!

En esos momentos un camarero se acercó a la mesa, aprovechó para pasar un trapo por su superficie y dejarla aún más limpia. Cuando terminó les preguntó.

—¿Qué desean tomar?

—Un café con leche no muy caliente. Por favor —pidió ella.

—¿Y usted? —preguntó de nuevo el camarero dirigiéndose esta vez solo a él.

—Lo mismo por favor.

—¿Desean algo de comer?

—No gracias —dijo ella.

—No gracias —repitió Lesedi.

El camarero se alejó hacia la barra sin dejar de echar un ojo al resto de las mesas por si había alguien que necesitase de sus servicios. Le transmitió los pedidos que había tomado a su compañero de detrás de la barra con el fin de que fuese preparándolos.

Mientras lo veía alejarse Lesedi aprovechó para continuar con la conversación que estaban manteniendo.

—Hacía tiempo que esto no me pasaba. Probablemente desde mis comienzos en este hospital. Estoy bastante nervioso esperando el resultado de los análisis y todavía no me los darán hasta dentro de al menos otra hora.

—¿Quieres que cuando te lleguen los informes del laboratorio les eche un vistazo junto contigo? —le pregunto solícita su colega tratando de ayudarle viendo el estado en que se encontraba.

—Si no te interrumpe tu trabajo y andas bien de tiempo te lo agradecería mucho. Desde siempre cuatro ojos ven más que dos y sinceramente estoy muy preocupado con lo mal que está evolucionando este caso.

—Pues lo dicho. En cuanto tengas los análisis me buscas y los estudiamos juntos.

—Muchas gracias.

—Hoy por ti mañana por mí. Además tú también siempre estas disponible para echarme una mano —le dijo su colega con una sonrisa en el rostro intentando subirle de alguna manera el ánimo.



Al cabo de una hora el doctor Lesedi ya estaba en el moderno laboratorio del hospital observando en detalle la documentación con los resultados de los análisis e intentando buscar la interpretación correcta de los mismos. Después de unos diez minutos y después de haberlos repasado un par de veces, levantó el auricular del teléfono de su mesa y llamó a su colega.

—¿Sí? ¿Dígame? ¿Qué desea? —preguntó una voz femenina al otro lado de la línea.

—Lesedi al aparato. Si en estos momentos no te encuentras muy ocupada ¿puedes pasarte por el laboratorio para ver los resultados de los análisis de los pacientes que te he comentado hace un rato en la cafetería? Necesito sinceramente contrastar mis opiniones con las tuyas.

—¿Tan extraño es lo que te has encontrado? —le preguntó con una mezcla de extrañeza y preocupación su colega, al darse cuenta del tono de urgencia en su voz.

—Prefiero que lo veas por tus propios ojos y te formes tu propia opinión antes de comentar nada. No quiero de ninguna de las maneras influenciar tu diagnóstico con lo que yo estoy pensando.

—De verdad que me estás empezando a preocupar con el tono de tus palabras. Ahora mismo voy a hacia allí —dijo su compañera mientras colgaba el teléfono y se apresuraba a ir a su lado.

Mientras Lesedi volvía a repasar por tercera vez los documentos que tenía entre las manos, llegó su colega. Al verla entrar por la puerta se animaron un poco sus ojos y acercándose a ella, le hizo entrega de los diferentes informes.

—¡Muchas gracias por venir tan rápido! ¡A ver qué encuentras tú en estos papeles!

La doctora cogió la documentación que Lesedi le entregaba y con aire profesional se dispuso a leerla. Por comodidad al cabo de unos segundos ambos se sentaron en una de las mesas del laboratorio mientras ella continuaba leyendo.

Al cabo de diez minutos de leer con profundidad los diferentes informes y después de volver a repasar ciertos puntos de los mismos, se dirigió hacia Lesedi.

—¡Qué extraño! Según los resultados de estos análisis los pacientes no tienen más síntomas que los que presentaría un simple catarro y una gripe.

Quizás algo más de sudoración de lo normal en esas enfermedades, pero no soy capaz de ver nada más.

—Sin embargo como tú misma puedes apreciar si te acercas a su habitación esos síntomas tan poco alarmantes les está matando.

—¿Qué te parece que podemos hacer? ¿Repetir de nuevo los análisis ahora que han pasado varias horas? Quizás se pueda apreciar algún síntoma nuevo. Algo que se nos haya pasado por alto —preguntó ella con el fin de intentar aportar algún tipo de idea.

—No sé. Repetir los análisis no es mala idea, pero me temo que no nos van a aportar información adicional. Me da la sensación de que estamos ante una extraña enfermedad, poco corriente. No me gusta un pelo lo que le está pasando a esa pobre gente.

—Creo que tienes alguna idea en la cabeza que no te atreves a expresar en voz alta.

—No. Qué más quisiera. Pero sí creo que debiéramos hacerles algunos análisis de enfermedades tropicales infecciosas e incluso pruebas de *Ébola*.

—¿Queeeeé? —dijo sobresaltada—. ¿Tan grave piensas que puede llegar a ser?

—Como te acabo de decir —dijo él sin alzar la voz e intentando mantener la calma y no llamar la atención del resto del personal del laboratorio—. No tengo ni idea de que enfermedad tienen, pero pienso que no debiéramos descartar nada. Incluso creo que los debiéramos trasladar al pabellón de infecciosos por si acaso. Opino que no nos debiéramos arriesgar con ellos hasta tener claro a que nos estamos enfrentando.

—Me estás poniendo sumamente intranquila con tus palabras —y su cara y los movimientos nerviosos de sus brazos corroboraban lo que acababa de decirle.

—No tengo ningún dato que me haga opinar en una dirección u otra, pero precisamente eso es lo que menos me gusta. Me siento absolutamente incapaz de dar a nadie ni la más mínima orientación que nos lleve a un posible diagnóstico.

—Eres uno de los mejores y más prometedores médicos de este hospital. Seguro que se te está pasando por alto alguna pequeña tontería y que en breve darás con ella —se notaba que la frase de su colega estaba más dirigida a

levantarle el ánimo que a acercarse a la verdad de la situación.

—Gracias. Pues a ver si conseguimos encontrar pronto esa tontería que se nos escapa. De momento encárgate por favor de que les repitan los análisis sobre todo de sangre y orina. Yo me voy a encargar de solicitar su traslado a infecciosos.

—Si piensas en esto último, ¿crees que es necesario que también tú que has estado en contacto con ellos debieras hacerte algún tipo de pruebas?

—No lo sé, pero tengo la corazonada de que no los vamos a necesitar todavía. Es más una precaución adicional que una auténtica necesidad por el momento.

—Vale Lesedi, pues dentro de un rato nos vemos de nuevo —dijo ella alejándose apresuradamente por uno de los pasillos para dedicarse al resto de sus pacientes.



Caminaba con paso seguro por los pasillos del hospital. Tenía un gesto adusto en el rostro para evitar que alguien se le acercase con alguna pregunta impropia, pero en su interior estaba riéndose. Que fácil era moverse por el interior de un hospital con el simple hecho de ponerse una bata, con una placa identificativa y unos bolígrafos en el bolsillo superior de la misma. Si además en uno de los bolsillos portabas un fonendo el disfraz estaba completo.

Durante la mañana había estado llamando a diferentes hospitales preguntando por el posible ingreso de unos parientes suyos de la etnia *sotho* aquejados de unas extrañas fiebres. En la mayoría de ellos le habían respondido que no. En otros no habían sabido o querido responderle, pero en el *Netcare Unitas Hospital* le habían dicho que sí que cuatro personas con síntomas parecidos a los que él describía habían sido ingresados a esa misma mañana. Se notaba que el hospital era privado y de alto nivel ya que la persona que le había atendido, lo había hecho en todo momento con mucha amabilidad.

—Sabe usted ¿a qué hora han ingresado mis parientes? —preguntó él, también en tono amable.

—A primera hora de la mañana. Sobre las nueve. Estaban visiblemente enfermos con síntomas de gripe aguda.

—¿Podría hablar con ellos por teléfono? —solicitó él a la administrativa.

—Me temo que no. Según consta en la ficha del ordenador que estoy consultando en estos momentos están demasiados débiles y nos han ordenado que no les pasemos ninguna llamada.

—Perdone señorita, pero me está usted preocupando. ¿Tan graves están? —preguntó el cambiando el tono de voz a uno que denotaba más nerviosismo.

—Lo siento pero no soy médico y no quisiera darle información equivocada. Según el ordenador no se encuentran bien, pero no aparece valorado que nivel de gravedad o no, reviste su enfermedad. De verdad lamento no poder serle más útil.

—En absoluto señorita. Está usted siendo la mar de amable. ¿Si no es molestia me permite una pregunta más? —volvió a solicitar el mostrando en su voz una mezcla de preocupación y necesidad de conocimiento.

—Si está en mi mano por supuesto.

—¿Si me desplazo hasta el hospital cree usted que podría visitarlos en su habitación?

—No lo sé. Depende de si lo considera o no oportuno el médico que les está atendiendo. Pero de nuevo me temo que no será factible. La habitación 205 es una habitación del pabellón de infecciosos y no creo que pueda pasar. No suele ser habitual conceder ese tipo de permisos en ese pabellón.

A través de esa simple llamada telefónica había conseguido toda la información que necesitaba para sus fines. Después se había trasladado al hospital, había entrado en uno de los vestuarios del personal médico, había cogido una bata de sus medidas y se desplazaba andando tranquilamente hacia la habitación 205. Después de unos minutos caminando sin que nadie le interceptase llegó a la entrada del pabellón de infecciosos.

Se paró en la puerta que sellaba la entrada. Se indicaba claramente mediante unos carteles de grandes letras en rojo que a partir de ella se entraba en una zona de infección y que se evitase traspasarla sin el equipamiento adecuado.

A través de los cristales de la misma oteó si había alguien detrás haciendo algún tipo de guardia. Comprobó rápidamente que no había nadie a la vista. La dirección del hospital no había considerado oportuno tomar medidas adicionales, pensando que nadie en su sano juicio se jugaría su salud entrando

en un pabellón de infecciosos. No tenía mucho sentido hacerlo.

El falso médico retrocedió por el pasillo buscando un vestuario cercano en donde encontrar el equipo apropiado para entrar en aquella zona. No tuvo que andar mucho. A escasos metros lo encontró.

En ese momento dos personas se desplazaban por el frío y aséptico pasillo. Se paró cerca de la puerta y se agachó simulando que se ataba los cordones de sus zapatos. Se demoró en la operación el tiempo suficiente para que doblasen la esquina y desapareciesen.

Estaba lo suficientemente cerca de la puerta para escuchar si alguien se encontraba dentro. Satisfecho de que no se oyesen voces se desplazó al interior de la habitación. Había dos armarios con ropa y zapatos de diferentes tallas. Se quitó la bata y se colocó encima de su ropa uno de aquellos trajes sellados para evitar que a través de partes expuestas se introdujesen virus de las peligrosas enfermedades que se trataban en ese pabellón.

Se vistió con sumo cuidado. No quería que por prisa o una equivocación pudiese correr ningún tipo de riesgo. Cuando pensó que estaba preparado se acercó a la puerta de salida del vestuario. La abrió levemente y miró si alguien se desplazaba por el pasillo. Al ver que no era así se movió hacia la puerta que sellaba el pabellón.

De nuevo hizo una breve parada y miró a través del cristal. Una vez más le acompañó la suerte y en esos momentos tampoco había cerca nadie. Atravesó la puerta y se dirigió hacia la habitación 205, llegando a la misma en unos segundos. Debido a los requerimientos de higiene y asepsia necesarios en aquella zona, no había muchas.

Repitiendo la misma operación que en la puerta anterior miró a través del cristal y pudo ver que en esos momentos ningún sanitario se encontraba en el interior de la habitación. Lo que vio le hizo sonreír malvadamente. La cápsula que había colocado en el aire acondicionado del *Gautrain*, había cumplido su propósito. Aquellos hombres gravemente enfermos así lo atestiguaban.

Abrió la puerta y penetró en el interior. Los enfermos, en las penosas condiciones en que se encontraban y habiéndose acostumbrado a que el personal sanitario entrase y saliese de la habitación continuamente, no le prestaron ningún caso.

Del interior del traje hermético extrajo una cámara de fotos enclaustrada

dentro de una funda de plástico similar a las que se utilizan en submarinismo. Con toda la tranquilidad del mundo y creyéndose seguro les tomó una serie de fotografías desde diferentes posiciones. Cuando consideró que era suficiente, salió de la zona, se desprendió de toda la vestimenta sanitaria que llevaba puesta en el vestuario donde la había cogido y se dirigió con paso tranquilo hacia la salida del hospital.

*El primero que hace el movimiento es el “invitado”, el último es el
“anfitrión”. El “invitado” lo tiene difícil, el “anfitrión lo tiene
fácil”.*

El Arte de la Guerra

Sunt Zu

7. Reencuentro

Tokio. Jueves 11 Junio 2015

En el momento en que el avión tocó suelo durante el aterrizaje, fue cuando Sergio se despertó en cómoda su butaca del avión. Recogió su bolsa del maletero de encima del asiento y se dirigió hacia la puerta del avión. Después caminó por el *finger* conectado a las instalaciones del aeropuerto y anduvo hacia la zona de entrega de maletas en donde una cinta transportadora se encargaba de trasladar el equipaje de los pasajeros.

Cogió su maleta de la cinta y se dirigió al control de aduanas en donde presentó su documentación falsa a nombre del señor Stone. Una vez más, como en otros países del mundo en los que solía trabajar, su pasaporte pasó la revisión del guardia de fronteras sin ningún tipo de problema. Salió al pasillo interior central del aeropuerto y se dirigió hacia el punto de encuentro en donde había quedado previamente con Yoko Yoshida.

En la mayoría de los casos de los que se encargaba, con el fin de proteger la suya, adquiría diferentes personalidades. Usaba documentación falsa y se caracterizaba tanto facialmente como en complementos o indumentaria de diferente manera. Usaba peluca, se teñía el pelo, se ponía bigote, cambiaba de estilo de gafas o de peinado y había llegado a ser un consumado maestro del disfraz. Pero en esta ocasión, para estar con ella, prefería ir al natural como verdaderamente era. A excepción de la documentación que era falsa, todo lo demás era el Sergio que Yoko conocía.

Como conocía perfectamente, Yoko Yoshida no estaba acostumbrada a

esperar a nadie por lo que no era raro que no hubiese llegado antes que él. No esperaba que ella llegase antes y le estuviese esperando. Se apoyó en una pared cercana y se dispuso a esperar unos minutos. Así como estaba seguro de que él llegaría primero, también estaba seguro de que ella no le haría esperar mucho.

Al cabo de un par de minutos, no la vio venir, pero adivinó que llegaba. A lo largo del abarrotado pasillo de gente pudo divisar que la mayoría de los hombres se paraban y se giraban para mirar en la dirección en que alguien se trasladaba.

Dicha persona se dirigía caminando segura hacia donde él se encontraba. Debido a que su altura era bastante superior a la media japonesa pudo ver la cara de admiración de los hombres al ver pasar delante de ellos a semejante belleza.

Andando con paso firme y pausado, Yoko Yoshida se desplazaba con la seguridad de la persona que está acostumbrada a que los hombres se giren para mirarla. Llevaba puesto un simple vestido liso negro de falda corta por encima de la rodilla que se amoldaba a su figura como un guante. Hubiese dado igual que hubiese llevado un hábito de monje. La ropa de marca se puede comprar. El estilo, la clase y siglos de nobleza no. Hay cosas que se llevan en el ADN o no se llevan. Y si no se llevan, el dinero lo intenta disimular pero no lo implanta.

Seguía igual de bella que como Sergio la recordaba. El tiempo había pasado a su lado pero no le hacía efecto. A su lado los hombres abrían pasillo para que se desplazase y no cerraban la boca hasta que la perdían de vista.

En cierto modo lo que ocurría en aquel pasillo de aeropuerto era como un anuncio de colonia. Ella caminaba imperturbable por el pasillo que terminaba en la pared en la que se apoyaba Sergio y todos los hombres aunque tuvieran claro por su forma de caminar que iba directa hacia aquel extranjero, les parecía incomprensible que semejante belleza local tuviera algo que ver con aquel *gaijin*. En algunos de los rostros la envidia era manifiesta. Él era alto, guapo y apuesto según los cánones de belleza europeos, pero no según los japoneses.

Yoko Yoshida se detuvo a un metro de Sergio. Durante unos segundos no movió un músculo. Sergio que no tenía claro que hacer en aquel juego

tampoco. Acto seguido, ella le tendió la mano a la manera en que dos ejecutivos se saludan en su primer encuentro. La sorpresa que presentaba el rostro de Sergio era mayúscula, pero a su vez le tendió cortésmente la mano. En el momento en que ella iba a cerrar la mano, tiró fuerte hacia él y abriendo los brazos, se lanzó saltando sobre los suyos.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Has picado! —dijo riéndose a carcajadas de él.

—¡Eres increíble! —dijo él a su vez riéndose con placer, mientras giraba sobre sí mismo con ella en brazos—. ¡Siempre consigues sorprenderme!

Al cabo de varias vueltas y después de haber llamado la atención de todo el que se encontraba cerca, Sergio la depositó suavemente en el suelo.

—¡No sabes cuánto me alegro de *Kuro*! —dijo Sergio alegre y sonriente, mientras pensaba que había sido una buena idea alejarse de Mónica y venirse a Japón.

—¡Yo también me alegro de verte *gaijin*! —y rompiendo todas las normas de cualquier protocolo japonés, le dio un par de sonoros besos en ambas mejillas—. ¡Vamos! ¡Tengo un coche esperando!

Y cogiéndole de su brazo como si fuesen novios, le llevó caminando hacia la salida del aeropuerto, en donde les estaba aguardando aparcado en la puerta un sedán enorme. Al verlos salir, un corpulento chofer, salió del coche, les abrió la puerta trasera, le cogió el equipaje a Sergio y lo introdujo en el maletero. Mientras el chofer estaba ocupado en el exterior, Yoko Yoshida dirigiéndose en voz baja a Sergio le indicó.

—Mientras nos encontremos en el coche, hágame solo de cosas triviales. Cuando estemos solos en el interior de mi casa, ya nos pondremos al día.

—De acuerdo, pero tu familia ¿no mirará con malos ojos el que alojes a un *gaijin* en tu casa? Según tú misma me has contado más de una vez a tu padre nuestra amistad no le hace mucha gracia. ¿No sería mejor que me fuese a un hotel? No me resulta ningún inconveniente el hacerlo. Me paso la vida de hotel en hotel. He perdido la cuenta de en cuantas habitaciones diferentes he dormido este año.

—¡Pero a mí sí! Te he pedido que vengas porque quiero que estés cerca de mí. No para que tenga que ir a buscarte cada vez que lo necesite —le dijo mirándole profundamente con aquellos ojos negros, preciosos e infinitos.

—Lo que tú digas —dijo Sergio devolviéndole a su vez tiernamente la

mirada— he venido porque me has llamado y me iré cuando digas que me vaya. Mientras haré lo que digas.

—Te lo agradezco profundamente y no dudes de que te lo compensaré con creces.

Viendo que el chófer había terminado de introducir el equipaje en el maletero, había pagado el tique del *parking* y se disponía a introducirse en el coche le dijo.

—Sergio o... —guiñándole un ojo porque sabía que era la única persona que conocía su verdadera identidad y a que se dedicaba—. ¿Qué personalidad has adoptado para tu viaje a Japón? Señor...

—Stone, Joseph Stone. Es un nombre que las veces que he venido a Japón me ha traído suerte como bien sabes. Sobre todo me trae suerte con las chicas japonesas guapas —dijo él con un amplia sonrisa devolviéndole el guiño del ojo.

—Cuando entremos en el coche hablemos poco y cambiemos de tipo de conversación, de negocios, el tiempo u otras banalidades, —le dijo ella dándole instrucciones—. Por favor no utilices términos cariñosos delante de mi conductor.

—De acuerdo —dijo el asintiendo con la mirada— pero me va a ser difícil superar esta prueba.

—¿Qué tal ha sido el viaje? —le preguntó ella con un tono de indiferencia simulando una conversación de directivos haciendo negocios. Sabía perfectamente que su chofer y guardaespaldas era un hombre fiel a su padre. Probablemente mientras iba a pagar el tique del aparcamiento ya le habría comunicado que se había reunido con un extranjero. Aunque todavía no sabía el nombre que empleaba el visitante, no tardaría mucho en averiguarlo. Su familia tenía amigos en todas partes. Incluidos los dueños de la compañía de vigilantes de las cámaras de seguridad de aquel aeropuerto.

Durante el viaje tal y como había pedido Yoko, hablaron de cómo había sido de agradable y cómodo el viaje en avión, del tiempo que había durado, de lo aburrido que eran los vuelos trasatlánticos y otras cosas intrascendentes.

En todo momento se sentaron lo más lejos el uno del otro que el asiento del vehículo les permitía y ella se dirigió a él con tono distante como señor Stone y él a ella como señorita Yoshida.

Al cabo de unos veinte minutos abandonaron las calles de la ciudad y se internaron en un barrio residencial en donde solo había casas de estilo tradicional japonés, separadas unas de otras por espléndidos jardines. Se notaba que aquella era una zona de gente muy, muy rica.

El suelo en Japón es uno de los bienes más preciados del país y el disponer de tantos metros cuadrados cerca de la capital era un lujo solo al alcance de unos pocos millonarios.

Al cabo de unos minutos de avanzar por aquella zona llegaron a una parcela con mucha zona ajardinada pero con una casa tradicional no muy grande y relativamente modesta en comparación con las que la rodeaban.

Sergio supuso que aquella casa no era donde habitaba el padre de Yoko. Debía ser alguna de las múltiples casas que les pertenecían y que Yoko había elegido para vivir alejada del resto de su familia. A pesar de que en varias ocasiones le había contado a Sergio lo mucho que quería a su padre, estaba claro que también apreciaba mucho su independencia.

El chofer aparcó cerca de la puerta principal de la casa y salió a abrirles la puerta del coche y descargar el equipaje de Sergio del maletero. Estaba a punto de llevarlo todo a la casa cuando Yoko se interpuso y le dijo.

—No hace falta que te encargues de esto. Ya nos las arreglaremos nosotros —le indicó Yoko—. Tómate el resto del día libre. No te voy a necesitar más.

Al oír las palabras de Yoko, el guardaespaldas torció el gesto, pero no era quién para llevar la contraria a la hija de Yoshida. A pesar de las órdenes de su padre de que estuviese en todo momento a su servicio y junto a su hija. Ella de vez en cuando prefería estar sola, libre y sin vigilancia.

Hace unos meses que había entrado al servicio de Yoko cuando ella había despedido a su anterior guardaespaldas. La primera vez que ella le había pedido que la dejase sola, él intentó negarse diciendo que el señor Yoshida le había dado claras órdenes de no separarse de ella bajo ningún concepto.

En esos momentos vio como los grandes ojos negros de ella cambiaban de expresión y su normalmente amable rostro, se ponía tenso, frío y distante. Él guardaespaldas había oído rumores de que el anterior había osado enfrentarse a ella por la misma razón y había terminado despedido, con un brazo roto y varias lesiones. El enfrentamiento había acabado con el hombre despedido y expulsado de la familia, lo que en Japón equivalía a la pérdida de su honor.

Aunque no era de dominio público dentro de la familia se sabía que Yoko había estado en una escuela de artes marciales muy exclusiva y que había sido la alumna número uno. El anterior guardaespaldas se había equivocado al pensar que aquella guapa mujer que pesaba la mitad que él, estaba débil e indefensa.

Cuando le tocó enfrentarse personalmente a aquella situación el actual guardaespaldas tenía claro que no quería acabar como el anterior y que aquella Yoko que le miraba fríamente a los ojos no tenía ningún miedo ni de su musculatura, ni de su peso, ni de sus conocimientos de artes marciales. Al mirar aquellos fríos ojos comprendió que no deseaba emprender una lucha que iba a perder.

En aquella ocasión ella le dijo que no se preocupase por las órdenes de su padre. Si él no decía nada, ella tampoco. A partir de aquel momento y a lo largo de los últimos meses, ella le había pedido que la dejase a su aire en contadas ocasiones y nunca en compañía de otro hombre.

La dejaba sola en la puerta de su casa y nunca sabía que había hecho. Ella no se lo contaba y él no se había atrevido a seguir sus pasos a escondidas. La advertencia hecha por aquellos ojos no se la podía tomar a broma.

El guardaespaldas no había tenido tiempo de fijarse detenidamente en el hombre que acompañaba a Yoko. Solo en que era extranjero, joven, alto y atlético. No sabía si se lo había imaginado o le había parecido que sus ojos también tenían esa expresión fría y firme de los de su señora.

A pesar de que para él no era lo mismo dejarla sola que en compañía de un extranjero, esta vez tampoco se atrevió a enfrentarse a ella. Se marchó con la duda de si esta vez sí tenía que contar lo que había pasado al señor Yoshida, pero ello significaba traicionar la confianza que su señora había depositado en él. El guardaespaldas internamente se debatía entre ambas lealtades.

—¿A qué hora quiere que le venga a buscar señorita Yoshida? —preguntó educadamente.

—No sé. Todavía no tengo claro cuál va a ser nuestra agenda de trabajo. El señor Stone y yo tenemos que revisar muchos documentos y necesitaremos de tiempo para negociar —dijo ella continuando con la farsa de que la visita de Sergio era solo por motivos de trabajo—. No te preocupes por nosotros. Estaremos dentro en mi oficina y te prometo que no abandonaremos la casa sin

llamarte.

—De acuerdo. Como desee señorita Yoshida. No dude en llamarme si también quiere que lleve al señor Stone a su hotel. A la hora que sea —añadió el queriendo indicar sin ser grosero que no consideraba adecuado que el extranjero durmiese en la casa.

De todas formas, el que ellos no fuesen a abandonar la casa sin llamarle le tranquilizaba. Así nadie los vería juntos y su negligencia permanecería a salvo.

—No te preocupes. Te llamaré cuando considere necesario —esto último lo dijo despacio y con un tono que claramente ponía al guardaespaldas en su sitio.

Y sin más explicaciones ambos cogieron el equipaje de Sergio y se introdujeron en la casa. Nada más pasar al interior oyeron que el coche se ponía en movimiento y se alejaba. Se encaminaron por el interior de la vivienda hasta un jardín central. El jardín como el resto de la casa que habían atravesado estaba decorado con un excelente gusto y arreglado según el estilo japonés tradicional.

Al entrar en el edificio vio que muchos de los muebles y otras piezas decorativas tenían toda la pinta de ser de diferentes artistas japoneses de diferentes épocas. Aquellas pinturas y estatuas debían valer una auténtica fortuna. Sergio conocía el apasionamiento que Yoko sentía por las tradiciones de su país y sus diferentes artistas.

Dejaron el equipaje en una esquina del jardín y tomaron asiento en una zona preparada al efecto. Había bonsáis y otro tipo de plantas, árboles y flores, se apreciaba claramente que todas ellas estaban cuidadas con mucho cariño y esmero.

Se pusieron de rodillas en posición *seiza* y Yoko de un mueble cercano extrajo los recipientes y hierbas necesarias para realizar la ceremonia del té al estilo *Cha-no-yu*.

—¡Pensaba que se iba a quedar con nosotros! —exclamó Sergio habiendo observado la escena anterior con el guardaespaldas.

—Mi padre quiere tenerme vigilada constantemente y siempre tiene un perro de presa siguiéndome a todas partes. Quiere saber a dónde voy y con quién estoy.

Sergio comenzaba a pensar que su amiga lo había llamado porque había tenido algún tipo de amenaza y quería que utilizase sus conocimientos para investigar las causas o algo por el estilo.

—¿Estas en peligro? ¿Has sido amenazada por alguien? —le preguntó queriendo conocer el origen de la vigilancia que su padre había dispuesto para ella.

—¡No! ¡Qué va! —respondió ella. Y con cierto tono de cinismo añadió—. ¿Quién en Japón va a ser tan osado de atreverse a amenazar a la hija del temido Ryu Yoshida?

—¿Entonces?

—A lo único que teme Ryu Yoshida es a las ocurrencias de su hija Yoko. A pesar de lo mucho que quiero a mi padre y de saber que él lo único que quiere es lo mejor para su hija, no soporto la estrecha vigilancia que quiere imponerme.

—¿Por qué?

—Desde pequeña siempre ha sentido un afecto especial por mí. Lo que cuando era más pequeño generaba profundos celos en mi hermano mayor que lo llevaba fatal.

—Me suena muy extraño. Por lo que yo tengo entendido, en Japón tenéis fama de que el hijo heredero siempre se ha llevado el cariño de su padre y todas sus atenciones.

—Y en la mayoría de los casos es así. En mi infancia, durante mis primeros años, mi padre atendía más a mi hermano que a mí. Cuando fui creciendo mi intenso amor por mi padre y mis ganas de agradarle hicieron que consiguiese que me prestase más atención y que pasase más tiempo conmigo. Como sabes soy muy competitiva y siempre quería ganar más y más competiciones para ofrecer el premio a mi padre.

—Ya me lo imagino. Nunca has dejado que te gane nadie a nada —le dijo con una sonrisa en el rostro.

—Al principio y de muy joven era en el colegio con concursos de pintura, matemáticas y las asignaturas habituales. Conforme fui creciendo le pedí que me adiestrasen en artes marciales. En principio puso reparos, pero le argumenté que una Yoshida debía saber defenderse. Eso le convenció. Por las noches mientras nadie me miraba seguía practicando lo que los maestros al

servicio de mi padre me habían enseñado durante el día. Poco a poco fui perfeccionando mis conocimientos y empecé a ganar torneo tras torneo. Al cabo de un par de años mi hermano tampoco era rival para mí.

—Eso. ¿Aumento sus celos?

—¡No! ¡Qué va! ¡Mi hermano y yo nos queremos con locura! Ambos seguimos practicando juntos artes marciales al menos una vez por semana. Suele decir que mientras que el ganador sea un Yoshida no le importa el nombre de pila del mismo. Los celos los tenía cuando todavía era un crío. Además desde que estuve en el “*Dojo Negro*” da por supuesta mi superioridad y solo quiere que le enseñe algo de lo que yo aprendí.

—¿Entonces? ¿La vigilancia de tu padre?

—Como te iba diciendo, su amor hacia mi cambió radicalmente conforme yo iba creciendo. Además los halagos de sus amigos relacionados con que había criado a la hija perfecta, bella y letal, no hacían más que reforzar sus sentimientos hacia mí y sus miedos a perderme.

—¿Miedos? ¿En qué sentido?

—Desde mi adolescencia se obsesionó en cuánto a quien profesaba yo mi cariño. Si tenía algún amigo. Si salía con alguien. Que ¿qué tipo de amigo era? Si quería ser mi novio. Que si era digno de nuestra familia. Les hizo la vida imposible a todos los compañeros desde el colegio a la universidad que se me acercaron demasiado. Creo que incluso en alguno de los casos llegó a sentir celos.

—¿Eso te generó el que te hiciesen el vacío en tus círculos de amistades?

—Solo en parte. Lo que hizo fue que tuviese muy pocos amigos y que con estos la amistad casi fuese a escondidas de mi padre o bien todo lo contrario. Que nos viésemos estando bien vigilados por alguno de sus guardaespaldas.

—Por lo que me has contado que tú quieres a tu padre te habrá resultado muy molesto.

—Sí. Pero en un momento dado tuve que plantarme. Hace unos años cuando estaba en segundo de doctorado de farmacia, una vez acabada la carrera en la universidad, empecé a salir con un compañero de clase en serio. Compartíamos las mismas aficiones y me gustaba mucho. Era uno de los pocos que salía conmigo por mí misma, no por el dinero y la influencia de mi familia.

—¿Y qué pasó?

—Él estaba en la universidad gracias a una beca por sus buenos estudios. Era de familia humilde y mi padre mandó a un par de sus guardaespaldas para que lo trajesen a su presencia. Le dijo que nunca más se acercase a mí. Que no era digno de su hija y lo amenazó con darle una paliza si volvía a verlo junto a mí.

—¿Y?

—Era una buena persona y me quería, pero no se atrevió a enfrentarse a mi padre. No lo culpé por ello. Nadie se atreve a enfrentarse a lo que representa mi padre.

—Lo comprendo. Y más en una estructura cultural y económica como la vuestra.

—Fue la única vez en mi vida que he discutido gravemente con mi padre. Después de días sin que aquel joven se atreviese a acercarse a mí, intuí lo que pasaba. Me personé en presencia de mi padre y le pregunté qué es lo que había hecho.

—¿Te dijo la verdad?

—Sí, toda la verdad. Según él, había hecho lo correcto. Hecha una autentica furia le dije que nunca más se metiese en mi vida privada. Él me amenazó con desheredarme y echarme de la familia y yo le respondí que no hacía falta que me echase. Que la próxima vez que hiciese eso, me iba a fugar al otro lado del mundo y que no me iba a ver nunca más en toda su vida.

—Entiendo que fue un mal trago para su orgullo.

—Sí. Yo nunca en mi vida le había chillado a mi padre. Es más creo que nunca nadie se había tratad a chillarle. Le pilló totalmente por sorpresa.

—¿Cómo terminó todo?

—Me marché de casa a vivir con una amiga de la universidad a su apartamento y estuvimos varias semanas sin hablarnos. Mi hermano quería interceder entre ambos y era el que iba de uno a otro intentando convencernos de que hiciésemos las paces. Yo estaba tan enfadada que no me centraba en mi doctorado y fue cuando le pedí a mi hermano entrar en el “*Dojo Negro*” para alejarme de casa durante una temporada y relajarme.

—Por eso cuando nos encontramos allí, estabas de tal humor y lo pagabas en combate con todos los contrincantes que se te ponían por delante —repuso

el recordando los primeros días de su estancia.

—Exacto. Mi hermano tuvo que recurrir a la influencia de la familia sin que se enterase nuestro padre para que me admitiesen.

—¿Por qué, si tú eres japonesa y miembro de una honorable y ancestral familia de samuráis? —pregunto Sergio sorprendido por lo que le contaba.

—Por qué era chica —respondió ella—. Así como tú eras el primer extranjero que entraba en el *Dojo*, yo fui la primera mujer y la única que ha estado allí hasta la fecha. Me admitieron tanto por la influencia de mi familia como por mi fama como luchadora, al haber ganado a pesar de mi juventud varios torneos de artes marciales importantes.

—¡Pues menuda promoción que tuvieron con nosotros! —añadió no pudiendo contener la risa Sergio.

—Pues sí. Que yo sepa no han vuelto a admitir en el “*Dojo Negro*” a ningún extranjero, ni a ninguna otra mujer. ¡Con nosotros debieron tener más que suficiente! —exclamó Yoko contagiada por la risa de aquel hombre que le divertía y le hacía sentirse bien.

—Pero a pesar de todo lo pasado no has conseguido librarte de la vigilancia de tu padre...

—Cuando volví del “*Dojo Negro*” tuvimos una larga y tensa conversación. Mi padre no había soportado nada bien mi ausencia y no aguantaba que yo continuase sin dirigirle la palabra. Le puse como condición mi independencia. Le pedí esta casa y le dije que iba a salir con quien me diese la gana, cuando me diese la gana. Acepto a regañadientes la propuesta, pero aceptó. La única condición que me puso fue que siempre me acompañase un guardaespaldas.

—Siempre te sales con la tuya...

—Al principio lo llevó muy, muy mal, pero ahora nos vemos prácticamente todos los días y nuestra relación es casi perfecta. Yo siempre le he querido mucho.

—Casi perfecta...

—Sí. Desde hace unos meses y aunque me lo diga con las palabras más amables y cariñosas de su vocabulario y no muy frecuentemente, está empeñado en que me case. Me hace chantaje emocional diciéndome que se va a morir sin ver a sus nietos.

—¿Tu hermano no tiene hijos?

—Sí, pero él juega con los dos. Con mi hermano y conmigo a decir que mi hermano es más feo que yo y que sus nietos se parecen a su padre. Que él quiere tener nietos más guapos y que se los tengo que dar yo.

—¿Tu hermano se enfada?

—Mi hermano le sigue la corriente y se parte de risa. Mi padre quiere a mi hermano y a sus nietos a morir. Solo es una argucia para intentar que yo me case.

—Entonces, ¿la vigilancia?

—Con la excusa de que es por mi seguridad aprovecha para tenerme vigilada para conocer con quien salgo. Con la edad ha vuelto a las andadas y aunque lo hace con mucho más tacto no quiere que ande con cualquiera.

—¿Y tú se lo consientes? —preguntó extrañado Sergio.

—Quiero a mi padre muchísimo y he llegado a un acuerdo con mis guardaespaldas de tal forma que de vez en cuando hacen la vista gorda ante determinadas de mis salidas.

—O sea que mientras yo esté aquí, ellos harán la vista gorda ante mi presencia.

—Espero que sí —respondió ella mirando durante un segundo al suelo— aunque se debatirán entre la lealtad a mi padre y lo mucho que me aprecian a mí.

—¿Qué me quieres decir? ¿Qué me estas ocultando? —dijo él suavemente para que ella se sincerase.

—En alguna ocasión le he hablado a mi padre de nuestra amistad...

—¿Y...?

—A pesar de no haber estado nunca contigo, ni haberte conocido, no quiere ni oír hablar de ti. El hecho de que su hija sienta semejante aprecio por un *gaijin* no le entra en esa cabezota suya de samurái del siglo XV.

—Lo lamento sinceramente Yoko. No quiero que por mi culpa vuelvas a discutir de nuevo con tu padre —dijo Sergio con acento sincero en su voz.

—No te preocupes. Si por alguna extraña casualidad mientras dure tu estancia en Japón nos encontramos con él, ya veremos cómo nos las arreglamos en su presencia.

—Tú mandas. Tú le conoces y tú sabes cómo manejarlo —exclamó resignado Sergio.

—Bueno —dijo ella—. Ya basta de hablar de mi padre. Vamos a ponernos ropa más cómoda y quiero que me cuentes qué has estado haciendo en los últimos tiempos.

Después los dos estuvieron tranquilamente conversando durante varias horas en las cuales Yoko sirvió varias tazas de aquel té tan delicioso. Aromático y suave, sirvió para que se relajasen, relegasen a otro espacio temporal sus respectivos problemas y se olvidasen del resto del mundo.



—Te veo bajo de forma —le dijo Yoko simulando preocupación en su voz — incluso veo que estás echando algo de tripa.

—¿Quién yo? —respondió Sergio mientras se subía la camisa y exhibía unos abdominales esculpidos por el entrenamiento como una tableta de chocolate.

Mientras se pasaba de nuevo la camisa por la cabeza y dejaba de ver durante unos segundos a Yoko, esta aprovechó para veloz como un rayo, lanzarle una patada con la punta de pie al estómago.

—¡Ay! ¡Tramposa! —dijo él riéndose, mientras encogía el estómago y volvía a ponerse la camisa.

—¡Ves! —dijo ella riéndose también a carcajada batiente— mucha apariencia, pero nada de fortaleza. Seguro que cualquier niño de ciudad es capaz de darte una paliza —añadió intentando herir su amor propio—. Los occidentales llegados a una edad, inevitablemente os descuidáis y os volvéis muy flojos.

—Si pero según todos los estudios realizados por una prestigiosa universidad de Estados Unidos a las japonesas les pasa diez años antes que a los occidentales —le dijo Sergio devolviéndole la pelota—. Además está comprobado según dicho estudio que la probabilidad que les ocurra a las morenas y guapas es mucho más alta.

Antes de lo que la vista es capaz de vislumbrar Yoko se había lanzado sobre Sergio. Este conociéndola, estaba esperando un ataque por su parte después de haber herido su orgullo. La esquivó por escasos milímetros, mientras ella pasaba como un rayo por donde estaba él hacía un segundo.

—Ves. Ya te está empezando a pasar. Hace unos meses no te hubiese

esquivado —dijo él mientras no daba crédito a sus sentidos de que se hubiese podido librar del ataque a pesar de haber estado preparado y esperándolo. Se puso de pie y en posición de combate.

Yoko había rodado sobre sí misma y ya se encontraba enfrente de él, también en posición de combate. En su cara brillaba la satisfacción ante el combate que iba a tener lugar.

Era un hábito que no habían abandonado desde que habían abandonado el “*Dojo Negro*”. Cuando se encontraban al menos una vez al año, siempre buscaban unos momentos para medir sus habilidades en las artes marciales. Ambos eran jóvenes, en forma y en pleno control de sus facultades.

Yoko había sido la número uno en el “*Dojo Negro*” y sus habilidades eran algo que no tenían parangón. Así como hay gente cuyo cuerpo está hecho para el atletismo, el tenis u otro deporte, el cuerpo de Yoko estaba hecho para las artes marciales.

A muchos de sus derrotados contrincantes les había engañado su juventud, su belleza y su esbeltez. Sus cincuenta y pocos kilos eran una máquina de luchar perfecta. Si los antiguos maestros, fundadores de disciplinas como el Judo y el Aikido se les atribuía el que defendían que su estilo se basaba en aprovechar la fuerza de su enemigo la hubiesen visto luchar, hubiesen reconocido en ella la aplicación práctica de todas sus teorías.

Parecía como si adivinase los movimientos de sus oponentes cuando estos empezaban a ponerse en movimiento para atacar. El más mínimo fallo, error o desequilibrio le llevaban a ganar el combate. Y siempre resultaba ganadora. Sergio no se hacía ninguna ilusión con respecto a vencerla, pero sabía que a ella le encantaba medir sus conocimientos con los de él y a él también le encantaba. A veces incluso era capaz de aprender alguna nueva técnica o extraer del combate alguna nueva forma de aplicar una llave.

—¡Vamos a ver cuál de los dos está más oxidado! —le dijo ella con una sonrisa felina en su rostro—. Te voy a hacer tragar todos los estudios de esa universidad. Además el que pierda paga la cena de esta noche.

—Yoko, vete reservando un restaurante caro y prepara una buena cartera —le dijo devolviéndole la sonrisa Sergio, aunque no depositaba ninguna confianza en su palabrería. Tenía claro quién le iba tocar pagar la cena de esa noche.

—No sé qué me da que me voy a librar —dijo ella con una voz plena de seguridad, mirándole directamente a los ojos—. Como no quiero destrozar mi valioso jardín mientras te doy una paliza, acompáñame al *Dojo*. Está detrás de aquella puerta de allí.

—Tu primero —dijo el sin descuidarse, pero simulando el hacer una reverencia de las de la edad medía.

Sin mirar hacia atrás y segura de que Sergio no le iba a atacar por la espalda se dirigió hacia el *Dojo* ondulando sus caderas de manera insinuante y provocativa. Sabía que con aquella forma de andar era pura seducción en movimiento y se estaba aprovechando descaradamente de que él caminase detrás suya. El ajustado kimono no hacía más que acentuar su esbeltez. A Sergio mirando aquella maravillosa vista de ella, casi se le olvida el motivo por el cual la estaba siguiendo, hasta que caminando entró en el *Dojo*.

Era bastante más grande que muchos de los que él había utilizado de joven para aprender artes marciales. Estaba claro que en aquella casa las tradiciones samuráis imperaban sobre todas las cosas. No sabía cómo serían las habitaciones, pero desde luego el jardín y el *Dojo* eran impresionantes. A la cabecera del mismo, en el *shomen*, había dispuestas en varios anaqueles diversas armas tradicionales, *katanas*, tantos, lanzas, arcos y otras menos habituales.

Cuando Yoko llegó andando majestuosamente al centro del *Dojo*, se giró de manera elegante y se situó de frente a Sergio en posición de combate de Aikido.

—¿Seguro que durante este breve paseo no te lo has pensado mejor y has decido rendirte sin presentar combate? Te ahorraras algunos golpes y no salvarás tu orgullo —dijo ella mostrando una perfecta sonrisa con unos dientes blancos como perlas.

—La verdad es que no me importaría nada rendirme —repuso él intentando imitar aquella sonrisa— pero el problema es que no he traído conmigo dinero para pagar la cena y seguro que deseas ir a un caro restaurante. No me queda otra que pelear. ¿Reglas?

—Ganar.

—Cuando quieras.

Ambos dejaron de hablar y mirándose fijamente se concentraron en

posicionarse para el combate. Empezaron a girar una en torno al otro, buscando la mejor forma de realizar el ataque. Aunque eran más aficionados al Judo y al Aikido, dominaban otras técnicas de diferentes artes marciales y se observaban esperando cuál de ellas iba a utilizar el contrario.

Poco a poco se fueron acercando el uno al otro arriesgando un poco más en cada paso que daban con el fin de que el otro se lanzase al ataque y preparar un contraataque.

Decidido a romper el estado en el que estaban Sergio intentó agarrarle por un brazo para que tirara de él y proyectarla por encima de su cuerpo. Se extrañó porque consiguió agarrar el brazo y mientras estaba agachándose por el interior del cuerpo para proyectarla, notó que ella a su vez giraba y aprovechando su impulso siguió girando alrededor de Sergio, mientras con su pierna proyectaba un golpe por la parte de atrás de la rodilla doblada de Sergio.

Cuando el barrido alcanzó su objetivo la rodilla de Sergio se dobló y se fue al suelo. Ella que seguía a sus espaldas aprovechó el que él intentaba evitar la caída, para pasarle el brazo por el cuello y cerrar las piernas en torno a su cintura apresando sus piernas.

Estaba inmovilizado mientras ella empezaba a estrangularlo. Sergio intentó no rendirse de inmediato, pero vio claramente que no tenía ningún tipo de salida y a los pocos segundos, golpeó con la palma abierta en el tatami.

Era la señal utilizada en la mayoría de artes marciales para rendirse al adversario. Sin continuar con el estrangulamiento lo mantuvo unos segundos más inmovilizado para disfrutar del momento.

—Uno a cero. Como siempre al mejor de tres. O sea yo —dijo sonriendo y preparándose para el siguiente asalto.

De nuevo comenzaron aquella peligrosa danza, observando en detalle los movimientos del contrario. Esta vez fue ella la que tomó la iniciativa y se adelantó lanzando un barrido de afuera hacia adentro sobre la pierna izquierda de Sergio. Este echó la pierna hacia atrás evitando el barrido.

Demasiado tarde Sergio se dio cuenta de que el movimiento que él había realizado era lo que ella pretendía desde el principio. Con la velocidad que llevaba se había colado en su interior mientras le agarraba con su mano izquierda de la manga derecha de Sergio y pasaba el brazo derecho por debajo

de la misma agarrando el brazo. No tuvo más que girar su cadera para aprovechado el impulso proyectarlo por encima de su cuerpo.

Lo único que pudo hacer Sergio cuando ella lo soltó fue utilizar sus habilidades para intentar aterrizar a un par de metros de distancia sin hacerse mucho daño. Otro en su lugar y a pesar de las colchonetas del tatami probablemente se hubiese roto algún hueso. Si el combate hubiese sido en la calle, incluso Sergio estaría tumbado en el cemento con un gran golpe intentando levantarse.

—Dos a cero —dijo Yoko disfrutando del momento— te veo trabajando en el restaurante durante una semana para poder pagar la cena.

Sergio se levantó de la colchoneta, moviendo despacio los brazos y las piernas para comprobar que no tuviese ninguna lesión. Comprobó que aparentemente no se había hecho nada. Movía con facilidad todas las extremidades.

Una vez más se colocaron en la posición central del *Dojo* y comenzaron a moverse. Sergio no encontraba la manera de ver un fallo en sus defensas. Hubiese pagado una buena cantidad por darle la vuelta a aquel combate. Pero no pintaba nada bien.

Decidió probar una técnica diferente con ella. Siempre que probaba técnicas de pie, acababa o proyectado o estrangulado. Se le ocurrió que quizás podría utilizar su peso y su mayor musculatura contra ella de una manera diferente. Para ello era necesario que la arrastrase de alguna manera al suelo. El Judo era el arte marcial con mejores técnicas de suelo conocidas, por lo que pensó intentarlo por esa vía. Tenía que ver cómo conseguirlo.

Mientras Yoko se plantaba delante de él, rápidamente la agarró con fuerza por ambos brazos arriesgándose a que le aplicase una técnica de escape de Aikido. Pero ella prefirió no hacerlo. Entonces tensando los brazos la atrajo hacia así, echándose hacia atrás.

Yoko vio su oportunidad, introdujo su pierna derecha entre la de él y realizó un barrido interior. Lo lógico ante aquella técnica era que el oponente viendo cómo se iba al suelo se soltase intentando amortiguar la caída y evitando el peso adicional que se le venía encima.

Pero esta vez Sergio haciendo lo inesperado, en vez de soltarla y parar la caída soltando los brazos, la agarró por el cuerpo estrechándola contra sí.

Ambos cayeron a plomo sobre el tatami. El golpe fue sonoro, pero las colchonetas amortiguaron el golpe lo suficiente. De nuevo de haber sido un suelo diferente, Sergio se habría producido lesiones.

Tras el impacto, sin soltar a la todavía sorprendida Yoko, y apretándola todavía más fuerte contra él, giró sobre sí mismo poniéndose encima de ella. Cambiando lentamente la posición de apriete de sus brazos sin aflojar su agarre, ni dejando huecos por los que ella pudiese escaparse, le aplicó una técnica de sujeción de Judo inmovilizándola.

Sergio no se lo creía. Había ganado. Pero para que el punto contase ella tenía que golpear el tatami con la mano abierta en señal de rendición tal y como él había hecho en su primer asalto.

Con el fin de que la técnica aprisionase mejor a Yoko, impidiéndole moverse tenía el cuerpo totalmente pegado a ella, desde las piernas entrelazadas hasta la cara. En esos momentos de placer por la victoria, ella hizo algo inesperado y le besó.

No fue un beso tierno de viejos y queridos amigos, sino un beso de amantes que se buscan. Introdujo su lengua en la boca de él y desató la pasión de su cuerpo. Sergio se olvidó de su posición, del combate y del resto del mundo. La soltó y sujetó con placer su cara con una mano mientras la empezaba a acariciar el cuerpo con la otra.

En unos pocos segundos y viéndose totalmente libre, fue ella la que cambiando posiciones lo empezó a entrelazar entre sus piernas. El pensando que era fruto de la pasión del momento le dejó hacer mientras continuaba acariciándola cada vez más intensamente.

Sergio seguía con el beso disfrutando de la boca y el cuerpo de aquella maravillosa mujer, cuando los brazos de ella empezaron también a acariciarle el rostro y el cuello.

En unos segundos aquellas caricias cambiaron por algo muy distinto. Una presa que junto con la tenaza que formaban sus piernas lo tenían inmovilizado y totalmente indefenso. Yoko separó su boca de la suya y mirándolo con una furia salvaje en los ojos y sin darle ninguna tregua, le dijo.

—Marca el tres a cero.

Sergio a esas alturas estaba subyugado por sus encantos y preso de sus deseos. Se había olvidado por completo del combate y no tenía ninguna gana

en continuarlo. Su interés por el mismo había desaparecido junto con la posibilidad de que su orgullo saliese bien parado por primera vez en una lucha contra ella. Su cuerpo ardía de pasión y no tenía control sobre el mismo.

No golpeó una vez el tatami, lo hizo varias veces para dejar clara su rendición. Tanto de cuerpo como de alma. En esos momentos ella era su dueña y habría hecho cualquier cosa que ella le pidiese.

Viendo su total indefensión y que en esos instantes el calor del momento había hecho de él su esclavo, ella se dio por satisfecha y en sus ojos apareció la misma pasión que en los de él.

Buscaron sus cuerpos con desesperación y se fundieron de nuevo en un tórrido beso. Se desnudaron el uno al otro y sobre las colchonetas del tatami se convirtieron en uno solo. Hicieron el amor durante varias horas pasando del ardor inicial a otros momentos de tranquilas caricias y dulzura.



Estaba la cabeza de ella apoyada sobre su hombro cuando con esa sonrisa capaz de apresar a cualquier hombre torció lateralmente el rostro mirándole a los ojos.

—Hacía mucho tiempo que no disfrutabas una noche de pasión. ¿No? —le preguntó.

—¿Por qué? ¿Tan mal lo he hecho? —respondió él, poniendo una cara de fingida sorpresa en su rostro.

—No, no ha estado del todo mal para un occidental —dijo ella guiñándole un ojo descaradamente.

—Gracias, por la parte que me toca...

—No me refería a eso —dijo ella cambiando el tono de su voz por uno más serio a la vez que su rostro adquiría un tinte de profundidad—. Las veces que anteriormente me habías hecho el amor, siempre habías sido tierno y delicado. Hoy sin embargo tenías urgencia, necesidad e impaciencia, parecía que estabas intentando olvidarte de algo. Solo durante las dos últimas horas has vuelto a ser el de siempre.

Mientras Sergio le sonreía, pensaba lo increíble que eran los agudos sentidos de Yoko y lo bien que le conocía íntimamente. Él no se había dado percatado de su comportamiento sexual hacia ella. Solo lo mucho que había

disfrutado y lo increíblemente bien que le había sentado.

A su comentario él no podía contestar con la verdad. Que en parte había acudido tan rápido a su llamada porque había salido huyendo de otra mujer. De Mónica. No era ni el momento, ni el lugar adecuado. En vez de ello le miró sonriendo y tratando de evitar aquellos ojos que eran capaces de leerle el alma. Riéndose comentó.

—Hacía demasiado tiempo que no estaba con una mujer y menos como con una como tú. Lo siento si te ha molestado —sabía que aquel halago distraería a Yoko—. Mi cuerpo ha superado a mi mente y a mi corazón y ha sido él, el que ha dirigido mis acciones. Pero si me dejas, esta noche prometo resarcirte y ser tierno, dulce y darte todas las atenciones que me pidas.

—Hum. Ya veremos. A lo mejor tengo algo mejor que hacer —añadió riéndose mientras levantándose desnuda se iba alejando hacia la puerta que daba al jardín—. Voy a ducharme y a ponerme algo encima. Si sales por esa puerta de ahí veras un pasillo con varias puertas. La primera es un cuarto de baño completo. Puedes darte una ducha rápida. Utiliza la toalla que quieras. La siguiente puerta es tu cuarto. Nos vemos en unos minutos.

Sergio se levantó también desnudo y cogiendo su ropa debajo del brazo, se dirigió al cuarto de baño que le había indicado. Se dio una ducha. Primero unos minutos con agua caliente y después para terminar una ducha de agua fría. Se vistió con la ropa que había dejado en una esquina del baño y se dirigió al tatami a por su equipaje. Lo recogió y se encaminó a su cuarto.

Tras pasó la puerta y se encontró con una amplia habitación. Dejó su equipaje en una esquina y cuando se disponía a ir al encuentro de Yoko, vio encima del amplio y cómodo futón que ocupaba parte de la habitación una caja de unos ochenta centímetros de largo, unos veinte de ancho y unos diez de alto.

Se arrimó al futón a contemplar el precioso estuche más cerca y vio que era de madera taraceada primorosamente ornamentada. Encima de la hermosa caja había una hoja de tipo pergamino antiguo en donde ponía: “Te quiero”.

Sergio quitó despacio el precioso pergamino y abrió con cuidado la caja. Dentro había un arco de madera desmontado. El cuerpo y las palas que lo formaban eran de factura artesanal. Cogió las palas y las montó sobre el cuerpo.

En la parte central del cuerpo, venía el nombre del maestro artesano que

había fabricado el arco. Sergio lo reconoció como probablemente el mejor de los tres manufactureros más famosos de arcos tradicionales “*Take down*” a nivel mundial, capaces de hacer una obra de las características de aquella.

Solo hacía arcos bajo encargo y cada uno de ellos, era considerado una pieza única y costaba una autentica fortuna. Además el maestro siempre mantenía una reunión con su futuro cliente de tres o cuatro horas en donde determinaba si la persona era digna de que le fabricase el arco o no.

Sergio no salía de su asombro. Estaba ensimismado y era incapaz de reaccionar, estuvo varios minutos contemplando la obra maestra que tenía entre sus manos. Cada persona aprecia y considera como arte una cosa distinta.

Para unas son los cuadros, para otras las esculturas, para otras la opera interpretada por un tenor excepcional. Para Sergio, tirador excepcional de arco desde su adolescencia, el tener entre sus manos aquella pieza única y recorrerla con los dedos y la mirada cada centímetro de su confección era una auténtica maravilla técnica y artística.

Para su fabricación se habían utilizado diferentes tipos de madera, tanto en colores como en características. Cada lámina era diferente material a la anterior y unas conferían al conjunto flexibilidad y otras dureza.

Al cabo de unos minutos cogió del interior de la caja una cuerda también de bella factura y la montó en el arco. El aspecto era impresionante. Tensó parcialmente el arco como si fuese a lanzar una flecha imaginaria y calculó que tendría unas cincuenta y cinco libras de potencia. Era simplemente perfecto.

Notó a sus espaldas un ligero carraspeo y cuando se dio la vuelta vio a Yoko con una amplia sonrisa en su bello rostro.

—¿Te gusta? —preguntó ladinamente.

—A parte de ti, es con diferencia lo más bonito que he visto en los últimos tiempos. Es una autentica obra de arte.

—Eso me aseguraron donde lo cogí —dijo no dando importancia a su acción como si lo hubiese cogido de la primera arquería en la que se hubiese detenido.

Aquella pieza era única y el maestro arquero había tardado más de dos meses en su fabricación después de haberle dado a ella el visto bueno como

compradora.

—Gracias —y mirándola con profundo cariño repitió de nuevo—. Gracias.

—¡Bah! —dijo ella— solo es un arco.

Sergio se acercó y cogiéndola delicadamente por la cintura la atrajo hacia su boca y le dio un largo beso. Cuando se separaron despacio y lentamente le dijo:

—No es simplemente un arco. Al margen de ser una pieza única, es una demostración de cariño. Es pensar en el regalo, es conocerme mejor que nadie. Es desplazarte al otro lado del mundo y convencer al maestro artesano para que te lo haga y es pagar un dineral para el mismo.

Yoko se colgó de su cuello y le devolvió el beso con la misma intensidad que el que él le acababa de dedicar.

—Eres la persona que más quiero fuera de mi familia y quería regalarte algo que te hiciese pensar de vez en cuando en mí. Sé que estés donde estés todas las semanas procuras buscar un lugar adecuado y dedicarle unas horas a la práctica del tiro al arco. A partir de ahora lo harás pensando en mí.

—No lo dudes —dijo él mirándole a los ojos con ternura y agradecimiento—. Pero no es justo.

—¿Qué no es justo?

—Yo no he preparado nada para ti. La situación está totalmente desequilibrada.

—Puede. Pero ya me compensarás —le dijo ella mientras tratando de quitar seriedad al momento mientras le guiñaba un ojo—. Además seguro que ahora estarás totalmente motivado.

—En esto último, no puedo estar más de acuerdo contigo —repuso Sergio con una cálida sonrisa en su rostro.

—Para mí era importante tenerte en estos momentos junto a mí y sabiendo que siempre andas dando vueltas por todo el mundo metido en una de tus complejas investigaciones, me temí que no te iba a ser posible venir en una temporada. Sin embargo no lo has dudado cuando te he llamado y has venido a Japón en escasas horas. Eso sí es importante para mí —dijo ella poniendo un intenso énfasis en sus palabras—. Te necesito.

Tal era la pasión que ella había puesto en sus palabras que Sergio no

considero que era el mejor momento para decirle que acababa de quedarse libre de su último caso y que la llamada que le había hecho ella, le había venido de perlas para huir de una complicada relación con otra mujer.

Y la verdad es que estaba encantado de haber acudido rápido a la llamada de Yoko. Mónica empezaba a pasar de la zona de obsesión a la zona de recuerdos agradables. Queriendo averiguar si había más de un motivo para que Yoko le hubiese pedido que fuera, decidió preguntárselo.

—¿Tienes algún tipo de problema Yoko? —le preguntó suavemente mientras le miraba intensamente a los ojos—. Cuenta conmigo para lo que quieras. Para TODO lo que quieras —añadió despacio recalcando esta frase—. ¿Qué necesitas de mí?

En cierto sentido, empezaba a sentirse preocupado. Si había alguien dentro de las personas que conocía que fuese capaz de cuidar de sí misma, independiente y sin miedo a enfrentarse a cualquier situación esa persona era Yoko. Además contaba con las influencias y la inmensa fortuna de su familia. No tenía sentido la intensidad con que ella estaba diciendo que lo necesitaba.

—Te necesito a ti —dijo ella devolviéndole una intensa mirada de aquellos pozos insondables que eran sus ojos. Llevo sin verte casi un año y tú eres mi mejor amigo y mi mejor relax. Cuando estoy contigo, estoy alegre, me lo paso bien y el tiempo pasa volando. Desde la última vez que estuvimos juntos, no he hecho más que ayudar a incrementar la fortuna de mi familia, trabajando, trabajando y trabajando, sin un momento de relax y sin ningún tipo de vacaciones.

—¿No has tenido últimamente un fin de semana de esparcimiento, ni has realizado un viaje que te alejase por unos días de los negocios de la familia? —pregunto él extrañado—. Tú no necesitas trabajar para ganarte la vida. No me interpretes mal. Sé que trabajas en lo que verdaderamente te gusta y eres probablemente la mejor en lo tuyo y prácticamente incansable, pero de vez en cuando hay que parar, escaparse y coger energías para poder seguir.

—No sé qué es mejor. Cada vez que digo delante de mi padre que quiero tomarme unos días de descanso, me busca un pretendiente para que me acompañe. Creo que es uno de los principales motivos por los que llevo tantos meses sin descansar. Además —dijo riéndose irónicamente—. No sé si tú eres el más indicado para darme este tipo de consejos. ¿Cuándo has cogido tus

últimas vacaciones?

—¡*Touché!*—dijo él.

—¿Cuándo has cogido tus últimas vacaciones? —le preguntó insistiendo ella.

—No me acuerdo —dijo agachando resignado la cabeza entre los hombros — sinceramente no me acuerdo.

—Pues eso —dijo ella demostrando con su asentimiento que ella una vez más tenía razón—. Quiero que vengas conmigo, que me acompañes y que ambos nos cojamos unas vacaciones. Necesito que me saques de aquí. Por favor —añadió con voz suave y poniendo aquella mirada que era capaz de poner de rodillas en su presencia a la mayoría de los hombres—. Llévame a dónde sea.

Durante unos segundos, Sergio estuvo pensando en lo que Yoko le estaba planteando. Pensándolo despacio y cabalmente, él se encontraba en la misma situación que ella. No sabía cuándo había tenido sus últimas vacaciones, ni cuándo se había dado un tiempo de reposo entre caso y caso. En los últimos dos años, solo se había cogido un par de fines de semana para visitar a sus padres. Solo la adrenalina que le despertaba sus casos y lo centrado que tenía que estar para resolverlos había hecho que no se detuviese a pensar que llevaba tanto tiempo sin pararse.

—Hecho —tú mandas añadió rindiéndose a ella—. Cuando quieras, donde quieras y el tiempo que quieras —dijo él con el mismo tono de sentimiento en la voz que ella había empleado en sus frases anteriormente.

—Gracias —dijo ella y lanzándose a sus brazos y rozándole los labios con un suave beso, apoyo su cabeza sobre el pecho de él y empezó a llorar como una niña.

Sergio cerró con suavidad los brazos sobre el cuerpo de ella y no dijo una palabra más. Hubiese sido romper el encanto de aquel momento. Yoko no lloraba por fragilidad. Lloraba por amistad, por agradecimiento y en cierto modo de felicidad. Probablemente llevaba muchos, muchos años sin hacerlo.

En un mundo de hombres y en un país como Japón de hombres, ella siempre había tenido que luchar en todos los aspectos de su vida para destacar. Probablemente su cuerpo más que su mente llevaba años necesitando aquello. El hecho de que Sergio hubiese sido el catalizador de aquel suceso,

era para él un bien muypreciado.

Después de varios minutos en aquella situación ella se apartó, borró los últimos rastros de lágrimas de sus ojos y su rostro. Poniendo en sus labios una sonrisa y levantando su mirada hasta encontrar sus ojos con los de él dijo:

—¡Bonita manera de empezar unas vacaciones! Llorando en vez de pasarlas riendo.

—Son nuestras vacaciones. Podemos hacer lo que a nosotros nos dé la gana —dijo él guiñándole un ojo—. Nadar, correr, escalar, reír y hasta llorar. ¿A dónde quieres que vayamos?

—A donde quieras.

—No. A dónde tú quieras. Tú eres la promotora de las vacaciones —y bajando un poco el tono de voz añadió—. Yo solo voy a poner una condición.

—¿Cuál? —preguntó ella un tanto sorprendida por aquella petición de Sergio que no se esperaba.

—Pago yo. TODO. Si no, no voy. Necesito hacerlo para corresponder mínimamente al regalo que me has hecho. ¿Yoko?

—¿Sí? —preguntó a su vez ella haciéndose la despistada.

—No es negociable.

—De acuerdo. Tú pagas.

—Sin límite.

—Sin límite —asintió ella dándole otro rápido beso en la boca—. Si te parece, mañana planificamos a dónde vamos. Hoy tengo que acudir a un par de pequeños actos, sobre todo uno de ellos muy gratificante que tiene que ver con mi trabajo. Después tendremos todo el tiempo para nosotros. Me gustaría que hoy me acompañases.

—Yo ya he comenzado las vacaciones —dijo él sonriendo—. Como hemos quedado hace un momento, voy a dónde digas y hago lo que digas. ¿Qué tipo de actos son?

—El primero es un pequeño y sencillo acto de los que verdaderamente merecen la pena. Como sabes estoy dirigiendo una de las grandes empresas de mi padre. Pertenece al sector farmacéutico y estamos haciendo cosas importantes.

—Seguro. Cuéntame más —le dijo él animándola a seguir con la conversación que había empezado, viendo como disfrutaba contando lo que

hacía.

—Tenemos una pequeña fundación a medias con la universidad que se encarga de dotar de becas a aquellos estudiantes más humildes que aunque despuntan notablemente en sus estudios no se pueden pagar la carrera en prestigiosas universidades que desarrollarían aún más sus capacidades. Lo que hacemos es seleccionar cada año a diez de ellos y darles a elegir a que universidad de cualquier lugar del mundo quieren ir. Previamente les orientamos y les preseleccionamos algunas de las más prestigiosas. Nos encargamos de todos los gastos de matrícula, alojamiento y una cantidad mensual para lo que ellos quieran.

—¡Uauh! —exclamó el verdaderamente impresionado por lo que acababa de oír—. ¡Me imagino que esos alumnos y sus familiares te estarán eternamente agradecidos!

—Ya sabes cómo somos los japoneses. Para estos chicos es un asunto de honor el no defraudarnos. Normalmente destacan en las universidades que van y su mayor satisfacción es que nos sintamos orgullosos de sus calificaciones y títulos elegidos.

—Entonces, cuando terminan sus estudios, habrá varias empresas del país donde han estudiado intentando ficharles.

—Sí, pero se sienten tan agradecidos que quieren volver y trabajar para nosotros. Dicen que nos lo deben. A pesar de que les repetimos una y otra vez que lo hacemos porque nos gusta y que son libres de hacer lo que quieran y trabajar en la empresa que quieran en el país que quieran, es imposible hacerles cambiar de opinión. Siempre vuelven a nosotros.

—Entonces —dijo él haciendo una parada efectista— ¡los científicos de tu empresa deben ser espectaculares!

—Si probablemente nuestro personal es de los más cualificados y sin lugar a dudas de los más entregados —dijo ella con los ojos brillándoles de orgullo — pero nunca lo hemos hecho con ese fin. Es una medida que implanté hace unos años en la fundación y de la que me siento especialmente orgullosa.

—Se nota —dijo él con sinceridad—. Es una buena obra. Consigues que unos chicos humildes, se conviertan en unos prestigiosos científicos capaces de aumentar el nivel de vida de su familia y conseguir que estas a su vez se sientan orgullosos de ellos. Podrías pedirles la luna y harían todo lo que

estuviese en su mano para subir a por ella y conseguírtela.

—Si creo que sí. Te aseguro que da gusto trabajar con ellos. El acto de esta tarde es en una sala que nos presta la universidad de Tokio para celebrar la entrega de becas. Es un acto gratificante y no nos llevará mucho tiempo. Estaría encantada de que me acompañases. Si estás cansado por el viaje lo entenderé —y haciendo una parada añadió— o si te aburren este tipo de actos también lo entenderé.

—¡Qué va! —exclamó él— estaré encantado de acompañarte. Lo que no tengo es la ropa adecuada. He traído solo algo de ropa informal. No sabía lo que iba a necesitar.

—No te preocupes —dijo ella sonriendo con picardía—. Ya había pensado en ello. En el armario de tu cuarto tienes tres trajes de marca de tu talla. Elige el que quieras. En el otro lado del jardín tengo un pequeño despacho y voy a terminar de repasar el discurso que tengo preparado. Si lo deseas puedes mientras probar el arco. Saliendo por una de las puertas del *Dojo* accedes a una pequeña explanada en donde hay un par de dianas preparadas. Junto a ellas tienes varias cajas con diferentes flechas. Sírvelte tú mismo y disfruta. Un rato antes de la hora de irnos te aviso para que ambos nos cambiemos.

—Hecho —repuso él.

Y con una sonrisa de oreja a oreja cogió aquel maravilloso arco y se dispuso a probarlo.



Estaban vestidos de gala dentro del coche. Yoko después de avisarle que debían vestirse para no llegar tarde había llamado a su chofer para que viniese a buscarlos. Sergio iba vestido con un traje de ejecutivo con corbata a juego y ella iba vestida con un traje de falda y chaqueta violeta también a juego.

Él seguía maravillándose de su silueta. Cualquier ropa que se pusiera no hacía más que resaltar su belleza. Sergio sabía que algunos de los más prestigiosos diseñadores de ropa de Japón le habían propuesto más de una vez hacer de modelo en alguno de sus desfiles y también sabía que ella se había negado siempre. No necesitaba ni el dinero, ni la fama, ni tenía necesidad de saberse deseada. Es más cuando su padre se había enterado, había amenazado

con arruinarles a más de uno de ellos por pensar que su hija era un objeto que enseñar en público.

—¿Qué te ha parecido el arco? —preguntó ella.

—Impresionante. Nunca había manejado nada igual. Perfectamente equilibrado, ligero y potente. Podría haber estado horas practicando con él. Me has proporcionado algo para disfrutar durante años.

—¿Te acordarás de mí? —le dijo ella poniendo en aquellos maravillosos ojos una mirada suplicante.

—Siempre me acuerdo de ti —dijo él con un tono de sinceridad absoluto en su voz—. Antes de tener el arco también.

—Es una pena que estemos en este coche con el chofer —dijo ella sonriéndole con picardía— con esos halagos me dan unas ganas enormes de besarte.

—A partir de mañana esa va a ser una de las prioridades de nuestras vacaciones.

—No creo que espere a mañana —dijo ella dejando la frase flotando en el aire.

Llegaron a uno de los edificios de la universidad, en donde el chofer aparcó el coche en la puerta. Allí les estaba esperando el decano de la facultad de farmacia. Cuando el chofer les abrió la puerta, el decano estaba allí haciéndole una profunda reverencia a Yoko. A Sergio le quedó claro que la fundación debía hacer importantes donaciones y no solamente para la beca. Aquel individuo no le dirigió una sola mirada, presuponiendo que aquel extranjero elegantemente vestido era un simple ayudante de ella.

Se dirigieron al interior del edificio y les condujeron a una sala en donde había unas ochenta personas sentadas esperando. Debían ser los estudiantes becados junto con sus familias.

Mientras Sergio se hacía a un lado intentando pasar desapercibido y se sentaba en una silla de las últimas filas, Yoko se dirigió caminando despacio hacia su asiento como una emperatriz hacia su trono. Si hubiese llevado un traje de época y una capa no hubiese despertado mayor atención. La gente la miraba embelesada tanto por su belleza como por ese magnetismo que son capaces de irradiar ciertas personas en torno suya.

Sergio a pesar del tiempo que había pasado se seguía sintiendo

complacido y a la vez extrañado de cómo era posible que aquella mujer se hubiese fijado en él. Era de esas personas que tienen el mundo a sus pies. Estaba seguro de que tenía mil pretendientes entre las familias más poderosas de Japón. Pero ella le había elegido a él. Era un hombre increíblemente afortunado.

El decano de la facultad hizo una introducción alabando las becas y donaciones de la familia Yoshida, representada allí por Yoko y todo lo que hacían por la universidad y por los alumnos allí presentes. Cuando acabó y dio paso a Yoko, todo el mundo dio un fuerte aplauso, seguido de un silencio sepulcral. Se oía el silencio.

Yoko se puso de pie y avanzó hasta la parte delantera y el centro de la tribuna en donde estaba situada la mesa que presidía el acto. Con su voz firme y suave, dio un discurso sobre la importancia de ayudar a aquellos buenos estudiantes que se habían esforzado tanto por estar en esa sala, y que su familia no iba a permitir que se perdiesen esos cerebros y esos grandes trabajadores por el hecho de que no hubiesen nacido en una familia que no podía permitirse el pagar la continuación de sus estudios en una buena universidad.

Al contrario de lo que había hecho el decano, quitó en todo momento importancia al pago de las becas por parte de su familia, incidiendo en que los protagonistas de aquel acto y el mérito de encontrarse allí era de ellos. Incluso les dio las gracias.

Siguió diciendo que confiaba en que sus carreras en las universidades que habían elegido iban a ser muy prometedoras y que estaba segura de que iban a ser el orgullo de sus familias y también de ella. Prosiguió prometiendo que mientras ella siguiese al mando de la empresa farmacéutica, esas becas seguirían existiendo.

Hasta Sergio se sintió magnetizado por las palabras del discurso de Yoko, quedando patente que era una gran líder. Mirando los rostros de los alumnos allí presentes y el de las familias que los acompañaban, estaba claro que si en ese momento se hubiese puesto a caminar diciendo que le siguiesen, la sala se hubiese quedado vacía en segundos.

Tanto por su belleza, por su tono de voz y el compromiso que irradiaban sus frases, no era de extrañar que la gente se sintiese tan atraída por ella.

Sergio entendía perfectamente que aquellos alumnos por sí mismos y por el empuje y apoyo de sus familias se iban a esforzar al límite en sus futuros estudios para no defraudarla. Se hacía querer.

Tampoco era de extrañar que al término de sus estudios viniesen a poner sus títulos y sus conocimientos a los pies de Yoko. Para ellos era como una diosa a la que debían todo lo bueno que les había pasado en la vida.

Por cultura japonesa y por el propio carácter de la inversión realizada en ellos por Yoko, para ellos tenían una deuda que pagar de por vida. A las promociones anteriores, ella jamás les había pedido nada. No hacía falta.

Sergio se propuso pedirle que un día le llevase a ver el interior de su empresa. Al fin y al cabo él era ingeniero y tenía que ser algo increíble ver a aquella gente volcada en su puesto de trabajo.

Cuando terminó de hablar, se hizo de nuevo unos segundos de silencio al cabo de los cuales, Yoko reverentemente inclinó la cabeza utilizando el saludo tradicional japonés. Todo el mundo en silencio se levantó y respetuosamente le devolvió el saludo imitando su educado gesto. Hasta Sergio se levantó de su silla y fue uno más dentro de aquella agradecida gente. Nadie se atrevió a levantar la cabeza esperando que ella fuese la primera.

Viendo que si ella no se movía, no lo iba a hacer nadie en aquella sala, Yoko levantó la cabeza, dedicó una amplia sonrisa a la gente y rompiendo el protocolo, se bajó de la tarima y se mezcló con las familias. Todo el mundo quería ganarse su atención y cruzar unas palabras de agradecimiento con ella. La mayoría de las familias, dentro de sus humildes recursos, le habían traído un detalle y querían entregárselo en persona.

Sergio desde una esquina de la sala, sin ningún tipo de prisa, disfrutó viendo que se movía como un pez en el agua. Conocía los nombres y apellidos de todos los alumnos y tenía la palabra adecuada en todo momento para ellos y para sus familias. En las caras de aquellas humildes personas, más que agradecimiento se apreciaba una profunda devoción.

Cuando atendió a todo el mundo el decano que en todo momento la acompañaba pidió a la gente que por favor abandonasen el local diciendo que la señorita Yoshida era una persona muy ocupada y que tenía que marcharse a cumplir con otras obligaciones. Al principio tardaron en hacer caso. No querían que aquel momento acabase, ni separarse de su benefactora, pero al

final por su respeto hacia ella, se fueron retirando.

Cuando al final quedó la sala vacía a excepción del decano, de Yoko y de Sergio, estos se acercaron a dónde estaba este último. Yoko se adelantó unos pasos.

—Tengo que tratar unos asuntos administrativos relacionados con las becas gestionadas a través de esta universidad con el decano. Me llevará unos pocos minutos —y no queriendo mostrar la relación que mantenía con Sergio, añadió en un tono excesivamente formal, mientras le guiñaba un ojo con complicidad sin que lo viese el otro—. Espérame fuera junto al coche. No tardaré mucho rato.



Como Yoko le había comentado, tardó un cuarto de hora en aparecer en la puerta de la facultad. Sergio había estado esperando, dando pequeños paseos cerca del sedán bajo la atenta y reprobatoria mirada del chófer. Estaba claro que no aprobaba su relación con su señora y no entendía que podía ver ella en aquel *gaijin*. Ella se dirigió directa al coche y Sergio la siguió. Cuando estuvieron aposentados en el interior del automóvil él le preguntó sonriendo.

—¿Has pensado en dedicarte a la política?

—¿Por qué? —pregunto ella a su vez mirándole con extrañeza.

Por lo visto todavía venía dándole vueltas a la cabeza a su conversación con el decano y la pregunta le había pillado totalmente desprevenida.

—Porqué te ganas a la gente de una forma increíble. Esas personas de ahí te seguirían a cualquier sitio que les pidieses. Cualquier sitio y sin pensárselo dos veces.

—Bueno. No le des tanta importancia —dijo intentando evitar que le viese ruborizándose—. Sencillamente son gente humilde en presencia de una persona que les han dicho que es muy poderosa y que va a pagar los estudios de sus hijos. Se sienten agradecidos.

—Sí, pero lo estarán así de por vida. Ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos. Con ello conseguirán dejar de ser gente humilde y todo ello te lo deberán a ti. Se veía en sus ojos que nunca jamás lo olvidarán. Nunca.

—Vas a conseguir que me ruborice —dijo ella intentando disimular y que no se le notase en el rostro.

—¡Ah! ¿Sí? No sabía que las guerreras samuráis también se ruborizasen —y riéndose añadió—. No me acuerdo de haberte visto asistir a esa clase.

—Como sigas riéndote de mí, acabaremos esto en un tatami —dijo ella intentando ponerse seria sin conseguirlo.

—Como quieras, pero si no te importa del combate de esta mañana prefiero repetir la parte final. El principio me gustó mucho menos —le dijo Sergio mientras evitaba por pelos que ella le alcanzase en la cabeza con el pequeño bolso que había llevado como adorno al acto—. ¡Eh! No vale utilizar armas.

—¡Qué bien me hace el que estés aquí! —dijo ella no pudiendo evitar al final que brotasen las carcajadas que había intentado evitar en presencia de su chofer—. Como te he dicho esta tarde en mi casa tienes que acompañarme esta noche a un acto más y con él terminaremos con todos mis compromisos. Mañana tenía algunas reuniones y citas en la agenda, pero lo cancelaremos todo. Nos vamos los dos definitivamente de vacaciones.

—¿A dónde vamos? —preguntó él curioso—. ¿A otro acto público multitudinario?

—No. Este es un acto más reducido y con menos asistencia. En los últimos años hemos establecido una tradición. Reúno en el restaurante *Kitcho* a los rectores de las universidades extranjeras que han elegido para estudiar los próximos cursos los alumnos que acabamos de premiar y les invito a cenar.

—¿En el *Kitcho*? ¿Con el chef Kunio Tokuoka? —preguntó Sergio con unos ojos como platos.

—Sí. Ya sabes —dijo ella con naturalidad—. Para que las cosas funcionen bien hay que premiarlos a todos, a los alumnos y a los rectores. A cada uno de diferente manera.

—Me imagino que cuando les invitas a cenar al probablemente restaurante más caro del mundo, habrá muchos se excusarán y que no podrán venir.

—Pues la verdad es que no —dijo ella fingiendo en su rostro una falsa sorpresa—. Le pagamos los billetes de avión, la cena y les damos un donativo para sus universidades y la verdad es que no nos suele fallar ninguno.

—¡Eres la leche! No quisiera tener que negociar contigo —dijo Sergio riéndose.

—La verdad es que algo influirá, porque cuando nuestros alumnos se

desplazan a las nuevas universidades, son atendidos durante su estancia con un cuidado excelente —dijo guiñándole un ojo.

—¿Su personal se gana el donativo que les das? —pregunto él con curiosidad.

—Hasta el último dólar. Si recibo una queja de alguno de los alumnos que enviamos, mando alguien de mi confianza a investigar lo que está pasando, en el siguiente avión que sale para ese país. Si el alumno tiene razón, recuperamos el donativo, damos de baja a la universidad en nuestras listas y por supuesto el rector jamás vuelve a ser invitado.

—¿Cómo las gastas! —dijo el emitiendo un suave silbido—. Veo que dejas claro al resto que o cumplen o los tachas de la lista sin contemplaciones.

—Hace unos años cuando empezamos a mandar alumnos becados al extranjero, algunos de ellos debido a su procedencia humilde, eran incapaces de quejarse de que les dieran las peores habitaciones de los colegios mayores, los peores grupos de trabajo y los peores materiales de estudio. Incluso los responsables de la universidad que debían ocuparse de ayudarles, no hacían nada cuando otros alumnos ricos se metían con ellos y los hacían blanco de sus burlas. Se aprovechaban de que tenían miedo de que los echasen de las universidades si se quejaban y aguantaban de todo con tal de no disgustarme.

—¿Y cómo te enteraste?

—Uno de los alumnos después de haber acabado la carrera, haber vuelto y llevar trabajando unos meses en nuestra empresa, se lo dijo a su jefe un día comiendo y en plan confidencia. Su superior a su vez, estuvo varios días pensando si me lo decía a mí y al final se decidió y vino a verme.

—¿Y? —pregunto Sergio. Conociendo como conocí a Yoko, se imaginaba que la solución al problema había sido tremendamente radical.

—Ya sabes. A veces no se contenerme. Me presenté en persona por sorpresa en varias universidades con un par de guardaespaldas e investigué cada una de las situaciones en que se encontraban los alumnos enviados. La mayoría pasaron las pruebas, pero un par de ellas no. Debido a la distancia entre sus países y Japón algunos de los encargados de su estancia, en vez de asignarles los recursos que les habíamos pagado con la beca: habitación, nivel de comida y otros, les asignaban otros medios de menor categoría y se quedaban con la diferencia de dinero.

—¡Que miserables! ¡Aprovecharse de esa manera de esos humildes estudiantes tan lejos de su hogar! —exclamó asqueado Sergio.

—Me puse muy furiosa. Menos mal que me trasladé con un par de hombres de mi confianza que me retuvieron y me calmaron. En un par de casos si no me contienen les hubiese roto las piernas.

Por la expresión que adquirió durante unos pocos segundos la faz de ella, al recordar aquellas situaciones, Sergio no dudó ni un segundo de que los guardaespaldas que la acompañaron se tuvieron que emplear a fondo para convencerla.

—Metí a juicio a esas universidades y a ellos por fraude e hice que los despidiesen de inmediato de sus puestos de trabajo. Desde entonces tomamos medidas. La beca y la donación que hacemos a las universidades van ligadas a la valoración semestral que hagan los alumnos sobre el trato que reciben. Si la puntuación que reciben es inferior al setenta y cinco por ciento, nos tienen que devolver todo el dinero y el alumno elige otro destino.

—Así que desde aquel año a los humildes alumnos japoneses, se les ha empezado a tratar correctamente —dijo el despacio, recalcando las palabras.

—Muy correctamente —dijo ella recalcando también a su vez sus palabras.

—Bueno dejemos de hablar de cosas serias —dijo el cambiando el rumbo de la conversación—. ¿Dónde te espero mientras tú te dedicas a degustar deliciosos manjares?

—No. Vienes conmigo. Quiero tenerte cerca. Quiero que te sientes a mi lado.

—Pero es un acto semipúblico en el que no pinto nada. No se me espera. Solo a ti y los rectores de esas universidades.

—Si pero en contra del acto del que acabamos de salir en donde todos era compatriotas míos, el acto al que voy solo hay rectores de universidades europeas y norteamericanas. No hay ningún japonés. No te preocupes, no desentonarás. Te haré pasar por un asesor mío occidental. Lo tomarán como algo normal en una compañía multinacional como la nuestra.

—Por mi parte lo que tú mandes. ¿Cómo me voy a negar a disfrutar de tu compañía en el transcurso de una deliciosa cena? ¿Qué papel quieres que represente? ¿Cómo me llamo?

—¿Con que personalidad me dijiste que habías entrado esta vez en el país? —le preguntó ella.

—Señor Stone, Joseph Stone —respondió él tranquilamente.

—No va ninguna persona más de mi organización, solo yo. Soy la única oriental. Nadie en el restaurante te reconocerá. Te presentaré como mi asesor financiero. En una de estas cenas es un papel que es habitual que esté presente. Además les hará estar alerta. Como no he llevado ninguna en años anteriores, se pensarán que detrás de ello hay algún motivo adicional por mi parte. Nos vamos a divertir.

—¿Qué bruja eres! —dijo él riéndose a carcajada limpia y después mirándose a sí mismo y a la ropa que llevaba—. Por eso me has pedido que me vista de etiqueta. ¿Para que esté a la altura de la categoría de la empresa o del restaurante? O ¿para qué no desentone mucho cuando me sienta a tu lado? Pareceré un alto directivo de tu compañía que te acompaña para no dejarte sola.

—Cierto casi todo. De esta manera haremos que no todo sea trabajo aburrido...

La noche en Tokio, era espectacular. El cielo nocturno totalmente despejado, permitía ver las estrellas. Después de haber recorrido las populosas calles de Tokio y sus modernos rascacielos, habían salido a las afueras y en esos momentos llegaban al restaurante. Era un edificio de construcción tradicional.

El restaurante había sido fundado en 1930 en Osaka en un pequeño local y había ido adquiriendo prestigio y fama, hasta llegar al lugar donde ahora se encontraba, probablemente uno de los tres mejores restaurantes del mundo y por tanto de los más caros.

Uno de los relaciones públicas del local les estaba esperando en la puerta de la entrada y les acompañó a través de diferentes salones y jardines de madera de estilo tradicional hasta el reservado en donde les estaban esperando varios camareros para atenderles.

Dentro y fácilmente reconocibles por sus vestimenta y por sus facciones había unas veinte personas entre hombres y mujeres. La mayoría de ellos de mediana edad y unos pocos algo mayores.

Mirándolos Sergio determinó que daban el perfil de académicos de alto

nivel. No en vano representaban a algunas de las universidades más prestigiosas del mundo. También determinó que varios de ellos se conocían entre sí, por la familiaridad con que se trataban y el lugar que habían elegido para sentarse a la mesa unos cerca de los otros.

Cuando entraron dejaron de hablar entre ellos, se levantaron de sus asientos y saludaron educadamente a Yoko. Está devolviéndoles de igual manera los saludos, se dirigió a la cabecera de la mesa a ocupar la presidencia de la misma.

Los dos asientos contiguos a su izquierda y a su derecha ya estaban ocupados. Sergio estaba seguro que la elección de las personas que ocupaban aquellos puestos no había sido al azar, sino fruto de una cuidada selección, que Yoko rompió en unos segundos.

—Les presento al señor Stone. Es el asesor que he nombrado este año para gestionar las becas y los donativos a realizar por mi compañía a sus universidades. Les ruego que le dejen sentarse a mi derecha. De esta forma le iré explicando más cómodamente durante la cena quienes son ustedes y la relación que nos une.

Sin dejar traslucir la decepción y el malestar que ello les generaba todas las personas ubicadas a la derecha de Yoko, se desplazaron un lugar dejando sitio a Sergio. Este metido en su papel ocupó su asiento como si estuviese acostumbrado a que le prestasen aquel tipo de atenciones. Ya una vez sentados cada uno en su sitio, Yoko recorriendo de derecha a izquierda le presentó a cada una de las personas sentadas a aquella mesa.



Habían terminado la deliciosa y delicada cena preparada específicamente para ellos y que había sido profusamente alabada por todos los comensales. No queriendo alargar la duración de su estancia más de lo necesario y alegando que al día siguiente tenían una temprana reunión, Yoko y Sergio se habían despedido de ellos, no sin antes pedirles que siguieran a la mesa todo el tiempo que desearan, consumiendo lo que les apeteciese. Ante semejante invitación, ninguno de ellos abandonó su asiento. Estaba claro que pensaban aprovechar el restaurante al máximo.

La pareja habían cogido el coche que les esperaba a la puerta de la entrada

para volver directamente a la villa de Yoko.

—Siento que te hayas aburrido en la cena —dijo ella cuando estuvieron confortablemente sentados de nuevo en aquel magnífico coche.

—¿Aburrirme? ¿En el *Kitcho*? ¿Con una cena preparada por el chef Kunio Tokuoka? —exclamó Sergio exagerando sus actos y haciendo aspavientos—. ¿Estás loca?

—O sea, que YO sí que te he aburrido —repuso ella simulando estar enojada—. Si no es por la cena te amargo la noche. Se ha notado en que solo tenías ojos para los platos de comida. No me has echado a mí ni una triste mirada.

—Bueno. ¡Qué se le va a hacer! —dijo él guiñándole el ojo— tendrás que esforzarte algo más si quieres hacer algo para remediarlo.

—A ver que se me ocurre... —dijo ella con un tono sensual y zalamero guiñándole ella también un ojo.

Llegaron a la villa y el chofer se bajó rápidamente y les abrió una vez más las puertas. Viendo la hora que era y que su señora iba a pasar la noche con aquel *gaijin*, con la que tan cercana se había mostrado, decidió intentar evitarlo por última vez.

—¿A qué hotel tengo que llevar al señor señorita Yoshida? —preguntó él en un tono suave y perseverante, no queriendo sin embargo mostrarse demasiado impertinente y ofenderla.

—Él no va a ir a ningún hotel. Se queda. Ya te llamare mañana para que vengas a buscarnos.

—¿A que hora?

—Todavía no lo he decidido, pero pienso que teniendo en cuenta lo tarde que es ahora, no creo que necesite de tus servicios demasiado pronto.

Y sin darle ninguna opción más para replicar ni volver a la carga, cogió de la mano a Sergio y lo llevó al interior de la casa. Él se dejó conducir sin decir palabra, no quería arruinar aquel mágico momento entre los dos. Ella sin soltar su mano en ningún momento lo llevó directamente a su habitación.

Era un cuarto de grandes dimensiones como la mayoría del resto de la casa y también decorada al estilo japonés tradicional. La decoración se rompía en un mueble en donde en vez de haber adornos florales o dibujos como en el resto, había varias fotografías de ella con su hermano y sus padres.

La sorpresa de Sergio fue mayúscula cuando vio también una foto suya. Una que ambos se habían sacado en un parque de la ciudad en una de sus visitas anteriores. La había ampliado a un tamaño considerable y estaba colocada en un marco de plata. Competía con la de su padre por el primer lugar dentro del resto.

Aquella foto en aquella preponderante posición era una señal enorme de su afecto por él. Estaba seguro que al resto de su familia no le hacía ninguna gracia ni el tamaño ni el lugar donde la había colocado. Y mucho menos a su padre. No pudo resistirse a lanzarle una pregunta.

—¿La has sacado del armario y la has puesto ahí por qué sabías que venía? —dijo en un tono cariñoso.

—No esa foto siempre ha estado ahí desde que la revelé —dijo ella echándole un tierna mirada.

A partir de ahí sobraron las palabras. Él le cogió el rostro con suavidad entre sus manos y le dio un largo y cálido beso. Ella procedió sin prisa a desabrocharse el vestido y en pocos segundos le mostró su escultural y sensual cuerpo. Estaba vibrante, Acto seguido empezó a desnudarle a él. En unos momentos estaban tumbados sobre el futón de aquella habitación, besándose, acariciándose y haciendo que sus cuerpos se fundiesen con una tórrida pasión.



Algo no iba bien. Nada bien.

Sergio se despertó y vio que a su lado Yoko tenía el rostro perlado de sudor y estaba tiritando de escalofríos. Como impulsado por un resorte se puso en cuclillas a su lado de un salto.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó nerviosamente. Y los nervios no eran algo que aflorasen fácilmente en Sergio.

—No lo sé —respondió ella—. No me encuentro bien. No sé que me pasa.

—¿Te duele el estómago? ¿Te sentó mal algo de la cena? —le pregunto él preocupado.

—No. No me duele el estómago. Me duelen más los pulmones y el pecho.

—¿Eres alérgica a algo? ¿A alguna especia?

—No en absoluto.

—Te sentaría mal el aire acondicionado. Sentí que estaba demasiado frio y

tú estabas colocada justo debajo.

—No sé. Otras veces he comido en el mismo lugar de la misma habitación del restaurante y en la misma posición. Nunca he sentido nada raro. Ayer tampoco me molestaba. Estuve muy a gusto cenando y me encontraba perfectamente.

—No tienes ninguna buena cara. Ahora mismo nos vamos a que te vena en urgencias de algún hospital —repuso el sinceramente preocupado—. Vamos a vestirnos y nos vamos.

—No creo que haga falta. Quedémonos en casa. Me tomo algo y ya se me pasará.

—Ni lo sueñes. No tal y como te encuentras —repuso Sergio tajante mientras buscaba algo que ponerse.

Se vistieron rápidamente con ropa cómoda e informal y Yoko llamó a su chofer para que viniera a buscarlos. Se presentó en unos diez minutos y llamó a la puerta. Cuando vio que su señora no se podía tener apenas en pie y salía ayudada por el extranjero, se precipitó a sujetarla por el otro lado al que lo hacía Sergio y visiblemente preocupado preguntó.

—¿Qué ha pasado? —dijo nervioso.

—No lo sabemos —respondió Sergio rápidamente con el fin de ahorrarle palabras a Yoko—. Ayer cuando nos dejaste, se encontraba perfectamente y hoy ha despertado en esta lamentable situación. Tienes que llevarnos rápidamente a un buen hospital. Tienen que los médicos verla urgentemente.

—La llevaré al *National Medical Clinic* que es donde suele ir los miembros de la familia Yoshida —dijo visiblemente afectado el chofer de Yoko.

—Date prisa por favor —y viendo el estado de Yoko añadió— creo que se está poniendo peor por momentos.

—No se preocupe llegaremos enseguida.

—Gracias.

Se hizo un profundo silencio solo perturbado por el entrecortado respirar de Yoko. Su cara de porcelana había adquirido un color blanco aún más pálido.

—¿Señor? —preguntó el chofer sin acabar la frase.

Se palpaba en el ambiente que al guardaespaldas quería decirle algo que

le resultaba embarazoso. Había un evidente azoramiento en su voz en el que se notaba que no sabía muy bien como decir lo que tenía que pedirle a aquel extranjero al que con tanta confianza trataba su querida señora.

—Sí, dime —repuso Sergio.

—Mi deber para con la familia Yoshida me obliga a poner en conocimiento de señor Yoshida lo que está pasando y tendré que contarle todo lo que he visto desde ayer, incluida su presencia y su estancia junto con la señorita Yoshida.

—Lo entiendo —dijo Sergio teniendo perfectamente claro que a aquel hombre le iba a salir caro delante del señor Yoshida que no le hubiese contado antes la visita que había recibido su querida hija—. No te preocupes por mí. Llama y cuenta todo lo que has visto.

Mientras el chófer circulaba a la máxima velocidad que le permitía el tráfico por Tokio, realizó la llamada a la asistente personal del señor Yoshida que de inmediato le paso con él. Tuvieron una agria conversación y después de cruzar unas pocas frases colgaron.

—El señor Yoshida estaba terriblemente enfadado y preocupado —le dijo el chófer a Sergio— me ha preguntado por qué no le había comentado su presencia en Tokio y ha dicho que se desplaza ahora mismo hasta el hospital. Me temo que su encuentro con usted no va a ser nada agradable.

—Te aseguro que eso es lo que menos me preocupa en estos momentos —le dijo Sergio mirando preocupado el cariz que estaba tomando el rostro de Yoko.

La bella joven estaba en estado semiconsciente y no era capaz de articular palabra. Todos sus esfuerzos estaban centrados en intentar respirar.

8. No es justo

Tokio. Viernes 12 Junio 2015

Sergio a los pies de la cama de Yoko Yoshida y no pudiendo hacer nada por ella salvo velar su sueño y darle vueltas a la cabeza, decidió abrir la mochila que había dejado en una esquina de la habitación y encender su portátil para así distraerse un rato. A veces navegando por Internet saltando de página en página, se le ocurrían ideas útiles para ayudad a solucionar sus casos.

Vio la cara de reprobación en los dos familiares de Yoko Yoshida que junto con el estaban en la habitación haciendo compañía a la enferma. Por orden de Ryu Yoshida cada pocas horas eran sustituidas por otras personas. Uno de los acompañantes era siempre un hombre corpulento o atlético por lo que Sergio dedujo que uno era o bien un familiar o amigo íntimo de la familia y el otro un guardaespaldas que habían puesto a su cargo.

Poco a poco mientras iba revisando los *emails* pendientes, se le fue abriendo una idea en la cabeza. Al principio la rechazó por parecerle una autentica estupidez, pero la idea se empeñaba en volver a su cerebro una y otra vez. “¿Y si lo que le estaba pasando a Yoko Yoshida no fuese por casualidad? ¿Y si hubiese sido provocado?”.

Como era incapaz de desprenderse de sus pensamientos, decidió en vez de intentar desecharlos, dedicar un rato a evaluar las posibilidades de que se hubiese producido un ataque contra ella utilizando una enfermedad extraña.

Su mente analítica de investigador se puso en marcha y empezó a hacerse preguntas. “¿Qué posibilidades había de que Yoko Yoshida hubiese contraído

una enfermedad desconocida? ¿De dónde provenía el virus? ¿En dónde lo había adquirido? ¿Quién y cuándo se la habían inoculado? ¿Había sido por inyección? ¿Por ingestión? ¿Por inhalación?”.

Al cabo de un rato se había hecho un montón de preguntas parecidas en torno al modo en que le podían haber transmitido a Yoko Yoshida una posible enfermedad mortal. Viendo que pensaba en círculos, decidió dejarlo y se dedicó a seguir leyendo sus correos electrónicos. Pero cuando había desechado varios con mensajes intrascendentes y marcado otros para volver a ellos otro día, una nueva pregunta se hizo paso en su cerebro “¿Cuál podría haber sido el móvil?”.

Viendo que si no encontraba respuestas, las preguntas iban a seguir rondando por su cabeza y conociéndose así mismo, decidió que era mejor proceder a su investigación. Él no quería moverse de aquella habitación por lo que sus pesquisas debían ser electrónicas. Decidió averiguar a qué se había dedicado durante el último año su querida Yoko y si se había ganado algún tipo de peligroso enemigo. Nadie mejor para esa tarea que “*Opengate*”.

A base de paciencia, tiempo, garantías de confidencialidad y mucho dinero, Sergio había conseguido que algunos especialistas le formasen en sus diferentes áreas de conocimiento y que llegasen en algunos casos a ser sus amigos, pero había alguien con el cual había sido imposible llegar a tener una conversación cara a cara. A la manera tradicional y no únicamente a través de redes de comunicaciones.

A él gustaba que le llamasen “*Opengate*” (puerta abierta) debido a su facilidad en colarse por cualquiera de ellas si eran puertas basadas en redes de ordenadores. Sergio había dado con él de forma totalmente casual una noche que se encontraba curioseando en grupos de discusión de temas de seguridad en Internet.

Uno de los participantes destacaba por encima de los demás y Sergio al que no se le daban mal los ordenadores, había intentado seguirle el rastro para conocer más sobre él a través de su dirección de *email*, para al final darse cuenta de que el *email* era el final de un camino que estaba muy bien cubierto y que no permitía llegar al origen del mismo.

Esta preocupación por que la gente no descubriese su verdadera personalidad le recordó a sí mismo e intento averiguar más de “*Opengate*”. En

los contactos electrónicos que tuvieron lugar posteriormente y en base a las conversaciones electrónicas mantenidas Sergio se percató de que era excepcionalmente bueno en el manejo de la informática, las redes, sus secretos, Así como en romper las barreras de seguridad de los mismos.

Sergio siguió intentando quedar con él para mantener una entrevista personal, pero no fue posible debido principalmente a que “Opengate” pensaba que la insistencia de Sergio tenía algo que ver con la policía y que andaban buscándole.

A pesar de que aparentemente consiguió convencerle de que no tenía relación con ningún estamento policial, no consiguió lograr que se viesen, por lo que al final llegaron a un acuerdo: “Opengate” no le transmitiría sus conocimientos, ni quedarían nunca para verse, pero sí trabajaría para él cuando Sergio lo necesitase, siempre y cuando el trabajo encargado le conviniese.

Desde entonces, habían mantenido relaciones laborales frecuentes y prácticamente de una manera u otra participaba en la mayoría de los casos de Sergio. Habían establecido una forma segura para ambos diseñada por el propio “Opengate” para ponerse en contacto, establecer el coste de los servicios y de efectuar los pagos. Nunca le había fallado.

Sergio utilizando el *software* que Opengate le había pasado y que de vez en cuando le actualizaba con alguna nueva versión, le mandó el siguiente mensaje.

“MUY URGENTE. Necesito que averigües todo lo que puedas con respecto a las actividades de Yoko Yoshida, en el último año. Es mi mejor amiga y se está muriendo de una enfermedad extraña. Quiero conocer si ha sido contraída de forma natural o pueda haber sido infectada. Por mi parte puedes entrar en donde necesites: servidores de su empresa, su *email* personal, sus móviles, tabletas o cualquier dispositivo que consideres necesario. Lo necesito rápido. Ella no tiene tiempo”.

Sergio sabía que no era necesario hablar de cuánto le iba a costar esas indagaciones. Tenían una serie de tarifas establecidas y Opengate no era excesivamente ambicioso. Nunca se había aprovechado de la necesidad de Sergio de averiguar cosas. Aunque no se conocían personalmente probablemente Sergio era lo más parecido a un amigo que tenía Opengate.

Normalmente sus mensajes salvo en contadas ocasiones no recibían respuesta inmediata dado que *Opengate* solía estar dedicado a otras cosas y no tenía ese canal de comunicaciones abierto, pero casualmente esta fue una de esas contadas ocasiones.

—Nunca he visto en tus mensajes semejante sensación de angustia y apremio —le escribió *Opengate* en la pantalla— la chica, ¿te importa mucho?

—Como te he dicho, es mi mejor amiga desde hace años. Y en estos momentos es lo que más me importa en el mundo —escribió Sergio en la pantalla de su portátil.

—OK. Dejo todo y me pongo con ello. Ten este canal de comunicaciones abierto o míralo frecuentemente. Con carácter de urgencia te iré enviando lo que considere más relevante. No te preocupes, no te fallaré.

—Lo tengo claro, nunca lo has hecho. Confió plenamente una vez más en ti. Gracias.

Durante unos segundos Sergio se quedó ensimismado mirando la pantalla, como esperando que la información que necesitaba empezase a fluir a través de ella. Dándose cuenta de la futilidad de sus actos, apagó el ordenador y lo guardó en la mochila de nuevo. *Opengate* era el mejor, pero necesitaba algo de tiempo para investigar, recopilar información, darle coherencia y sintetizarla para poder enviársela a Sergio.

Volvió a la cabecera de la cama y miró angustiado a Yoko, le dolía el alma el verla así. Hacía escasamente unas horas habían estado ambos riéndose del mundo y ahora su increíble belleza y su vida se marchitaban en aquella habitación del hospital.

Para estirar las piernas un poco decidió ir a tomar el aire de la calle andando hasta la puerta principal del hospital. No se quitaba de la cabeza, las ideas de un posible complot. No tenía ningún dato, ni información suficiente para poder pensar en ello con propiedad. No habían pasado las suficientes horas juntos para llegar a ese nivel de detalles laborales. Habían estado más comunicativos en los aspectos personales.

Salió caminando al exterior del hospital y decidió dar una vuelta rápida alrededor del edificio con el fin de estirar sus extremidades un poco después de tantas horas pasadas sentado velando el intranquilo reposo de la joven muchacha.

Después de dar un par de vueltas a paso rápido, se dirigió de nuevo a la habitación del hospital en donde se encontraba su amiga. Al llegar al piso en donde se hallaba la habitación y dirigiéndose a ella andando por el pasillo, notó que algo no iba bien, los acompañantes que había dejado dentro de la habitación, estaban fuera de la dependencia.

Aceleró el paso y fue a cruzar la puerta de la misma. Una enfermera le impidió el paso rogándole amablemente que esperara fuera. Vio que había varias personas sobre la paciente de aquella cama y no le dio buena espina.

Mirando lo que el cristal de la puerta le permitía, fijó su mirada en los monitores de controles que había en la cabecera de la enferma. No era un experto, pero viendo los extraños valores que marcaban y la preocupación reflejada en los rostros de los médicos y enfermeras que había a ambos lados de la cama, se dio cuenta de que las cosas iban tremendamente mal.

Para confirmar sus sospechas uno de los médicos cogió el desfibrilador y lo aplicó sobre el pecho de Yoko. Había entrado en parada cardio respiratoria. Sergio contuvo la respiración. Pasados unos segundos el médico volvió a aplicar el desfibrilador. Sergio miraba con desesperación los monitores deseando ver que aquellas malditas líneas planas se moviesen. Pasaban los segundos y Yoko Yoshida no reaccionaba.

Los momentos siguientes quedaron grabados a fuego en la retina de Sergio y le pareció que se producían a cámara lenta. Para su desgracia vio como el médico depositaba las palas que tenía en su mano sobre el carro que portaba el desfibrilador como síntoma claro de que no había nada más que hacer y que se daba por rendido. Mientras el resto del equipo procedía a desenchufar el resto de los aparatos a los que estaba unida Yoko.

Sergio hizo el ademán de abrir la puerta, y entrar en la puerta chillando que no abandonasen que lo intentasen una vez más, que su amiga nunca se rendía y que seguro que se recuperaba, que...

Pero la mano del guardaespaldas del otro acompañante de Yoko Yoshida, le retuvo firmemente, mientras la otra persona que en esos momentos era una frágil anciana, quizás una tía cercana o una amiga de la familia dirigiéndose a él le dijo.

—Compórtese con dignidad y no deje a la familia en ridículo. Yoko Yoshida era una persona orgullosa y no hubiese querido que nadie se

comportase de esta manera a su muerte.

Sergio estuvo a punto de responder a aquella anciana señora tan erguida y tan ceremonial que en aquellos momentos, había perdido a su mejor amiga en el mundo y que le importaba un comino, su familia, su orgullo y sus tradiciones ancestrales.

Ninguna de esas cosas le iba a devolver a Yoko Yoshida. No tuvo claro que fue lo que le retuvo de responder de malas maneras, pero, al final no dijo nada, se apartó de la puerta y se derrumbó hasta sentarse en el suelo quedando apoyado contra la pared del pasillo.

Le pareció ver que unos fantasmas de bata blanca abandonaban la habitación de su amiga, y todo el sonido que la llenaba unos minutos antes cuando intentaban que siguiese con vida, fueron consumidos por un profundo silencio. También vio como la acompañante y su guardaespaldas se retiraban caminando apresuradamente por el largo pasillo. Probablemente por una parte no querían entrar en la habitación de la muerta y por otra parte no querían que Sergio, ni ningún otro oyese sus conversaciones telefónicas con la familia.

Viéndose totalmente solo en el pasillo y nadie dentro de la habitación se introdujo en la misma. Se acercó a la cabecera de la cama y miró fijamente aquel rostro que en vida había sido tan bello. La enfermedad le había mermado parte de la belleza y la había dejado tremendamente pálida, pero por aquellas incongruencias de nuestra existencia, la muerte le había devuelto a su rostro la calma que le había quitado la enfermedad. Además las enfermeras antes de abandonar la habitación, le habían limpiado el cuerpo, la cara y habían hecho la cama con cuidado. En aquellos primeros momentos de su muerte cualquiera que no hubiese estado al corriente de lo que pasaba, hubiese pensado que aquella bella joven estaba echando un plácido sueño.

En esos momentos de vacío, mientras la contemplaba, una idea que en principio le pareció tremendamente estúpida acudió a su cabeza al ver el carrito de urgencias que además del desfibrilador contenía más material médico. Durante unos segundos desechó la idea que se le había venido a la cabeza por estúpida e incluso irreverente, pero al final su instinto profesional prevaleció.

Se dirigió al carrito, cogió tres jeringuillas de una de sus baldas, rompió su estéril envoltorio y mirando por encima del hombro vigilando de que no

entrarse nadie inoportuno en esos momentos en la habitación, le extrajo sangre.

La habitación de aquel carísimo hospital de Tokio tenía anexa una pequeña salita con tres butacas para visitas y disponía de un frigorífico con bebidas para las personas que estuviesen esperando. Acto seguido rompió la parte superior de las agujas de las jeringuillas para no herirse con su manipulación y puso esparadrapo en la punta de las mismas para que no goteasen.

Las introdujo en una bolsa que cogió del carrito e introdujo en las mismas hielo del frigorífico para mantener la temperatura baja y conservar las propiedades de la sangre hasta que buscara un sitio mejor donde guardarla. Debido a esa necesidad y que nada más podía hacer en aquel cuarto, cogió su mochila y decidió marcharse.

Estaba abriendo la puerta de la habitación cuando en el último instante volvió la cabeza y dirigió una mirada a Yoko. Volvió sobre sus pasos, se acercó a la cabecera de la cama y estampó un suave y dulce beso sobre su frente mientras le decía.

—No es justo que en estos momentos cuando habías vuelto a mi vida, desaparezcas para siempre. No he podido evitar tu muerte pero te juro que no descansaré hasta descubrir que te mató.

9. Triste despedida

Tokio. Domingo 14, Junio 2015

El día en que murió Yoko en la cama del hospital según el *Rokuyo*, calendario japonés tradicional, era el llamado *Butsumetsu*, día de la semana en que se deben celebrar los funerales, por lo que la familia Yoshida no necesitó esperar a que llegase el siguiente para celebrar su muerte. “Triste coincidencia” pensó para sí mismo Sergio. El rito del funeral se realizó durante los tres días que los japoneses utilizaban para despedirse de sus familiares.

El primer día los empleados de la funeraria de lujo que había contratado el padre de Yoko, trasladaron el cuerpo de su hija a la mansión familiar. Siguiendo la tradición situaron el cuerpo en la sala elegida colocando la cabeza hacia el norte y sus las manos enlazadas, como si en vez de muerta estuviese rezando. El cuerpo no se colocó dentro de un ataúd, si no se puso el cadáver encima de un futón. El padre de ella había elegido uno de delicada seda que la familia utilizaba para este rito desde tiempo inmemorial.

Estaba vestida con un precioso kimono también de seda y con todo el cuerpo rodeado de hielo seco para conservarlo inalterable. Los de la funeraria cambiaban el hielo conforme se calentaba y las barritas de incienso conforme se iban consumiendo.

El rostro lo taparon con un pañuelo de la misma tela que el kimono. A los pies del futón pusieron un altar con barritas de incienso, una campanilla y una vela.

Encima de su cuerpo y longitudinalmente al mismo, su padre colocó la

katana favorita de su hija. Un regalo que él le había hecho al volver triunfante del “*Dojo Negro*”. Según la tradición era el arma que ella iba a utilizar en su camino al paraíso para defenderse de los espíritus malignos.

Decenas de amigos de la familia, autoridades, hombres y mujeres poderosos de todo Japón presentaron su respeto y acompañaron en su dolor a Ryu Yoshida.

Al segundo día para trasladar el cadáver al templo pusieron el cuerpo en un ataúd de delicada madera blanca. Dentro junto a Yoko colocaron unas sandalias de paja. Según la costumbre japonesa, la difunta debía recorrer un largo camino hasta llegar al paraíso, por lo que era necesario que fuese adecuadamente calzada.

Varios miembros de la familia Yoshida entre ellos su hermano mayor se echaron el ataúd al hombro y lo introdujeron en un enorme vehículo. Varios coches de la familia se dispusieron detrás del coche funerario y después el resto de acompañantes les siguieron durante todo el trayecto. Todos los asistentes al funeral iban vestidos de riguroso color negro.

A la entrada del templo donde aparcaron los vehículos de la familia, les estaban esperando varios sacerdotes que guiaron a los portadores del féretro hasta la enorme sala elegida para celebrar el funeral. Una vez situado el ataúd, varios monjes se sentaron junto a él y a partir de ese momento empezó oficialmente la ceremonia.

Durante la misma los monjes musitaban rezos en un japonés ancestral que la mayoría de los japoneses actuales no entienden y que prácticamente solo se utilizan para este tipo de rituales. Lo hacían acompañados por el rítmico sonar del tañido de campanas y tambores que los ayudantes de los monjes tocaban sin cesar.

Entretanto, los asistentes a la ceremonia se acercaban por parejas, se detenían junto al ataúd, rezaban durante unos segundos y depositaban barritas de incienso en las vasijas situadas junto al féretro.

Cuando terminaban de rezar a la joven difunta pasaban a una gran zona de jardines en donde se había dispuesto mesas con comida y bebida y la familia Yoshida recibía sus condolencias y les atendía personalmente. Así transcurrió todo el día. Fue interminable la riada de personas que acudieron a presentar sus respetos.

Al tercer día de la celebración del funeral estaba previsto el trasladar el cuerpo desde aquella sala del templo al crematorio de la funeraria en donde solo la familia Yoshida y los parientes y amigos más cercanos iban a poder acercarse.



Eran las nueve de la mañana de un soleado día y estaba en la habitación del hotel que había reservado la noche de la muerte de Yoko Yoshida hacia menos de cuarenta y ocho horas. Estaba preparándose para acudir al crematorio.

Iba a ser a la antigua usanza japonesa y uno de los asistentes personales del padre de ella, para su sorpresa le había llamado la noche anterior diciéndole el lugar, la hora y preguntándole por la talla de ropa que usaba. Se la había dicho y aquella mañana a primera hora habían depositado en recepción el traje tradicional negro que debía vestir para estar de acorde con la ceremonia. Le encajaba a la perfección y lo llevaba puesto en ese momento.

Estaba extrañado. Cuando murió su querida Yoko, él quiso presentarle sus respetos y se trasladó en un taxi a la mansión de la familia Yoshida el primer día del funeral. Había una larga fila de personas, esperando que les llegase el turno para poder entrar. Cuando le toco a él, los guardaespaldas que estaban en la puerta le impidieron el paso mientras permitían que el resto de las personas que formaban la fila, continuasen entrando.

—Espere un momento aquí. Debemos avisar al señor Yoshida —dijo uno de ellos mientras que el otro llamaba al interior de la casa por un intercomunicador.

Al cabo de unos minutos el hermano de Yoko se personó en la puerta de la entrada.

—No es bien recibido en la casa de mi familia —le dijo con un tono seco y duro.

—Solo quiero despedirme de ella como el resto de estas personas está haciendo —le dijo señalando a la larga fila de gente que continuaba entrando—. Por favor solo será un momento —añadió con un tono de súplica.

—Lo siento —repuso él aunque el tono de su voz dejaba perfectamente claro que no lo sentía en absoluto— mi padre no quiere que entre a verla.

—No soy un simple extranjero que quiera colarse en el funeral de una importante familia japonesa, no soy un periodista, ni llevo ninguna cámara de fotos encima —dijo abriendo la chaqueta que llevaba y enseñando el interior de la misma—. Si quieres te dejo mi móvil y me registráis por pensáis que llevo algo más encima.

—No hace falta. Sabemos perfectamente quien eres. Mi hermana tenía una gran foto en la que estabais los dos juntos, en una mesa de su casa con fotos del resto de la familia.

—Por favor déjame verla —le suplicó Sergio.

Estaba calor que los guardaespaldas de la entrada no le habían detenido por ser un extranjero. Le estaban esperando para impedir su entrada.

—No. Mi padre lo ha prohibido terminantemente. Le ruego que abandone nuestra casa sin montar ningún tipo de escándalo.

No queriendo perturbar la memoria de Yoko, se alejó de aquella mansión sin causar problemas.



Por lo visto el padre de Yoko por algún extraño motivo había cambiado de opinión y había decidido permitirle asistir al último día del funeral. Llamó telefónicamente a recepción para pedir a un taxi del hotel que le llevase al lugar que el asistente del padre de Yoko le había indicado.

En unos minutos bajó a la recepción y cuando salía por la puerta un conserje del hotel le acompañó hasta el taxi que le estaba aguardando y le abrió la puerta de atrás.

Sergio le dijo la dirección al chófer y éste mostró una gran sorpresa en su cara. Rápidamente se recuperó, arrancó y sin decir palabra se puso en movimiento hacia el lugar mencionado. Cuando llevaban varias calles, Sergio recordando el gesto de sorpresa que había realizado le preguntó.

—La dirección a la que voy me la han indicado por teléfono, pero es de un sitio que no he estado nunca anteriormente. ¿Me podía decir con qué me voy a encontrar? —preguntó Sergio con tono de voz cortés y amable.

—¿Va usted a un funeral? —preguntó el conductor con un deje de nerviosismo en su voz.

—Sí. Como seguramente usted habrá imaginado por la vestimenta que

llevo, impropia totalmente de un occidental como yo —contestó Sergio queriendo que el chofer siguiese hablando.

—La dirección que usted me ha indicado hace un momento, es la del crematorio privado más caro de la ciudad, en donde las familias más ricas de Tokio celebran de forma íntima el último día del funeral de sus difuntos. Disculpe la pregunta —añadió en un tono muy humilde—. ¿De quién es el funeral?

—De Yoko Yoshida —respondió despacio Sergio. Todavía se le hacía insufrible mencionar su nombre y saber que nunca más la iba a volver a ver.

—¿Ha muerto la hija de Ryu Yoshida? —dijo el conductor casi tartamudeando y mostrando una increíble sorpresa en su rostro—. Pero, pero, si hace apenas unos días salió por la televisión al lado de su padre y parecía sanísima.

—Sí, pero a veces la vida nos depara estas desagradables desgracias para las que no estamos preparados —le respondió Sergio sin quererle dar a aquel hombre más detalles de su relación con ella.

—Sí. Hay cosas que ni los más ricos pueden comprar. Su padre estará destrozado. Según lo que nos llega a las personas corrientes de la calle, la quería muchísimo.

—Sí. Eso he oído.

El taxista llegó en unos minutos al crematorio. Sergio se bajó y sin llamar la atención, agachando la cabeza e intentando pasar desapercibido se introdujo en el edificio. Se acercó a la sala en donde estaba el ataúd y pudo ver como varios monjes sentados junto al féretro estaban recitando sutras.

Desde la esquina en donde se encontraba pudo ver una vez más el rostro de aquella persona que tanto había querido y que el destino tan cruel y tempranamente le había arrebatado.

Vio como los empleados del crematorio se llevaban el ataúd al horno y para él fue más que suficiente. No aguantaba más, tenía que salir de allí antes de que se derrumbase.

Mientras, la mayoría de los asistentes se marchaban caminando del templo. Unos pocos de los más allegados se acercaron donde se encontraba Ryu Yoshida aguantando el tipo, esperando a que le entregasen la urna con los restos de su hija.

A Sergio se le pasó por la cabeza darle las gracias por haberle permitido verla por última vez, pero dado que nunca habían sido presentados formalmente, ni había tenido ninguna relación con él, decidió que no tenía ningún sentido hacerlo y se dispuso a abandonar en silencio aquel recinto.

10. Más Víctimas

Chennai. Lunes 15, Junio 2015

Aquel hombre sentado en una lujosa habitación de un hotel de lujo, estaba mirando en su portátil las ganancias que le había reportado sus últimos asesinatos. Al mirar los números de su cuenta en un banco de un paraíso fiscal, se dijo a sí mismo que el último mes había sido especialmente rentable. Había ganado más dinero en el último mes que en los dos últimos años.

Estaba con estos pensamientos en la cabeza, cuando vio que le llegaba un correo electrónico de su contratista. El correo estaba cifrado por un método que había diseñado él mismo y que hacía que fuese ilegible para cualquier otro. Empezaron a dialogar a través de los respectivos teclados de sus ordenadores.

—Necesito que hagas otro trabajo para mí —fueron las palabras que aparecieron en su pantalla.

—¿De qué se trata? —preguntó el asesino con una intensa curiosidad en su rostro que al otro le era imposible contemplar desde el otro lado de la línea.

—Debes desplazarte a Chennai de inmediato. Es una ciudad industrial del sur de la India.

—Ya sé dónde está Chennai. ¿Qué debo hacer allí?

—Cuando llegues, atraviesas los controles del aeropuerto y te diriges directamente a la consigna.

—¿Y?

—Vas a la taquilla número 235 y la abres. El código de acceso será el

4334. Coges la ampolla de aluminio que allí te estará esperando en un estuche similar al de Sudáfrica y abandonas el aeropuerto.

—¿En dónde tengo que poner esta vez la ampolla? —preguntó queriendo saber más de su próximo trabajo.

—Todo a su debido tiempo. Reserva un hotel en el centro de la ciudad en donde esperaras a que te lleguen por este mismo medio mis siguientes instrucciones.

—¿Voy a tener que esperar muchos días? Es para realizar correctamente la reserva del hotel —le dijo el como excusa, aunque de nuevo quería saber más del caso.

—Probablemente con tres días será suficiente.

El asesino se puso a pensar que teniendo en cuenta que era jueves, eso significaba que tenía toda la pinta de que el encargo lo iba a tener que realizar durante el próximo fin de semana. “¿Por qué en fin de semana? ¿Tendría alguna relación con su objetivo?”.

Viendo que su contratista no tenía intención de decirle nada más hasta que llegase la hora y no dándole mayor importancia se despreocupó de conocer más detalles. En esos momentos le pareció más importante fijar el importe del trabajo que las características del mismo.

—¿Cuánto voy a cobrar por este trabajo? —preguntó a través del teclado.

—Dos millones de dólares —fue lo que vio escrito a su pregunta en su pantalla.

“¡Uahu!”, exclamó aprovechando que la comunicación era escrita y su contratista al otro lado de la línea no podía oírle. Esta vez el asesinato que iba a cometer tenía que tener algo que lo hacía diferente a los anteriores.

Por el encargo del *Gautrain*, le habían pagado quinientos mil dólares. Por el elaborado asesinato de Rick Gálvez en Canadá otros quinientos mil. Y por el asesinato de la japonesa un millón de dólares. Por este último le habían pagado el doble que los otros dos porque debido a las medidas de seguridad que en teoría tenía que salvar se había considerado más peligrosa y difícil su realización. Al final no había sido para tanto. Incluso su ejecución había sido la más fácil de las tres.

Si el nuevo encargo ascendía a dos millones de dólares su realización debía revestir alguna característica especial. O era más difícil que los

anteriores, o era más peligroso para su salud o bien el blanco elegido era una persona pública e influyente que tendría mucha repercusión mediática.

Como había estado dándole vueltas a la cabeza durante casi un minuto a los pensamientos anteriores, no había escrito nada en la pantalla, por lo que vio cierta impaciencia en el siguiente mensaje que recibió.

—Bueno. ¿Aceptas el trabajo?

—Aunque no me quiera facilitar más información sobre el encargo hasta que no lo acepte y me desplace a Chennai quisiera conocer antes si mi objetivo va a ser alguien famoso.

—No, te puedo asegurar que no va a ser nadie famoso.

—Entonces ¿por qué estás dispuesto a pagar el doble que en mi último trabajo?

—Porque esta vez como resultado de tus acciones va a morir bastante más gente que en los anteriores.

—¿Cuánta? —tecleó el asesino con un exceso de curiosidad en la pantalla de su portátil.

—No lo podemos predecir con exactitud, pero estimamos que más de doscientas personas.

Eso significaba que iba a ser un asesinato multitudinario. Esta vez le iban a pedir que colocara la ampolla en un lugar con mucha afluencia de gente. Una estación de transporte público, de tren, de autobús, un aeropuerto o algo similar.

Durante unos segundos nadie tecleó a ambos lados de la línea de comunicaciones. Pero aquel asesino no tenía escrúpulos y no estaba ni de lejos pensando en rechazar aquel lucrativo trabajo. Lo que en realidad estaba pensando era en pedir una cantidad superior. Al final se dijo a sí mismo que era mejor no hacerlo. Le había ofrecido una cantidad respetable y no convenía tensar la cuerda en exceso con su contratante. Era mejor que estuviese contento con los resultados y siguiese contando con él para futuros encargos.

—No hay problema. Me encargaré del trabajo sin problemas. En unas horas cogeré un vuelo y me alojaré en un hotel de Chennai. Como en los encargos realizados anteriormente, cuando usted me diga lo que debo hacer, ingresará en el número de la cuenta bancaria que obra en su poder la mitad de la cantidad. O sea un millón de dólares. Al acabar el encargo ingresará la otra

mitad.

—No hay problema. En cuanto vea en la prensa de Chennai el resultado de tu trabajo, te ingresaré la otra mitad.

Esa información que su contratista le acababa de transmitir, le dejaba claro al asesino que el encargo que iba a cometer, tendría repercusión en los medios de comunicación. Esta vez tendría que tomar precauciones adicionales en su salida del país. El asesinato seguro que iba a hacer que se extremase la vigilancia.

—De acuerdo. Me pongo en viaje. En unas horas esperare sus siguientes instrucciones.

Después de cortar la comunicación, realizó la reserva del vuelo, guardó su portátil y preparó su equipaje para abandonar aquel hotel y aquel país de inmediato.

Mientras lo hacía le vino a su mente el rostro de la japonesa que había liquidado en el anterior trabajo. “¡Que desperdicio! ¡Menuda mujer!” pensó. Cuando la vio pasar por la entrada del local en donde había puesto la ampolla no se le había pasado por la cabeza que ella fuese el objeto de su encargo. Se quedó pasmado por su escultural cuerpo y su sorprendente belleza. Incluso miró con odio a aquel occidental que la acompañaba y le pasaba el brazo alrededor de su cintura con tanta confianza. En aquellos momentos deseó fervientemente que el objetivo fuese él en vez de ella.

Cuando vio las noticias al día siguiente y se enteró de que ella había muerto, lo consideró una lástima. Preso todavía de la envidia, lo que se le vino a la cabeza fue el consuelo de que aquel estúpido no la iba a disfrutar más.



El asesino había aterrizado la noche anterior en el aeropuerto internacional de Chennai sin problemas. Una vez abandonado el avión a través de los varios autobuses que fueron a recogerles a la pista de aterrizaje y recorrido varios pasillos, se dirigió a recoger su equipaje de la cinta de reparto de la sala de entregas. Una vez en sus manos se fue al servicio de caballeros en donde revisó cuidadosamente que no hubiese sido manipulado.

Después de cerciorarse de ello se fue caminando hasta donde se

encontraban las diferentes garitas de los policías de aduanas. Presentó al guardia que se encargaba de su fila, su pasaporte junto con el consiguiente visado. Ambos totalmente falsos. Una vez más como le había tocado en otros viajes a la India, el guardia estaba más interesado en que aquel extranjero pagase la tarifa correspondiente al visado que era la fuente de ingresos del país y que por lo tanto en cierta manera también pagaba su sueldo, que en la veracidad o no de la documentación que le había entregado.

Sabiéndolo de otras ocasiones, se hizo el despistado al entregarle el pasaporte y preguntando al guardia que es lo que tenía que hacer con el visado. Si lo tenía que pagar en otra cola diferente o cuál era el procedimiento adecuado.

El guardia suspiró pensando que por qué tenía que tocarle precisamente a él de nuevo en esa mañana otro estúpido extranjero. En el afán de librarse de él rápidamente le cobró enseguida el importe de visado y casi no prestó atención a la veracidad del pasaporte.

Una vez traspasada la aduana, se dirigió caminando tranquilo y sin llamar la atención hacia la zona de consigna. La taquilla en donde alguien enviado por la persona que le había contratado había depositado la ampolla que tenía que recoger, estaba en una esquina del local.

Su ubicación había sido elegida con cuidado, ya que estaba fuera del alcance de la vista del vigilante y apartada del pasillo de mayor tráfico de personas.

Se dirigió hacia la taquilla e introdujo en el dispositivo la clave que le habían dado. Cuando iba a abrir la puerta, un pensamiento le vino a la cabeza.

—“¿Y si es una trampa?” —pensó para sus adentros con la desconfianza propia de su estilo de vida.

Había cometido varios asesinatos para el mismo contratista y quizás empezaba a saber demasiado y empezaba a ser una molestia. Extrajo una pequeña linterna de una de las maletas que componía su equipaje y apuntando al cierre de la puerta de la taquilla comenzó a abrirla muy despacio mientras miraba su interior.

Comprobó que no había ningún cordón o alambre amarrado a la puerta que al desplazar esta tirase de algún tipo de anilla o espoleta colocada a su vez a un explosivo. Con suma precaución fue abriendo la puerta comprobando que

no había ninguna trampa. Tal vez se estuviese volviendo excesivamente paranoico, pero era una de las mejores actitudes para mantenerse vivo en el mundo de traiciones y asesinatos en el que se movía.

Dentro de la taquilla había una pequeña maleta en cuyo interior se debía encontrar la mortal ampolla. Estudio la maleta en detalle para ver si había algún tipo de trampa conectado a ella.

Satisfecho de no encontrar nada extraño y ya más tranquilo sacó la maleta de su sitio y abriendo la más grande de su equipaje la introdujo en su interior. Ya tendría tiempo de abrirla en el hotel en mejores condiciones. Cerró su maleta y esperó a que otros pasajeros se dispusieran a pasar por delante del vigilante para unirse al final de aquel grupo y dirigirse caminando con ellos hacia la salida de la consigna.



Después de haber cogido un taxi en el aeropuerto y registrarse en el hotel que había elegido, se encontraba desde hacía horas disfrutando de su lujosa habitación del *Hyatt Regency Chennai*, con el portátil encendido y esperando que su contratista se pusiera en contacto con él.

Mientras esperaba tumbado en la cama, pensaba en como su vida había cambiado considerablemente en los últimos meses. La suerte por fin le sonreía. Había pasado los últimos años vendiendo sus servicios de *hacker* y asesino de malas maneras y por poco dinero esperando el día en que por fin alguien importante le necesitase y así conseguir subir de escalafón.

A pesar de su preparación física a través de la práctica de artes marciales, su predisposición a encargarse de cualquier tipo de asesinato y de sus habilidades con el manejo de ordenadores, no había conseguido llegar a los clientes adecuados para poder alcanzar encargos importantes y bien remunerados.

Ese día había llegado cuando un amigo le había recomendado para atender las necesidades del contratista que actualmente le estaba encargando diferentes trabajos. Cuando le había planteado el uso de sus habilidades como *hacker* para hacer que el asesinato de Rick pareciese un accidente, se había ganado su confianza, de tal forma que al final había conseguido que en vez de repartir los encargos a diferentes asesinos, se los encargase todos a él.

También era cierto que de esa manera, el contratista se arriesgaba menos al no contactar con diferentes personas y compartir sus crímenes con ellas. Así todo quedaba entre ellos dos.

No se conocían en persona, porque para ambos era mejor mantener el anonimato, pero gracias a sus conocimientos informáticos, él si había averiguado quien era el que estaba al otro lado de la línea. Para él era un seguro de vida por si se torcían las cosas. Además de aquella manera sabía lo que su fuente de ingresos podía dar de sí.

Como había llegado con tiempo de sobra para realizar el trabajo de ese fin de semana, se había instalado en el hotel cómodamente. Desde la ventana de su habitación podía contemplar las lujosas instalaciones de aquel hotel: piscina, jardines y zonas de recreo, Había disfrutado de una buena comida, del *spa* y de unos masajes relajantes en las manos de una guapa masajista.

Hacia unos meses no podría haber pagado ni la habitación del hotel por una noche y con la pinta que gastaba en esos momentos por no tener donde caerse muerto, probablemente no hubiese podido atravesar ni por la puerta de la entrada sin ser detenido por alguno de los conserjes.

“Como habían cambiado las cosas” se dijo para sí mismo. Ahora gastaba ropa cara y todas esas puertas se le abrían sin problemas. Con el golpe que iba a dar ese fin de semana, sus posibilidades todavía aumentarían más.

No sabía si el siguiente trabajo sería el último para su contratista actual, pero con tres millones de dólares en sus cuentas bancarias, podría dedicarse a la buena vida hasta el siguiente. Además seguro que podría rentabilizar los trabajos actuales para poder seguir moviéndose en ese mismo nivel.

Ahora que la suerte le sonreía estaba seguro de que podía seguir con esa racha. No había más que ver lo que le rodeaba en aquella habitación. Que fácil era acostumbrarse a la buena vida.

Estaba ensimismado en sus pensamientos apoyado en el cristal del ventanal cuando el suave zumbido de que había llegado un correo electrónico le sacó de sus pensamientos.

Se desplazó hasta la mesa en donde tenía su portátil, acercó la silla que estaba cercana a la misma, se sentó en ella y se puso a pulsar el teclado, estableciendo la conversación que tanto estaba esperando y que le haría dos millones de euros más rico.

—¿Estás por ahí? —era la frase que aparecía claramente escrita en la pantalla.

—Sí. Preparado para realizar el siguiente trabajo.

—Te voy a dar las instrucciones de lo que quiero que hagas. Es necesario que midas muy bien los tiempos. No puede haber ningún fallo.

—No se preocupe. Hasta el momento ya le he demostrado que no cometo errores.

—De acuerdo. Este domingo se celebra un torneo de bádminton en Chennai. El bádminton es el segundo deporte más jugado en la India después del *cricket* y el torneo de este fin de semana es uno de los más importantes.

—¿Qué tengo que hacer?

—El torneo de bádminton se celebrará en las pistas del *Nehru Stadium*. Quiero que coloques la ampolla en el bar que se encuentra en la esquina noreste del recinto que alberga las ocho pistas en donde se celebrará el campeonato.

—¿Tiene el bar algún nombre identificativo?

—No. Tiene un número. Es el número cuatro. No te equivoques de bar es muy importante.

—No se preocupe no habrá fallos.

—Quiero que haga estallar silenciosamente la ampolla en el primer intermedio del partido que comienza a las cuatro de la tarde. La precisión lo es todo en esta operación. Repito es muy importante que sea exactamente en el intermedio.

—¿Alguna otra cosa a tener en cuenta?

—No. Como en el caso de Rick Galvez, de los detalles técnicos que hagan explotar la ampolla puedes encargarte de la manera que prefieras.

Y la persona del otro lado de la línea cortó la comunicación y los caracteres desaparecieron de la pantalla.



Eran la dos de la mañana y el asesino se encontraba merodeando por los alrededores del *Nehru Stadium* analizando la mejor forma de entrar en el mismo. Viendo que no había ningún tipo de videovigilancia y no viendo guardias por los alrededores de donde se encontraba se acercó a una de las

grandes puertas metálicas que daban acceso en varios puntos de su periferia al estadio.

Estaban cerradas por un simple candado, por lo que extrajo de su chaqueta un juego de ganzúas con lo que lo abrió fácilmente. Giró la puerta lo suficiente para poder pasar, pero la puerta no estaba bien engrasada por lo que chirrió oyéndose claramente aquel ruido en la tranquilidad de la noche.

Se quedó inmóvil durante unos segundos para intentar apreciar si había algún movimiento en las cercanías, derivado de algún guardia que se acercase a inspeccionar la procedencia del ruido.

No produciéndose ningún cambio apreciable en los alrededores atravesó la puerta y muy despacio para minimizar el ruido, la volvió a empujar hasta su posición inicial para disimular el que la hubiese tocado nadie.

Se desplazó silenciosamente por las instalaciones del estadio buscando el bar que necesitaba encontrar. Había estudiado los planos de la página web del estadio y a pesar de la oscuridad reinante se estaba orientando sin mayores problemas.

Al cabo de unos minutos encontró el bar. A pesar de estar dentro del estadio, los encargados del local lo tenían cerrado para protegerse de que nadie robase la comida y bebida que almacenaban dentro.

De nuevo la cerradura era un simple candado que no le costó mucho esfuerzo abrir. Una vez atravesada la puerta se detuvo mirando cuál era el mejor lugar para depositar la ampolla. En los casos anteriores los lugares en donde se iba a celebrar los asesinatos disponían de un sistema de aire acondicionado con el que esparcir el gas que contenía el virus mortal, pero en aquel caso el bar no contaba con aparatos de aquellas características para refrigerar el local.

—“¿Dónde pongo yo el gas para que se esparza sin problemas?” —se preguntó a sí mismo.

Mientras contemplaba las paredes del local en donde por todas partes se podía ver fotos de eventos deportivos celebrados en aquel estadio, llegó a la conclusión de que los dueños no habían querido realizar aquel gasto y lo único con lo que contaba el local para paliar el calor eran un conjunto antiguos ventiladores. Eran unos armatostes grandes con unas hélices de aproximadamente un metro y medio de longitud en cada una de las palas.

Estaban unidas a un cuerpo central de aproximadamente treinta centímetros de diámetro.

Mirando aquellos antiguos ventiladores, se le pasó una idea por la cabeza. Arrimó una de las mesas de madera al ventilador situado más cercano a la barra del bar y tras comprobar que aguantaría su peso, se subió a la misma. El local no era excesivamente alto por lo que su cabeza quedaba situada a la altura de la hélice.

Extrajo un destornillador de un bolsillo longitudinal de su pantalón en donde llevaba varias pequeñas herramientas y se dispuso a abrir el cuerpo central del ventilador. Afortunadamente lo debían soltar de vez en cuando para limpiarlo y engrasarlo debido a lo cual los tornillos salieron fácilmente.

Depositó la tapa encima de la mesa y extrajo de la mochila que llevaba a la espalda el maletín que contenía la ampolla con el explosivo y el dispositivo que él había diseñado y colocado conectado a la ampolla. La detonaría a distancia.

Una vez más pensó en que podía haberle puesto un temporizador, pero la posibilidad de que el descanso en el partido se atrasase era demasiado alta como para arriesgarse. No estaba dispuesto a perder por un error de cálculo de tiempo dos millones de dólares.

Puso la ampolla en el interior del cuerpo de la hélice y la sujetó cuidadosamente al eje central mediante tres bridas de plástico. Cogió la tapa que había soltado y la volvió a colocar en su sitio. Había tenido suerte, la pequeña ampolla encajaba en el interior del ventilador sin problemas.

Comprobó manualmente que la hélice giraba sin ningún tipo de problema y cuando quedó satisfecho se bajó de la mesa en la que estaba subido, la volvió a dejar en su sitio y la limpió para no dejar huellas de sus zapatos.

Ya estaba todo preparado y en su sitio. Lo único que podía salir mal es que a alguien se le ocurriese hacer el mantenimiento de los ventiladores al día siguiente, pero siendo domingo y por lo tanto festivo, dudaba mucho que alguien se dedicase a ello.

Abandonó el estadio dejando los dos candados de las puertas que había abierto tanto el del bar como la puerta de acceso al estadio cerrados tal y como estaban antes de que él entrase en el recinto.

Se dirigió hacia el hotel alegre y contento pensando en los dos millones de

dólares que pronto estarían en su cuenta bancaria y lo fácil que iba a ser ganarlos.



Al levantarse por la mañana se había bajado a disfrutar de los diferentes platos de que disponía el *buffet* del desayuno y había pasado toda la mañana en el hotel repitiendo la sesión de *spa* y masajes que el día anterior había probado.

Durante algunos momentos se le pasó por la cabeza si no era mejor estar encerrado en la habitación hasta la hora de salir hacia el estadio, pero al final se convenció de que su anonimato no corría peligro ningún tipo de problema por una sesión de *spa* y unos masajes. No lo habían visto más de cinco personas durante su estancia y además no se habían fijado para nada en él.

Después de haber degustado una buena comida en el hotel a las tres de la tarde se dirigió con tiempo hacia el estadio con el fin de comprar una entrada en una buena localidad y darse una vuelta de reconocimiento por el recinto. No era lo mismo lo que se podía distinguir a plena luz del día, que lo que se vislumbraba de noche a la luz de una linterna.

Se había vestido a la manera de la clase media india y llevaba puesta una gorra calada sobre la frente que ocultaba parte de su rostro. Iba caminando con la cabeza ligeramente echada sobre el pecho con el fin de que no se apreciaran bien sus rasgos.

Dio una vuelta por el estadio y no vio nada especial a tener en cuenta o que interfiriese con sus planes. Tranquilizado por ello se dirigió tranquilamente a su localidad en las gradas del estadio. Iba pensando irónicamente que un deporte del cual no había visto nunca un partido en toda su vida le iba a hacer rico.

Contempló el partido desde su localidad sin ningún tipo de interés comprobando de vez en cuando la hora en su reloj. Cuando dieron las cuatro de la tarde, siguió atentamente el transcurso del mismo, esperando que se produjese el primer descanso del partido.

Se puso tenso viendo como transcurría minuto tras minuto. En el bolsillo de su chaqueta tenía el temporizador que a distancia activaría el minúsculo explosivo colocado sobre la ampolla. La cantidad necesaria para hacer

estallar el cristal era tan pequeña que probablemente nadie se daría cuenta en el bar de lo que había pasado.

En la vuelta que se había dado por el estadio antes de sentarse en su localidad había comprobado que el bar estaba abierto y que debido al calor reinante habían puesto en marcha los ventiladores. El ruido de los mismos más la algarabía generada por la cantidad de gente que abarrotaría el bar en el descanso, harían imposible escuchar el mínimo ruido realizado por el minúsculo explosivo al estallar el cristal.

El ventilador removería el gas liberado de la ampolla y lo esparciría por todo el bar. Él no sabía que resultado se iba a producir a raíz de lo que estaba a punto de provocar. Pensaba que el virus iba a afectar a gran parte de las personas que estarían en esos momentos en el bar, pero desconocía los motivos por los cuales su contratista había elegido aquel lugar y aquel evento deportivo. El hecho le resultaba bastante extraño.

Estando en estos pensamientos y medio jugueteando con el temporizador con la mano dentro del bolsillo, el árbitro del encuentro, señaló el primer descanso del partido. Al igual que el resto de los asistentes se levantó de su asiento y se dirigió hacia el bar. En su caso hacia el bar número cuatro. Al llegar cerca vio que el local se empezaba a abarrotar de gente que quería beber algo.

Continuó su camino hacia la salida del estadio y cuando estaba a unos doscientos metros del bar pulso el detonador y sin esperar a nada más continuó andando hasta abandonar el recinto.



Al cabo de un par de días el asesino desde otro país y totalmente a salvo contempló cuál había sido el resultado de su misión. Más de trescientos integrantes de los dos mil de la etnia *lohara* que habían acudido a Chennai a ver la final de bádminton entre uno de sus miembros y el otro finalista, habían muerto de una extraña enfermedad. Las autoridades no habían averiguado todavía las causas de la epidemia.

“Sé extremadamente sutil, discreto, hasta el punto de no tener forma. Sé completamente misterioso y confidencial, hasta el punto de ser silencioso. De esta manera podrás dirigir el destino de tus adversarios”.

El Arte de la Guerra

Sunt Zu

11. Acuerdo

Tokio. Lunes 15, Junio 2015

Después de abandonar el templo budista, Sergio no tenía ganas de volver al hotel y encerrarse de nuevo en aquella habitación. Prefirió dar una vuelta caminando al aire libre. Se entretuvo paseando y dio una gran vuelta.

Se fijó en los rostros de la gente, en los que parecían alegres, en los que parecían tristes, en los jóvenes y en los viejos y pensó en que nunca volvería a ver ninguna de esas expresiones en el rostro de Yoko. ¡Cómo le dolía el alma! Y no había nada que calmase ese dolor. Solo apagando su mente con calmantes conseguiría que su cerebro parase de recordarla y de pensar en ella. Sus ojos, su boca, su nariz, su pelo, sus piernas, su cuerpo. No podía quitarse de la cabeza cada detalle de aquel cuerpo que conocía tan bien.

Fue un largo regreso hacia su hotel. Se ponía a andar en una determinada dirección y seguía la misma hasta que se daba cuenta de que iba en una ruta equivocada. En esos momentos miraba el GPS de su *smartphone* y cuando pensaba que volvía a encontrar la dirección correcta guardaba el dispositivo en el bolsillo y seguía andando siguiendo su instinto. Hasta que se volvía a perder y repetía de nuevo todo el proceso. Tardó varias horas en llegar a la entrada de su hotel y no supo con certeza la ruta que había seguido durante su caminata.

Entró en la sala principal de su hotel y cuando se encaminaba hacia la recepción un hombre bien vestido se le acercó y poniéndose delante para interrumpir su avance le dijo con voz calmada en un torpe inglés.

—Por favor señor Stone necesito que me acompañe. El señor Ryu Yoshida desea hablar con usted. Me ha asegurado que solo le quitará unos minutos de su tiempo.

Sergio se contuvo de expresar en su rostro la sorpresa que le producía el que el padre de Yoko Yoshida quisiera hablar con él en esos momentos, pero no tenía nada mejor que hacer por lo que respondió al hombre.

—De acuerdo. Le acompañare.

—Gracias. Es usted muy amable. Sígame por favor.

Sergio siguió a aquel hombre que a paso ligero, retrocediendo en su camino hasta llegar a la puerta del hotel en donde les esperaba un enorme sedán. Su acompañante le abrió la puerta de atrás y cuando se acomodó en el asiento, él guardaespaldas se montó por la otra puerta y ocupó el otro lado del asiento.

Durante media hora atravesaron Tokio, abandonando la capital y entrando en una zona residencial. Avanzando por la misma llegaron a una gran mansión rodeada por una alta valla metálica, que cruzaron hasta llegar a la puerta principal de la casa.

Su acompañante se bajó rápidamente del coche, le abrió la puerta y subiendo las escaleras de entrada, le guio a través de las dependencias de aquella enorme casa hasta el interior de la misma, en donde en una habitación le esperaban el padre, la madre y el hermano de Yoko Yoshida.

Cuando llegaron su acompañante y él, Ryu Yoshida les pidió a los otros dos que abandonasen la habitación. El padre de Yoko se encontraba mirando ensimismado dándole vueltas a un par de diamantes que tenía en la mano.

Sergio sin decir palabra y esperando que la persona que había requerido su presencia tomase la palabra, se situó a unos dos metros enfrente de él en posición relajada. No conocía las costumbres del padre de Yoko, pero ella le había dicho en más de una vez que seguía creyendo en el *Bushido* y en cierta manera regía su vida según sus reglas.

Una persona así no le gusta que se le acerquen demasiado y cualquier aproximación de un desconocido a menos de un metro lo considera una agresión.

Dentro de aquella habitación alejada del exterior reinaba el más absoluto y profundo silencio. Ambos estuvieron fijándose el uno en el otro durante un par

de minutos. Al final viendo que Sergio no iba a comenzar la conversación Ryu Yoshida tomó la palabra.

—¿Cómo quiere que me dirija a usted? —le preguntó en un tono frío y serio.

Con su tono dejaba claras un par de cosas. Que era una persona acostumbrada a mandar y que aquella conversación no era en absoluto de su agrado.

—Llámeme señor Stone o simplemente Stone —le respondió en un tono formal pero más agradable que el que había empleado el padre de Yoko—. Como usted prefiera. Entiendo que en esta conversación lo menos importante es mi nombre.

Durante unos segundos se hizo de nuevo el silencio. Era como si el padre de Yoko se debatiese entre seguir o no con la conversación. Al final se decidió por continuar.

—Intentaré ser sincero. A pesar de que yo no entendiese el por qué, mi hija siempre tuvo por usted un afecto especial. Lo quería por encima de cualquiera de sus amigos de la infancia y de sus pretendientes actuales. Incluso su foto presidía su habitación.

Entendiendo parcialmente la personalidad tradicional japonesa arraigada en aquel hombre que tenía enfrente de él y no queriendo interrumpir lo que tanto le había costado empezar, Sergio se contuvo de responder.

—Conociendo mi posición negativa frente a que mi hija adorase tanto la figura de un extranjero —estaba claro que había realizado un tremendo esfuerzo en no llamarle *gaijin*— fueron pocas las veces en donde usted fue el objeto de nuestras conversaciones. En esas escasas ocasiones ella mencionó que en su profesión, usted era experto en encontrar cosas que a otros les resultaba imposible y que probablemente fuera el mejor en su trabajo.

—Señor Yoshida —habló Sergio dirigiéndose a él en un tono sosegado y educado—. Su hija tenía una valoración excesivamente buena sobre mi persona. Hay otros que también son capaces de hacer lo que yo hago —comentó Sergio precavido y no sabiendo todavía que pretendía aquel hombre de él.

—Puede que sí, pero no están en estos momentos aquí presentes y desde luego no conocían también a mi hija como usted. A pesar de que usted no sea

de mi agrado es el único extranjero en la historia del “*Dojo Negro*” que ha sido admitido en el mismo y que además ha superado todas sus pruebas. Según mi hija usted no lo hizo tan mal cuando estuvo dentro.

—Eso es cierto —dijo él no queriendo ser excesivamente modesto con aquel hombre.

—Quiero que haga una cosa por su memoria —y antes de que Sergio dijese nada más añadió rápidamente—. No se preocupe, le pagaré sin cuestionar todo lo que me pida por su tiempo.

Aunque se imaginaba el cariz de la petición que le estaba intentando proponer el padre de Yoko, no quiso adelantar acontecimientos y no preguntó ni dijo nada en esos momentos. Esperó pacientemente a que el otro continuase.

—Quiero que averigüe para mí toda la verdad sobre lo que mató a mi hija —dijo levantando el tono de voz y expresando la rabia que sentía en su interior— los médicos no han sabido dar explicaciones a su enfermedad. Ni como la ha contraído, ni por qué medio, ni han sido capaces de diagnosticar con precisión la enfermedad que la mató. Lo único que me ha quedado de ella ha sido los infinitos recuerdos que tengo en mi cabeza y estos dos diamantes.

Sergio conocía que en Japón la costumbre era incinerar a los cadáveres y lo había podido contemplar en primera persona en el templo. También había oído en sus conversaciones con Yoko que esta había redactado en su testamento, que cuando muriese, quería que con sus cenizas creasen dos diamantes y se los diesen a su heredero.

Todavía recordaba como en una de sus conversaciones, le dijo que había contactado con una empresa suiza que se dedicaba a ello. Sergio no le había hecho mucho caso en esos momentos, ya que desde el mismo hecho de que una persona tan joven tuviese ya redactado su testamento, hasta su peculiar deseo de convertirse en diamantes, le habían parecido una broma de Yoko.

—Señor Yoshida. Aunque yo sea para usted un extranjero y usted no lo entienda, yo también quería a su hija. No la quería ni por su dinero, ni por las influencias de su familia. La quería por lo que valía ella misma. En cierto modo y aunque de distinta manera por lo mismo que la quería usted.

Cuando el señor Yoshida escuchó que aquel extranjero había comparado el amor de ambos por su hija, poniéndolos al mismo nivel, no pudo contener el que en su cara apareciese un gesto de desprecio por la insolencia de Sergio.

—La quería por su alegría, por su energía, por su falta de miedo por la vida y por otros cien motivos que nos pertenecían a ella y a mí y que no le voy a contar, —añadió Sergio con una voz triste y nostálgica. ¡Dios como le dolía su pérdida!—. Le debía mucho. Acaba de mencionar usted el “*Dojo Negro*”. Si no hubiese sido por el apoyo y la ayuda que me prestó yo no habría conseguido permanecer en aquel sitio más de una semana. El mérito fue más suyo que mío. Era en todos los sentidos de la vida, la mejor luchadora que yo he conocido.

Vio como a pesar de querer mantener su rostro inescrutable delante de aquel extranjero y en contra de su forma de ser, las palabras sobre su hija habían hecho algo de mella en el corazón de aquel hombre, que al fin y al cabo era un padre que había perdido su mayor tesoro.

—Además su hija —añadió Sergio solemne y tras lanzar un profundo suspiro que le salió del fondo de su alma— era la mejor amiga que yo tenía en el mundo. Debido al complicado y peligroso carácter de mi profesión, no tengo muchos amigos. Se pueden contar con los dedos de la mano. Es la primera vez que pierdo a uno de ellos y eso es un lujo que no me puedo permitir.

No era normal que Sergio expresase delante de otra persona sus más profundos sentimientos y no tenía muy claro él mismo, por qué lo hacía en esos momentos delante que una persona que le despreciaba. Quizás porque estaba demasiado afectado por la muerte de Yoko y no contaba con su entereza habitual. Quizás por cierta solidaridad que nunca reconocería con lo que debía sufrir el hombre que tenía delante suya. A pesar de toda su fortuna y todo su poder, le habían arrebatado en unas horas lo que más quería. O simplemente porque tal y como se encontraba anímicamente no le importaba lo más mínimo.

—Probablemente usted piense que no se puede comparar mi pérdida al dolor que siente un padre, pero le aseguro que en mi caso se debe parecer mucho. Probablemente no me crea, pero hubiese dado sin pestañear mi vida a cambio de la suya. Su pérdida para mí es como si algo de mí también hubiese muerto.

Ante estas sinceras palabras, pareció como si el padre de Yoko Yoshida lo mirase de otro modo menos agresivo. Incluso bajó la cabeza contra el pecho, para que Sergio no viese la triste expresión que reflejaba su cara. Seguía

teniendo orgullo. Probablemente era ya lo único que le quedaba y que le importase.

—Desde el momento en que salga por la puerta de este lugar, voy a dedicar todo mi tiempo y mis recursos a lo que usted me acaba de mencionar. Quiero que quede claro, que no porque usted me lo haya pedido. Ya pensaba hacerlo. Se lo debo a Yoko No voy a parar hasta conocer hasta el más mínimo detalle de los motivos por los que ella ha muerto. Nada, ni nadie me lo van a impedir —mientras decía estas palabras miraba fijamente el rostro de aquel poderoso hombre para que quedase clara su postura—. No hace falta que me pague nada. No quiero su dinero. Como le he dicho Yoko era mi mejor amiga. Esto se ha convertido en un tema personal.

Después de las frases de Sergio otra vez había vuelto a aquella habitación un penetrante silencio, en el que el padre de Yoko dedicó a analizar el mensaje que Sergio le estaba transmitiendo. Después de unos segundos y volviendo a tomar la palabra con un tono frío y formal le dijo.

—Ya que no quiere mi dinero, pongo a su disposición aquellos medios y hombres que usted considero necesario. Sin preguntas y cuando usted quiera —las frases que acababa de mencionar Sergio por lo visto habían calado en aquel hombre.

—Le agradezco su ayuda —repuso Sergio en un tono amable para no herirlo más de lo necesario— pero yo trabajo siempre solo. De esa manera me muevo más rápida y silenciosamente. No necesito de momento a sus hombres. Si en algún momento considero que puedo necesitar los recursos o influencias de su familia me pondré en contacto con usted.

—¿Me contará lo que averigüe? —pregunto el japonés con un deje de ansiedad en su voz, desconfiando de la postura de Sergio de trabajar solo.

—Sé por las charlas que mantuvimos, que su hija le quería muchísimo. En honor a su memoria, le informaré de todo lo que averigüe. Se lo prometo.

Extrajo del interior de su chaqueta un bolígrafo y una tarjeta en blanco y escribió algo en ella.

—Aquí tiene mi número móvil. NO SE LO DÉ A NADIE —y recalcó en voz alta y clara estas últimas palabras—. Llámeme cuando quiera a cualquier hora del día o de la noche. ¿Por qué medio prefiere que me ponga en contacto con usted?

—Creo que es justo que usted también tenga mi número de móvil personal. Por favor apunte —y despacio para que quedasen claros le dictó los dígitos de su teléfono.

—Una cosa más —añadió Sergio totalmente serio—. Mis métodos no son los convencionales y deseo que cuando le pida algo no los cuestione, independientemente de que los entienda o no. O de que los comparta o no. ¿De acuerdo?

De nuevo se hizo un tenso silencio entre los ocupantes de aquella habitación. Sergio tenía claro de que probablemente hacía años que nadie hablaba de ese modo con aquel hombre, pero con la rabia que llevaba en su interior, no era un asunto que le preocupase lo más mínimo. Tomase o declinase su forma de colaborar, él tenía claro cual iba a ser el camino a seguir.

—De acuerdo. No habrá preguntas por mi parte en cuanto a sus requerimientos o métodos de investigación.

Viendo su predisposición en esos momentos, estuvo dudando si dar o no el siguiente paso. Al final se decidió y extrajo de entre su ropa un recipiente hermético que había llevado consigo.

—Me ha dicho que no preguntará, ni cuestionará mis métodos —y haciendo una breve parada añadió—. Voy a ponerlo a prueba en este mismo momento. Dentro de este recipiente que deberá meter en un frigorífico de inmediato hay tres pequeños tubos con la sangre de su hija.

Un gesto de gran sorpresa asomó en la cara de Ryu Yoshida y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no faltar a la promesa que acababa de realizar.

—Sergio esperó para ver si era capaz de contenerse y al cabo de unos segundos cuando vio que había recuperado el control de sí mismo continuó hablando.

—Como usted ha dicho, la muerte de su hija no está nada clara, por lo que cuando murió cerca de mí, me juré a mí mismo lo que le acabo de decir. Que no descansaría para saber la causa de su muerte. Para ello es necesario que sea frío, racional y eficiente en mi búsqueda. No sé como pero en aquel momento de tristeza agónica en que no era yo, mi subconsciente me dio la orden de extraer sangre del cuerpo todavía caliente de su hija.

De nuevo una reacción similar a la que había tenido hacía unos segundos acudió al rostro del padre de Yoko, pero esta vez y quizá con algo de fatalismo reaccionó tranquilizándose rápidamente.

—Dentro de esos tubos, está nuestro enemigo. Lo que termino con la vida de Yoko. Le he dejado un papel dentro de ese paquete en donde le escribo los nombres de los tres mejores laboratorios de análisis de enfermedades extrañas que hay en el mundo. Yo no puedo pedirlos directamente. Tendría que levantar una pantalla que ocultase mi verdadera identidad y me llevaría un tiempo del que no disponemos en estos momentos. Quiero que a través de su empresa farmacéutica, les encargue que hagan los análisis más exhaustivos que puedan. ¿Lo hará? —preguntó fríamente Sergio.

—Lo haré. Como he prometido hace un momento —respondió él en un tono solemne.

—Ahora por desgracia ya no importa el tiempo que les lleve y por supuesto no importa el dinero. Exíjales los más precisos y detallados análisis. Conforme le vayan dando los resultados, llámeme inmediatamente al móvil.

—Así lo haré.

—¡Ah! Y no diga que la sangre es de su hija. Nos pedirían demasiadas explicaciones.

Visto que en esos momentos, no parecía que hubiese nada más que añadir por ambas partes, Sergio se dispuso a abandonar la habitación y la mansión. Cuando estaba a punto de salir por la puerta.

—¿Señor Stone? —le llamó el padre de Yoko.

Sergio se dio la vuelta, comprendiendo por el tono de voz empleado por aquel japonés que lo que iba a decirle a continuación era algo sumamente importante que el hombre había dudado en contarle hasta el último momento.

—¿Sí? ¿Señor Yoshida? —preguntó él con voz suave no queriendo romper el transcurso de su conversación.

—Hay otro motivo además de que usted sea extranjero por el que no me caía usted bien —dijo sincerándose.

Sergio siguió en silencio, no queriendo interrumpir el momento de confidencias que el padre de Yoko había empezado y que estaba tan claro que le costaba expresar.

—Mi hija, tanto por su increíble belleza como por la fortuna e influencias

de nuestra familia, era una de las jóvenes con más pretendientes ricos de Japón. Algunos de ellos eran guapos, otros divertidos, todos poderosos. Algunos de ellos eran de mi más total agrado. Ella siempre los rechazó a todos.

—Nunca me habló de ese tema. Ni de las relaciones con ninguno de sus pretendientes.

—Estoy convencido de ello. Aunque nunca entendí los motivos creo que estaba profundamente enamorada de usted y no quería a ningún otro. Yo sin embargo siempre pensé que su interés por mi hija era debido a nuestra fortuna —le dijo mirándole a los ojos mientras confesaba lo que hasta ese momento le había ocultado.

La mirada de odio y furia que apareció en los ojos de Sergio en esos momentos hizo que hasta el padre de Yoko se dispusiera a dar un paso atrás y ponerse a la defensiva.

—Nunca más vuelva a repetir lo que acaba de mencionar en mi presencia —le dijo amenazadoramente con un tono de voz frío como el hielo—. Comprendo que según sus creencias y sus tradiciones yo no fuese digno de su hija, pero en lo último en que yo pensaba cuando estaba con ella era en su fortuna. Yo era feliz con ella. ¿De qué nos vale a usted y a mí ahora el dinero? Yo daría todo el que tengo porque volviese —y haciendo un inciso y mirándole a los ojos añadió— y le aseguro que tengo bastante más del que usted se imagina.

Ante esas palabras que había escupido más que mencionado, el padre de Yoko no añadió ninguna frase más y bajó la cabeza. Un profundo y tenso silencio se hizo entre ambos.

—Quiero que quede clara mi postura —añadió Sergio—. Si sigue pensando que yo estaba con su hija por dinero, allá usted, pero no lo demuestre con sus actos. Hace un segundo he estado a punto de desaparecer por esa puerta y por supuesto seguir con la investigación sobre la causa de la muerte de Yoko y olvidarme de lo que acabamos de hablar sobre que le tenga al corriente de la misma. Solo por el amor que Yoko me mencionó en repetidas ocasiones que sentía usted, seguiré con nuestro trato.

Dio media vuelta sin esperar una respuesta de aquel hombre y abandonó aquel lugar silenciosamente. Las palabras que el padre de Yoko había

mencionado sobre su amor hacia él, más que consolarlo, hicieron que se le removiese aún más la espina que tenía clavada en el corazón.

12. Viaje a Canadá

Calgary. Martes 16, Junio 2015

Estaba en la habitación del hotel, dando vueltas como un leopardo enjaulado. No se hacía a la idea de que aquello llamado destino le hubiese arrebatado a Yoko. No hacía ni una semana que se había marchado de Nueva York, poniendo tierra de por medio con Mónica para no causarle más problemas y cuando estaba recuperando su amor por otra mujer, el cruel destino se la arrebató.

¿Le habían echado una maldición? ¿No podía ser feliz al lado de una mujer? A pesar de que Sergio era una persona fría y calculadora, era uno de los peores momentos de su vida. No era justo. Yoko era una persona fantástica, joven, alegre, guapa. ¿Por qué se había ido?

Nunca se había sentido tan terriblemente solo.

Sabía que le habían arrebatado algo terriblemente valioso y por más que hiciese no lo iba a recuperar. Él, que era especialista en encontrar cosas, esta vez no iba a poder hacer nada. Ni su dinero, ni su cerebro, ni sus conocimientos le iban a servir. Jamás se había sentido tan impotente. Estuvo a punto de beberse las botellas de licor del minibar por si servía de algo, pero a pesar del impulso inicial y de las ganas posteriores, su cerebro, su corazón o los dos, le dijeron que Yoko no querría verlo en ese estado.

Al final se desnudó y se dio una ducha fría. Se secó con una gran toalla y envuelto en la misma, se sentó en la mesita de la habitación, extrajo su portátil, lo abrió y lo encendió.

Ejecutó el programa de comunicaciones para conectar con *Opengate* y vio en la pantalla un icono en verde que indicaba que en esos momentos se encontraba en línea. Se puso a dialogar con el mediante el teclado:

—Hola *Opengate*. ¿Has encontrado algo que me sirva? —escribió rápidamente Sergio en su portátil golpeando las teclas como si fuera la única manera de descargar su furia—. Disculpa pero no es uno de mis mejores días. Necesito algo a lo que hincarle el diente o me volveré loco en la habitación de este hotel. Dame algo por favor.

—He encontrado algo. No sé si será relevante, pero es lo único que he encontrado de momento.

—Cuéntame —pidió Sergio.

—Hay un subdirector de un departamento de investigación y desarrollo de una multinacional canadiense que ha muerto en extrañas circunstancias.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver con Yoko?

—Se llamaba Rick Gálvez y curiosamente la empresa para la que trabajaba se dedica al negocio farmacéutico.

—Como Yoko en sus últimos tiempos —escribió Sergio en el teclado de su portátil.

—Si y se conocían. No creo que fuesen amigos, pero habían contactado vía *email* y habían quedado para hacer una videoconferencia al día siguiente de que Rick Gálvez muriese. Pienso que Yoko no llegó a saber de su accidente.

—¿Dónde fue el accidente?

—En una cadena montañosa en el Parque Nacional *Jasper*, cerca de Calgary en Canadá. Iba conduciendo su coche cuando se cayó por un precipicio de una estrecha carretera. Creo que sería conveniente que lo investigases.

—Dos jóvenes con buena salud de dos empresas farmacéuticas multinacionales quedan para realizar una videoconferencia y mueren ese mismo día. Me parece excesiva casualidad. Aquí no se me ocurre que hacer. Me voy a Canadá. ¿Dónde tienen el coche del accidente?

—En la comisaria de Edmonton. Tanto Edmonton como Calgary son dos ciudades cercanas que tienen aeropuerto internacional. Elige el primer vuelo que salga desde Tokio hacia una de ellas.

—Ok. Pásame las noticias que hayas encontrado sobre su muerte y la información sobre el que consideres relevante.

Cuando terminaron la conversación, Sergio buscó en su portátil el primer vuelo con destino a una de las dos localidades y encontró que salía antes un avión hacia Calgary, aunque tendría que hacer una escala y un cambio de avión. También realizó la reserva de un coche de alquiler para desplazarse desde el aeropuerto hasta Edmonton. Además intuía que le iba a venir bien para desplazarse cuando llegase a su destino.

Esperó en el hotel hasta un par de horas antes del vuelo, momento en el que llamó a un taxi y se trasladó al aeropuerto.



Había sido un cómodo vuelo y sin incidencias desde Japón hasta Canadá. En el servicio de la zona internacional entró al baño y se caracterizó con la ropa que había elegido para ir a Calgary como el típico excursionista que va a visitar las cadenas montañosas de aquella región del país. Cuando atravesó el control de aduanas se dirigió hacia la zona de alquileres de coche en donde había varias compañías que suministraban ese servicio.

Eligió aquella en donde la persona que atendía tenía más pinta de desinteresada. Su experiencia le había enseñado que ese tipo de gente nunca recordaba a los clientes que habían pasado, ni que ropas llevaban, ni que apariencia tenían. Eran más seguras para pasar desapercibido. Solo vería en él a un turista más.

—Buenas quisiera alquilar un coche —le dijo Sergio.

—Muy bien —le respondió sin ni siquiera mirarle tal y como Sergio había supuesto—. ¿Ya ha decidido que coche quiere?

—Sí. Quisiera alguno que tengan ustedes disponible de la categoría B —comentó Sergio eligiendo un coche de los de baja gama. Sencillo y modesto. De esa forma el empleado se fijaría en él todavía menos.

—De acuerdo —dijo continuando centrado en su ordenador y sin dirigirle la mirada—. ¿Me deja su pasaporte por favor?

—Por supuesto. Aquí lo tiene —dijo sacando de su chaqueta el pasaporte falso que llevaba a nombre de Stone.

—¿Para cuántos días lo quiere?

—Con un par de días creo que será suficiente. Por cierto ¿tiene un mapa de los parques nacionales de la zona?

—¿De cuál quiere? Tengo de algunos parques en concreto y uno generalista de toda la región.

—No sé si al final tendré tiempo para desplazarme hasta las montañas, por lo que prefiero que me dé el genérico.

Sergio no quería dar más información de la necesaria. El empleado relleno los papeles, le pidió el número de su tarjeta de crédito para efectuar la fianza y el posterior pago y le entregó la documentación del coche y la llave del mismo.

—El coche se encuentra en el Parking B, donde tenemos reservadas plazas todas las compañías de alquiler. No tiene pérdida verá los carteles de las diferentes compañías. Salga por aquella puerta y lo encontrará a unos doscientos metros.

—Muchas gracias.

Caminó hasta el aparcamiento, se introdujo en el coche y guardó el mapa en el pequeño cajón del salpicadero. Tenía un *smartphone* de última generación, con diferentes aplicaciones, entre las que se encontraba un GPS con mapas actualizados de todo el mundo, pero en alguna otra ocasión había tenido problemas de recepción del satélite por lo que prefería tener una solución alternativa y por eso había pedido el mapa en papel.

Extrajo el portátil de su mochila, lo encendió y buscó las notas que sobre el accidente le había pasado *Opengate*, intentando localizar el lugar del accidente.

Después de leer tres de ellas, en la cuarta venía indicado que el percance había sido a un kilómetro del *Alpine Village Cabin Resort*, un hotel construido en madera de los árboles de la región y que parecía una gran cabaña. Extrajo su móvil del bolsillo de su pantalón y marcó el número de teléfono que encontró en su página web.

—Buenas noches. Aquí la recepción del hotel *Alpine Village Cabin Resort*. ¿Qué desea? —le preguntó una voz chica de voz amable al otro lado de la línea.

—¿Tiene alguna habitación libre para pasar esta noche? —le preguntó a su vez Sergio.

—Sí, nos quedan un par de ellas. ¿A nombre de quién hago la reserva?

—Joseph Stone.

—¿Cuántas noches se quedará con nosotros? —preguntó solícita la chica.

—De momento esta noche. Llevo varios días en Calgary de negocios y al final solo he podido disponer de esta noche.

—Lástima. En esta época del año esta zona, está en su esplendor, particularmente bonita y con un gran conjunto de actividades al aire libre para disfrutar de la naturaleza que nos rodea.

—¿Qué se le va a hacer! Me conformaré en esta ocasión con una pequeña estancia. Otra vez será.

—Así lo espero.

—Perdone señorita. Estoy todavía en Calgary y como le he comentado hace un momento, nunca he estado conduciendo en esas montañas. ¿Qué tal es la carretera en esa zona? ¿Tardaré mucho en llegar?

—Entre dos y tres horas, dependiendo de la velocidad de su estilo de conducción. Si se le hace tarde para llegar aquí, tenga cuidado. Es una carretera de montaña, con solo un carril de ida y otro de vuelta y muchas curvas. La gente de ciudad no está acostumbrada a circular por ellas. Sin ir más lejos hace unos días tuvimos cerca de nuestro hotel un accidente mortal.

—¿Fue de noche?

—No, fue a primera hora de la mañana, Quizás estaba amaneciendo y no había demasiada luz o bien se confió y no prestó demasiada atención a la carretera.

—No se preocupe señorita. Seguiré sus consejos y conduciré con cuidado. Hasta dentro de un rato —le respondió Sergio dando por terminada la conversación y colgando.

Evidentemente no era el momento de contar que se había criado en Navarra, en el norte de España, cercano a los pirineos y que había hecho miles de kilómetros por peores carreteras. Para el circular por una carretera de dos carriles era como circular por una autopista.



Sergio llevaba conduciendo un par de horas y hacia un rato que ya iba conduciendo por la carretera de montaña. Probablemente a una persona de una

gran ciudad, aquellos carriles le parecieran pocos, con muchas curvas y estrechos, pero estaban recién asfaltados y él estaba cómodo. El firme era seguro y para la habilidad de conducción que tenía Sergio era muy sencillo desplazarse por ella.

El GPS del *Smartphone* había funcionado durante todo el recorrido sin problemas y según los cálculos que había realizado debía encontrarse bastante cerca del lugar del accidente de Rick.

Iba pensando en ello cuando al girar en una curva, reconoció por la tierra removida de la misma, que debía ser el lugar por donde se había despeñado el investigador.

Aminoró la velocidad de su vehículo y buscó un sitio donde aparcar cercano. A unos cuarenta metros encontró un lugar apropiado para el tamaño de su coche. Paró, se bajó y después de comprobar que no molestaba, lo cerró y se desplazó siguiendo la misma trayectoria que había recorrido el deportivo de Rick en su último viaje antes de estrellarse.

Anduvo despacio y se agachó varias veces para mirar si había marcas de neumáticos en la carretera. No encontró nada, ni marcas de frenada, ni de que el coche hubiese derrapado, ni de ningún otro tipo de maniobra extraña. Era como si el coche se hubiese encaminado hacia el precipicio sin intentar evitarlo.

Un piloto suicida habría seguido la misma trayectoria, pero aquello no cuadraba con la personalidad descrita en la documentación que le había enviado *Opengate*. No tenía ningún sentido. Aquel joven durante toda su vida había sido un luchador nato.

Sergio no creía que hubiese sido un accidente. Estaba seguro de que aquello había sido un asesinato. Debía averiguar qué es lo que había precipitado a Rick por aquella curva.

Llegó al final de la recta, se agachó y se paró a analizar en detalle la curva. Allí tampoco había señales de que Rick hubiese accionado los frenos. Seguía sin tener sentido.

Incluso para un suicida que fuese a acabar con su vida, el porcentaje de probabilidades de que en el último momento hubiese tenido un acto reflejo y hubiese accionado el pedal de freno de manera instintiva, era demasiado elevado.

Dándole vueltas a la cabeza, volvió a su coche y se dirigió hacia el hotel que había reservado. Llegó en unos pocos minutos. Como había contemplado en las fotos de la página web del establecimiento se parecía a una gran cabaña de madera de dos pisos altura, construida aparentemente con grandes árboles de la zona.

Aparcó el coche en el *parking* de enfrente de la puerta, cerró con la llave el cierre centralizado, subió unas escaleras de madera, atravesó una gran puerta y se encontró delante de la recepción.

Se dirigió hacia la joven chica que se encontraba detrás del mostrador. Era morena y alta, aunque un poco desgarrada. Viéndole llegar le preguntó amable:

—Hola buenas tardes. ¿Qué deseaba?

—¿Podía comprobar si tengo una habitación reservada a nombre de Joseph Stone para esta noche?

—Ahora mismo señor —dijo la chica escribiendo rápidamente sobre el teclado de su ordenador—. Sí aquí está. Le atendió mi compañera Ruth. ¿Una sola noche verdad?

—Sí. Desgraciadamente no tengo más tiempo para disfrutar de una mayor estancia.

—Es una lástima —le dijo ella— en esta época esta zona está verdaderamente fantástica.

—Sí, eso me habían dicho —respondió Sergio acordándose de que la compañera de la recepcionista también le había comentado que el lugar era digno de contemplar en estas semanas del año—. Por cierto —añadió Sergio cambiando de tema.

—¿Si dígame?

—Su compañera me dijo que tuviese cuidado de noche con la carretera y le agradezco el consejo. Para un hombre como yo acostumbrado a los muchos carriles que tienen las autovías de mi ciudad, esta carretera se me ha hecho muy angosta y he tenido que circular a baja velocidad. He tardado más de la cuenta y me generó mucha tensión el hacerlo.

—No se preocupe. Es normal lo que le ha ocurrido —le comentó ella quitándole importancia—. A pesar de que la carretera está recientemente asfaltada y tiene un buen firme, a la gente de ciudad que no está acostumbrada

a circular por un solo carril y con tantas curvas se le hace estrecha y peligrosa.

Se detuvo por unos instantes pensando si lo que iba a decir a continuación pondría más nervioso todavía a su huésped, pero estando sola en aquella recepción sin mucho trabajo a aquellas horas de la tarde y sin nada mejor que hacer, prefirió seguir dándole conversación con aquel guapo y atlético joven.

—Hace unos días, un joven en esta misma carretera, se precipitó montaña abajo con un deportivo. Ya sabe que en estas zonas del parque no contamos con muchas novedades, por lo que está siendo el tema de tertulia de esta semana en los alrededores.

—¿Por qué? —preguntó él con cara de inocente.

—Porque todo el mundo quiere opinar sobre la verdadera causa del accidente. El hombre se despeñó y se mató debido a los golpes sufridos durante la caída. En esa zona la montaña no está cortada a pico como en otras partes de la carretera, pero a pesar de ello, los golpes contra las rocas y las vueltas campana que dio el deportivo acabaron con el pobre chico. Curiosamente para los impactos que tuvo el coche, el vehículo no quedó muy destrozado.

—Pobre hombre. ¿Era muy joven?

—Si y debía ser un ejecutivo que ganaba mucho dinero en una de las multinacionales de Calgary.

—¿Cuál fue la causa que originó el accidente? —preguntó el sin poner mucho énfasis, ni interés excesivo en la frase. Más bien lo dijo en el tono de una persona que no tiene prisa y que está a gusto con la conversación.

—Cómo le he dicho, entre los habitantes de la zona han circulado todo tipo de rumores y comentarios. Qué si era demasiado pronto y estaba dormido. Que sí se encontró con un banco de niebla de los que a veces se producen a esas horas tan tempranas. De que iba a demasiada velocidad con el deportivo. En fin toda una serie de las conjeturas habituales que se dicen cuando se produce un desgraciado accidente de este tipo.

—¿Y qué dijo la policía? —preguntó Sergio en el mismo tono informal de su pregunta anterior.

—Como suele ser frecuente, la policía conociendo a la gente de por aquí y sabiendo que cualquier cosa que digan se va a propagar a la velocidad de la pólvora con las pequeñas aportaciones de exageración que cada lugareño

quiera añadir, prefirieron no comentaron nada en público.

Después la recepcionista en un simulacro de decirle una confidencia y mirando a ambos lados del espacio que ocupaba la recepción como para verificar que no había nadie, ni que nadie entraba por la puerta en aquellos momentos, dirigiéndose a él en voz baja le dijo.

—Casualmente ese día me encontraba yo de turno atendiendo en la barra del bar que tenemos en la habitación de al lado —dijo señalando una de las puertas en la otra parte de aquella sala— cuando entraron a tomar un café. Vinieron cansados después de analizar durante varias horas toda la zona del accidente.

De nuevo hizo una teatral parada y mirando otra vez a ambos lados del recinto como si alguna persona fuese a entrar justo en esos momentos, le dijo:

—No piense que soy una joven cotilla, pero los policías se pusieron a hablar entre ellos sobre la causa del accidente en el momento en que les estaba sirviendo el café.

—¡Ah! ¡Sí! —exclamó Sergio poniendo cara de sorprendido e interesante ante lo que le estaba contando la joven.

—Sí y entre ellos comentaron que les había extrañado mucho la singularidad del caso. Analizando el lugar en detalle, no encontraron nada que les diese pistas sobre el motivo del accidente.

—¡Ah! ¿No? —añadió Sergio en su papel de parecer cada vez más interesado por la confidencia que ella le estaba haciendo.

—No. Dijeron que con lo que habían encontrado, lo único que tenía sentido era que se hubiese suicidado.

—¡Qué pena! —dijo poniendo en su rostro un pequeño gesto de lástima.

—Sí. A mí personalmente también me extrañó, porque aunque no lo conocía personalmente, sí que lo había visto un par de veces en los últimos meses. Cuando se dirigía de vuelta a su casa después de haber pasado un fin de semana en la montaña, solía paraba para desayunar algo caliente.

Haciendo un nuevo parón y con ese aire de confidencia que había adoptado, como si en vez de ser la primera vez que lo veía, conociese a Sergio de toda la vida, añadió:

—Mi compañera y yo nos fijamos en él por el deportivo tan bonito y caro que conducía y... por qué era un joven muy guapo —al decir esto último una

sonrisa afloro al rostro de la joven.

—Y ¿Qué es lo que le parece extraño?

—Pues..., nunca se sabe lo que hay en la cabeza de una persona, pero las veces que mi compañera y yo le atendimos, siempre fue amable con nosotras. Desprendía una vitalidad y una seguridad en sí mismo impropia de una persona con problemas que le puedan llevar al suicidio.

—Pues sí que es extraño...

—En fin, misterios de la vida —dijo ella suspirando.

—¿Por dónde llego a mi habitación? —preguntó él cambiando de conversación.

—Suba por esas escaleras —le dijo señalando las que se encontraban en el otro extremo de la sala— y cuando llegue al primer piso, tome el pasillo de la derecha. Habitación 105.

—Muchas gracias.

—Si quiere cenar algo, nuestro pequeño restaurante cerrará en media hora. Así que dese prisa. Servimos unos típicos platos del lugar sabrosísimos a los que no estarás acostumbrado. Merece la pena que estando aquí los pruebe.

—Ahora mismo no tengo mucha hambre, pero gracias. A lo mejor me animo.

Sergio subió a la habitación y se dirigió al cuarto de baño en donde se refrescó la cara para despejarse. Al cabo de un momento se tumbó vestido como estaba encima de la cama.

Después de tan largo viaje, al relajarse y olvidarse por unos instantes del accidente de Rick Gálvez, el rostro de Yoko se le apareció en su mente. Y con él vino el dolor y los recuerdos. Después de los recuerdos vinieron los pensamientos del futuro que podían haber tenido juntos y más dolor.

La enfermedad que la había matado y apartado de su lado, le había arrebatado parte de sí mismo. Se rompió la relajación y empezó a dar vueltas en la cama intranquilo.

No pudiendo parar se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación. Aquel dolor del alma era peor que un dolor físico. Al final no pudiendo parar de darle vueltas a la cabeza a la pérdida tan cruel que había sufrido hacía unos días, abrió la mochila y extrajo un chándal y las zapatillas de deporte que componían el resto de su ropa de viaje y se dispuso a salir a correr.

En unos segundos se cambió de ropa y abandonó su habitación. Al bajar por las escaleras y viendo la chica de recepción la ropa ceñida que llevaba y lo que se disponía a hacer le recomendó.

—Si va a dar un paseo, por favor no lo haga por el bosque. Ya está oscureciendo y con la noche no verás las piedras y ramas que se pueden encontrar en su camino.

—¿Puede ser peligroso?

—Yo le recomendaría que dejase el bosque para mañana cuando haya luz y que hoy camine por la carretera. Tampoco lo haga por el lado exterior de la carretera, en algunas partes no hay barrera protectora y hay precipicios. Para evitar cualquier accidente tonto, vaya por el lado interior de la carretera.

No queriendo dar la sensación de que su hotel estaba en una zona de montaña excesivamente peligrosa y queriéndole quitar importancia al asunto e intentando ser graciosa, añadió con una sonrisa en su joven rostro.

—Por esta zona no estamos acostumbrados a que pase este tipo de cosas y con un accidente mortal tenemos más que suficiente para toda la temporada. Tenga cuidado.

—No se preocupe. Así lo haré. Muchas gracias por el consejo —le dijo para su tranquilidad Sergio.

Y atravesando la robusta puerta de madera del hotel, se alejó hacia la carretera. Al borde de la misma realizó unos ejercicios de precalentamiento para tonificar el cuerpo antes de empezar a lanzarse correr.

Seguía sin poder quitarse el bello rostro de Yoko de la cabeza. No solo era el recuerdo de su sensual cuerpo y su maravillosa cara lo que le atormentaba. Lo que más le dolía era haberse perdido su alegría y vitalidad. Su sinceridad y manera de decir las cosas. Lo directa que era al hacerlo y la falta de mentira en su boca. Era la única persona que conocía en detalle su trabajo, su verdadera identidad y los secretos sobre su vida.

Empezó al trote y al cabo de unos segundos estaba lanzado a toda velocidad. La montaña pasaba a su lado sin que él apreciase las maravillas naturales que le rodeaban. Solo corría y corría, como si pudiese correr contra su cerebro y su corazón y dejar sus sentimientos y pensamientos atrás.

Al cabo de varios minutos de un *sprint* salvaje por aquella oscura carretera y aunque su mente decía más, su cuerpo llegó al agotamiento y tuvo

que pararse. Cuando lo hizo y mientras recuperaba el pulso y la respiración normal se acercó al borde de la carretera.

Justo donde se encontraba había un enorme precipicio y acercándose al borde lanzó un grito entre salvaje y desesperado con toda la potencia de sus pulmones.

—¡Ahhhhhhhh! ¿Por qué? ¿Por qué?

Y después allí, solo en la negra noche de aquella montaña de Canadá se derrumbó de tristeza y lloró.

En aquellas montañas en los confines del mundo lloró.

Lloró lo que no había llorado a la cabecera de su cama en el hospital durante su enfermedad.

Lloró lo que no había llorado a su muerte.

Lloró lo que no había llorado en su funeral.

Cuando se le acabaron las lágrimas, se levantó del suelo y volvió caminando como un zombi al hotel. Era ya de noche y aunque era verano, en aquellas alturas había empezado a refrescar.

El sudor provocado por la carrera, se le había enfriado sobre el cuerpo y había empezado a tiritar. Cuando cruzó la recepción del hotel en aquel estado la chica con la que había hablado anteriormente le vio y le dijo.

—Me estaba usted empezando a preocupar —repuso alarmada— ya hacía un buen rato que usted se había marchado a andar. Menos mal que ha regresado, no sabía si pedirle a alguien que me acompañara a buscarle.

—Muchas gracias por su preocupación —dijo él haciendo un esfuerzo para recobrar el tono de voz normal y la compostura—. Es que con la noche tan preciosa que hace me he puesto a caminar distraído. He ido demasiado lejos para cuando me he dado cuenta y he comenzado a dar la vuelta. Estoy un poco aterido pero nada que no se pueda arreglar en la cama y con una buena manta. Hasta mañana señorita.

—Hasta mañana —le respondió ella amablemente mientras le hacía con un gesto simpático la señal de hasta dentro de un rato con la mano.



A la mañana siguiente se despertó temprano, recogió sus cosas y bajo a desayunar. Una recepcionista diferente a la del turno de noche le dijo buenos

días y le acompañó hasta la sala en donde servían el desayuno. Tendría unos treinta y cinco años, era rubia y bastante atractiva.

Como el hotel era de tamaño familiar y por lo tanto no muy grande, ella era la que se encargaba por la mañana temprano de la doble tarea de atender en la recepción y además servir en la otra sala a los huéspedes en el desayuno.

Al entrar en la habitación, Sergio vio varias mesas y un sencillo *buffet*, en donde un huésped se podía servir los típicos platos de cereales, bollos, mermeladas, jamón york, panceta y salchichas. Así como varias jarras con zumos y agua.

—¿Desea que le sirva una taza de café o de té? —le preguntó ella amablemente.

—Té, estaría muy bien. Gracias. ¿Sería posible tomar dos huevos fritos? Hoy me he levantado con bastante hambre —añadió guiñándole el ojo, queriendo mostrarse simpático.

—Faltaría más. A los hombres guapos como usted, mientras esté yo al cargo les servimos lo que haga falta —repuso ella a su vez guiñándole el ojo, devolviéndole el gesto con cierta picardía.

—Muchas gracias.

Estuvo desayunado tranquilo y a gusto. Para pasar el rato leyó la prensa local, no encontrando nada de excesivo interés. En un momento dado y mientras la atractiva rubia le servía su segunda taza de té, sacó a relucir descuidadamente el tema del accidente de coche de Rick Gálvez. Estuvieron hablando y no obtuvo más información adicional a la que había oído la noche anterior de boca de su compañera.

Al acabar de desayunar se dirigió acompañado de ella a recepción en donde ultimaron el cierre de la habitación.

—Es una pena que nos abandone. Con solo un día se va usted sin disfrutar de los mejores encantos de la zona —dijo la rubia, mientras le volvía a guiñar el ojo.

Por la manera que se comportaba y el tono que empleó en decirlo, Sergio no tenía esta vez muy claro si se debía a los encantos de la naturaleza o a sus encantos personales y le estaba haciendo una proposición. Para no verse envuelto en esa última e incómoda situación, alejó el tema de la conversación del camino que ella había empezado.

—Tiene razón. Solo me he podido escapar una jornada de mi viaje de negocios y aprovecharé el resto del día para dar una vuelta con el coche por estas verdes montañas y pasear un poco por alguno de sus senderos naturales —y mientras decía esto se alejó caminando con su equipaje hacia la puerta.

—Vuelva cuando usted quiera —añadió ella sin abandonar el tono provocativo con el que había dicho las frases anteriores.



La frase sobre lo que iba a hacer durante esa jornada que le había dicho a la recepcionista del hotel, habían sido simplemente para despistar su atención y aunque probablemente era innecesario, para dejar pistas falsas. Era más la costumbre adquirida con su trabajo que la necesidad real de la situación en que se encontraba.

En realidad iba conduciendo en dirección a Edmonton. Necesitaba echarle un vistazo al coche de Rick para ver si en él encontraba las pistas que no había conseguido ver en aquella carretera.

Cuando llegase a Edmonton lo primero que debía hacer era localizar el lugar donde la policía guardaba los coches envueltos en accidentes de tráfico con muertos. No conocía la legislación de aquella zona, ni los procedimientos que utilizaban.

Condujo a la máxima velocidad permitida y estando a pocos kilómetros de la ciudad paró en una zona habilitada como aparcamiento, sacó su portátil y buscó en Internet la dirección de la comisaria principal.

El departamento de policía de Edmonton tenía a disposición de los ciudadanos una página web muy organizada y con mucha información sobre los diferentes departamentos y unidades de investigación de que constaba y a que se dedicaba cada uno de ellas.

Sergio encontró rápidamente en ella la Oficina de Seguridad de Tráfico. Debido a su nombre le pareció que o bien era la unidad que se había encargado del caso, o bien disponía de una zona de aparcamiento de coches dado que según la página web era la encargada de las multas y retiradas de vehículos.

Decidió intentarlo primero con esa oficina y comprobar si el coche lo tenía allí. El local estaba situada en el número 9304 de la Avenida 41, en las

afueras de la ciudad. En una zona apartada. Guardó el portátil en su mochila y se dirigió hacia allí. Cuando llegó a donde estaba situada, aparcó su coche a un par de manzanas y se dirigió andando hacia la misma.

Donde hay una comisaría de policía normalmente hay cerca o un bar o una cafetería. La encontró a cincuenta metros de la misma. Era la hora de comer y decidió hacerlo en ese local.

Cuando entró, vio que el sitio era más grande de lo que parecía desde fuera. Se sentó en una mesa ubicada en un lugar discreto, pero junto a una ventana y con una buena vista de la fachada completa de la comisaria. Nada más tomar asiento, un camarero que le estaba observando se le acercó rápidamente.

—Quisiera comer algo. ¿Me podía traer la carta con los platos que sirven? —le pidió con amabilidad haciéndose el simpático.

—Si por supuesto. ¿Quería la carta del menú? ¿La de platos combinados?

—La del menú.

El camarero se acercó a la barra y volvió a la mesa en donde se encontraba Sergio en apenas unos segundos.

—Aquí tiene. Échele un ojo y vuelvo a tomarle nota de lo que quiera en unos minutos.

—Gracias.

Leyó despacio la carta que el camarero le había traído mientras contemplaba los individuos que entraban y salían del local. En su mayoría se trataban de personas que habían venido a pagar la multa de tráfico que les habían puesto o a recoger el vehículo que la grúa se había llevado. También de vez en cuando entraban parejas de policía a tomar café.

Al cabo de unos minutos llamó la atención del camarero que le había traído la carta y este se acercó rápidamente.

—¿Sí? ¿Ha pensado ya lo que desea? —preguntó solícito.

—Prefiero algo de carne. ¿Qué me recomienda usted?

—De primer plato le recomendaría una ensalada y de segundo plato un gran filete con patatas fritas. En general como consumimos mucho género nuestro carnicero nos sirve una carne muy buena, pero la de hoy en particular, está espectacular. Ya hay varios clientes que nos lo han comentado.

Sergio pensó que a lo mejor iba a tener suerte. No conocía al camarero de

nada y ya le estaba hablando de su carnicero. Por lo visto le había tocado un camarero parlanchín al que le gustaba hablar. O eso o era un buen comercial y le gustaba ganarse a los clientes.

—Hecho. Me parece una buena idea. Además hoy tengo bastante hambre. Dependiendo de lo grande que sea el filete a lo mejor me como dos.

—Servimos buenas raciones. No creo que pueda comerse un segundo filete. Si lo hace le invito al café.

—No me anime, no me anime... —dijo Sergio con una amplia sonrisa en la boca.

—Ya veremos —dijo el camarero devolviéndole la sonrisa mientras se iba con el pedido a la cocina.

No había pasado mucho tiempo, cuando volvió con un gran plato de ensalada. Para lo que quería hacer, le interesaba pasar el máximo tiempo posible en aquella mesa contemplando el movimiento que se producía en la comisaria.

Empezó a comer sin ninguna prisa la ensalada que le había servido aquel muchacho. Además de lechuga y tomate, tenía queso y varios componentes más. Estaba fresca, sabrosa y bien compuesta por lo que disfrutó comiéndola. Viendo que el camarero estaba atendiendo a una mesa cercana le preguntó.

—Perdona. He estado escalando unos días en las montañas apartado de la televisión y la prensa y no me he enterado de lo que está pasando en el mundo. ¿Me podías dejar un periódico? —le preguntó.

La caracterización de turista que había adquirido desde que había abandonado el hotel, casaba perfectamente con la excusa que acababa de dar de que había estado en las montañas durante días y desconocías las últimas noticias.

—Por supuesto señor, ahora se lo traigo —respondió solícito el camarero yendo a la barra a por el periódico local y llevandoselo a Sergio de inmediato.

—Aquí tiene. No piense encontrar ninguna noticia interesante. Esta ciudad afortunadamente para los que habitamos en ella es bastante tranquila y el índice de criminalidad muy bajo. Nuestra policía está tan orgullosa que no para de publicitarlo.

—Eso está muy bien para ustedes —dijo apoyando lo que acababa de

decir el camarero—. Ya lo quisiera para ellas algunas de las ciudades que he visitado en mis viajes.

—Me imagino que sí. Que somos afortunados —y como reflexionando sobre lo que el mismo había leído en la prensa esa mañana añadió—. Imagínese si hay pocas noticias interesantes que lo más relevante de los últimos días ha sido un accidente de un vehículo que se precipitó montaña abajo, allá en las montañas del Parque Nacional *Jasper*.

—¿Ha sido grave? ¿Iban muchas personas dentro? —preguntó poniendo cara de inocente interés.

—Afortunadamente solo una. Pero el accidente ha sido mortal. En el coche iba un joven directivo que trabajaba en una multinacional farmacéutica de Calgary.

—¿Qué le pasó al pobre hombre? ¿Se descuidó? ¿Se le cruzó algún animal? ¿Le falló el coche? —le preguntó Sergio siguiéndole la corriente y continuando con la conversación.

—No, eso es lo raro. Ahí enfrente está la unidad de la policía que se encarga de estos accidentes y por aquí suelen entrar muchos de ellos a tomar algo —y con un gesto muy disimulado le indicó algunas de las diferentes parejas de agentes que estaban tanto sentados como en la barra del local.

—Si claro. Ya me había fijado en la cantidad de policías que entraban y salían del local. Lo que no conocía era el motivo —repuso Sergio haciéndose el despistado—. Por cierto de lo que ha mencionado. ¿Qué es lo raro del accidente?

—Pues, según me han dicho, han investigado a conciencia la vida del joven y no han encontrado nada extraño. Todo lo contrario. A pesar de que no lleva mucho tiempo trabajando, en su empresa solo han hablado bien de él y tienen al pobre hombre en muy alta estima. Dijeron que era probablemente su directivo más joven y prometedor y que no acababan de creerse lo que le había pasado —añadió el joven camarero muy comunicativo—. Han asegurado a la policía que llevaba una vida ordenada y sana en todos los aspectos. Ni fumaba, ni bebía salvo algo de vino en alguna fiesta y por supuesto nada de drogas.

—Pues sí que estaban seguros de él —repuso Sergio empujando verbalmente a que el joven siguiese hablando—. Hay muchas empresas que en

estos casos se desentienden rápidamente diciendo que no saben nada de la vida personal de sus empleados.

—Me imagino que sí. Que hay empresas de todo tipo. En este caso se han volcado en apoyarlo y de que no hubiese falsos rumores que manchasen la memoria del nombre.

—Me alegro mucho por su familia. Está bien que la empresa no se desentienda y que no les den la espalda. Bastante desgracia han tenido con la pérdida de su hijo.

—Cuando la policía les ha preguntado a los responsables de la empresa si el joven estaba pasando por una mala racha, mucho estrés o cualquier otro tipo de presiones en el trabajo que le llevasen a suicidarse, los policías me han contado que les han amenazado con poner una denuncia a su unidad como se les ocurra verter ese tipo de rumores y difamaciones sobre el difunto.

—¡Sí que se ha tomado en serio esa gente lo de mantener limpio su nombre! —exclamó Sergio.

—Tanto que para que no quedase ningún tipo de duda, sin que fuese necesario hacerlo ya que es información confidencial médica y solo se puede conseguir mediante una orden judicial, les han entregado las revisiones médicas y análisis psicológicos que hacen a todos sus altos directivos periódicamente.

—Entonces ¿cuál ha sido la causa? ¿Quizás manejaba algún automóvil viejo que tuvo algún tipo de problema técnico en el peor de los momentos? —preguntó Sergio mostrando la típica curiosidad de la persona que se ha visto atraída por la noticia y desea conocer más sobre el asunto.

—No. Y eso es otro de los aspectos que más intriga a los especialistas de la policía. El coche es un deportivo nuevo, en perfecto estado y muy bien cuidado —añadió el camarero sin sospechar nada raro sobre la curiosidad de aquel extraño ya que pensaba que era el mismo el que la había promovido—. A pesar de que el coche se precipitó por la ladera de la montaña, los policías que me contaron esto, me aseguraron que el coche salvo varios golpes de chapa, no ha quedado tan deteriorado como cabía esperar después de semejante caída.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Qué accidente más extraño!

—¡Pues sí! Los especialistas de la policía han analizado en detalle el

deportivo y no han encontrado nada que les indique que tuvo algún tipo de fallo. Ni del motor, ni de los frenos, ni de la dirección, ni de ningún otro componente vital del automóvil. Están absolutamente intrigados con el accidente.

—¡Qué cosas más raras ocurren! —repuso Sergio levantando las manos y poniendo cara de extrañeza.

—¡Pues sí! —repuso el camarero totalmente de acuerdo.

—¿Y por dónde van a seguir investigando?

—Me han dicho que analizarán el coche durante un par de días más y si no encuentran nada, cerraran el caso. Es triste como acaban las personas y las cosas. Al joven prometedor lo han enterrado ayer y el flamante deportivo lo estudiarán durante un par de días y después lo trasladarán del garaje de ahí enfrente a una chatarrería.

—¡Pues sí! No somos nada y no duramos mucho —añadió Sergio en plan fatalista.

En su interior estaba contento. Había acertado con su presentimiento y había sido una buena idea el entrar en aquella cafetería. Gracias a aquel camarero había averiguado que todavía había llegado a tiempo al lugar en donde se encontraba el coche. Tenía que encontrar la forma de entrar en aquella comisaría y echarle un vistazo al coche. Era especialista en ver cosas que los demás no advertían y esperaba que esta vez no fuese diferente.

Seguro que la policía lo había analizado a conciencia, pero Sergio era especialista en encontrar cosas en lugares, donde otros las habían pasado por alto. No podía abandonar Canadá sin echarle un ojo a aquel deportivo. No tenía otra pista mejor en esos momentos, debía encontrar algo en ese vehículo.

—Bueno me imagino que los investigadores trabajando a tres turnos en ese depósito le estarán dando un buen repaso al coche. Seguro que al final encuentran algo —dijo Sergio moviendo la cabeza en plan afirmativo.

—No —le dijo el camarero—. En esta oficina, los investigadores de la policía no trabajan las veinticuatro horas del día. El personal de las oficinas y el laboratorio de análisis de accidentes solo trabaja el turno de mañana. De siete de la mañana a tres de la tarde.

—Ahora me cuadra más. Por eso van a tardar todavía un par de días en finalizar la investigación.

—Perdone —añadió el camarero como esa persona que se ha dejado algo importante—. Pero sí que hay una parte del edificio de enfrente que trabaja las veinticuatro horas del día. Es donde está el personal que gestiona el depósito. Aquí traen los coches que se ha llevado la grúa y el pago de multas y la retirada del vehículo puede hacerse en cualquier hora del día.

—Claro es lógico —dijo Sergio corroborando lo que el camarero acababa de decir.

—Disculpe señor —repuso el camarero amablemente echando un vistazo al resto de mesas— es un placer hablar con usted, pero se me está empezando a llenar el local.

—No se preocupe por mi estoy bien atendido. Cuando pueda tráigame un trozo de pastel de la casa y un café.

—Al final no ha podido con un segundo plato de carne —comentó el camarero mientras se encaminaba hacia el resto de las mesas a atender a los clientes en plan “Ya se lo dije”.

—No, no he podido —le dijo Sergio dándole la razón.

Sabiendo que el coche estaba en el edificio de enfrente y que no lo iban a mover, se dedicó a hacer tiempo mientras pensaba la forma de entrar en su interior.

Eran las dos del mediodía, por lo que todavía faltaba una hora para que el local se desalojase. Lo habitual en estos casos era que después de que el personal de oficinas se fuese, el personal de limpieza entrase en el local y durante una hora o dos se dedicase a vaciar las papeleras y barrer o fregar lo que hiciese falta.

Si sus estimaciones no le fallaban el edificio no se quedaría vacío antes de las seis de la tarde. Siendo una ciudad tan tranquila y estando en aquella zona tan despejada, decidió que no era necesario el entrar en el local a altas horas de la noche cuando toda la zona estuviese a oscuras. Se arriesgaría a entrar por la noche.

Pensando en que necesitaba distraerse para que no acudiesen a su cabeza imágenes de Yoko, miró el periódico buscando que películas echaban en el cine y comprobando en su *Smartphone* cuál era el que se encontraba más cerca. Al final decidió ir a ver una comedia e intentar reírse un rato.



Saliendo del cine y encaminándose hacia el coche de alquiler iba recriminándose y diciéndose a sí mismo lo estúpido que había sido al elegir aquella película. En vez de una comedia de risa, el film trataba de una película de amor en donde la protagonista femenina moría en un accidente al final de la misma.

—¡Idiota! ¡Más que idiota! ¡Menuda idea se te ha ocurrido!

Se montó en el coche y a punto estuvo de salir a toda velocidad debido al enfado que tenía consigo mismo. La prudencia y la necesidad de no llamar la atención se antepuso a la furia y decidió que no era el momento más oportuno para hacer estupideces y menos cerca de una comisaría aunque estuviese casi vacía.

Llegó en unos minutos al lugar y aparcó el coche a tres manzanas de su destino. Se puso unas gafas oscuras a pesar de que iba cayendo la tarde y se colocó en la cabeza una gorra con la visera muy calada, tapándole la frente y parte de la cara. Agachó la cabeza para que fuese más difícil verle el rostro y se fue andando hacia la comisaria.

Llevaba puestos unos finos guantes de material sintético que le permitían tener precisión en los movimientos y en los agarres, pero le protegían de no dejar sus huellas digitales.

Cuando llegó caminando por la acera de la calle de enfrente al edificio dio la vuelta a todo el recinto. El local de la comisaria era un bloque acristalado de oficinas de aproximadamente ochocientos metros cuadrados de planta. Pegado a él había una campa a la intemperie que hacía las veces de *parking* en donde se encontraban los coches retirados por la grúa.

Iba fijándose en la disposición de las cámaras de videovigilancia y a qué zona del local apuntaban. Vio que había solo una de ellas apuntando a la puerta principal y varias más apuntando hacia el interior de la campa en donde se encontraban aparcados los coches. Al responsable del diseño de la seguridad, no le había preocupado mucho las oficinas y se había centrado más en los coches.

A Sergio aquella situación le convenía. Como el camarero le había comentado que el coche estaba siendo analizado, desechó el *parking* y se centró en el edificio de oficinas. Evitando la cámara que enfocaba la puerta dio otra vuelta analizando detalladamente el edificio.

Vio cómo una ventana situada en una de las esquinas del primer piso estaba parcialmente abierta, por lo que dedujo que no había ningún tipo de alarma ni sensores conectados a las ventanas para detectar intrusiones. Estaba claro que a la policía de aquella ciudad no consideraba aquel edificio crítico y que no le preocupaba excesivamente el asegurarlo.

Se fijó de manera más detenida en aquella ventana abierta. Debía ser su tarde de suerte. Una cañería que bajaba del tejado y que debía servir para desaguarlo pasaba a escasos centímetros de aquella ventana. Se acercó hacia aquella pared aparentando despreocupación y sin fijarse en la esquina, fijándose en si algún peatón pasaba en esos momentos por los alrededores.

Eran cerca de las seis y media de la tarde y había comenzado a oscurecer. En aquellas latitudes no era la hora en que la gente anduviese todavía por las calles y menos en los barrios periféricos. Cuando estaba en la esquina, pegó un ágil salto, se agarró a la cañería y como si esta se tratase de una cuerda la usó apoyando los pies en la pared para subir ágilmente por la misma. En tres segundos estuvo en la ventana, la abrió lo suficiente hasta que cupo su cuerpo y se coló en el interior.

Abrió su mochila y cogió de la misma una pequeña linterna frontal de las que se ponen en la frente los espeleólogos y que se había acostumbrado a llevar siempre en sus viajes.

Era poco más grande que un mechero y le venía muy bien habitualmente para ver en detalle aquellos objetos que estaban situados en rincones en donde la luz no llegaba bien. Era raro que no la utilizase un par de veces por semana para pequeñas chapuzas u otras necesidades.

Esta vez no se la puso en la cabeza. A semejante altura sería como un faro y se podría ver desde la calle. Aunque los cristales del edificio eran traslucidos, a cualquier caminante curioso, le parecería raro el vislumbrar sombras de diferentes tonalidades que se moviesen por las oficinas de aquella planta.

La pequeña linterna estaba dotada de un pulsador que servía para dar varias posibilidades de emisión de luz. La puso en la intensidad más baja y situando su brazo a lo largo del cuerpo se la colocó entre los dedos de la mano de tal forma que emitía la mínima luz posible, pero suficiente para que él se pudiese mover sin tropezarse con los muebles u otros obstáculos.

Las salas de esa zona del edificio eran simples oficinas y no se encontró con ninguna puerta cerrada, ni ninguna otra cortapisa lo que le permitió moverse sin problemas a lo largo de la planta. Decidió que si estaban analizando un coche accidentado, no lo iban a tener en ninguna de las plantas por encima del nivel de la calle. O bien estaba en la planta baja o bien en algún sótano.

Prefirió para no meter ningún tipo de ruido por lo que en vez de utilizar el ascensor prefirió bajar andando por las escaleras. Llegó a la planta baja y la recorrió entera con mucha precaución. No encontró de nuevo más que oficinas. Volvió a las escaleras y descendió un nivel más hasta el sótano.

En él se encontró con un pasillo central que dividía la planta en dos mitades. A lo largo del mismo a izquierda y derecha se podían ver diferentes salas. Cada una de ellas estaba dotada de una puerta de metal de color verde con un estrecho cristal transparente de unos veinte centímetros de ancho por cuarenta de alto situado en la zona superior media de la misma. Conforme fue avanzando y echando un ojo a través de los cristales de las puertas, pudo contemplar que eran pequeños talleres y laboratorios.

Supuso que en esas salas se realizaban análisis y pruebas. Algunos de los laboratorios tenían microscopios y analizadores de sangre y ADN. Estaba claro que era donde realizaban las pruebas de análisis realizados en los controles de carretera para determinar si los conductores iban bebidos o drogados.

Fue recorriendo aquel pasillo de paredes blancas y puertas verdes, sin encontrar lo que andaba buscando. Al final del pasillo se encontró con la única puerta frontal del pasillo, la última. Miró por el cristal y pudo contemplar que esa sala era bastante más grande que el resto.

Había tenido suerte. Dentro de la sala y al fondo a la derecha pudo ver un caro deportivo que claramente había sufrido un accidente. No era probable que hubiese dos coches en la misma situación por lo que a la fuerza tenía que ser el que estaba buscando.

Intentó abrir la puerta girando la manilla pero estaba cerrada. Se agachó y repasó visualmente el pasillo. No creyó que allí en aquel sótano corriese ningún riesgo por lo que se puso la linterna en la cabeza, con la cinta que la linterna llevaba para tal efecto.

Abrió su mochila y extrajo de ella un juego de ganzúas con las que abrió la puerta. En pocos segundos manipuló la cerradura y sin muchos problemas se introdujo en aquella sala.

Se fue directo hacia el coche sin encender las luces de la sala. En una mesa cercana al deportivo había un conjunto de documentos que se acercó a leer. Eran informes sobre la información que los especialistas habían recopilado sobre el accidente.

No era mucho. Algunos de aquellos informes eran descripciones del lugar donde se había producido. Estado en que se encontraba la carretera en esos momentos, el recorrido que había seguido el coche hasta estrellarse y el detalle de los desperfectos del coche.

Por otro lado un informe sobre los impactos que había sufrido Rick y los golpes que le habían producido la muerte. A pesar de que increíblemente el coche no se había incendiado y no se había destrozado tras chocar contra ninguna gran roca de las que abundaban por aquella montaña, Rick no había tenido la suerte misma que su vehículo. En una de las volteretas que había dado el vehículo el pobre joven se había quebrado el cuello contra el volante.

Sergio estuvo mirando con detenimiento si había algún informe adicional relacionado con aquel accidente en alguna de las mesas o estanterías cercanas.

Tras unos minutos revisando la zona y viendo que no había ningún papel más, decidió dedicarse a revisar el interior del coche. No creía que iba a extraer más información de aquellos documentos.

Vio en unas perchas colgadas en la pared que había varios monos de trabajo de los que usan los mecánicos. Se acercó y eligió uno de su talla. Se lo puso encima de su ropa y se acercó al coche.

El vehículo estaba encima de un elevador metálico a una altura de metro y medio del suelo. Se puso a revisar en detalle cada uno de los componentes.

Primero se centró en las ruedas, los frenos y la suspensión y los vio todos correctos, prácticamente nuevos y sin ningún tipo de desgaste anormal. Después revisó los bajos y solo vio los golpes producidos por la caída. Tampoco encontró nada extraño en la parte inferior del vehículo, salvo de nuevo algunos golpes.

Se acercó a la mesa de control del elevador y echó un vistazo a los botones que lo manejaban. Vio uno con flecha arriba y otro con flecha abajo.

Pulsó el de flecha abajo y el elevador se puso en marcha. Estaba muy atento para apagarlo inmediatamente si el dispositivo metía excesivo ruido.

Afortunadamente estaba perfectamente engrasado y solo produjo un suave zumbido mientras se desplazaba. En la zona donde tocaba suelo el elevador los técnicos del laboratorio habían colocado unas gruesas gomas de tal forma que al posarse el suelo tampoco generó ningún tipo de ruido.

Sergio abrió la puerta y estudió el salpicadero del lado del conductor. En unos instantes pudo ver la típica palanca pequeña que suele abrir el capó. Tiró de ella y efectivamente, sonó un ruido seco cuando el muelle que lo sujetaba se desplazó y liberó el capó.

Salió del automóvil y levantó el capó. Mientras lo sujetaba desplazó una pequeña barra replegada y que al subirla servía para apoyarlo y dejarlo fijo. Estuvo iluminando las diferentes zonas del motor revisando los depósitos hidráulicos, los tubos por los que circulaban los líquidos, los filtros y el resto de componentes. Seguía sin encontrar nada con síntomas de haber sido manipulado. Ningún manguito cortado, ningún tornillo flojo, nada que le llamase la atención. Terminó su análisis y cerró el motor silenciosamente.

Se introdujo en el interior del coche y se imaginó conduciéndolo por aquella curva de la carretera de las montañas del Parque Nacional *Jasper*, intentando frenar el avance del coche, no pudiendo girar el volante en la curva y precipitándose por la ladera abajo.

Se introdujo de nuevo en el coche, situándose en el asiento del conductor y revisó el volante, la palanca del cambio automático, los pedales del freno y del acelerador, el salpicadero y los diferentes mandos de la zona del puesto de conducción. Tampoco detectó nada.

Todo en el vehículo daba la sensación de haber estado en perfecto estado durante el accidente. No tenía sentido. Solo había una respuesta ante la pregunta de que había matado a Rick. Pero ¿por qué un joven con un futuro prometedor que parecía caer bien a todo el mundo toma la decisión de tirarse por la ladera de una montaña?

Allí, sentado al volante de aquel deportivo, estuvo dándole vueltas a esa pregunta en la cabeza durante un buen rato. Mientras pensaba se había quedado mirando fijamente pero sin verlo el salpicadero del coche.

Mientras lo hacía y contemplaba fijamente la pequeña pantalla del

ordenador de abordo una nueva idea se abrió despacio paso en su cerebro. ¿Si el problema no había sido mecánico, ni eléctrico? ¿Si había sido de *software*?

Abrió el cajón del salpicadero situado en el lado del copiloto y cogió el manual de instrucciones del automóvil. Buscó la información disponible sobre el computador de abordo. No era mucha. Solo venía escrito en su interior que a través de él se podían regular con mayor precisión la intensidad de la frenada, la dirección asistida y otro tipo de funcionalidades.

Era uno de los componentes a comprobar en las revisiones anuales del coche y mencionaba que en esas revisiones el dueño del vehículo debía preguntar en el taller si había una nueva versión del *software* para actualizar la que llevaba el coche.

El fabricante del coche debía considerar el *software* del ordenador de abordo un componente crítico, vital o delicado, dado que no mencionaba cuál era la forma de configurarlo o actualizarlo. Si mencionaba claramente que el dueño del coche se tenía que abstener de intentar manipularlo. Que era peligroso. Cualquier operación relacionada con el *software* del ordenador de abordo debía realizarse por personal cualificado, certificado por el fabricante en talleres homologados.

Como estaba claro que en el manual no iba a encontrar más información relacionada con el *software*, extrajo su portátil se conectó a Internet y se puso a buscar más datos. Al cabo de unos minutos encontró un par de sitios donde se hablaba en mayor detalle de las posibilidades de aquel *software*. Desde cómo hacer que el motor rindiese unos caballos de más a través de variar el flujo de los inyectores del automóvil, hasta endurecer el giro del volante para que fuese más rígido o suave su manejo.

En otro de los foros venía como modificar el *software* para cambiar los parámetros anteriores o incluso la posibilidad de descargarse de aquella página web varias versiones de *software* con diferentes configuraciones ya realizadas.

Sergio siguió leyendo y encontró como sustituir el *software* del vehículo por uno de los existentes en aquella página web. Ya que no veía otro camino que andar, no tenía otra pista y disponía de tiempo, decidió utilizar las instrucciones que aparecían allí para conectarse al ordenador de abordo y echarle un ojo al *software* instalado.

Quizás en la memoria del interior del mismo había quedado grabada algún tipo de información útil sobre las últimas horas de aquel coche sobre la carretera.

Según las instrucciones de aquella página web, debía quitar una pequeña tapa lateral del interior del cajón del salpicadero del copiloto que ocultaba un conector USB estándar. A través de ese conector se podía conectar el ordenador del coche con un ordenador de sobremesa o un portátil. Extrajo un cable USB del interior de su mochila y conectó su portátil al conector.

Aunque no sabía que buscar exactamente, Sergio empezó a analizar su contenido. Aunque no era tan bueno como *Opengate*, si tenía profundos conocimientos de *hardware* y *software*.

El ordenador tenía un pequeño sistema operativo propio con varias carpetas en las cuales había alojados diferentes archivos. Después de estudiarlo durante unos minutos creyó entender el sistema de funcionamiento.

Un programa central era el responsable de llamar al resto para que ejecutasen sus funciones. Pero a través de aquello tampoco era capaz de analizar si había habido algún error o si todo estaba correcto. Para ello debía poner el coche en marcha y conducirlo.

Estaba pensando en ello, cuando mirando la pantalla de su portátil una alarma le saltó en su cerebro. Algo había que no cuadraba en aquellos ficheros.

De repente lo vio. Aquello que estaba contemplando no tenía sentido, es más era totalmente imposible. La fecha de creación de la aplicación central que gestionaba el resto era de un día anterior a la fecha del accidente.

Si el coche llevaba instalado el *software* original del automóvil la fecha de aquel programa debía de ser de hacía varios meses. No era creíble el sistema que justo tuviese un programa del día anterior al accidente. Aquello había sido manipulado.

Para verificarlo abrió una ventana adicional en el portátil y se conectó de nuevo a Internet. Buscó la última versión de *software* disponible según el fabricante para aquel coche y modelo. Era de hacía ocho meses. El *software* de aquel coche no era el que debía ser.

Hizo una copia de todo el *software* que contenía aquel ordenador al disco duro de su portátil. Una vez realizado puso la tapa en su sitio y se bajó del

coche. Durante unos instantes pensó en soltar el ordenador del coche y llevárselo, pero decidió que además de levantar sospechas, no le iba a aportar información adicional.

Dedicó unos diez minutos a volver a dejar el coche a la altura apropiada del elevador. Revisó que todo estaba en el mismo lugar en que lo había encontrado, dejó el mono de trabajo en la percha y abandonó el edificio de la misma forma en que había entrado.

Se alejó caminando tranquilamente hacia su coche sin llamar la atención y cuando llegó al mismo se introdujo en su interior y abandonó aquel lugar. Cuando se alejó un par de kilómetros en dirección al centro de la ciudad, aparcó el coche. De nuevo extrajo el portátil de su mochila y encendió el sistema de mensajería que le ponía en contacto con *Opengate*. Tuvo suerte, el *hacker* estaba en línea. Se comunicó de inmediato con él a través del teclado.

—Te necesito con urgencia.

—¿Que deseas? —le preguntó él.

—He encontrado algo que no me cuadra en absoluto.

—Dime.

—Creo que el *software* del coche de Rick, ha sido manipulado.

—¿Por qué crees eso?

—La fecha del *software* que tenía instalado el ordenador de a bordo es de un día anterior al del accidente. Es materialmente imposible.

—Sí. Suena muy raro.

—Te envío el *software* y quiero que por favor lo analices de inmediato. Te agradeceré que me comuniques inmediatamente de cualquier cosa extraña que encuentres.

—Hecho. No te preocupes. Me pondré de inmediato con ello.

Mientras Sergio le enviaba los programas que había copiado a su portátil, se preguntaba cuántas horas dormía la persona al otro lado de la línea. A veces tenía la sensación de que ninguna.

—Estoy dentro de un coche y voy a ver si averiguo algo más por la zona. Tendré el ordenador permanentemente conectado esperando lo que tengas que decirme.

—A lo mejor no es tan fácil y necesito más tiempo que unas horas.

—Seguro que no. Confío en ti.



Llevaba un par de horas conduciendo camino a Calgary y dándole vueltas a la cabeza, de cual habría sido el motivo para que alguien asesinase a Rick. A cada minuto que pasaba se convencía más de que lo habían matado. Ahora quedaba por determinar si había sido por su trabajo o por su vida personal.

Necesitaba encontrar alguna documentación que se lo aclarase y conectase todo lo que estaba pasando con la muerte que había sufrido Yoko. Todavía no veía la relación pero su instinto le decía que ambas muertes estaba unidas.

Esa mañana había averiguado la dirección en donde vivía Rick. La había introducido en su GPS y allí estaba. Según el aparato a menos de un kilómetro de su destino.

En un par de minutos aparcó a dos manzanas de su casa, bajó del coche y se dirigió hacia el apartamento. Eran cerca de las doce de la mañana de una noche cerrada. Por aquella zona tranquila no se veía a nadie andando a esas horas.

Llegó al portal del moderno edificio en donde estaba el apartamento, simulando que andaba como si hubiese bebido y ocultando su rostro en todo momento por si hubiese grabando en las inmediaciones una cámara de videovigilancia. Echando una última ojeada a su alrededor comprobó que no había nadie mirándole y simulando torpeza debido a la bebida manipuló la cerradura con la ganzúa que llevaba. En unos segundos la puerta estaba abierta.

La luz del amplio portal se encendió automáticamente. Sergio mantuvo la cabeza agachada y la cara oculta por la gorra que llevaba profundamente calada sobre la frente. Siguió simulando que estaba bebido desplazándose torpemente hasta donde se encontraban los buzones del edificio.

Afortunadamente en aquella casa no tenían problemas de ocultar la identidad y el nombre de cada vecino venía serigrafiado en la puertecilla de cada buzón. Leyó el nombre de Rick Gálvez en el apartamento 9-D.

Se encaminó dando esos hasta los ascensores, en donde pulsó el botón de llamada. Como todo en aquel edificio eran de estilo moderno y parecían rápidos. En pocos segundos ascendió y se abrió la puerta dando paso a la novena planta.

No había visto en todo el edificio ningún signo de que estuviese

especialmente vigilado, ni había conseguido detectar ninguna cámara de videovigilancia, pero por si acaso siguió con su pantomima de seguir haciéndose el borracho.

Se acercó a la puerta D y volvió a manipular la cerradura. A pesar de que era de mejor construcción que la del portal, Sergio siempre utilizaba herramientas de primera, por lo que de nuevo en unos pocos segundos abrió la puerta.

Mirando si algún movimiento o ruido se producía a sus espaldas se introdujo en el apartamento de Rick. Lo primero que encontró fue un amplio salón unido a una cocina en una esquina. Sacó de su mochila la linterna y de nuevo la puso igual que había hecho en su incursión en el local de la policía entre los dedos de la mano para que emitiese una luz mínima. No era conveniente que algún vecino viese luces en el piso de un muerto.

El apartamento estaba decorado por muebles modernos y funcionales. Todas las cosas estaban perfectamente ordenadas y daba la sensación de que todos los objetos que allí se podían encontrar tenían un sitio elegido con mucho cuidado.

En las estanterías de un armario pegado a una pared vio varias fotos familiares en donde todo el mundo sonreía. Parecían corresponder con celebraciones en donde se habían reunido todos los componentes de la familia. Debían ser sus padres, tíos, primos y otros parientes cercanos por la forma de abrazarse y reírse. Por su tez morena se notaba su procedencia latina.

Atravesó el salón y cruzando una puerta de una de sus esquinas se encontró en un pequeño pasillo con tres puertas. Una de las puertas daba a un cuarto de baño completo, con bañera de cuerpo entero, un gran lavabo y un par de armarios.

Otro de los cuartos era un dormitorio con una gran cama de matrimonio, un par de mesillas, un equipo de música y un gran armario empotrado. Antes de dedicarse a revisarlo, prefirió ver que había en el otro cuarto.

Era su cuarto de trabajo. Había un escritorio con un ordenador de última generación, una gran biblioteca que cubría toda una pared repleta de libros y otro equipo de música. Debía de ser un gran aficionado a la música ya que una de las estanterías de la biblioteca estaba llena de CD's originales de música clásica.

De nuevo el orden y la limpieza se reflejaban en todas y cada una de las cosas que había en aquella habitación. Rick debía de haber sido una persona que le gustaba que cada cosa estuviese en su sitio.

Se acercó al moderno escritorio de metal y cristal y vio que solo había encima del mismo un conjunto de informes apilados y el ordenador. Se dedicó durante un rato a leer los documentos. Todos ellos contenían información sobre diferentes proyectos en los que Rick debía estar trabajando.

Entre los informes había una hoja que casi se salta por alto en donde había unas notas a mano sobre la viabilidad o no de cierta línea de negocio. Al ser unas escuetas notas personales y contener un exceso de vocabulario técnico, Sergio no supo interpretar su contenido. No supo el motivo pero decidió guardarse aquella nota. El hecho de que estuviese escrita a mano le confería más importancia que los fríos informes mecanografiados.

Se acercó a la única ventana del cuarto y bajó despacio la persiana con el fin de que al encender el ordenador, el resplandor de la pantalla no se viese desde el exterior.

Pulsó el botón de encendido del ordenador y esperó unos segundos a que apareciese el contenido del mismo en la pantalla. Afortunadamente para Sergio, Rick había sido una persona confiada y el ordenador personal de su casa no tenía clave de acceso.

Fue repasando detenidamente los ficheros de las diferentes carpetas del ordenador y de la misma manera que los documentos de encima de la mesa, solo había información relativa a los proyectos que dirigía en la empresa. Repaso dos veces todos los documentos para asegurarse y cuando terminó entró en el correo electrónico de Rick.

A pesar de que el correo era el de la empresa, tampoco necesitó introducir la contraseña. Rick debía tener configurado para que no se lo pidiese cada vez que entrase y no perder tiempo cada vez en volver a introducirlo.

A pesar de conocer que estaba muerto, en la empresa todavía no habían dado de baja su cuenta de correo, probablemente porque pensaban que por ese mismo motivo no era urgente. No se había ido de la empresa a ninguna empresa de la competencia, por lo que no era peligroso.

Recorrió los correos electrónicos almacenados en el ordenador, tanto enviados como recibidos. Salvo unos pocos correos de su familia el resto eran

una vez más correos de trabajo. Entre todos ellos encontró uno enviado por Yoko. Probablemente era una copia del que *Opengate* había encontrado para relacionarlos. Era increíble lo bueno que era *Opengate*. Que habilidad tenía.

Sergio había necesitado recorrer medio mundo para conseguir ver un correo electrónico que *Opengate* había detectado. Probablemente *Opengate* no había llegado a conseguir el contenido del *email*, pero detectar la transmisión había sido suficiente para poner a Sergio sobre una buena pista.

Aquellas frases contenían probablemente algunas de las últimas frases que Yoko había escrito en vida. De nuevo un dolor visceral se apropió de él recordándola. Comenzó a leer despacio aquel correo electrónico.

«Buenos días:

Mi nombre es Yoko Yoshida. Quisiera conocer si sus jefes le han pedido que analice desde el punto de vista técnico la posibilidad de establecer una nueva línea de investigación conjunta.

Quisiera que contrastemos nuestras opiniones por lo que me gustaría que tengamos una videoconferencia este lunes a las 10:00 de la mañana.

Reciba un cordial saludo.

Yoko Yoshida».

Leyó varias veces aquel correo electrónico. No contenía suficiente información para que Sergio supiese a que se refería Yoko y cuál era el camino a seguir en su investigación. Una palabra sí que había sido una triste premonición: “conjunta”. Las dos personas que habían intercambiado aquel mensaje estaban muertas.

Ambas eran jóvenes, estaban en plenas facultades y la vida les sonreía. A pesar de no conocer todos los detalles, Sergio cada vez tenía más claro que los habían asesinado. A Rick manipulando su coche y a Yoko inoculándole un virus mortal.

El hecho de haber averiguado que a Yoko la habían matado, solo hacía que una inmensa furia creciese en su interior. Mucho más cuando recordaba la forma en que lo habían hecho. Su joven cuerpo debilitado por aquella enfermedad que le había robado su fuerza y su juventud.

Le entraron ganas de romper la silla o la mesa de un golpe para desahogarse, pero no podía dejar rastro. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse, pero se juró a sí mismo que encontraría a su asesino. Recorrió varias veces todos los correos electrónicos y cuando se convenció de que no encontraría nada más que le fuese útil, apagó el ordenador.

Volvió al salón y se tumbó en el sofá. Los habían matado demasiado pronto. Ninguno de los dos había dejado una pista que él pudiese seguir, por lo menos hasta el momento. En el ordenador de Rick solo se hacía mención a que este debiera dar su opinión sobre una línea de negocio y que debían contactar para intercambiar sus opiniones.

Estaba cansado. Había hecho en las últimas horas miles de kilómetros tanto en avión como en coche. Descubrir que habían matado a Yoko de una forma tan miserable le había dejado hecho polvo. Ella no se merecía aquella muerte.

Era la mejor luchadora que había conocido en su vida y había muerto en una cama débil e indefensa, absolutamente incapaz de pelear con aquel enemigo que la estaba matando. Estuvo a punto de volver a llorar como allá arriba en el Parque Nacional *Jasper*, pero al final se contuvo.

Decidió descansar y fue al dormitorio donde se tumbó encima de la cama, sin desvestirse, ni introducirse dentro. No creía que nadie entrase en aquel apartamento aquella noche. Había colocado una copa de cristal en la manilla de la puerta de la entrada. Si alguien intentaba abrir la puerta tiraría la copa, la rompería en mil pedazos y lo despertaría, dándole tiempo suficiente para despertarse y abandonar la cama y esconderse.

Al día siguiente, se desplazaría en coche hasta la empresa de Rick para averiguar quién era la persona que había encargado el estudio. Le costó coger el sueño, cosa terriblemente extraña en él, pero al final el cansancio pudo con él y se quedó dormido.



Se despertó después de varias horas de sueño profundo. Miró su reloj de pulsera y se dijo para sí mismo “Sí que estaba verdaderamente cansado”.

Se levantó y se fue al cuarto de baño a refrescarse. La primera intención fue darse una ducha para despejarse, pero con el fin de evitar dejar huellas

innecesarias solo se refrescó la cara y se mojó el pelo con el agua del grifo del lavabo. Se secó con el papel de baño y lo arrojó por la taza del inodoro.

Se disponía a recoger su mochila y a marcharse cuando decidió echarle un ojo a su portátil por si acaso había novedades. Lo extrajo de la mochila, lo encendió y arrancó el programa que le comunicaba con *Opengate*.

—Buenos días. ¿Has averiguado algo nuevo?

—Sí. He descompilado y analizado el *software* que me enviaste. He descubierto que estaba manipulado.

—Eso me había parecido. ¿Cuáles eran las funcionalidades que habían retocado?

—Habían extraído el *software* original del deportivo. Después habían modificado las rutinas de *software* encargadas de la dirección y habían vuelto a cargar el *software* de nuevo. Cuando se diese la situación de que el coche girase en tres curvas pronunciadas seguidas, el programa bloquearía el volante para que el vehículo fuese totalmente recto durante unos minutos. Al conductor le sería imposible girarlo para la cuarta curva.

—Es decir, en una carretera de montaña como en la que estaba Rick en cuanto el coche detectase que entraba en una zona de curvas tomaría correctamente las tres primeras y a partir de ese momento seguiría recto por un barranco o un precipicio montaña abajo.

—Eso es.

—Y en una zona de curvas como el Parque Nacional *Jasper* el coche se despeñaría. Probablemente el asesino hizo el cambio de *software* allí mismo mientras Rick estaba escalando algún pico.

—Exacto.

—Si no hubiese sido porque el coche no se incendió y porque el ordenador de a bordo a pesar de los golpes no sufrió muchos daños, nadie lo habría descubierto nunca.

—Correcto. En ese aspecto las circunstancias no han estado a favor del asesino —y haciendo una pausa efectista, tecleó al cabo de unos segundos—. Tengo algo más para ti.

—Continúa por favor.

—El *hacker* que realizó la modificación del sistema de control de automóvil, tiene mucho ego. Las herramientas informáticas que él se ha

desarrollado para realizar este tipo de trabajos dejan una minúscula marca digital en el *software* modificado. Es como la firma de un cuadro para un artista. Nuestro asesino se piensa que es indetectable por varios motivos.

—¿Cuáles?

—Primero porque se considera lo suficientemente hábil para pensar que nadie va a detectar nada. Segundo porque piensa que nadie se va a poner a buscar en el ordenador de abordo. Y tercero porque pensaba que se iba a destrozar e incendiar durante el accidente.

—¿A través de esa marca puedes conseguir localizar al *hacker* y su ubicación?

—Sí. Me ha costado un buen rato ver lo que había manipulado del *software* original y otro buen rato encontrar su firma. A partir de ese momento me he puesto a buscar su rastro por internet.

—¿Has conseguido algo?

—Sí a partir de su firma he localizado en foros su perfil de *hacker* y las direcciones de red desde las que se ha conectado en los últimos tiempos. Se escondía detrás de un entramado de servidores y redes que ocultaban su verdadera dirección, pero es un sistema que ha copiado de otros *hackers* y que yo ya tenía identificado y descifrado.

—¿Sabes la verdadera situación de su ordenador personal en estos momentos? —preguntó Sergio excitado y a la vez esperanzado.

Una vez más *Opengate* había demostrado que no había sistemas complejos que se le resistiesen durante mucho tiempo.

—Sí. La última vez que se conectó con su portátil fue hace una hora y estaba en un hotel de Seúl.

—Gracias. Te debo otra.

—Ya hablaremos en otro momento de mi factura. Esta vez te va a rascar el bolsillo. No cuentes conmigo hasta mañana. Necesito dormir, llevo a los teclados de mis ordenadores dieciocho horas seguidas. Es mucho, incluso para mí.

—Gracias de nuevo.

13. De caza

Seúl. Miércoles 17, Junio 2015

Según las indicaciones que había recibido Sergio de *Opengate*, el asesino se encontraba en el hotel *Park Hyatt* en Seúl. Como no sabía cuánto tiempo iba a permanecer allí, ni cuál era su siguiente destino, se dispuso a tomar el próximo avión con destino Seúl.

Su mayor temor era que el asesino después de haber realizado sus últimos asesinatos, desapareciese. Los asesinos como él contaban siempre con un refugio al que volver después de haber cumplido con su siniestro cometido.

Extrajo su portátil de la mochila y consultó los diferentes vuelos disponibles. Lo que estaba viendo no le gustaba en absoluto. El tiempo medio de vuelo entre Calgary y Seúl estaba en las quince horas y el primer vuelo salía al día siguiente. Es decir iba a tardar más de treinta horas en llegar a su destino. No confiaba en que durante ese plazo de tiempo el asesino permaneciese en el mismo sitio.

Tenía que buscar otro método. Volvió a mirar en su portátil, buscando compañías privadas de alquiler de aviones. A pesar de que al principio no tuviese mucha confianza en que una ciudad como Calgary dispusiese de un servicio así, para su sorpresa consiguió encontrar una que se dedicaba a ello: *Private Jets Carter*.

Rápidamente se puso en contacto telefónico con ellos, solicitándoles el vuelo que necesitaba. Le dijeron que no había problema, que en esos momentos y debido a un congreso que se realizaba en la ciudad disponían de

al menos tres aviones capaces de realizar ese viaje, aunque debido a la distancia, la chica que le atendió al teléfono le dijo amablemente que le iba a costar bastante dinero. También le preguntó si quería el viaje de ida y vuelta.

Sergio le contestó que no se preocupase por el importe del alquiler, que lo que quería conocer era el tiempo que tardaban en tener el avión listo lo más rápido disponible y el número de horas que iba a durar el vuelo.

La chica lo mantuvo en espera mientras consultaba con su personal la información que Sergio le había pedido. Al cabo de unos minutos volvió a ponerse al aparato y le respondió, que el avión podía estar listo para salir en aproximadamente una hora y que el vuelo iba a durar aproximadamente diez horas.

Sabiendo que a excepción de disponer de un avión militar, opción que por lo complicada que era prefería no arriesgarse a explorar, el alquiler de aquel avión era la mejor opción que tenía a su alcance. Le dijo a la chica que en media hora estaría donde ella le pidiese y como quería que realizase el pago del vuelo.

Ella le indicó una opción mediante tarjeta de crédito, disponible en su página web y le dijo que daba la orden para que preparasen el avión de inmediato. Fue lo suficientemente discreta para no preguntar las prisas y la necesidad que le llevaba a pagar semejante dinero por aquel vuelo.

Sergio realizó el pago de inmediato, se subió al coche de alquiler y se dirigió al aeropuerto en donde rápidamente realizó todos los trámites de devolución del coche. Acto seguido y desplazándose deprisa se trasladó al lugar donde la chica que le había atendido telefónicamente, le había indicado que se encontraban las oficinas de la empresa de alquiler de aviones. Casualmente se encontraban cercanas a la de alquiler de coches. Debía ser la zona del aeropuerto dedicada a los alquileres, independientemente del tipo del medio de transporte.

Se presentó en el mostrador, donde se encontraba la misma chica que le había atendido al teléfono. Rellenó los papeles que le solicitó, enseñó su pasaporte y en un breve lapso de tiempo cerraron todo lo relativo a la documentación. Sergio confirmó con ella que el pago había sido correcto y se sentó en unas sillas dispuestas a tal efecto a esperar a que le llamasen para emprender el vuelo.



El piloto había resultado ser un exmilitar y consumado experto en diferentes tipos de aviones, habiendo conseguido limar algunos minutos a la hora prevista. Durante el vuelo Sergio había aprovechado para dormir y se había levantado totalmente descansado y dispuesto para pasar a la acción.

Una vez llegado al aeropuerto y pasado los diferentes controles de aduana se dirigió a coger un taxi. En esos momentos se encontraba en el interior del vehículo dirigiéndose al hotel en donde supuestamente se alojaba el asesino. Aunque la impaciencia le consumía por dentro intentaba pensar con lógica sus siguientes pasos.

Llegaron al hotel, pagó el taxi y uno de los conserjes de la entrada, se le acercó para acompañarle hasta el mostrador de recepción. Sergio amablemente le dijo que no era necesario, ya que su presencia se debía a que había quedado para charlar con un cliente. Le pidió que le indicase un bar discreto en donde pasar el rato. El conserje le acompañó hasta uno de los varios de los que disponía el hotel en donde había ubicadas pequeñas mesas, separadas unas de otras para que sus ocupantes tuviesen algo más de privacidad.

Se colocó en una de ellas situada en una esquina, se sentó con su espalda pegada a la pared y de cara a la entrada del local. Se le acercó un camarero y le preguntó que deseaba. Sergio le pidió una botella de agua con gas fría. Extrajo su portátil de la mochila lo encendió, arrancó el programa de mensajería con *Opengate* y tuvo la suerte de que este se encontraba en línea. Afortunadamente las once horas del vuelo también le habían servido para poder descansar. Mantuvieron la siguiente conversación electrónica.

—¿Sigue estando el huésped en el mismo hotel? —le preguntó Sergio ansioso esperando que así fuese.

—Sí, en principio la reserva del hotel sigue estando activa para esta noche —respondió *Opengate*—. Lo que no te puedo decir es si piensa o no volver a usarla. No sabemos cuáles son sus procedimientos de actuación, ni por qué motivos ha venido a Seúl. En principio la habitación está pagada, por lo que podría volver a usarla o podría largarse sin dar más explicaciones.

—Si pero de momento tampoco tenemos otra opción mejor que confiar en que vuelva. ¿Cuál es su habitación?

—La 1225, al final de pasillo de la planta doce, a la derecha de los ascensores. Por cierto te envié el pasaporte que ha dejado en la recepción del hotel. Tienen la costumbre de escanear la documentación del huésped y adjuntarla a su ficha. Memoriza su cara.

—Perfecto. ¿Hay alguna habitación disponible en esa zona?

—En esa zona de la derecha de los ascensores no, al otro lado, a la izquierda sí. ¿Quieres que te gestione una reserva? —preguntó solicitó el experto en informática.

—Si por favor, te lo agradecería.

—¿Nombre y número de noches?

—Joseph Stone y solo para esta noche. Espero que sea suficiente para lo que quiero hacer.

Nunca desde que lo conocía *Opengate* le había preguntado qué hacía o dejaba de hacer con la información que le suministraba, aunque con sus habilidades informáticas Sergio tenía clarísimo que era capaz de averiguar el desenlace a que habían llevado en el pasado alguna de sus acciones.

Nunca tampoco le había preguntado por los motivos que le llevaban a hacer lo que hacía. Tampoco nunca le había hecho ningún tipo de pregunta personal, por lo que a Sergio le sorprendió ver impresa en la pantalla de su portátil la siguiente frase.

—La querías mucho ¿no?

—Muchísimo.

—Pues procura que ese malnacido no se te escape.

Y dicho esto y viendo que no había mucho más que añadir *Opengate* cerró la transmisión. Sergio hizo lo mismo y apagando su portátil, lo volvió a introducir en la mochila. Para hacer algo de tiempo y que *Opengate* tuviese tiempo de hacer la reserva, se terminó despacio la botella de agua que estaba bebiendo.

Al cabo de unos minutos, se levantó de su silla y se dirigió a recepción en donde varias personas atendían las reservas y peticiones de diversos clientes. Se puso a la cola y cuando le llegó el turno una chica amablemente le preguntó.

—¿Que desea?

—Busque por favor si tengo una reserva a nombre de Joseph Stone para

una noche.

—Ahora se lo miro —le dijo la chica mientras tecleaba en un moderno ordenador de diseño sus datos. En breves momentos localizó la reserva realizada por *Opengate*—. Aquí está.

Acto seguido le pidió su pasaporte y se dispuso a rellenar la documentación exigida por las autoridades en relación a los huéspedes del hotel.

—¿Me deja su pasaporte? —le pidió amablemente.

—Si por supuesto. Aquí tiene.

Cuando estaba terminando con el papeleo y se disponía a entregarle la tarjeta de su habitación, Sergio dada la importancia que tenía la ubicación de la misma con respecto a lo que pensaba hacer, prefirió asegurarse de cuál era.

—Perdone señorita. ¿Qué planta me ha asignado?

—La doce, que es la que venía como preferente en la reserva que usted tenía realizada. Dentro de esa planta le hemos asignado la habitación 1240 a la izquierda de los ascensores —después con un pequeño gesto de preocupación en la frente le pregunto—. ¿Hay algún problema? ¿Desea que se la cambie?

—No. Es perfecto. Muchas gracias —respondió con una sonrisa en su rostro, mientras se disipaban sus dudas.

—Si lo desea, un conserje le acompañará hasta la misma —añadió ella solícita.

—No, no se preocupe —y enseñando su mochila agregó— solo llevo este equipaje de mano. No es necesario.

—Como desee, señor. Le deseamos que tenga una estancia que sea de su agrado en nuestro hotel.

—Seguro que sí —dijo él alejándose hacia los ascensores.

En un par de minutos, llegó hasta la planta en donde afortunadamente y a pesar de haber subido al ascensor con varias personas se bajó él solo. Aprovechando esta situación se dirigió caminando hacia la habitación en que se hospedaba el asesino.

Hizo una breve parada y durante unos segundos le dio vueltas en la cabeza a la idea de entrar en ella. Como no quería cometer ningún fallo ni dejar ningún rastro de su presencia allí, desistió de la idea y se dirigió hacia la suya.

Entró dentro de la habitación, depositó su mochila en el suelo y echó una

ojeada a través de la mirilla con el fin de medir que ángulo de visión tenía desde la misma y si podía contemplar desde allí el pasillo y la puerta de la habitación del hombre que estaba buscando.

La mirilla de aquella habitación estaba diseñada para tener principalmente visión frontal y la visibilidad lateral era escasa, por lo que abrió de nuevo su mochila y extrajo de la misma un fino tubo de plástico flexible. A continuación puso en uno de los extremos una pequeña cámara y en el otro un visor.

Pasó la parte del tubo en donde estaba posicionada la cámara por debajo de la puerta sin sobresalir de la misma y girada en el sentido del pasillo que daba a la habitación del asesino. La cámara disponía de una visibilidad superior a ciento ochenta grados por lo que podía ver perfectamente a las personas que salían del ascensor.

Adicionalmente contenía un micrófono direccional que amplificaba los sonidos que se producían en línea recta con un alcance de varios metros. Suficiente para oír con claridad desde donde él se encontraba el ruido que producía las puertas del ascensor al abrirse.

Sergio se tumbó en el suelo adquiriendo la postura más cómoda a su alcance y con el extremo del tubo cerca de su cara y se dispuso a esperar el tiempo que fuese necesario.

En unos minutos, tuvo ocasión de probar el correcto funcionamiento del dispositivo, ya que estando esperando escuchó el sonido de las puertas del ascensor al abrirse. Rápidamente miró a través del tubo y vio que era una pareja de mediana edad que se dirigía por el pasillo de su lado hacia una habitación cercana.

Volvió a su posición de espera y se mantuvo atento a cualquier sonido que le transmitiese el aparato. En las siguientes dos horas varios huéspedes se bajaron en su misma planta, siendo todas ellas falsas alarmas. Cada vez que esto se producía la idea de que el asesino hubiese decidido no volver al hotel y que se hubiese largado, le atormentaba el cerebro.

Las imágenes de Yoko en el hospital se le presentaban en su cabeza atormentándole e intentaba tranquilizarse con que con un poco de suerte iba a tener entre sus manos a su asesino a lo largo de ese día.

Cada quince minutos se ponía de pie y realizaba varios ejercicios de estiramiento de brazos y piernas con el fin de evitar agarrotamientos y

mantener el cuerpo tonificado y listo.

Por fin la espera produjo sus frutos. Al oír una vez más el familiar sonido de las puertas del ascensor al abrirse y mirar por el tubo, pudo contemplar a un hombre atlético de unos treinta y cinco años salir del mismo.

Sergio tenía todos sus sentidos alerta y recordaba perfectamente la foto que *Opengate* le había enviado. No había duda, a pesar de que llevaba bigote y el pelo más largo, no había duda era él. Se puso de pie de un salto y abrió la puerta saliendo al pasillo. Se dirigió en línea recta hacia el ascensor sin mirar en la dirección del asesino.

Sin embargo, el instinto, su desconfianza habitual de persona en peligro, la ropa deportiva negra que no pegaba nada en un hotel de aquella categoría o la complexión de Sergio, dispararon sus alarmas internas y cuando Sergio estaba un par de metros por delante de él, le vino a la cabeza que conocía ese rostro.

No lograba situarlo en ese entorno y con las ropas que vestía, hasta que en un momento dado y debido a la tensión que en él se había producido, se hizo la luz en su cerebro. ¡Era el acompañante de aquella japonesa!

Por acto reflejo se lanzó al ataque. Probablemente contra otro contrincante, aunque fuese un experto luchador, su movimiento de kárate hubiese tenido éxito y lo hubiese alcanzado en el centro del plexo solar, pero contra un alumno del “*Dojo Negro*” que estaba con todos sus reflejos preparados no sirvió de mucho. Además el último gesto de sorpresa que había aparecido en su rostro al reconocer a la persona que se iba a cruzar con él en el pasillo, había alertado a su oponente del ataque.

Sergio giró levemente desde su posición vertical y poniéndose en paralelo y en el mismo sentido que su oponente dejó pasar rozando su cuerpo el *atemi* lanzado con la mano abierta de su contrincante. Pasó su codo por encima del brazo de su contrincante y le alcanzó con la punta del mismo la garganta.

Sergio había medido con precisión el golpe. Algo más de fuerza y lo hubiese matado. Con el impacto producido lo dejó sin respiración y boqueando intentando coger aire que llevarse a los pulmones y sin ninguna posibilidad de agresión.

En el mismo movimiento de ataque Sergio con su otra mano aprovechando el brazo recto del asesino, lo giró poniendo su codo mirando hacia el cielo. Retrayendo el codo hasta esa posición, lanzó todo su peso contra el codo.

El crujido del hueso al romperse y el grito del asesino, se tradujo en una cara de satisfacción en el rostro de Sergio. Sin dejar de moverse, extrajo del bolsillo de su pantalón unas abrazaderas de plástico que tenía preparadas. Con una de ellas inmovilizó a la espalda de su oponente sus muñecas y con la otra los pies por los tobillos. Sin ninguna compasión por su parte le puso otra a la altura de su boca y la tensó en su nuca impidiéndole que pronunciase ningún sonido.

Lo cogió del pelo y lo arrastró sin ningún tipo de contemplaciones a su habitación, repasando si durante la pelea se había caído algún objeto de cualquiera de los dos al suelo. Lo depositó dentro de su cuarto y volvió al pasillo, en donde enderezó la alfombra que había arrugado con sus movimientos. Satisfecho de que todo se encontrase dispuesto en el pasillo igual que antes de comenzar el ataque, volvió a su habitación rápidamente.

Entró y mientras cerraba la puerta vio que el asesino le miraba con los ojos muy abiertos. No se había movido de la posición en donde lo había dejado. El dolor que sentía en el brazo roto se reflejaba en su cara, pero la brida que le amordazaba sin contemplaciones impedía que pudiese hacer ningún tipo de sonido. Sus ojos eran los que hacían las preguntas.

Sergio se aproximó a las cortinas de las ventanas de la habitación y con la navaja que llevaba en la mochila cortó las cuerdas que servían para desplazar las mismas. Con uno de los extremos hizo un nudo corredizo y se lo pasó alrededor del cuello. El otro extremo lo pasó dando una vuelta alrededor de las muñecas y doblándole las piernas le ató los tobillos con la otra punta, lo que le impedía moverse. Con cualquier mínimo movimiento realizado por sus muñecas o por sus piernas automáticamente tensaba la soga alrededor del cuello ahorcándose.

—En la posición en la que estás no puedes relajarte o dormirte. En el momento en que te venza el sueño, sin querer estirarás las piernas y la cuerda te ahogará. Si te mantengo atado tal como estás y te abandono, solo es cuestión de horas el que tú mismo acabes con tu vida. La abrazadera que te impide hablar y respirar acelerará todo el proceso.

Sergio vio como el asesino, le miraba de una manera desesperada y que estaba esperando el que le hiciese alguna pregunta. Estuvo durante varios minutos debatiéndose entre llevar él solo a cabo su venganza o el compartirla

con Ryu Yoshida. Había tenido que hacer un inmenso esfuerzo en controlarse para no partirle el cuello a aquel individuo que se encontraba tirado e indefenso a sus pies y había asesinado a su querida Yoko.

Le reconcomía el alma que aquel miserable hubiese matado a Yoko de aquella forma tan mezquina. La mejor luchadora en todos los aspectos que Sergio había conocido en su vida, había terminado sus días en la cama indefensa y por un virus que le había transmitido ese sujeto de la manera más cobarde y sin ninguna oportunidad de defenderse.

Al final y con un inmenso esfuerzo de voluntad, se contuvo. Tenía que hacerle hablar y conocer quién estaba detrás y era el auténtico responsable de la muerte de Yoko. Debía averiguar quién era él o la miserable que había realizado el encargo.

Cogió su móvil y yéndose al cuarto de baño para que no le oyese la conversación, marcó el número de Ryu Yoshida. Casi instantáneamente se oyó una voz grave al otro lado de la línea.

—¿Sí? ¿Dígame? —preguntó Ryu.

—Señor Yoshida, soy Sergio —le respondió para confirmar que era él aunque tenía claro que el padre de Yoko había reconocido su nombre en la pantalla del móvil.

—¿Sí? ¿Tiene noticias para mí? —le preguntó sin ningún tipo de saludo preliminar y yendo al grano.

—Algo mejor. Estoy en la misma habitación que la persona que conoce las respuestas a las preguntas que usted tiene. Es más, estoy seguro de que estará encantado de responder a la mismas —el tono frío de la voz de Sergio, le indicaba claramente que no estaba bromeando y que reclamaba toda la atención del japonés.

—¿Que desea que haga? —le preguntó en un tono de voz en el que a duras penas podía contener la impaciencia y la furia que sentía.

—¿Su móvil es seguro?

—Considero que sí. El personal de seguridad de mi empresa, suele revisarlo, así como la confidencialidad de la línea.

—Perfecto. De todas formas, no tengo nada especial que añadir a lo que le dije ayer —añadió Sergio en un tono de voz que contradecía claramente lo que estaba diciendo.

Sabía que Ryu entendería que no se había puesto en contacto con él para hablar de trivialidades y menos teniendo en cuenta que lo que acababa de decir era mentira. El día anterior no le había llamado.

—No importa cuénteme lo que quiere de mí.

—Para poder hablar con el individuo que se encuentra conmigo, es necesario que vengan a buscarlo alguna de las personas que usted tiene a su servicio —y para que le quedase aún más claro añadió—. No se encuentra en disposición de desplazarse por sí mismo. Es necesario que le ayuden un par de personas bastante corpulentas.

—Eso no será ningún problema. Si me dice donde se encuentra, le enviaré mi avión privado con un par de personas de mi confianza que se pueden encargar de ayudarle —la voz del padre de Yoko demostraba satisfacción por lo que le estaba contando Sergio y ansiedad por saber dónde se encontraba y a dónde debía enviar a sus hombres.

A pesar de que no le gustase dar esa información por teléfono, decidió fiarse de que Ryu le dijese que su línea de móvil era segura.

—Estaremos esperándoles en el *Park Hyatt* en Seúl. Cuando se encuentren en recepción, que le llamen a usted y usted hágame una llamada perdida. Mediante un mensaje le diré en que habitación me encuentro.

—De acuerdo. Mi avión siempre está listo para volar. Calculo que mis hombres estarán a su lado en un par de horas.

—Perfecto. No nos moveremos.

Sergio colgó su móvil y se agachó al lado de su prisionero. Le registró y encontró la tarjeta de apertura de la cerradura de la puerta de su habitación en uno de los bolsillos de su pantalón. Acto seguido se dirigió a la habitación del asesino, abrió la puerta y echó un vistazo rápido a la misma. En una esquina encontró una maleta con la típica combinación de tres ruedas metálicas en donde se giran una a una hasta buscar el número adecuado que te permita abrirla y cerrarla.

No tenía ni humor, ni ganas, ni tiempo para abrirla. Como no era una maleta de alta seguridad, con la punta de su cuchillo forzó la cerradura en unos segundos. Dentro encontró ropa, documentación algo de dinero y el portátil del asesino. Cogió este último y volvió a su habitación.

El asesino continuaba inmovilizado y con problemas para respirar

cómodamente. En sus ojos se veía la incertidumbre ante su indefensión y los interrogantes de por qué se encontraba en esa situación. También se notaba la incredulidad de haber sido arrojado a esa situación y que no le hubiesen preguntado nada. Esa última parte iba a cambiar en breve.

—Hola. Como no sé tu nombre y me imagino que después de haber usado tantas personalidades diferentes hasta a ti te será difícil acordarte de tu nombre, simplemente te llamaré Joe. Además lo que menos me interesa de la conversación que vamos a tener es lo relativo a tu persona. De ti sé todo lo que necesito saber.

Y sacando el cuchillo que llevaba entre su ropa, cortó la brida que atenazaba la boca del asesino. Viéndose libre de aquello que le impedía respirar correctamente, lo primero que hizo fue coger varias grandes bocanadas de aire.

—Joe, veo que necesitabas abrir la boca —dijo con un tono de dura ironía Sergio—. Me alegro. Espero que sigas con esa actitud y me digas todo lo que quiero saber.

Agarró al asesino por la cuerda, lo que hizo que inmediatamente esta se tensase y lo ahogase. Lo desplazó hasta una mesa rectangular cercana en donde lo soltó al pie de una de las patas. Se acercó una silla, depositó el portátil encima de la mesa y lo abrió.

Se sentó enfrente de la mesa y encendió el portátil. A los pocos segundos apareció una pantalla en donde en se le pedía que introdujese una contraseña.

—Dime la contraseña —le pidió al asesino con una voz dura, fría y calmada.

El asesino permaneció callado, sin decir nada, intentando recuperar la respiración normal después de que Sergio soltase la cuerda que lo ahogaba.

—Dime la contraseña —le repitió Sergio, en el mismo tono frío y suave.

El asesino siguió permaneciendo callado, sin decir nada.

—Dime la contraseña —le repitió Sergio esta vez en varios idiomas, utilizando el francés, el español o el ruso.

El asesino continuó callado, respirando acompasadamente.

—Mira Joe —le dijo calmadamente— tengo todo el tiempo del mundo para dedicártelo a ti y te aseguro que me vas a dar la contraseña. Quizás te preguntes cómo te he encontrado y quién me ha enviado. No sé si dejarte la

duda en la cabeza o decírtelo si te portas bien.

Sergio se agachó y cogiendo la cuerda, la levantó hasta colgarla de la parte superior de la silla en donde él estaba sentado, arqueando la espalda del asesino y orientando el rostro del asesino hacia su propia cara hasta situarlo a unos escasos centímetros. El asesino boqueaba como un pez fuera del agua.

—Eres un asesino Joe —le dijo con voz fría como el acero—. ¿Has asesinado a alguien alguna vez estrangulándolo? Si es así, además de saber ahora que se siente, debes conocer perfectamente el tiempo que te queda. Si no es así, para que no mueras ignorante te diré que te quedan entre quince y veinte segundos.

El rostro del asesino se iba poniendo amoratado por momentos debido a la falta de oxígeno. Cuando estaba a punto perder el sentido Sergio cogió la cuerda de la parte superior de la silla y la depositó en el suelo. El asesino boqueaba intentando aspirar todo el aire que le fuera posible y recuperarse.

—Como te he dicho tengo todo el tiempo del mundo y nada mejor que hacer en este momento.

Y levantó de nuevo la cuerda hasta el respaldo de su silla, comenzando de nuevo la agonía del asesino.

—Tengo curiosidad de ver hasta cuando aguantas ahogándote a este ritmo. Se suelen dar dos casos, que tú te canses antes y hables y me cuentes lo que quiero saber. O que yo me canse antes y deje la cuerda como está en este momento —le dijo Sergio mirándole fijamente a la cara—. ¿Quién crees que se cansará antes?

De nuevo y calculando el momento adecuado con esmerada precisión, Sergio bajó la cuerda cuando el asesino estaba a punto de perder el sentido.

—Si quieres que te diga la verdad. Nunca he sido capaz de llegar a ocho veces. Siempre me he aburrido antes.

Y una vez más levantó de nuevo hasta el respaldo de su silla. En esta ocasión le había dado menos tiempo para recuperarse y el cuerpo del asesino notó la diferencia ahogándose esta vez con mayor rapidez que las anteriores.

—¿Llevamos cuatro o cinco veces? —le preguntó Sergio mirándole fijamente con dureza a los ojos agarrando la cuerda y volviéndola a depositar en el suelo.

Mientras se repetía el proceso de que el asesino intentase recuperar la

respiración, le volvió a preguntar:

—¿Llevamos cuatro o cinco veces?

—Cuatro, cuatro veces —le respondió en inglés esta vez el asesino entre bocanada y bocanada.

—Bueno, ya empezamos a enterarnos de algo —dijo Sergio mientras volvía a subir la cuerda—. Sabes contar y sabes inglés. Con un poco de suerte antes de ocho veces me contarás lo que quiero saber. Te prometo una cosa. Si me cuentas lo que quiero saber YO NO TE MATARÉ. Y quién sabe mientras hay vida..., hay esperanza.

Lo que acababa de decir era cierto. Había decidido no acabar él mismo con el asesino. Aunque cuando lo había visto en el ascensor era lo primero que se le había venido a la cabeza. Había tenido que hacer un enorme esfuerzo de voluntad, para poder contenerse.

Después había pensado en el señor Yoshida, y que aunque en su trato no entraba el entregarle al asesino, en memoria de Yoko pensaba que era lo que debía hacer. Ella amaba mucho a su padre y estaba claro que su padre también le amaba a ella más que a ninguna otro ser en el mundo.

Conociendo el código del *Bushido* por el cual se regía aquel hombre, cual samurái desplazado en el tiempo al siglo XXI, si no conseguía vengar la muerte de su hija, su corazón no iba a estar en reposo hasta el día de su propia muerte y ni aun así su alma nunca iba a descansar tranquila. Además lo que le esperaba al asesino cuando cayese en sus manos no iba a ser nada agradable.

Continuando con la secuencia de movimientos que había empezado, descolgó de nuevo la cuerda del respaldo de la silla y la dejó en el suelo.

—¿La contraseña?

—Es Xj347_8azkN —respondió esta vez el asesino, mientras intentaba recobrar la respiración deletreando despacio la clave para que Sergio la fuese escribiendo en un papel. Prefirió hacerlo así en vez de introducirla directamente en el portátil con el fin de poder usarla de nuevo en un futuro.

Acto seguido tecleó los diferentes dígitos y cuando escribió la última letra y pulsó la tecla “*enter*”, apareció diáfana la pantalla de trabajo del portátil, en donde se podían apreciar varias carpetas. A pesar de que el asesino era un experto *hacker*, la disposición de las mismas y sus nombres eran muy sencillas.

Una de ellas tenía un nombre tan claro y explícito como “último trabajo”. Sergio desplazó el ratón hasta ella y la abrió. Un conjunto de documentos aparecieron en la pantalla.

Sergio dejó de prestar atención a la persona a sus pies y empezó a leer aquella documentación. Conforme iba recorriendo los diferentes informes iba entendiendo la trama que se estaba desarrollando y como se había visto envuelta en ella Yoko.

Aquella compleja confabulación era un increíble compendio de tecnología farmacéutica diseñada para hacer el mal, gente sin escrúpulos dispuesta a venderla al mejor postor y asesinos como el que tenía a sus pies para ejecutar los planes.

Al cabo de una hora de moverse a través de los diferentes ficheros de aquella carpeta y de ávida de lectura, creyó que había asimilado la información suficiente para entender el increíble complot al que se estaba enfrentado.

—Bueno Joe, ahora que has recuperado el aliento y te encuentras mejor, vamos a mantener una fluida conversación. Realmente yo voy a hablar y de vez en cuando te haré alguna pregunta que espero que me contestes rápidamente.

El asesino contemplaba a Sergio fijamente desde su incómoda posición en el suelo. Había recuperado el aliento, pero tenía que permanecer en tensión en todo momento sin poder estirar las piernas para no ahogarse. Una persona normal sin la preparación física del asesino ya se habría agarrotado, tendría calambres por todo el cuerpo y estaría a punto de auto ahogarse.

—Te voy a ir contando lo que he entendido de los documentos que acabo de leer y me vas a ir diciendo si estoy equivocado. Como ves no es mucho pedir. Entiendo que eres un mero ejecutor de las misiones que te han encargado y seguro que no tienes todos los detalles de lo que se está tramando, pero espero que colabores en lo que puedas para no tener que volver a empezar con el respaldo de la silla.

Hizo una breve pausa, para ver que expresaba el rostro del asesino, y viendo una tremenda resignación en la faz del mismo decidió continuar hablando.

—Imagino que una empresa farmacéutica ha conseguido fabricar un virus mortal. No sé las características del mismo pero he visto lo que le ha hecho a

una persona —no consideró oportuno en esos momentos decirle que era su mejor amiga—. Por lo visto un alto directivo sin muchos escrúpulos ha decidido probarlo con personas reales. No sé el motivo y no sé si tú lo conoces. ¿Lo conoces? —le preguntó Sergio añadiendo esta vez un tono frío a su pregunta.

Al principio el asesino no dijo nada, pero viendo como Sergio se disponía a levantar una vez más la cuerda, se apresuró a responder.

—No, no sé los motivos. Yo solo me encargo de eliminar los objetivos, cumplir la misión y cobrar por ella.

—Ese ejecutivo te ha ordenado varios asesinatos. Al menos cuatro que yo sepa, dos que ya conocía y dos más que acabo de averiguar a través de los documentos de tu portátil. Por las fechas de ejecución, primero, no sé por qué método inoculaste mediante la utilización de un gas el virus a los integrantes del grupo de Sudáfrica. Después eliminaste a Rick Gálvez en Canadá, manipulando el ordenador de su deportivo.

Esta vez el rostro del asesino mostró una gran sorpresa, ya que aunque en su ordenador venían los mensajes que había intercambiado con su contratista, en ningún documento él había redactado el método que había empleado para realizar sus misiones. Sí que venía algo de información sobre el gas utilizado en Sudáfrica, pero en el caso de Rick Gálvez solo venía que su asesinato tenía que parecer un accidente.

El rostro de aquel sujeto, le indicaba a Sergio que se estaba preguntando como había conseguido averiguar dicha información su atacante.

—Para terminar con tu tercera misión, eliminaste a tu objetivo: Yoko Yoshida. Imagino que en esta ocasión también utilizaste el gas para transmitirle el virus. Y para finalizar el múltiple asesinato ocurrido en la India. ¿Por qué método usas el gas?

—En el caso de Sudáfrica coloqué el virus en el aire acondicionado del *Gautrain*, como me habían indicado. En el caso de la belleza japonesa, no vi su cara hasta que aparecieron sus fotos en la prensa. Yo solo coloqué una botella de gas, en el lugar donde me dijeron. En el aire acondicionado de aquella sala en el restaurante. ¡Vaya desperdicio matar a aquella mujer! ¡Con la de cosas que hubiese hecho yo con el cuerpo de ella!

Sergio viendo por unos segundos la forma lujuriosa con qué había

pronunciado aquellas palabras, tuvo que hacer un enorme esfuerzo de voluntad por no mover ni un musculo y acabar en aquel mismo momento y a pesar de lo que le había prometido con aquel ser que había matado a la persona que más amaba.

—¿Y el asesinato de Chennai?

—También con una capsula de gas. En esta ocasión no había sistema de aire acondicionado, por lo que utilicé un ventilador.

Ahora que conocía que el método que había utilizado el asesino era la utilización de un gas, se quedó unos minutos pensativo. Había algo que no le cuadraba.

—¿Por qué el gas mató a tan pocas personas salvo en el caso de la India si en todos los casos los objetivos estaban rodeados de bastante más gente? —era un apartado que desde que había leído la documentación había intrigado a Sergio—. Es más en el segundo caso solo mató a una persona. Yoko.

—No lo sé. Creo que es una de las características principales que hacen diferente al virus. Pero no sé cómo se consigue activarlo, ni cómo funciona. Como te he dicho antes, lo único que hice fue colocar las ampollas donde me dijeron.

A Sergio le pareció que decía la verdad, por lo que no insistió más en la pregunta.

—¿Por qué se eligieron esos objetivos? ¿Cuál fue el motivo de Rick y de Yoko? —y esta vez el interés de Sergio era máximo.

—No lo sé —respondió rápidamente el asesino.

—Esta vez no te creo —dijo Sergio y agarró la cuerda lentamente para que el asesino tuviese claras sus intenciones.

—¡Para! ¡Para! —gritó el asesino—. Como te he dicho, yo solo ejecuto órdenes, pero creo que la conexión entre esos ambos objetivos, era que de alguna manera se podían oponer a los intereses de la persona que me contrató. No me lo dijo claro, pero me pareció entender que tenían miedo de que les estropeasen el negocio.

Lo que decía el asesino era evidente, tanto Rick como Yoko, trabajaban en importantes empresas farmacéuticas. O bien la empresa que había lanzado el virus las consideraban competidoras o bien consideraban que podían descubrir el pastel. En cualquiera de los casos debían ser una amenaza para

ellos.

—En los documentos que he leído en tu ordenador solo aparecía escrito el nombre de la empresa farmacéutica en clave. ¿Cuál es el nombre real?

—No lo sé.

—No me lo creo. Eres un *hacker* bastante bueno. Estoy seguro de que como todos en algunos aspectos eres terriblemente curioso. Me creo que no te importasen los motivos por los que tenías que eliminarlos, pero no me creo que no intentases averiguar quién estaba detrás. Incluso por motivos de seguridad te interesaba conocer a tu contratista —y lanzándole una mirada dura que no admitía réplica le preguntó—. ¿El nombre de la farmacéutica?

—*AccueHealth*. La empresa se llama *AccueHealth* —le dijo no pudiendo aguantar aquella mirada que le traspasaba como si fuera un punzón.

—Ahórrame la búsqueda. ¿Dónde está ubicada?

—Aunque tienen locales en varios lugares, la central está en Auckland, Nueva Zelanda.

En esos momentos el móvil de Sergio sonó dos veces y acto seguido se calló. Sergio miró el identificador del número de teléfono llamante y como se esperaba se trataba del de Ryu Yoshida. Acto seguido Sergio le respondió enviándole un mensaje con el número de la habitación en la que se encontraba en esos momentos dentro del hotel.

—¿Tienes algo más que decirme que me pueda servir para algo? —le preguntó al hombre a sus pies, mientras cerraba el portátil del asesino y lo introducía en su mochila.

—No sé nada más que lo que te he dicho —le dijo el asesino mirándole fijamente para que le creyese.

No sabía que debía esperarse a continuación. Viendo a Sergio recoger el portátil y dada por finalizada su conversación se temía que iba a acabar con su vida en ese momento.

—¿Qué hacías en este hotel?

—Estaba preparando mi siguiente encargo —respondió el temeroso con cierto temblor en la voz.

—¿Tiene que ver de nuevo con la farmacéutica? —preguntó Sergio con tono duro y frío.

—No en absoluto. Creo que no me van a volver a necesitar en una

temporada.

En esos momentos sonó el teléfono interno del hotel que estaba en la mesita de aquella habitación. Sergio se dirigió hacia el mismo y lo descolgó.

—¿Si dígame?

—¿Señor Stone? —dijo una voz con un tono amable que debía ser la de uno de los recepcionistas del hotel.

—Si soy yo. ¿Dígame?

—Hay aquí un señor acompañado de otros dos caballeros que pregunta por usted.

—¡Pásemelo por favor!

Sergio oyó como la persona de recepción que le había llamado se dirigía a alguien y le pasaba el teléfono. De nuevo se repitió el mismo proceso de preguntar por él.

—¿Señor Stone? —dijo una voz en inglés con marcado acento japonés.

—Si soy yo.

—Somos los hombres que ha enviado el señor Yoshida para cumplir con su encargo. Estamos a su entera disposición. ¿Qué quiere que hagamos? —le dijo despacio el japonés.

—Suban a mi habitación.

Sergio miró a su alrededor y vio que no había nada a la vista que llamase la atención de los que iban a subir. El único objeto que no pertenecía a la habitación era su mochila. La metió rápidamente en un armario de madera cercano.

—¿Quién va a subir? —preguntó el asesino con un tono de agobio y ansiedad en su voz.

—Unos japoneses que tienen muchas ganas de conocerte, pero a los que me temo que no les vas a caer nada bien —respondió Sergio con una fría ironía en su voz.

—¡Japoneses! ¡Me has vendido a la familia de Yoshida! —dijo elevando la voz el hombre tendido a sus pies.

—Vender, no es la palabra adecuada. Digamos que el señor Yoshida y yo hemos hecho un trato.

—¡Suéltame! —dijo chillando—. ¡Te pagaré el doble que lo que él te ha ofrecido! ¡Me matarán!

—No lo sé. Lo que tengo claro es que si te mata no lo hará de una forma agradable. Mataste lo que el más apreciaba en este mundo. No quisiera estar en tu pellejo. Lo único que te he prometido y voy a cumplir es que YO NO TE VOY A MATAR y a pesar de lo que me pide el cuerpo, cumpliré mi promesa. Además él me puede dar una cosa que no está a tu alcance —y terminó esta frase bajando la voz y como si estuviese pensando en algo muy lejos de aquella habitación.

Acto seguido cogió una brida de plástico del bolsillo de su pantalón y volvió a amordazar al asesino. No quería que se pusiera a chillar y llamase la atención de algún huésped o de alguien del personal de limpieza que se encontrase cercano a la habitación.

En esos momentos llamaron a la puerta y Sergio se dirigió a abrir la misma. Al hacerlo se encontró con un hombre atlético que reconoció como el hermano de Yoko por haberlo visto en fotos que ella le había enseñado. También lo recordaba de haberlo visto junto a su padre en el funeral de Yoko.

Su cara tenía una expresión dura como la piedra y detrás suya estaban plantados dos hombres enormes que tenían toda la apariencia de ser luchadores de Sumo. Cuando Sergio le dijo a Ryu Yoshida que le enviase a dos hombres bastante corpulentos, estaba claro que este se lo había tomado muy, muy en serio.

Se hizo a un lado y dejó pasar a los tres hombres dentro de la habitación para que no llamasen la atención de las personas que pasasen en esos momentos por el pasillo.

El hermano de Yoko echó una ojeada rápida por toda la habitación y vio al hombre atado en el suelo que los observaba con un intenso pánico en su mirada.

—¿Él mató a mi hermana? —preguntó con un tono de voz que rezumaba una intenso furia.

—Sí —repuso Sergio.

—¿Estás seguro? —le preguntó posando una intensa mirada en aquel extranjero que tenía en frente suya.

—Completamente —le respondió Sergio devolviéndole la mirada con la misma intensidad.

El hermano de Yoko se acercó a donde estaba el hombre tendido en el

suelo. Se agachó, le agarró del pelo al asesino y tirando con fuerza le dijo destilando un terrible odio en su voz.

—Mi padre ha dicho que te llevemos a su lado sano y salvo. Es la primera vez en toda mi vida que me dan ganas de desobedecerle. Que una mierda de *gaijin* como tú haya matado a mi hermana es algo que me produce ganas de vomitar. En un combate cara a cara, ella te hubiese vencido con una mano atada a una pierna —a pesar de que intentaba controlarse no pudo evitar la fuerte emoción que trasmitía su voz—. Era la mejor luchadora y persona de toda nuestra familia y nos la arrebataste de una forma miserable. Te juro que pagarás por ello. Y te juro que no será agradable.

Y sacando un cuchillo rápidamente del interior de su ropa, cortó la cuerda que unía su cuello con sus tobillos. El asesino por unos momentos, al ver el cuchillo en sus manos, pensó que se lo iba a clavar y cerró los ojos esperando el golpe mortal.

El hermano de Yoko se levantó y se dirigió a sus hombres en japonés.

—Coged esa alfombra —les dijo señalando la grande que estaba debajo de la cama y ocupaba varios metros—. Inmovilizarle y enrolladle el cuerpo con ella. Bajaremos por la escalera de servicio y saldremos por la puerta de atrás.

Sin pronunciar ninguna palabra adicional uno de sus hombres levantó la enorme cama por la zona de los pies sin ningún tipo de esfuerzo y el otro tiró de la alfombra hasta sacarla de debajo y extenderla a un lado.

El asesino se intentó revolver cuando se desplazaron a por él. Fue como si una culebra se intentase mover en las manazas de aquellos luchadores de sumo. Levantaron al asesino como si no pesase nada y lo pusieron en un extremo de la alfombra. Lo envolvieron y en cada vuelta que daban fueron tensándola firmemente hasta terminar en el otro extremo de la misma.

Cogieron la cuerda que había cortado su jefe, la rompieron en dos trozos iguales, atando con ellos fuertemente los dos extremos del cilindro que acababan de formar. Acto seguido se lo echaron al hombro y salieron por la puerta en dirección a la escalera de servicio. En todo el proceso no dijeron una sola palabra. Cuando habían salido de la habitación, el hermano de Yoko se dirigió a Sergio y en un tono solemne le dijo:

—Señor Stone. Me ha pedido mi padre que le trasmita que ha dado de

nuevo sentido a su vida, salvando su honor y el de toda nuestra familia —hizo una pausa y lo que añadió a continuación bajando la voz, le salió de lo más profundo de su alma—. Mi padre y yo no le apreciábamos a usted porque para nosotros era un *gaijin* indigno de Yoko.

—Aunque no me guste y me ha costado entenderlo, comprendo sus tradiciones y su forma de pensar. Es más si yo tuviese una hermana como Yoko, la protegería de igual manera —respondió Sergio interrumpiendo el discurso del japonés, dándole un respiro y una manera honorable de continuar.

—Ahora y después de lo que ha hecho usted, ambos entendemos porque Yoko tenía tan buena impresión de usted y por qué lo apreciaba tanto —cogiendo aire añadió—. He visto como tenía usted reducido a ese maldito asesino y sabiendo que es un superviviente del “*Dojo Negro*” y lo que usted quería a mi hermana, estoy seguro que ha tenido que hacer un enorme esfuerzo para no eliminarlo y un enorme sacrificio personal para entregárselo a mi padre. Él me ha dicho que le trasmita que nuestra familia ha contraído con usted una enorme deuda. Si hay algo que quiera de nosotros, no tiene más que pedirnoslo, ahora o en el futuro. Si nos llama para lo que sea, estaremos a su lado inmediatamente.

Y dicho esto se dirigió también hacia la salida, tras los pasos de sus hombres. Cuando estaba a punto de cruzar la puerta de salida Sergio le dijo.

—Dígale a su padre que quiero un diamante —le dijo Sergio en un tono frío.

—¿Qué tipo de diamante? —exclamó el hermano de Yoko sorprendido de que Sergio pidiese algo tan de inmediato algo y que fuese tan mundano.

A pesar del ofrecimiento que había realizado de parte de su familia y a que por supuesto estaban dispuestos a cumplir su promesa, le extrañó que Sergio hiciese uso de él tan de inmediato y que encima lo hiciese por algo tan inapropiado como un pago, y más que en vez de dinero fuese un diamante.

—No se preocupe y dígaselo. Su padre sabrá enseguida cuál es el que quiero.

El mencionar que su padre sabría a qué diamante se refería y conociendo que su padre no había sido nunca un aficionado a los diamantes, el cerebro del hermano de Yoko se puso a funcionar a toda velocidad, diciéndole que las palabras que Sergio le había mencionado contenían un mensaje especial.

Por fin la luz se hizo camino a través de su mente y a pesar del férreo control que quiso mantener, el conocimiento de que diamante estaba mencionando Sergio apareció en su rostro.

Como su padre el honor lo era todo para él, por lo que no dijo nada y se dispuso a ponerlo de inmediato en conocimiento de su padre. Se dirigió hacia la salida siguiendo los pasos de sus hombres. Cuando estaba a punto de cruzar la puerta de salida se volvió y mirando por última vez a Sergio le preguntó.

—¿A dónde se lo enviamos? —preguntó el japonés.

Su voz denotaba que la petición no le había hecho ninguna gracia. Y a pesar de que esperaba que su padre tampoco, era probable que cumpliesen con la promesa que habían realizado.

—Si su padre accede a darme el diamante del que estamos hablando, dígame que me envié un mensaje a mi móvil. Ya le comunicaré como entregármelo.

—De acuerdo —respondió el resignado.

—Por cierto una última cosa con respecto al asesino que les acabo de entregar.

—¿Sí? —preguntó el hermano de Yoko no sabiendo si esperar alguna otra sorpresa por parte de aquel extranjero.

—Que sufra.

*“Si eres ignorante de tu enemigo y de ti mismo, puedes estar
seguro de ser derrotado en cada batalla.
Si eres ignorante de tu enemigo pero te conoces a ti mismo, tus
oportunidades de ganar o perder son las mismas.
Conoce a tu enemigo y concóctete a ti mismo; en cien batallas,
nunca saldrás derrotado”.*

El Arte de la Guerra

Sunt Zu

14. Buscando pistas

Auckland. Jueves 18, Junio 2015

Después de que los japoneses abandonasen su habitación, Sergio extrajo de su mochila su portátil, lo encendió y se puso a buscar información sobre *AccueHealth*.

Al cabo de un rato de visitar diferentes páginas web recopilando información, decidió ponerse en contacto con *Opengate* para conseguir aquella información que no encontraría en Internet.

Tecleó la clave que le daba acceso al sistema, arrancó el *software* que le suministró en su día *Opengate* y abrió su canal privado de comunicaciones. Cuando estuvo correctamente habilitado, se puso a escribirle solicitándole información.

—Gracias a tu ayuda he apresado al asesino de Yoko. Te debo una. Y grande. He interrogado y me ha confesado el nombre de la empresa que encargó su asesinato. Es *AccueHealth* y salvo que es una compañía farmacéutica importante en su país no he encontrado nada interesante en Internet salvo su dirección postal.

—¿Qué quieres?

—Necesito que me busques más información sobre esa organización y sus dirigentes. Este caso no se ha acabado y sigo necesitando que estés atento a mis mensajes. Voy a coger el primer vuelo disponible y espero estar dentro de unas horas en su sede de Auckland en Nueva Zelanda. Intentaré entrar en sus locales y para conseguirlo sin problemas, toda la información que me facilites

me vendrá bien.

Se puso a pensar en que en ninguno de sus anteriores casos había hecho trabajar tan de continuo a *Opengate* para él. Normalmente le solicitaba que buscara la poca información que le faltaba para completar la que tenía y eso era todo.

De todas formas se dijo para sí mismo que tenía suerte en contar con una persona de tamaña habilidad. Si no hubiese sido por él no habría localizado tan rápidamente la conexión de Yoko con Rick y probablemente el asesino habría tenido tiempo de escapar de Seúl.

En la situación en la que se encontraba la velocidad seguía siendo vital. Tal era la confianza depositada por Sergio en *Opengate* que estaba seguro que para cuando aterrizase en Nueva Zelanda, ya tendría la información disponible.

Cerró la comunicación con *Opengate* y buscó en Internet el vuelo que antes saliese con destino a Nueva Zelanda. Tuvo suerte, había varios vuelos entre Seúl y Nueva Zelanda, pero si se daba prisa podría llegar a tiempo al aeropuerto y coger el avión de Korean Air, que salía a las cinco de la tarde con destino Auckland, sin hacer ningún tipo de escalas. El vuelo empleaba más de once horas en cubrir los 9.632 km que separaban la ciudad donde se encontraba de Auckland.

Como siempre hacía Sergio cuando le tocaba desplazarse en vuelos trasatlánticos o de largo recorrido reservó una plaza *business* de entre las pocas que quedaban libres. La costumbre la había adquirido a fuerza de trabajar en sus casos por la necesidad de estar descansado al llegar a su destino. Y o mucho se equivocaba o en Auckland iba a necesitar de todo su ingenio y sus sentidos.

Cuando terminó de pagar la reserva en *Korean Air*, reservó una habitación en el *Langham Auckland Hotel* para una noche y como Auckland estaba en el hemisferio sur era invierno, estudió sus condiciones climáticas.

Después llamó a *Private Jets Carter* en Canadá para cancelar su vuelo de vuelta. En la medida de lo posible prefería viajar en vuelos comerciales en los cuales era más fácil pasar desapercibido entre el resto de pasajeros y atravesar las aduanas de forma más sencilla. El alquiler había sido necesario por la prisa en atrapar al asesino, pero para su siguiente vuelo no le hacía

falta.

—¿Sí? ¿Dígame? —le preguntó la voz amable de un joven empleado al otro lado de la línea.

—Soy el señor Stone. Ayer reservé un avión privado para que me trajese a Seúl.

—Espere un momento señor. Deme un segundo para que busque su reserva en mi ordenador.

Sergio se calló durante unos instantes para darle tiempo al empleado a teclear los datos relativos a su reserva.

—Aquí está. Vuelo de Calgary a Seúl y esperar en el aeropuerto hasta realizar el viaje de vuelta.

—Exacto. Ese es.

—De acuerdo. ¿Qué deseaba en relación a su reserva? ¿Desea cambiar algo?

—Sí. Al final debido a motivos de trabajo tengo que permanecer más tiempo del esperado en Seúl y después tengo que ir a Europa —la experiencia le había demostrado que lo mejor para pasar desapercibido era dar una excusa corriente y convincente—. Debido a ello no utilizaré sus servicios de vuelta a Calgary. Se lo comunico que para que el piloto no me espere y vuelva a Canadá. ¿Es necesario realizar algún trámite adicional?

—Espere un momento por favor —dijo la persona que le estaba atendiendo mientras Sergio le oía teclear en el ordenador. Al cabo de unos segundos añadió—. Señor Stone le comunico que según las normas de la compañía, es necesario que pague un suplemento por las horas ha estado el avión detenido durante su espera.

—No es problema. Dígame el importe y en unos minutos le realizo una transferencia.

El hombre al otro lado de la línea calculó la cantidad a pagar y se la dijo. Nada más colgar, Sergio se conectó a la web del banco que utilizaba para este tipo de transacciones y realizó el pago. Después llamo a recepción del hotel y pidió que le tuviesen preparado un taxi de inmediato.

Metió su portátil en la mochila junto con el del asesino y abandonó la habitación. Bajó a recepción donde cogió el taxi que le estaba esperando y se dirigió al aeropuerto. Al llegar al mismo y conociendo el frío que le esperaba

a su llegada a Nueva Zelanda, al atravesar el control policial, entró en una tienda de ropa del *duty-free* y se compró un abrigo de invierno. Era lo único de ropa abrigada que tenían en aquellos momentos en aquellas tiendas. El resto ya lo compraría en destino.



El largo vuelo había sido cómodo y sin ningún tipo de contratiempos. Eran las siete de una fría mañana de invierno en aquella parte del continente austral. Viendo la temperatura reinante en el país y que con el abrigo que llevaba iba mal preparado, le pidió al taxista que le llevase a un centro comercial.

El conductor le dejó en uno cercano al centro de la ciudad. Tenía varias plantas y parecía bastante moderno. Entró en el edificio y buscó un banco. En la planta baja encontró una oficina del *Australia and New Zealand Banking Group*, o ANZ como se le conoce habitualmente. Se acercó al cajero automático y sacó unos dos mil euros en la moneda del país, el dólar neozelandés.

Estuvo recorriendo durante una hora diferentes tiendas de ropa de la primera planta adquiriendo diversas prendas. Un pantalón de pana, un polo y varios jerseys, todo ello de color negro y de porte sencillo y cotidiano. Se llevó la ropa que había adquirido puesta y la que se había quitado la metió en una gran bolsa que pidió a la dependienta que le atendió. No quiso dejarla allí. Ya tiraría la bolsa a un contenedor.

Buscó una librería y encontró una en la tercera planta. Era la típica tienda de centro comercial en donde se venden las revistas de moda, algunos libros y dulces. Estuvo durante unos minutos observando las que tenían expuestas y al final compro varias. Una de coches, otra de motos, otra de fotografía y otra de informática. Mirando los libros que tenían expuestos en unas estanterías, le preguntó al empleado que se encontraba detrás del mostrador.

—¿Cuál de estos libros me recomienda? —le preguntó poniendo a su inglés acento americano—. He venido a visitar a un amigo y no me ha dado tiempo a comprarle nada en el aeropuerto.

—El que está más de moda y que más se vende en la actualidad, es aquel negro. Trata sobre los últimos escándalos de corrupción que se está dando en nuestro país. Es muy polémico. Algunos miembros del gobierno intentaron que

no saliera a la calle.

—O sea ¿que aquí también tienen casos de corrupción? —le preguntó Sergio haciéndose el simpático.

—Dígame un país donde no exista y le prometo que me traslado a vivir allí —respondió riéndose el vendedor.

—Tienes toda la razón. Si encuentras ese país me lo comentas y a lo mejor yo también me marcho contigo —añadió Sergio contagiándose con la risa del empleado de la tienda.

—Y viceversa —añadió el dependiente siguiendo la broma— si lo encuentra usted no se olvide de avisarme a mí.

—Eso está hecho. ¿Sabes si en este centro comercial hay alguna oficina de correos?

—Sí. En la planta menos uno hay una. Es bastante grande y atiende todo tipo de envíos. La reconocerá fácilmente porque hay un buzón bastante grande en la puerta. Mucha gente piensa que es solo de adorno. Pero no. Usted puede echar dentro las cartas que quiera enviar sin ningún tipo de problemas.

—Gracias. Dame también algunos de esos chicles —le dijo señalando unos de menta que estaban en el mostrador junto al cajero.

El vendedor pasó por un escáner de código de barras los diferentes productos que el extranjero había comprado, para a continuación introducirlos en una bolsa de plástico. Sergio extrajo de su cartera un billete de los que había sacado del cajero y le pagó. Introdujo los cambios en el bolsillo de su pantalón y abandonó la tienda.

Se dirigió hacia unas escaleras mecánicas que bajaban y enseguida alcanzó la planta menos uno del centro. Empezó a caminar y junto a una esquina vio en buzón que le había indicado el dependiente de la tienda de revistas.

El local de la *New Zealand Post* ocupaba una zona bastante amplia y como siempre en este tipo de lugares había varias personas formando una fila. Unos enviaban paquetes a otros lugares del país. Otros con facciones asiáticas con apariencia de inmigrantes enviaban dinero a sus países de origen.

Sergio se colocó al final de la fila y esperó como el resto a que le llegase el turno. Cuando por fin estuvo a la altura del mostrador, una señora de mediana edad a los mandos del teclado del ordenador le preguntó.

—¿Qué desea? —le preguntó ella en un tono sin vida ni entonación como

las habituales en las personas que están aburridas de su puesto de trabajo detrás de un mostrador después de atender a decenas de personas a lo largo del día.

—¿Me podía vender un par de cajas de cartón de las de enviar paquetes? Como las que están expuestas en esa estantería —preguntó a su vez Sergio señalando un armario de cristal cercano.

—Si por supuesto. ¿De cuál quiere?

—Esa. La que pone tamaño “B” —dijo apuntando con un dedo el tipo de caja de cartón que deseaba.

La señora se levantó de su puesto y con un andar casero desapareció por unos segundos detrás de una puerta. Salió de ella llevando dos placas planas de cartón, que al doblarlas adecuadamente tomaban la forma de una caja.

—Son seis dólares —le dijo ella mientras ponía las piezas de cartón encima del mostrador.

—Aquí tiene. Gracias —dijo sacando las monedas del bolsillo del pantalón. Eran los cambios de la compra realizada en la tienda de las revistas.

Salió de la oficina postal y se encaminó a la planta baja en donde se sentó en uno de los bancos que había en la zona para que las personas mayores que estaban paseando y comprando por allí utilizaban para descansar un rato y después seguir.

Se sentó y procedió a montar una de las cajas de cartón. Cuando terminó sacó de la bolsa de plástico las revistas y el libro y las introdujo en la caja que acababa de componer. Para rellenar el nombre del remitente de la etiqueta de la caja utilizó su nombre falso de Joseph Stone. Para rellenar la dirección del remitente utilizó la de aquel centro comercial. Escribió la dirección de entrega con los datos que tenía de la empresa farmacéutica a la que pensaba ir y dejó el nombre de la persona a la que había que entregárselo vacío.

Después estuvo almorzando copiosamente en uno de los restaurantes del centro y adquirió un par de botellas de agua y unos paquetes de galletas en el hipermercado. Lo introdujo todo en su mochila. Dio por terminadas sus compras y se dirigió a la salida del centro comercial.

En un lado de su acera había una parada de taxis. Se dirigió andando sin prisa hacia ella y se subió al primer coche de la fila. Era un sedán japonés de gama media de motor eléctrico. Había visto varios taxis del mismo modelo

cuando estuvo caminando por lo que dedujo que se había puesto de moda entre los taxistas de Auckland por su bajo consumo. Además había leído en el periódico del restaurante donde había comido que el gobierno neozelandés estaba impulsando medidas ecologistas.

Se subió al asiento de atrás del coche y una vez acomodado en su interior se dirigió al chofer y utilizando de nuevo el acento americano lo pidió:

—Por favor. Lléveme al *Langham Auckland Hotel*.

—¿Al *Langham Auckland Hotel*? —le preguntó el conductor con un rictus de sorpresa en su rostro. No se debía creer que aquel joven vestido de manera tan sencilla tenía como destino un hotel tan lujoso.

A Sergio le hizo gracia la forma de catalogar y de opinar sobre los demás que tienen algunas personas. Pensó que, qué más le daría al taxista a qué dirección llevarle y si iba al *Langham* a alojarse o a limpiar los baños.

—Sí, al *Langham Auckland Hotel* —y devolviéndole la pelota añadió, enseñándole el GPS de su móvil—. ¿Quiere que le indique por dónde se va?

—No gracias —respondió el taxista cortante. Y a partir de ahí realizó el resto del viaje sin decir una sola palabra.

Cuando llegaron a su destino, Sergio en contra de lo que solía hacer habitualmente en estos casos, pagó el importe del viaje sin añadir nada de propina.



Una vez acomodado en el hotel y depositado el poco equipaje que llevaba en la habitación, abandonó el edificio y se puso a pasear por las calles cercanas al hotel.

Auckland es una ciudad ubicada en la parte alta del país, en lo que se denomina Isla Norte. Sergio no había estado nunca en aquella nación y había aprovechado el vuelo para leer la información que sobre él y sobre aquella ciudad venía en la guía turística.

La localidad en la que se encontraba caminando era la mayor del país y estaba considerada como la mayor ciudad al sur del océano Pacífico con más de un millón doscientas mil personas. La capital política de Nueva Zelanda era Wellington que tenía bastante menos población. A Auckland se la consideraba la capital económica.

La zona en la que estaba caminando estaba formada por calles en las que se entremezclaban edificios nuevos de tamaño medio de unas diez plantas de altura, con jardines y árboles.

Después de dar un paseo por aquellas calles céntricas y alejarse varias manzanas del hotel, Sergio cogió un taxi y le dijo al conductor que le llevase a una determinada dirección. La había buscado previamente en Internet utilizando su portátil cuando había depositado sus cosas en la habitación del hotel.

Al llegar a dicha dirección se bajó, pagó el taxi y caminando un par de manzanas llegó a una oficina de alquiler de vehículos. Allí alquiló una furgoneta pequeña y sencilla de las que se utilizan para hacer pequeños repartos o bien los autónomos de empresas de reparaciones: fontaneros, electricistas o carpinteros. El tipo de vehículo que pasa desapercibido en cualquier carretera, polígono industrial o ciudad.

Una vez gestionada y firmada toda la documentación necesaria, el empleado de la oficina le entregó las llaves de vehículo y le dijo en que situación del aparcamiento se encontraba.

Se subió a la furgoneta y se puso en movimiento. Después de conducir por varias calles de la zona se acostumbró al tipo de conducción que requería aquel tipo de vehículo.

Introdujo en el GPS de su móvil la dirección de *AccueHealth* y se dirigió conduciendo sin prisa y respetando todas las señales de tráfico hacia la empresa farmacéutica.

El dispositivo le hizo salir del centro de la ciudad y le condujo por una autovía hacia la salida de la ciudad, a unos pocos kilómetros el GPS le indicó que abandonase la autovía.

Conduciendo por la misma en un par de minutos llegó a un polígono industrial. Era rectangular y formado por unas diez calles en un sentido y otras diez calles perpendiculares a las mismas. Cada cruce de calles a su vez delimitaba una parcela en donde se situaban cada una de las empresas del polígono.

Los edificios eran nuevos, de cemento con cristal y de marcado estilo tecnológico. Todas ellas parecían empresas en buena situación económica y de alto nivel. No era un terreno para talleres y pequeños autónomos. Eran

oficinas comerciales, laboratorios de investigación y desarrollo tecnológico o empresas de desarrollo de *software*.

Debía ser un sitio bastante seguro o bastante bien vigilado por que por lo que él veía desde la furgoneta las empresas no habían gastado mucho presupuesto en su seguridad perimetral. Algunas de ellas tenían una verja de un par de metros de altura rodeando el edificio y otras ni eso. Simplemente el edificio de cemento con puertas metálicas a la entrada.

Siguiendo las instrucciones del GPS, condujo por las distintas calles hasta llegar donde se encontraba *AccueHealth*. Al circular por la calle de la farmacéutica pudo ver el cartel que indicaba la entrada principal de la empresa.

No se detuvo y siguió conduciendo un par de manzanas más lejos, en donde aparcó. Afortunadamente había sitio de sobra habilitado en el exterior de las empresas.

Dejo la furgoneta y se dirigió con paso firme hacia el recinto de *AccueHealth*. El edificio era de los que tenían una pequeña verja rodeando su perímetro. Tenía un par de pisos de altura y por su tamaño no podía ser donde se fabricasen los medicamentos. Era demasiado pequeño. Debían ser las oficinas administrativas, donde se encontraban los altos directivos de la compañía y su fuerza comercial.

Vio un par de cámaras de videovigilancia en las esquinas de la verja y no apreció ninguna medida especial de seguridad adicional.

Atravesó la puerta de la verja metálica que a esas horas del día se encontraba abierta y se dirigió hacia el edificio principal de cemento y cristal. Llegó a la puerta principal que se encontraba cerrada y pulsó el timbre. A los pocos segundos oyó una voz femenina por el interfono.

—¿Qué desea?

—Traigo un paquete.

Entró por la puerta principal y se dirigió con paso apresurado al puesto de recepción vacío. Por lo visto no tenían necesidad de guarda de seguridad y alguna de las administrativas se encargaba de recepcionar los paquetes.

—Buenos días —le dijo con el tono de un repartidor de paquetería que tiene prisa por dejar su entrega y largarse para seguir con lo suyo.

—¿Qué traes? —le preguntó ella con voz firme, reconociéndolo como un

mozo de reparto.

—Un paquete, para el director técnico de *AccueHealth* —simulando leer el cargo que él mismo escrito había hacia una hora en la etiqueta del paquete.

—El señor Carter, Andrew Carter —dijo ella.

—Ni idea —respondió Sergio—. Aquí no viene ningún nombre. Solo el cargo que ocupa en la empresa. Aquí se lo dejo y me largo rápido tengo un montón de paquetes que repartir esta mañana.

Y sin añadir nada más Sergio se dirigió con paso apresurado hacia la puerta de salida. Se subió a la furgoneta e introdujo las coordenadas de su hotel en el GPS a dónde se dirigió directamente.

Después de conducir sin prisas por las diferentes carreteras observando con cuidado el entorno llegó a su hotel. Estuvo unos diez minutos dando vueltas por las manzanas de los alrededores hasta conseguir localizar un sitio donde aparcar aquella furgoneta correctamente. Afortunadamente el sitio que encontró era de una calle en donde se podía aparcar sin necesidad de pagar.



Desde que había vuelto al hotel a su salida de la empresa farmacéutica, se había dedicado a descansar y a relajarse. Se había dado un baño en la enorme bañera de su habitación, tal y como a él solía gustar hacer.

La llenaba hasta arriba con agua muy caliente. Echaba un frasco de gel de los que solía poner el hotel a disposición de sus clientes y se introducía en aquella enorme burbuja de espuma. Era una de las pocas cosas que disfrutaba de las decenas de hoteles que le tocaba utilizar. Le encantaba sumergirse en aquella agua y o bien leer un libro o bien ver en Internet las últimas noticias o curiosidades en una tableta electrónica.

La bañera de aquella habitación estaba especialmente bien preparada para ello, dado que contaba con una repisa metálica desplazable a lo largo de los apoyabrazos en donde se podían apoyar los objetos que se desease y tenerlos a mano mientras uno se iba dando el baño.

Aquella tarde Sergio estaba dándole vueltas a la situación y el papel principal que jugaba *AccueHealth* en todo el entramado, por lo que en vez de leer para evadirse, colocó en la balda metálica el ordenador que le había arrebatado al asesino y se puso a repasar la documentación del portátil.

Después de estar casi media hora revisando archivos, carpetas y documentos, encontró información sobre anteriores crímenes que había cometido. Después de leer aquello no tuvo ningún remordimiento sobre habérselo entregado a la familia de Yoko y lo que iba a sufrir a sus manos.

No encontró información adicional sobre la empresa farmacéutica, ni nada que le ayudase. El asesino no mencionaba los nombres de los contratistas en sus documentos. A todos ellos les ponía un nombre en clave.

Cuando el agua se enfrió, salió de la bañera y bajó a cenar al restaurante del hotel. Comió frugalmente y volvió a subir enseguida a la habitación. Puso la alarma de su teléfono móvil a la una de la mañana y se echó encima de la cama a descansar.

Al cabo de unas horas, nada más sonar la alarma se despertó, se levantó y se vistió. Cogió su mochila y bajó a la planta baja por las escaleras para no meter ruido con el mecanismo del ascensor. Al llegar a la planta baja y todavía oculto de la zona de recepción, se asomó para ver que personal había. Tuvo suerte y en esos momentos la única persona encargada de la recepción estaba de espaldas introduciendo datos en un ordenador.

Sin meter ruido se desplazó pegado a la pared opuesta donde no era visible y salió a la calle sin que nadie le viese. Se dirigió hacia la furgoneta alquilada. La noche era una noche fría y oscura. En aquellos momentos el cielo estaba nublado por lo que contribuía a que no se viese ni la luna ni las estrellas, lo que hacía que todavía la noche fuese más negra.

Se introdujo en el vehículo y lo puso en marcha. Colocó el GPS en el tablero y le indicó en el historial guardado en el dispositivo que le llevase de nuevo al local de la empresa farmacéutica.

Fue conduciendo por las mismas carreteras que a la mañana, pero la densidad del tráfico había bajado considerablemente. Se cruzaba con escasos vehículos, siendo la mayoría de ellos furgonetas de reparto y algún que otro coche particular que había trasnochado.

Debido a la escasez del tráfico le llevó menos tiempo el llegar al polígono tecnológico. Una vez en él recorrió las calles del mismo cercanas a su objetivo, buscando un lugar en donde poder aparcar la furgoneta, sin que llamase mucho la atención.

Dando un par de vueltas encontró una calle en donde había varios

vehículos aparcados a aquellas horas de la noche, siendo algunos de ellos furgonetas similares a la que conducía y alguna más grande. Debía ser alguna empresa que o bien trabajaba a turnos las veinticuatro horas del día, o bien era una empresa de reparto que tenía su sede en aquel lugar. Probablemente la mayoría de las empresas del polígono confiaban en ella sus envíos.

Aparcó la furgoneta al final de las mismas de tal forma que parecía un vehículo más. Se puso un pasamontañas en la cabeza y una gorra por encima del pasamontañas, abandonó la furgoneta y se dirigió caminando hacia *AccueHealth*.

Conforme llegaba a su destino, observó hacia donde estaban dirigidas las cámaras de videovigilancia y si tenían un motor de giro para cubrir mayor espacio. Vio que no, que simplemente estaban colocadas una enfrente de la otra en cada esquina del rectángulo perimetral de tal forma que una cubría los espacios muertos que dejaba la otra.

Estuvo unos segundos contemplando como evitar las cámaras y se fijó en que estas estaban situadas a unos tres metros del suelo y apuntando hacia abajo, por lo que no cubrían lo que pasaba por encima de ellas. El instalador había diseñado el sistema para que vigilase el suelo y la puerta de la entrada al recinto, no para que vigilase el edificio por completo.

Observando la primera planta del edificio y la terraza del mismo observó que una de las esquinas quedaba como a ocho metros de una pequeña torre de electricidad a la que estaba conectada y de la cual debía recibir el suministro. La conexión entre la torre y el edificio se hacía por la parte superior de la terraza, a unos cuatro metros por encima de las cámaras.

Se quedó pensativo durante unos segundos y después se dirigió decidido a la pequeña torre. La escaló hasta arriba sin mayores problemas y esperó a que lo que había leído varias veces en revistas especializadas fuese cierto.

Muchas personas cuando ven pájaros posados sobre cables de alta tensión se preguntan por qué no se electrocutan. La respuesta es técnica pero sencilla. Al solo estar agarrados a un cable la diferencia de potencial es pequeña y la tensión es muy baja. Para un pájaro ronda los 0,02 mA y el animal no nota nada. Para una persona que toca un cable de alta tensión con ambas manos se puede estimar en unos 0,15 mA. La sensación no es agradable, pero se puede aguantar.

Echando un suspiro y cogiendo aire para respirar, Sergio dio un suave salto desde la torra al cable para evitar tocar a la vez ambos. Ello hubiese generado una diferencia de potencial que lo hubiese dejado frito al instante.

Mientras se agarraba con las dos manos al tendido deseó que las leyes que rigen el comportamiento eléctrico no se volvieran en su contra en esos momentos o que la torre y los cables no tuviesen defectos de fabricación.

A través de los guantes que llevaba puestos solo notó un leve cosquilleo. Rápidamente fue cruzando la distancia que le separaba de la terraza del edificio a base de soltar un brazo, columpiarse hasta colocarlo por delante del que lo sujetaba y así sucesivamente.

En escasos segundos estaba a unos veinte centímetros del muro que bordeaba la terraza, de nuevo en una situación crítica. Debía agarrarse a aquel muro sin tocar el cable ya que si no volvería a incrementar la diferencia de potencial y moriría electrocutado.

Se balanceo y cogiendo impulso soltó a la vez las dos manos del cable cruzando la distancia que le separaba del muro y agarrándose con fuerza al mismo. Para sí mismo se dijo que en buena hora había comprado aquellos guantes que en situaciones como aquella le proveían de un agarre adicional evitando deslizamientos.

Se aupó a pulso sin problemas sobre el muro de la terraza y de otro pequeño salto aterrizó sobre el techo de edificio, pegándose al muro de inmediato. Giró el cuello de un lado a otro con el fin de distinguir si entre aquella espesa oscuridad se podía vislumbrar alguna cámara de videovigilancia.

No vio nada. Al responsable de instalar las cámaras en su día no le pareció necesario vigilar la terraza. Estaba claro que aquel edificio no era de alta seguridad, si no que había sido contemplado como un simple edificio de oficinas.

Decidió moverse y se dirigió a la puerta que daba acceso al interior del local. Miró la cerradura y comprobó que era de un corte sencillo, sin nada especial. Sacó del bolsillo de su pantalón un juego de ganzúas y la abrió fácilmente. Empujó unos centímetros la puerta y esperó unos segundos de nuevo por si había algún mecanismo sujeto a la misma o una alarma de detección de movimientos. No detectando nada especial se introdujo en el

interior del edificio.

Sacó de su mochila su pequeña linterna frontal y poniéndosela entre los dedos de la mano avanzó iluminado levemente sus pasos. La parte en donde se encontraba a pesar de ser nueva, era una mezcla entre un trastero y un almacén de objetos olvidados. No vio nada que le pudiera servir. Se acercó despacio hasta una puerta y viendo que no tenía cerradura, la atravesó sin hacer ruido. Daba a las escaleras principales del edificio.

Descendió un piso y se encontró con lo que parecía la planta dedicada a los ejecutivos de mayor rango. Un pasillo cruzaba la planta y a los dos lados del mismo se veían puertas de materiales modernos con un toque de elegante diseño. Al final del pasillo y cerrando el mismo se encontraba otro con una puerta diferente y algo más elegante que las del resto. Sergio intuyó que era el despacho del máximo dirigente de la compañía. Bien el del director general o bien el de su presidente.

Fue leyendo los letreros que tenían las puertas de los despachos y que indicaban a quién pertenecían y su cargo en la empresa. Iba buscando el del director técnico cuyo nombre había conseguido aquellas mañana: Andrew Carter. Era el último del pasillo derecho antes de llegar al despacho frontal principal.

Giró el pomo de la puerta y esta se abrió. No estaba cerrado. Se introdujo en el despacho y fue recorriendo despacio con la linterna la habitación. Se quedó extrañado. Para ser el despacho del director técnico no tenía apenas papeles. Ni encima de la mesa, ni en las estanterías del armario que había en una de las paredes. Se acercó al mueble y no encontró nada interesante. Ni manuales técnicos de la propia empresa, ni informes de la compañía. Solo libros y revistas del sector que trataban diferentes temas sobre farmacología.

Se dirigió hacia la mesa de trabajo del despacho viendo con sorpresa que encima de la misma no había ordenador, ni de sobremesa, ni portátil.

—“¡Qué raro!” —se dijo para sí mismo.

Le parecía inconcebible que en una empresa tecnológica su director técnico no dispusiera de un ordenador. El único dispositivo electrónico que había en esos momentos encima de la misma era un teléfono de última generación. Empezó a revisar los escasos papeles sobre la mesa y no encontró más que publicidad y un par de invitaciones a congresos relativos a su sector.

Se agachó para revisar el interior de la cajonera de la mesa y en la parte superior de la misma encontró un ratón y un teclado, signo claro de que sí que el que se sentaba a aquella mesa manejaba en algún momento un ordenador.

Se agachó aún más, casi a ras de suelo y se dio la vuelta para revisar la pared. Enfocando la linterna hacia la misma vio varias tomas. La de electricidad, el de voz al que estaba conectado el teléfono y uno de datos que estaba vacío.

—“Aquí pasa algo raro” —se volvió a decir para sí mismo.

Volvió a darse la vuelta mirando en el sentido de la mesa y revisó los cajones. Encontró lo mismo que encima de la mesa. Papeles sin importancia.

Dándole vueltas en la cabeza en cuál iba a ser su siguiente paso y pensando en dirigirse hacia el despacho principal, se le ocurrió una idea. Sacó su portátil de la mochila y sacando un cable RJ-45, el estándar utilizado en conexiones de red, lo enchufó por un lado a su portátil y por el otro a la pared. No había ningún tipo de señal de enlace. No existía conectividad en aquel enchufe de datos.

—“¿Quién tiene una red de datos en una empresa del alta tecnología y no funciona?”.

Recogió el portátil y el cable de datos y metiéndolos en su mochila abandonó la habitación en dirección al despacho principal. Probó con cuidado la manija de la puerta y tampoco estaba cerrada.

Entró en la habitación. Era de dimensiones superiores a la del director técnico y con muebles más caros. Tenía una mesa como para unas diez personas y un par de armarios. Lo mismo que en el que había revisado anteriormente, en las estanterías solo había depositados libros y revistas. En este caso además de tipo técnico, también tenía revistas más generalistas de fotografía, informática y otras.

Se dirigió a la mesa que era también más grande que la del despacho anterior y nada. Solo el teléfono y ningún papel de interés. Ni encima de la mesa, ni en el interior de los cajones. Por ser meticuloso, se volvió hacia la pared y allí encontró la misma disposición de conexiones de electricidad y de datos. Repitió la operación de conexión de su portátil con el cable y lo mismo. Ningún tipo de conectividad a pesar del teclado y el ratón existentes de nuevo en un cajón de la mesa.

Dándole vueltas en la cabeza de cual podía ser la causa de aquello, llegó a la conclusión de que no era casualidad. Era estrategia. Habían decidido suprimir todo rastro de información relevante en los despachos. Era una medida interna de seguridad. Por eso no necesitaban medidas adicionales en torno al edificio.

Se dirigió con paso decidido pero en silencio y sin meter nada de ruido hacia el resto de los despachos. Iba leyendo las placas, buscando la del responsable de recursos humanos. Era la siguiente a la del director técnico.

Una vez más probó la manilla de la puerta. Esta vez sí se encontraba cerrada. Por lo visto ese despacho debía contener algún tipo de información que había que mantener más protegida.

Sacó su juego de ganzúas y en unos segundos estaba dentro de la habitación. Esta tenía un tamaño y disposición similar a la del director técnico, salvo que la parte inferior del armario en vez de estar compuesto de estanterías, tenía dos puertas cerradas con llave.

A pesar de ello el armario no era ni metálico ni revestía ningún componente de seguridad. Simplemente era un armario de madera cerrado. Le costó abrir la puerta del mismo, menos que la de la cerradura de la puerta. La abrió y esta vez sí encontró dentro información. Había unas guías metálicas en donde se encontraban alineadas verticalmente varias carpetillas de cartón. En la parte superior de cada una de las carpetillas había una pegatina con un nombre.

Abrió la primera de las carpetas y encontró informes y documentación sobre la persona cuyo nombre coincidía con el de la pegatina. Era información sobre el historial laboral completo y médico de aquella persona. Debía ser toda la documentación que el departamento de recursos humanos guardaba sobre cada uno de sus directivos.

Buscó entre las carpetillas y encontró el de Andrew Carter. Lo leyó en detalle y memorizó todo su contenido. Había estudiado en una universidad relevante y había pasado por diferentes empresas importantes.

Al final del informe técnico habían añadido una hoja suelta grapada manualmente. En dicha hoja se recogía que en la última empresa en la que había estado trabajando lo habían despedido, acusado de fraude a la compañía. Un tipo interesante.

Con su *smartphone* sacó varias fotografías. Del informe y de una ficha de personal en donde estaba su rostro y la dirección de su domicilio particular.

Recogió todos los papeles que había revisado y los depositó con cuidado en donde los había encontrado inicialmente, respetando el orden y posición de los mismos. Después volvió a cerrar el armario, teniendo mucho cuidado en cerrar las puertas del mismo.

Revisó la cerradura comprobando que no había dejado ninguna marca al abrirla con las ganzúas y la limpió cuidadosamente para que nadie sospechase que había sido manipulada. Después se dirigió a la puerta abandonando la habitación, no sin antes revisar también el estado de su cerradura.

Al avanzar por el pasillo dirigiéndose hacia la terraza, vislumbró que en el otro extremo estaban encendidas las luces de la escalera que conducían a esa planta y ruidos de que alguien subía por ella dirigiéndose hacia allí. Volviendo sus pasos hacia atrás se volvió a introducir en el despacho del director técnico, situándose detrás de la puerta.

Desde su posición escuchó como la persona que había subido iba recorriendo cada uno de los pasillos entrando en ellos y revisándolos uno a uno. Probablemente era uno de los guardias de seguridad del polígono haciendo una ronda de vigilancia. No había caído en ello.

Esperó sin producir ningún ruido a que le tocase el turno al despacho en donde se encontraba. Por el tiempo que había dedicado a la revisión de los despachos anteriores, parecía que se limitaba a entrar en los despachos, comprobar que las ventanas no estaban abiertas y que todo parecía encontrarse en un estado normal.

Cuando le llegó el turno al despacho en donde se encontraba Sergio, este deseó que su revisión no le hiciese traspasar la puerta y descubrirlo. No tenía nada contra aquella persona y no quería verse en la situación de tener que neutralizarlo. Sobre todo no quería dejar ningún rastro de que había estado en aquel lugar.

Hubo suerte. El guarda abrió la puerta, echó un vistazo rutinario desde la misma y se fue. En unos minutos revisó el resto de los despachos y abandonó la planta. Sergio esperó un rato más después de que el ruido de los pasos se perdiese en la distancia y fue entonces cuando abandono la habitación. Se desplazó por el pasillo viendo que las luces de las escaleras se encontraban

apagadas.

Subió las escaleras andando el mismo recorrido que había utilizado para su entrada. Cuando llegó a la terraza como en los casos anteriores, se preocupó porque la puerta quedase cerrada de la misma manera que como la había encontrado. Se dirigió hacia la zona del muro en donde el cable entraba en la terraza. Se sentó sobre el bordillo del mismo y se acercó cuidadosamente todo lo que pudo hasta el cable sin tocarlo.

Respiró profundamente y dio un pequeño salto. Separándose del muro se agarró al cable. Se desplazó por el mismo hasta salvar la verja que rodeaba a la empresa farmacéutica y cuando llegó a la altura de la torre se dio impulso y saltó hacia la misma. En unos segundos estaba en la calle dirigiéndose hacia su furgoneta.



Allí estaba. Después de introducir la dirección del domicilio de Andrew Carter y conducir durante aproximadamente una hora había llegado a su destino. A un par de manzanas estaba la casa de la persona que estaba buscando.

Se bajó del asiento y se dirigió a echar un vistazo. Era una urbanización elegante de clase media alta compuesta por chalets unifamiliares. A aquella hora de la noche no había nadie por las calles y no queriendo llamar la atención de algún vecino que no pudiese dormir intentó desplazarse por las zonas alejadas de las luces de las farolas.

Llegó a la casa de Andrew Carter y empezó a caminar con cuidado alrededor de la misma. No tenía perro y no se oía ningún ruido. Fue dando la vuelta revisando todos los accesos posibles a la misma. Era invierno, hacía frío en la calle y todas las ventanas se encontraban cerradas.

Volvió sobre sus pasos hasta la habitación que era la cocina. Había visto que no era muy grande y tenía la puerta interior cerrada, por lo que desde dentro de la casa el ruido al romper el cristal sonó con poca intensidad. Abrió el resto del cristal y se introdujo en el interior. Se desplazó de la cocina hacia las escaleras que subían a la primera planta y fue ascendiendo los escalones silenciosamente.

La casa estaba decorada de forma austera pero con muebles de calidad.

Por lo visto el directivo tenía un buen sueldo y se podía permitir muebles caros pensaba Sergio mientras alcanzaba el rellano de la primera planta.

Se detuvo y escuchó. En la segunda habitación contando desde donde se encontraba, se oían ronquidos. No escuchó ningún otro sonido. Según la ficha de personal que había leído, había estado casado pero ya hacía varios años que se había divorciado.

Se encaminó despacio hacia la habitación y entró silenciosamente en ella. El hombre se encontraba definitivamente solo y dormía plácidamente. Sergio se acercó la cabecera de la cama y observó durante unos segundos aquel rostro. El individuo que estaba a sus pies debía conocer el funcionamiento de *AccueHealth* y la trama que se estaba desplegando.

Se agachó y poniendo los dedos de su mano estirados, le propinó un golpe suave en la garganta con el canto. El hombre se despertó de inmediato con una respiración entrecortada intentando introducir aire en sus pulmones. Sergio le agarró del brazo derecho y lo giró sin contemplaciones contra el colchón mientras se sentaba encima inmovilizándolo con su peso. Le agarró el otro brazo y con una brida de plástico que extrajo de su bolsillo le inmovilizó ambas manos.

A continuación y desplazándose a lo largo del cuerpo del hombre tendido continuando ejerciendo presión con su peso, con otra brida le ató ambos tobillos. El hombre que había conseguido recuperar en parte su respiración, mostraba en su cara una tremenda sorpresa y le habló entrecortadamente.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

—Tranquilo. Ahora te lo cuento.

Y cogiéndolo de los pelos, lo arrastró fuera de la cama y lo tiró al suelo. El hombre estaba aterrorizado viendo aquel hombre de pie encima suya cubierto con un pasamontañas y que lo había reducido en cuestión de segundos.

—¿Quién te envía? —le preguntó con un tono de voz que reflejaba el miedo que sentía y que intentaba dominar.

—No sé. Dímelo tú —le respondió Sergio en un frío tono acerado.

El hombre en el suelo se calló y no dijo una sola palabra más, esperando que su captor diese el primer paso.

—Te voy a hacer una serie de preguntas y quiero que me las contestes sin

vacilar. No tengo ni paciencia, ni tiempo que perder —le dijo Sergio en un tono amenazador—. Todo el tiempo que me hagas perder se traducirá en tiempo de dolor para ti.

Por lo visto el director técnico de *AccueHealth*, estaba pensando en comprobar si las amenazas de Sergio eran fundadas o simples bravuconadas. No se había percatado que no era ni la persona, ni el lugar adecuado. No era un simple ladrón que se hubiese colado en su hogar. Era un experto en artes marciales al que habían asesinado a la persona que más quería.

El cuerpo del ser humano está repleto de nervios que lo recorren por todos sus miembros. Un experto en artes marciales de la misma manera que un experto en acupuntura no necesita de ningún mecanismo, herramienta o artefacto para producir dolor. Solo necesita pulsar en determinados puntos del cuerpo para producir una inmenso agonía.

Sergio se agachó y replegando los dedos de su mano introdujo el nudillo de su dedo corazón entre los metatarsos de la cara superior del pie. El hombre atado lanzó un grito de dolor.

—Te he dicho que el tiempo que pierdas se traducirá en dolor. ¿Qué estáis fabricando en *AccueHealth*?

—Lo mismo que en cualquier empresa farmacéutica. ¿Qué vamos a fabricar? Medicamentos —le respondió el chillando.

—¿Qué tipo de medicamentos son los que mataron a varias personas en el *Gautrain* de Sudáfrica?

El hombre a sus pies volvió a callarse, pero esta vez se reflejó en su rostro un nuevo tipo de miedo. La persona que lo había inmovilizado no era un simple ladrón. Aquella persona sabía cosas que solo tres personas de su organización conocían. Su jefe, el asesino que habían contratado y él mismo. Solo podía ser el asesino que quería conocer más sobre lo que estaba pasando para pedir más dinero.

—¿Por qué haces esto? ¿No tienes suficiente con lo que el señor Haseng te ha pagado?

Sergio recordó que Greg Haseng era el nombre que había visto en la puerta del despacho principal. Era el presidente de *AccueHealth* y probable responsable de la trama en la que se había visto envuelta su amada Yoko. Aquel hombre lo había confundido con el asesino que habían contratado. Por

el miedo que vio en su casa decidió no sacarlo de su error y aprovecharse de la situación.

—Él me está pagando bien. Lo que no me siento es seguro con los productos que estoy manipulando. No sé cómo funcionan y eso me preocupa profundamente. No sé si suponen una amenaza real para mí, ni que riesgos corro. Quiero que me lo cuentes todo para seguir pudiendo prestar mis servicios con eficacia y sin ningún tipo de temor por mi parte. Así trabajaré más tranquilo y de forma más eficiente. No tengo mucha paciencia, así que respóndame rápido. ¿Qué características especiales tiene el virus que estáis fabricando?

Pensando ahora que el hombre que estaba de pie sobre él y que lo tenía totalmente a su merced era un asesino despiadado y que su vida para él no tenía ningún valor empezó a hablar entrecortadamente.

—Hace unos meses, nuestro departamento de investigación y desarrollo estaba realizando experimentos con una vacuna contra enfermedades infecciosas que posicionase mejor a nuestra empresa en el mercado, cuando por un error modificamos uno de los virus para los que queríamos encontrar la curación. En el transcurso del experimento vimos como el hombre que había cometido el error moría por el virus que había manipulado pero para nuestra sorpresa, el resto no se vieron afectados.

—¡Sigue! —le apremió Sergio aprovechándose de que aquel hombre le había confundido con el asesino.

—Después de repasar una y mil veces todo el experimento de arriba abajo, lo único que descubrimos fue que la persona que había manipulado el virus era de una raza diferente al resto de los que lo rodeaban. Seguimos por esa vía de investigación y a los meses manipulando el virus a base de combinarlo con las instrucciones genéticas características extraídas del ADN que caracteriza a una determinada raza, logramos conseguir ser capaces de generar familias de virus que solo afectasen a la raza de la que habíamos utilizado el ADN.

—Habíais conseguido un virus altamente mortal y totalmente selectivo — exclamó Sergio sorprendido.

—Exacto. Podíamos ser capaces de elegir a que raza atacar con nuestros virus.

—Los objetivos que me encargasteis, tenían la misión de probar la efectividad de vuestro descubrimiento.

—Eso es. El señor Haseng se encargó el mismo de hacer la selección de tus blancos.

—¿En base a qué?

—No lo sé. Nunca me lo dijo y nunca me atreví a preguntárselo. Me pareció que tocar el tema era muy peligroso.

—¿Por qué utilizasteis personas normales? ¿Por qué no seguisteis el procedimiento normal para este tipo de descubrimientos de trabajar primero con animales?

—Al principio cuando hicimos las primeras pruebas, pensamos hacerlo, pero un día estando el señor Haseng visitando el laboratorio y estando entre nuestros técnicos, uno de ellos dijo que los terroristas de todo el mundo pagarían una fortuna por tener aquel virus entre sus armas.

—¿Y?

—El señor Haseng no dijo nada, pero a los pocos días te contrató a ti y empezaron las pruebas que él consideró de campo. Le parecieron suficientemente buenas y tenía prisa por hacerse rico. No quería esperar. Soy la única persona de la empresa además del presidente que estoy al corriente de lo que está pasando.

—¿Cuál va a ser mi siguiente trabajo? —preguntó Sergio con voz fría y neutra.

Se hizo un profundo e incómodo silencio entre los dos hombres. El hombre del suelo se estaba debatiendo entre responder o no a aquella pregunta. Sergio se agachó y acercó el nudillo al pie del hombre. Este se apresuró a responder.

—No lo haga. No lo haga. Me temo que el señor Haseng no va a necesitar más de sus servicios. Por lo menos no creo que lo haga de momento.

—¿Por qué?

—Porque los experimentos han sido lo suficientemente satisfactorios como para que el señor Haseng se haya decidido a no esperar más para pasar a venderlo.

—¿A quién?

—A terroristas. Aquello que aquel técnico mencionó en el laboratorio se va a convertir en triste realidad. Me temo que la gran cantidad de dinero que

están dispuestos a pagar esos grupos terroristas ha hecho al señor Haseng muy codicioso. Hace unos meses no podía pegar ojo pensando que *AccueHealth* estaba al borde de la bancarrota y que se la iban a quedar los bancos. Vio en el nuevo virus la forma de salir de esa situación y amasar una gran fortuna.

—¿Cómo funciona el proceso de fabricación?

Durante unos segundos el especialista farmacéutico, compuso en su rostro un gesto despectivo. ¿Para qué quería un asesino conocer el complicado método de fabricación de la empresa? Después viendo la mirada que le estaban lanzado aquellos fríos ojos decidió responder aunque fuese de una manera sencilla y entendible para aquel sujeto.

—Fabricamos el virus combinando los diferentes componentes que lo forman de manera similar a otros fármacos que generamos en nuestra planta. No nos ha sido necesario invertir en nuevas máquinas. Con las que teníamos nos ha sido suficiente.

—¿Los componentes a utilizar son caros?

—No especialmente. Hasta en eso tuvimos suerte. La mayoría de ellos también los teníamos disponibles en nuestros almacenes y los utilizamos habitualmente para fabricar otros productos.

—¿Cómo pensáis automatizar el proceso de generar el virus selectivo que ataque solo a una determinada etnia?

—Estamos creando una base de datos central en nuestros servidores con la información genética del ADN que caracteriza a las diferentes razas existentes en el mundo. Pensamos que tenemos catalogada actualmente un ochenta por ciento de las etnias existentes. Dentro de los datos asociados a la etnia hemos recopilado el lugar de residencia, número estimado de población, hábitos principales, etnias amigas y etnias enemigas.

—Vaya. ¡Un trabajo completo! —exclamó Sergio irónico.

A su vez hemos automatizado el sistema de fabricación de tal forma que introduciendo en el sistema informático la etnia para la cual queremos generar el virus, nuestras máquinas combinan de manera automática los productos necesarios tomándolos desde un dispensador colocado a lo largo de la cadena de producción.

—¿Qué capacidad de producción tenéis ahora mismo?

—Una ampolla de gas por turno. Ahora estamos trabajando a un solo turno,

pero esperamos doblar la producción a lo largo de la próxima semana.

—¿Cuál es el alcance normal de una de esas ampollas?

—En una zona relativamente despejada afecta a todo el personal situado a unos cincuenta metros a la redonda.

—¿Cómo de infeccioso es el virus?

—Desde que se hace explotar la ampolla, durante las dos siguientes horas es muy contagioso y cualquier persona de la misma etnia que esté en contacto con uno de los infectados, a su vez se infectará. A partir de las dos horas ya no es contagioso. A partir de entonces solo sigue haciendo su trabajo dentro de las personas en las que se ha logrado introducir. Ya no se propaga.

—¿Cómo ha conseguido esconder su descubrimiento? Las empresas farmacéuticas en este país sufren auditorias periódicas por parte del personal del departamento de Sanidad del gobierno para conocer cuáles son los productos que están desarrollando y fabricando. Según tengo entendido suelen ser muy exhaustivas y el personal muy profesional y meticuloso.

—El señor Haseng conoce a algún alto cargo del gobierno al que ha estado sobornando para conseguir evitarlas. Hemos podido trabajar sin ningún tipo de problemas.

—¿Cuándo se hará la primera venta?

—Hoy a las diez de la mañana.

—Solo faltan unas horas —exclamó Sergio preocupado—. ¿En dónde se realizará?

—En el edificio de nuestras oficinas principales. En el despacho del señor Haseng.

—¿A quién se lo va a vender?

—A cuatro grupos terroristas que ha seleccionado de diferentes lugares del mundo. Así tendremos más información sobre su efectividad.

—¿No le ha parecido peligroso el juntar a cuatro grupos terroristas en las mismas instalaciones a la vez?

—El señor Haseng los ha seleccionado porque a pesar de estar ubicados en diferentes continentes tienen las mismas doctrinas y se conocen entre ellos. En algún caso incluso han realizado misiones conjuntas.

—Vaya. ¡Sí que habéis planificado en detalle la reunión de venta!

Sergio se quedó callado durante unos segundos pensando en las

implicaciones de lo que acababa de escuchar de boca de aquel miserable. El responsable final de la muerte de Yoko estaba lo suficientemente loco para vender un virus mortal que habían desarrollado a diferentes grupos terroristas. Tenía que detenerlo como fuera si quería evitar que se produjesen masacres en diversos puntos del mundo.

—¿Por qué no hay ningún informe técnico relativo a las operaciones que realizáis en la empresa en vuestras oficinas centrales? ¿Por qué tampoco hay ningún ordenador en ellas?

—Con el descubrimiento del virus el jefe se ha vuelto paranoico con respecto a toda la documentación relativa al descubrimiento y por extensión al resto de los datos de la empresa. No manejamos papel y al acabar la jornada laboral todos los directivos nos llevamos nuestro portátil a casa.

—¿Por qué la red de datos tampoco funciona?

—Porque se desconecta cuando abandonamos la oficina para que nadie acceda desde ella a los servidores que tenemos en nuestra planta de producción.

Sergio echó un vistazo al resto de la habitación y descubrió en una de las esquinas de la misma el maletín de un portátil. Señalándolo con el dedo, le preguntó al director técnico.

—Es un portátil personal o el de la empresa. No se te ocurra mentirme.

—Es el de la empresa.

Sergio se acercó el maletín. Era el típico de ejecutivo para proteger el portátil de golpes al transportarlo. Sacó el portátil y lo encendió, apareciendo una pantalla en la que se le solicitaba una contraseña.

—¿La clave?

—J25×34_PSt —respondió el hombre con aire de derrotado.

Sergio la introdujo en el teclado y a los pocos segundos, el programa que solicitaba la contraseña desapareció, dando paso a una pantalla diáfana en donde se veían varias carpetas y documentos. Viendo que tenía libre acceso a toda la documentación del portátil, le preguntó.

—¿La misma contraseña permite el acceso a la red de servidores de la empresa?

—Si es la misma —respondió él.

—¿Qué ropa sueles llevar más frecuentemente cuando vas a la oficina?

—¿Qué? —le preguntó a su vez él extrañado.

—Que ¿qué ropa sueles llevar más frecuentemente a la oficina? ¿Con cuál es más fácil que la gente piense que eres tú?

—Ahora en invierno con esos pantalones y ese jersey que tenía preparados para hoy —dijo señalando un conjunto de ropa que estaba limpia y ordenada en una silla cercana—. El señor Haseng me dijo ayer que no quería que participase en la reunión con los grupos terroristas, pero que estuviese en mi despacho por si necesitaba consultarme alguna cosa.

—¿Tenéis algún sistema de fichajes que registre vuestra entrada en la empresa?

—Sí. Es un sistema de tarjetas por radiofrecuencia que está instalado en la entrada principal. Acercas la tarjeta a unos centímetros del sistema lector y la puerta se abre. Es un sistema de seguridad sencillo para que nadie se cuele en la empresa.

—¿Tenéis algún guardia de seguridad vigilando la entrada de la empresa?

—No. Ni siquiera tenemos recepción a la entrada. Hay una administrativa en la primera planta que ejerce de secretaria de dirección que controla un videoportero. Cuando una persona llama a la puerta, la administrativa ve quien es, pregunta que quiere y si es necesario le abre la puerta desde su puesto de trabajo y baja a atenderle. Normalmente no recibimos muchas visitas por lo que para la gestión diaria de nuestra empresa es más que suficiente.

Aquello coincidía plenamente lo que Sergio había vivido aquella mañana al ir a entregar el paquete.

—¿Dónde está la tarjeta que abre la puerta de la entrada? —le preguntó Sergio.

—¿Para qué quieres mi tarjeta? —le preguntó alarmado el hombre maniatado.

—Voy a repetir la visita a vuestras instalaciones, pero esta vez por la puerta principal.

—¿Con el frío que hace estos días que abrigo llevas? —le volvió a preguntar Sergio.

—El gris que está colgado en esa percha —dijo señalando un plumífero junto a la entrada de la habitación.

Sergio apagó el sistema y metió el ordenador portátil en su propia

mochila. Luego se quitó su jersey y se puso el que el hombre pensaba utilizar para ir a trabajar. Eran aproximadamente de la misma altura, pero mientras que Sergio tenía un cuerpo atlético el director técnico estaba gordo. El jersey le quedaba bastante holgado pero lo podía disimular.

Arrastró al hombre hasta el radiador y con un par de bridas más lo inmovilizó contra la pared.

—¡Suélteme! ¡Suélteme! —chilló el hombre aterrado—. ¿Qué va a hacer?

—Impedir que fastidies mis planes.

Cogió una camisa de encima de una silla, arrancó una manga y la utilizó como mordaza. Después se agachó y poniendo sus ojos a escasos centímetros de los del hombre maniatado, le dijo con un voz fría y desprovista de toda humanidad.

—Si consigues desatarte e intentas estropear lo que voy a hacer en las próximas horas, volveré y desearas no haberme conocido.

Y mientras abandonaba aquella estancia recogió el abrigo gris de la percha en la que se encontraba.

15. Negociando con la muerte

Auckland. Viernes 19, Junio 2015

Sergio volvió caminando de prisa hacia su furgoneta, la puso en marcha y recuperando del historial de destinos la dirección de la empresa farmacéutica se dirigió hacia allí a la máxima velocidad permitida por las señales que se encontró a su paso.

Eran las cinco y media de la mañana y esperaba llegar antes al edificio que el resto del personal. Como eran las oficinas y no la planta de fabricación probablemente el personal no entrase antes de las ocho de la mañana.

Estaba amaneciendo y el tráfico en los alrededores de Auckland se fue incrementado. Cuando llegó al polígono cuya disposición empezaba a conocer, se dirigió a donde había aparcado esa misma noche su vehículo. Seguía habiendo furgonetas y era un buen lugar para pasar desapercibido.

Se dirigió caminando hacia la empresa y vio que el aparcamiento de *AccueHealth* estaba vacío a excepción de un coche. En todas las empresas había una persona madrugadora.

Llevaba puesto el abrigo gris que había cogido de la casa del director técnico. En aquella fría mañana de invierno, el hecho de que llevase los cuellos subidos por la cara para paliar el frío, sería totalmente normal para cualquiera que lo viese.

Con paso decidido se dirigió hacia el edificio. Las puertas metálicas de las verjas estaban abiertas. Las atravesó y se dirigió con paso firme hacia la puerta principal con la cabeza agachada sobre el pecho, las manos en los

bolsillos y con el cuerpo encogido dentro del abrigo como si estuviese helado de frío. Con la postura que llevaba caminando, las cámaras de videovigilancia no serían capaces de grabar una imagen clara de su rostro. Nadie lo reconocería.

Llegó a la puerta principal y sacando del bolsillo la tarjeta que llevaba preparada en la mano, la acercó al sistema de acceso. La cerradura de la puerta se abrió automáticamente y empujándola firmemente se introdujo en el local. Miró si la persona de la empresa que había aparcado fuera se encontraba en las inmediaciones. No vio a nadie.

Con muchas precauciones se encaminó a la primera planta. Cuando llegó al rellano, echó otro vistazo. Uno de los despachos tenía la puerta entreabierta. Si no recordaba mal, era el que pertenecía a la directora de *marketing*.

Evitando hacer ningún ruido al caminar cruzó el pasillo girando el cuerpo a la altura de la puerta entreabierta con el fin de que si en esos momentos la persona que ocupaba el despacho estaba mirando no viese que era un extraño.

Afortunadamente para él o la directora de *marketing* estaba muy centrada en su trabajo o no se llevaba muy bien con el director técnico ya que al pasar junto a su puerta, ni llamó su atención para darle el alto, ni le saludó.

Se dirigió al despacho de la persona que estaba suplantando y cerró la puerta tras entrar en la estancia. Dejó el abrigo en el perchero de al lado de la puerta y se dirigió a sentarse en la silla de detrás del escritorio. Miró la hora en su *smartphone* y se dispuso a esperar a la hora de la reunión.



Durante la última hora había oído leves sonidos aislados, que debían corresponderse con las incorporaciones de los diferentes ejecutivos a sus puestos de trabajo, pero en esos momentos los sonidos se correspondían con un conjunto de personas entrando a la vez. Eran cerca de las diez de la mañana por lo que se debía corresponder con las personas que acudían a la reunión.

Sergio pensó en la de problemas que se podían evitar si se encerrasen en una cárcel a las personas que estaban subiendo en esos momentos por las escaleras. Por unos momentos pensó en enfrentarse a ellos, pero ni iba armado para la ocasión, ni era el motivo que lo había llevado allí.

Ellos probablemente tampoco iban armados debido a que las medidas de

control de los aeropuertos de Nueva Zelanda eran muy exhaustivas y no habían venido ni a un país enemigo, ni a llevar a cabo ninguna misión terrorista. Pero a pesar de la tentación no sabía ni cuántos eran ni en que se estaba metiendo.

Además su misión era vengar a Yoko. Si intentaba detener a aquellos terroristas y no lo lograba, quedaría al descubierto sin terminar su misión. Y eso no era admisible.

Se levantó de la silla y se situó detrás de la puerta del despacho justo a tiempo. Cuando pasaron junto a su puerta una de las personas del grupo abrió y echó un rápido vistazo. No viendo a nadie volvió a cerrar la puerta mientras decía:

—Mira que le ordené a Andrew que estuviese aquí por si necesitaba su ayuda... —mencionó la persona que había abierto la puerta en voz baja y para sí misma.

Sergio tuvo que hacer un inmenso esfuerzo de voluntad para no atacar a aquella persona. Por la frase y el tono empleado era la voz del presidente y por tanto el responsable máximo de la muerte de Yoko. Y estaba solo a dos pasos suya. Esa voz no la olvidaría fácilmente.

Una de las paredes del despacho en donde se encontraba Sergio daba a la sala del presidente por lo que se acercó al tabique, puso junto a él su oreja y se dispuso a escuchar la reunión que allí dentro tenía lugar.

En su mochila llevaba un dispositivo electrónico para poder escuchar a través de esa pared sin problemas, pero con el tono alto en que hablaban no lo necesitaba. La voz que había oído antes dirigía la reunión.

—Les mostraré en esa pantalla los efectos del virus que mi empresa ha desarrollado para ustedes.

Y durante los veinte minutos siguientes por las explicaciones que dio les estuvo demostrando la capacidad destructiva de aquel virus, sus características y sus mortales efectos. Para terminar, les mostró las pruebas obtenidas en los asesinatos de Sudáfrica y en la India.

Sergio oía a través de la pared las muestras de entusiasmo de los allí reunidos con los efectos del virus.

—“¡Qué asco de gente!” —pensó para sus adentros—. “Están disfrutando de las matanzas que van a cometer cuando tengan en su poder los virus”.

Siguió escuchando a través de la pared y en aquellos momentos el

presidente de la compañía farmacéutica estaba poniendo precio a la muerte de muchas personas.

—Señores. Cada vial tiene un precio de un millón de dólares americanos. Ustedes dirán —dijo el presidente de *AccueHealth*.

—Yo quiero cuatro —se oyó decir a una voz.

—Yo, otros cuatro —se oyó a otra.

—Yo, tres —dijo una tercera.

—Yo, también cuatro —dijo el último de los terroristas.

—Ahora señores vamos a llevar a cabo la operativa que les comenté antes de venir aquí. En este ordenador que he preparado a la cabecera de esta mesa tienen una pantalla donde introducir la información relativa a nuestras transacciones. En la parte de arriba de la pantalla pueden realizar la transferencia de dinero a mi cuenta introduciendo la cuenta y las claves oportunas. En la parte inferior pueden introducir el número de viales que hemos acordado y la etnia para la que quieren que preparemos el virus.

A través de la pared Sergio escuchó como uno a uno, los terroristas se iban levantando de sus sillas, se sentaban al teclado del ordenador, introducían los datos solicitados para preparar su encargo y volvían acto seguido a su asiento inicial.

A un par de metros de donde se encontraba se estaba gestando futuros crímenes contra la humanidad y allí estaba él siendo testigo de aquello, pero sin hacer nada para evitarlo. Ya tenía toda la información que necesitaba para vengarse: el método por el que habían matado a Yoko y el responsable de haber encargado su muerte. Pero todavía no conocía el motivo... y lo necesitaba. Quería tener a aquel miserable en su poder y preguntarle porque había terminado con la vida de Yoko.

“¿Cómo podía vengarse y a la vez neutralizar aquel complot de terroristas?” —se preguntó dándole vueltas en su cabeza de forma intensa al problema.

De repente se le ocurrió que podía haber una posibilidad. Sacó el portátil del director técnico de su mochila y lo enchufó al conector de red de la pared. Cuando lo puso en marcha esta vez la luz de la tarjeta del portátil se encendió indicando que tenía conectividad. Tecleó rápidamente la clave que le había extraído durante el interrogatorio en la pantalla al director técnico de aquella

empresa y... funcionó. Estaba dentro de la red de servidores de la compañía. Como suplantador de la personalidad de Andrew Carter tenía derechos para entrar en todas las aplicaciones.

Al cabo de unos minutos pudo llevar a cabo la idea que se le había ocurrido. Acto seguido recogió el portátil dispuesto a largarse rápidamente de aquel edificio. Escuchó a través de la pared como las personas del otro lado estaban celebrando su transacción económica. Se escuchaba el entrecuchar de las copas.

Nada más le retenía en aquel lugar por lo que decidió que ya era hora de marcharse. Entreabrió la puerta y no viendo a nadie en el pasillo, salió y se dirigió hacia las escaleras. Cuando estaba en la planta baja y a punto de cruzar la puerta de salida del edificio, se le acabó la suerte.

Un hombre alto y musculoso atravesaba en esos momentos la puerta del edificio, andando en su misma dirección y al verle con la ropa que llevaba lo confundió inicialmente con el director técnico.

—Hola Andrew. ¿Tienes unos minutos? Necesitaba comentarte un par de cosas.

Sergio nada más verle había girado su cuerpo con la intención de que no le viese la cara y siguió caminando ignorándole.

—¡Eh Andrew! ¡No seas así! ¡Hazme caso! —exclamó al pasar su supuesto amigo a su lado.

Aquella persona debía tener bastante confianza con el director técnico porque le agarró el brazo con la intención de darle la vuelta y quedarse enfrente de él. Al hacerlo giró parcialmente el cuerpo de Sergio y le vio más de cerca el rostro.

—¡Eh tú no eres Andrew! —Exclamó sorprendido—. ¿Por qué llevas su ropa? ¿Quién eres?

Sergio se soltó del agarre de aquel hombre y se dirigió corriendo hacia la salida. Fue un error. No había querido neutralizar a aquel individuo por si era inocente y ahora aquel hombre en vez de quedarse quieto, le estaba persiguiendo.

—¡Deténgase! ¿Quién es? ¿Dónde está Andrew? —chillaba mientras corría detrás de él.

Sergio hubiese escapado de aquel hombre sin problemas en otras

circunstancias, pero al salir al patio se encontró frontalmente con los vehículos que habían llevado hasta allí a los terroristas y a sus guardaespaldas. Eran grandes monovolúmenes negros que ocupaban casi todo el patio.

Al ver a un hombre corriendo hacia ellos y a otro detrás gritando que se detuviese, todas las alarmas se despertaron en sus cerebros y vieron a la persona que se dirigía hacia ellos como una amenaza. Se dispusieron a interceptarlo.

En su carrera Sergio contó a tres hombres que se disponían a detenerlo más uno a sus espaldas. Le extrañó que solo fuesen tres, el cuarto debía encontrarse dentro del edificio. Se dirigió corriendo hacia el lado derecho de donde se encontraban los guardaespaldas y mientras ellos se dirigían hacia él, en el último momento giró a la izquierda esquivando a dos de ellos y propinando una patada en la rodilla al que estaba más cerca de echarle un guante.

Tenía libre la ruta de huida. A correr no le iban a superar. Al pasar rozando la parte de atrás de la última de las monovolúmenes, notó que algo le rasgaba la pierna. Por el impacto del corte recibido, tropezó y salió rodando por el suelo. Gracias a su adiestramiento dio un giro sobre sí mismo y volvió a situarse de pie mientras se encaraba a aquello que le había atacado.

No lo había visto. Era el cuarto guardaespaldas que había estado fumando sentado, oculto detrás de la monovolumen y vigilando la verja de acceso. Al oír los gritos del hombre y de sus colegas había seguido agachado y escondido mientras extraía un cuchillo de su pantalón y se disponía a neutralizar a aquella persona que huía. Era un sádico y se le había ocurrido que iba a ser más divertido atraparle vivo para interrogarlo después. Había utilizado el cuchillo para rasgar el muslo de Sergio cuando este pasaba a su lado a la carrera.

El corpulento guardaespaldas se había puesto a su vez de pie para enfrentarse a Sergio. Una cruel sonrisa apareció en su feo rostro picado de marcas de viruela.

—¿Qué tal corres ahora? —le preguntó mientras sonreía moviendo un cuchillo de quince centímetros de hoja delante suya.

Sergio pensó rápidamente. El corte sangraba bastante. Ya no podía salir

corriendo. Le atraparían antes de llegar a la furgoneta y además perdería mucha sangre si no se hacía rápido un torniquete. Aunque eran cuatro contra él, cinco si el musculoso amigo de Andrew decidía ayudarles, su única opción pasaba por enfrentarse a ellos y eliminarlos rápidamente. Si los hombres de dentro del edificio salían a ayudarles estaba definitivamente perdido.

Por unos instantes, se le pasó por la cabeza el que aquellos guardaespaldas fuesen demasiado para él y lo hiciesen preso. Más que lo que le pudiesen hacer, se le vino a la cabeza el haberle fracasado a Yoko. Eso no podría soportarlo.

No podía haber misericordia, tenía que ser letal. Esbozando a su vez una sonrisa, dejó su mochila en el suelo y se dirigió cojeando al asesino que le amenazaba con el cuchillo.

—¡Nenaza! Una niña de ocho años me hubiese clavado el cuchillo con más fuerza —le espetó Sergio despectivo provocándole.

El asesino confiando en su habilidad con el cuchillo, pensando que aquel joven estaba a su merced y queriendo llevarse todos los méritos delante de su jefe se abalanzó rápido sobre él, atacándole con el cuchillo.

Sergio giró, esquivando con agilidad aquel brazo mientras el cuchillo pasaba rozando su pecho. Pasó su brazo encogido por encima del arma y propinó un brutal golpe con el codo en la tráquea de su enemigo. Se oyó el crujido del hueso al romperse.

Mientras el hombre caía entre estertores, sujetándose el cuello, le arrebató el cuchillo y se dirigió hacia los tres guardaespaldas que se abalanzaban a su vez sobre él. Sus ganas de reducirlo hicieron que fuesen menos efectivos al no trabajar en equipo y echarse en tropel sobre él.

Sergio giró de nuevo y agarró el brazo de uno de los guardaespaldas por la manga de su abrigo. Aplicándole una técnica de Aikido retorció el brazo y proyectó al hombre por encima suya contra una de las monovolúmenes. Se oyó el crujido del codo al romperse y el brutal impacto de la cara del hombre contra el acero del lateral del vehículo.

Con otro nuevo giro penetró las defensas del tercer hombre y le clavó el cuchillo en el abdomen. Antes de sacarlo lo giró como en un ritual de harakiri. El hombre cayó agarrándose las tripas.

La habitual frialdad mental que regía su cerebro durante el combate le

había abandonado. La furia y el odio hacia aquellos hombres, sicarios de los responsables en cierta medida de la muerte de Yoko regían sus movimientos. No era dueño de sí.

El cuarto guardaespaldas debió ver su muerte en los ojos de aquel hombre que había eliminado en segundos a tres de sus compañeros. Se dio la vuelta y se dirigió corriendo hacia el edificio en busca de refuerzos.

Sergio no podía permitírselo. La pérdida de sangre le estaba afectando. No podría aguantar mucho más y menos frente a varios enemigos. Cogió el cuchillo por la punta y lo lanzó con fuerza hacia el que huía.

El arma era el cuchillo de un asesino y estaba tremendamente afilada. Penetró profundamente en su espalda a la altura del corazón parando en seco su carrera. Cayó al suelo y se quedó quieto en segundos.

Solo quedaba el amigo de Andrew, pero a pesar de su tamaño y musculatura, solo era el ejecutivo de una empresa, no un hombre de acción. Al empezar la pelea se había quedado cerca de la puerta de entrada contemplando aquella increíble escena. Viendo aquellos cadáveres a sus pies se refugió en el interior del edificio, con la intención de llamar al servicio de seguridad del polígono y a la policía.

Sergio desistió de ir en busca de su furgoneta. Estaba demasiado lejos. Se quitó el cinturón del pantalón y se hizo un torniquete en la parte superior del muslo. Cogió su mochila del suelo, se introdujo en una de las monovolumen y salió a toda velocidad de allí.

16. Venganza final

Nueva Zelanda. Sábado 4, Julio 2015

Los dos hombres que ocupaban el enorme salón de aquella mansión estaban disfrutando de lo lindo. Cada uno con una copa de *brandy* en la mano estaban pagadas de sí mismos.

Eran dos personas: una con dinero aunque no muy rica y la otra poderosa pero sin dinero. Aquello iba a cambiar. Gracias a su éxito en el plan que habían desarrollado con tanto esmero y tanta cruel frialdad durante los últimos meses, en breve iban a pasar ambos a ser ricos y poderosos.

—¡Te dije que nos forraríamos! —dijo riendo a carcajada limpia uno de ellos.

Era el más alto, bien parecido y en mejor forma física. De unos cuarenta y cinco años de edad, estaba apoyado en uno de los estantes de un gran armario de madera que cubría una amplia pared.

—Sí Greg. Al principio cuando me constaste tu idea pensé que estabas loco —comentó riéndose también su visitante—. Por cierto hacía tiempo que no estaba en esta villa, al borde del mar. Es una auténtica maravilla.

—Ahora quizás te compres la tuya propia —añadió Greg sin parar de reírse.

Su acompañante estaba sentado en un cómodo sofá. Era el contrapunto al anterior. Estaba gordo, era calvo y daba la pinta de no privarse de ningún tipo de comida y bebida.

—Me parece normal que lo pienses. El día que mi director técnico, me

dijo lo que mis técnicos habían descubierto, no me lo creí. Estaba tan sorprendido que no reaccionaba.

—Si cuando viniste a verme, todavía se te notaba.

—Durante unos días estuve pensando si lo debíamos publicar en revistas especializadas y hacerme famoso para la ciencia. Estuve hasta pensando en que gracias a nuestro descubrimiento podía conseguir el premio Nobel.

—¡Estúpido altruismo! —dijo el personaje del sofá, con un gesto de desprecio.

—Sí. Estúpido altruismo. Menos más que gracias a lo mal que le estaba yendo económicamente en los últimos tiempos a mi empresa, recapacité y busque un nuevo camino para utilizar el descubrimiento que habíamos realizado.

—Si menos mal —repitió el del sofá, no parándose de reír a carcajada limpia—. Reaccionaste a tiempo. ¿Cuánto crees que vamos a ganar?

—En este mes unos cuarenta millones de dólares y solo serán los primeros. Cuando nuestros clientes lo prueben se convertirá en una droga para ellos y todos los meses querrán venir a por más ampollas.

—¿Has tomado medidas de seguridad? ¿No se volverán contra ti?

—No. No te preocupes. Los drogadictos no se vuelven contra sus camellos —dijo el alto y guapo.

Hablaba con seguridad en su tono de voz mientras ponía su espalda contra el mueble de madera, apoyando sus codos en los estantes de la misma.

—Sí. Pero esto no son simples drogadictos de ciudad. Son gente muy peligrosa.

—Como te he comentado no tienes de que preocuparte. He tomado mis medidas.

—Bueno, pues entonces brindemos por nosotros.

—Eso me parece una buena idea.

Cuando ambos levantaron en alto las copas para brindar, oyeron algo silbando, mientras notaban que un objeto algo pasaba volando a alta velocidad entre ellos.

—¡Ahh! —gritó Greg de dolor, mirando atónito el mástil de la flecha que le clavaba el antebrazo al armario de madera.

—¡Ahh! —gritó el hombre del sofá con otra flecha clavada en el estómago.

Vieron como un hombre con una careta en la cara entraba despacio por la puerta abierta del salón al jardín a través de la cual había lanzado las dos flechas. Se acercó despacio al sofá en donde el gordo se encogía de dolor agarrado al mástil que sobresalía de su cuerpo, mientras sangraba profusamente. A pesar de ello, la ira se mezcló con la prepotencia y a pesar del dolor consiguió exclamar entre dientes.

—¡Maldito! ¿No sabes quién soy yo?

—No te va a servir de mucho el que yo sepa QUIÉN ERAS —dejando claro que no iba a sobrevivir a aquel disparo.

Sergio se acercó a Greg y le miró fijamente a la cara a través de aquella careta.

—¿Quién eres? Esa cara... —dijo el hombre debatiéndose entre el dolor de la flecha clavada y el reconocimiento del rostro de la careta que portaba aquel hombre—. Esa cara... Es Yoko Yoshida. ¿Quién eres?

—No te debiera importar quién soy, si no que quiero —dijo Sergio detrás de la máscara.

—¿Qué quieres?

—¡Ayudadme! —dijo el hombre del sofá arrastrando las letras mientras intentaba inútilmente parar la sangre que escapaba de su cuerpo entre sus dedos—. ¡Ayudadme!

—¿Sabes a quién has disparado? —le preguntó Greg chillando para intentar olvidar el dolor—. ¡Ayúdame! Si se muere, el gobierno de Nueva Zelanda te perseguirá toda tu vida. Es un alto cargo y estas cosas no se perdonan. Lo considerarán un crimen de estado que no estarán dispuestos a perdonar. El resto de gobiernos del mundo les prestarán todo tipo de ayuda. No tendrás donde escapar.

—¿Me ves preocupado? —le preguntó Sergio con un tono acerado en la voz—. ¿A quién van a buscar? ¿A un hombre que dispara flechas que llevaba puesta una careta de una japonesa muerta? ¿Y quién se lo va a contar? ¿Ese alto cargo del sofá al que le quedan unos minutos de vida? He venido a vengarme y a por información. Él ha pagado mi venganza. Tú me darás la información.

—¿Y si no lo hago?

Mientras intentaba sobreponerse al dolor y enfrentarse a la situación,

seguía pensando que un hombre como él siempre disponía de recursos para negociar.

Sergio se acercó al moribundo y le arrancó la flecha de un tirón. Al hacerlo rasgó más el abdomen y borbotones de sangre salieron por la herida que se acababa de ensanchar. El hombre dio sus últimos estertores y murió.

Sergio con la propia ropa del cadáver limpió la punta de la flecha y se la enseñó a Jack.

—Esta punta de flecha es de titanio. Capaz de matar a un oso de un solo disparo. Ya has visto lo que ha hecho con tu socio —y poniéndola en el arco lo tensó diciendo—. Solo aguanto cinco segundos antes de que me vea obligado por la fuerza de la tensión de la cuerda del arco a soltar la flecha. Es lo que te queda de vida. Cinco, cuatro, tres,...

—¡Espera! ¡Espera! —chilló él—. ¿Cómo sé que no me matarás cuando te diga lo que quieres saber?

—No lo sabes, pero lo puedes averiguar estañado vivo. No, estando muerto —dijo Sergio mientras destensaba el arco—. Por cierto si intentas ganar tiempo esperando que tus guardaespaldas y el suyo vengan a ayudarte chillando de esta manera, te diré que cuando entré en tu finca tenía diez flechas en este carcaj. Ahora solo hay cinco y te aseguro que no he fallado ninguna.

—¿Qué quieres saber? —preguntó él cambiando la expresión de la faz de su rostro. Ahora el miedo se había apoderado de ella.

—¿Por qué matasteis a Rick y a Yoko?

—Porque sus empresas eran las farmacéuticas más avanzadas del mundo en el área de conocimiento del virus que nosotros hemos encontrado —dijo el decidiendo que prefería vivir un rato más—. Eran las únicas que podrían haber encontrado una vacuna en pocos meses, por ello las teníamos vigiladas. Cuando Yoko decidió colaborar con Rick, potenciando esta línea decidí eliminarlos. Sus muertes paralizarían el avance de sus investigaciones al menos durante un par de años o más, dependiendo de los intereses de sus sucesores.

—¿Los eliminasteis por el simple motivo de que podían ser unos posibles competidores? —la furia que expresaban sus palabras hicieron que el hombre se encogiese contra el armario.

—Sí. Nos estábamos moviendo en terreno peligroso, en donde nuestros

clientes iban a ser terroristas y nos jugábamos millones de dólares. No podíamos dejar cabos sueltos.

—¡Maldito miserable! —dijo tensando el arco mientras el tono de su voz destilaba veneno—. ¡Ella era irremplazable!

—¡Ha dicho que no me mataría si le decía la verdad! —chilló él, lleno de pánico—. ¡No! ¡No me mate! ¡No me mate!

A base de un enorme esfuerzo y haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, poco a poco bajó el arco.

—Tienes razón. El castigo sería demasiado rápido. Te voy a contar como va a ser tu vida en los próximos días hasta que alguien te la arrebate. Te voy a dar lo que tú no les diste ni a Rick, no a Yoko: una oportunidad. Espero que disfrutes del dinero que los terroristas ingresaron en tus cuentas. Mañana le enviaré a Ryu Yoshida lo que me acabas de contar. Porque mataste a su hija, junto con tu nombre y esta localización. Enviaré a sus mejores hombres a por ti.

—¡Me has dicho que no me matarías!

—Y no lo voy a hacer. Se encargarán otros por mí. Por cierto, la mañana de tu negociación con los terroristas en la que te encontraste a todos aquellos guardaespaldas eliminados a la puerta de tu empresa, fui yo. Me imagino que a sus jefes les sorprendería. Esa mañana me introduje en tu sistema informático consiguiendo la información relativa a todos tus pedidos con los terroristas.

—¿Qué? —chilló con la sorpresa reflejada en su rostro, mientras seguía taponando la herida que le clavaba al armario. Las diferentes sensaciones de dolor y espanto se reflejaban en su rostro.

—He manipulado los datos de las transacciones que realizaste con aquellos terroristas. Lo que tu empresa fabricó hace más de dos semanas y enviaste hace más de una, no eran los encargos originales, los cambié. En las bases de datos de tus servidores, tienes todas las etnias del mundo. Es tu banco de datos con el que pensabas hacerte rico. Solo que no vivirás tanto.

—¿Qué has hecho? —El terror se reflejaba en su tono de voz.

—Las etnias que los terroristas habían seleccionado como blancos de sus ataques las sustituí por sus propias etnias. Estaban tan impacientes por probar las nuevas armas que les habías suministrado que durante esta última semana ya han lanzado los primeros ataques, siendo ellos mismos las víctimas de los

mismos, por lo que he leído en los periódicos de varios lugares del mundo. La semana que viene analizando los resultados vendrán a por ti. Yo que tú intentaría arrancarme ese flecha y empezaría a correr. Te aseguro que el mundo se te va a hacer muy pequeño...

Aquel asesino miserable, agarrado a aquella flecha, empezó a llorar, mientras exclamaba con lastimosa voz.

—Estoy muerto... Estoy muerto...

Su lamentable estado no hizo que Sergio mostrase la más mínima piedad hacia él. Aquel hombre había matado demasiadas personas y si él no lo hubiese impedido hubiese facilitado el que otros matasen muchos más. Además había matado a la mujer que más quería en el mundo. Le había arrebatado demasiado.

—También cogí de tus servidores las formulas del virus y de la vacuna que habías desarrollado. Esta noche enviaré ambas a varias de las empresas farmacéuticas más importantes del mundo, incluidas las de Rick y Yoko, junto con la historia completa a los medios de comunicación de diversos países. En unas horas, serás el hombre más buscado del planeta y por todos los bandos. Te has quedado sin futuro.

Y sin más palabras abandonó el lugar.



Sergio se dirigía caminando despacio hacia el automóvil que había dejado apartado de la carretera y fuera de la vista de cualquiera que pasase conduciendo. Abrió el capó del coche y mientras desmontaba su arco y se disponía a guardarlo, el hecho de acariciar aquella madera le trajo los recuerdos de Yoko a su memoria.

Hacía años, asistió a una conferencia de un hombre que después de muchos años de haber peleado en su vida para que su empresa saliese a flote lo había conseguido. Aquel incansable trabajador contaba por lo que había tenido que pasar para conseguirlo.

Del discurso de aquel hombre a Sergio se le quedo una frase grabada en su cabeza para siempre, aunque nunca la había sufrido en sus carnes tanto como en esos momentos.

—“No hay nada que canse más que el fracaso”.

Dios..., que cansado se sentía. El haber resuelto el caso y haber eliminado una importante amenaza contra la humanidad no lo aliviaban en absoluto. El haber impedido que aquellos asesinos se saliesen con la suya, haber eliminado al alto cargo de gobierno que de otra manera habría quedado impugne y el que le quedasen horas o pocos días de vida al cerebro que había organizado toda aquella trama tampoco le aliviaban.

La venganza no eliminaba aquel dolor tan profundo que sentía y el agotamiento que se había apoderado de todo su cuerpo.

No, tampoco era la herida de la pierna. Había sido un corte limpio y ya estaba cicatrizando y apenas le molestaba. No, el dolor provenía de su corazón y el agotamiento del fracaso que sentía en lo más interno de su alma. Y no iba a disponer de una segunda oportunidad. Yoko no iba a volver.

Apoyó las palmas de sus manos en el techo del coche y movió la cabeza de un lado a otro amargado.

¿Por qué Yoko no le habría llamado una semana antes? ¿O unos días antes? Hubiese sido suficiente para alejarse ambos de la amenaza y ponerla a ella a salvo.

Pensando en ello, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un precioso estuche de metal forrado de terciopelo. Lo abrió delicadamente y vio el precioso diamante que se alojaba en su interior.

El padre de Yoko, como Sergio esperaba, había cumplido con su palabra y le había remitido uno de los dos diamantes que obraban en su poder. Probablemente se le habría desgarrado el corazón al hacerlo, pero de todas formas se lo había enviado. Al viejo samurái solo le quedaba su orgullo y su palabra y no iba a querer desprenderse de ninguna de las dos.

Mirando las preciosas facetas de la joya, vio un punto negro en su interior que solo hacía más único a aquel diamante. Seguro que había sido idea del padre de Yoko. Las caras del diamante hacían refulgir aquel punto negro de tal forma que a Sergio le recordaron los brillantes ojos de ella.

—Dios que cansado estoy. Creo que cumpliré tu último deseo.

Cogiendo delicadamente aquella joya que anteriormente había formado parte de Yoko y levantándola a la altura de sus ojos, como si en algún lugar ella le estuviese oyendo, exclamó:

—Nos vamos de vacaciones.

FIN



NICOLÁS LÓPEZ CISNEROS (Ordicia, Guipuzcoa, 25 de Agosto de 1963). Esta casado y tiene dos hijos. Es Ingeniero Industrial la E.T.S.I.I de Bilbao desde 1989. Posee un Máster en Telecomunicaciones y diversas certificaciones en el mundo de la Calidad (Evaluador EFQM, Auditor IRCA en ISO 27001).

En 1995 trabajó en *Delphi Packard Electric* España como Responsable de Proyectos Informáticos (sector automoción). En 1995 pasó a ocupar el mismo puesto en *Electronic Data Systems* (sector TIC). De 1997 a 1998 ocupó el puesto de Director Técnico en el Grupo GTEI (sector TIC). De 1998 a 2005 estuvo como Director de Organización y Sistemas en *Tenaria*, operador de telecomunicaciones de Navarra y Rioja (sector telecomunicaciones).

Entre el 2005 y 2008 fue Director General de *Cromasa Identificación Electrónica* (sector industrial, RFID).

Desde 2008 ocupa el puesto de Director Gerente en Producción Informática de Navarra (sector tecnologías de la información).

Dentro del ámbito de la formación ha sido durante más 21 años profesor de la Universidad Pública de Navarra (U.P.N.A.) y durante 13 años profesor del

Máster de Tecnologías de la Información en la escuela de negocios Foro Europeo. Este máster ha sido elegido varias veces como Máster número uno a nivel nacional en el ámbito de los masters tecnológicos.

Trabajador incansable. Desde el pico y la pala de peón de albañil a profesor de varias universidades ha pasado por todo tipo de oficios: labrador, barman, impresor, trabajador de planta industrial, directivo de multinacional, etc.

Su experiencia en patentes (tiene varias) y secretos industriales, le permite trasladar ese complicado mundo a sus novelas.

En sus viajes negociando por todos los continentes del mundo ha recorrido más de 20 países. Desde Rusia a Argentina, pasando por la India y USA, refleja en los capítulos de sus libros parte de sus vivencias en estos lugares.

Practicante de diferentes artes marciales como Judo, Aikido y Kendo, los protagonistas de sus novelas son expertos en las mismas. Asiduo practicante del tiro al arco en varias modalidades, no puede faltar el uso del mismo en sus relatos.

Ganador del Premio Cristóbal de la Puerta 2010.